

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LA
ELOCUENCIA POLÍTICA EN GRECIA

POR

L. BRÉDIF

Profesor de la Facultad de Letras de Tolosa.

DEMÓSTENES

TRADUCCIÓN

POR

LUIS DE TERÁN

Vicepresidente de Literatura del Ateneo de Madrid.

Precio: SIETE pesetas.

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7

LA ELOCUENCIA POLÍTICA EN GRECIA

1177353

DR

5616

OBRAS DE HISTORIA

publicadas por **LA ESPAÑA MODERNA**, que se hallan de venta en su Administración, calle de Fomento, 7, bajo, Madrid.

- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—*Estudio de la sociedad romana del tiempo del César*, 8 pesetas.
- Campe.**—Historia de América (dos tomos), 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa (3 volúmenes), 24 pesetas.
- Colomby.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.
- Foullée.**—Historia de la Filosofía (dos tomos), 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du Barry.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hume.**—Historia del pueblo español, 9 pesetas.—Historia de la España Contemporánea, 8 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Prévost-Paradol.**—Historia Universal, tomo I, 6 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los Santos, 6 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la Literatura inglesa (cinco volúmenes), 34 pesetas.—Los Orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tolstoy.**—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.
- Wolf.**—Historia de la Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo (dos volúmenes), 15 pesetas.
-

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LA
ELOCUENCIA POLÍTICA EN GRECIA

POR

L. BRÉDIF

Profesor de la Facultad de Letras de Tolosa.

DEMÓSTENES

TRADUCCIÓN

POR

LUIS DE TERÁN

Vicepresidente de Literatura del Ateneo de Madrid.

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

3616

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7

ES PROPIEDAD

PREFACIO

«Lo que distingue al hombre del animal y al griego del bárbaro, es la superioridad de la inteligencia y de la palabra.» Isócrates hubiera podido añadir que el mejor empleo de la palabra es el de aplicarla al examen y á la defensa de los intereses de la ciudad. La elocuencia política fué uno de los elementos esenciales y una de las glorias menos discutidas de la democracia ateniense. Nosotros no podríamos pensar en estudiarla al detalle en sus diversos desarrollos. La elocuencia política en Grecia, en los tiempos de las invasiones bárbaras y de la guerra del Peloponeso, no ha dejado ningún monumento original. Hubiera sido preciso seguir sus huellas en documentos de segunda mano, intérpretes á veces bastante fieles (como en Tucídides), pero raros é insuficientes. De otra parte, durante los cuarenta años que transcurren entre la toma de Atenas por Lisandro, y la aparición de Filipo en las proximidades de Grecia (404-359), la elocuencia ática es sobre todo judicial; la política no se muestra sino incidentalmente. Así es que, sin desaprovechar las luces con que los recuerdos de las primeras edades iluminan de una manera general la historia de la elocuencia poética, hemos acudido particularmente á la que ilustró la época macedónica. No son Demóstenes

y sus contemporáneos toda la elocuencia griega, pero la representan con el mayor esplendor en uno de los momentos más patéticos de la vida del mundo griego.

Dos grandes personalidades eclipsan á todas las demás á mediados del siglo IV de la historia helénica (362-336): Filipo y Demóstenes. Son, con el pueblo ateniense, los tres actores del drama que se desarrolla en Grecia. Ya trazamos el retrato del rey de Macedonia y el de la ciudad á la que combate. Demóstenes llena este volumen, y le anima su obra política y oratoria. Aparece aquí en todo momento como actor ó como testigo. Nos congratularemos de que al lector le sea tan gustoso escuchar sus declaraciones como á los heliastas el oír leer las de Homero y de Solón, de Sófocles y Eurípides.

Hemos creído poder referirnos á la elocuencia judicial de Atenas sin menoscabo del título de esta obra. Se encuentran tan íntimamente enlazados, entre los antiguos, el abogado y el orador político, que es muy difícil, si no imposible, desunirlos. Los intereses particulares y las preocupaciones políticas se entrecruzan sin cesar en ciudades en las que el hombre particular no se separa en nada del ciudadano. En tales ciudades, el foro se transformaba en arena política; las pasiones que agitaban á la asamblea del pueblo podían agitar también al tribunal. Los debates ofrecían entonces el espectáculo doblemente interesante de antagonistas que defienden su vida ó su honor, al mismo tiempo de disputar sobre los asuntos del Estado, deliberación pública y judicial sobre un duelo. En estas condiciones, no es sorprendente que un consular, el príncipe de la tribuna política en Roma, confiera la primacía á la elocuencia judicial, la más difícil quizá de las obras humanas, pero también la más bella. Un

proceso político fué el origen de la obra maestra oratoria de Cicerón, *Miloniense*.

Una causa particular cimentaba en Atenas la unión de los géneros deliberativo y judicial; el ministerio público hallábase extendido al público entero. El derecho concedido, por no decir el deber impuesto á todo ciudadano, de perseguir los crímenes ó delitos políticos, favorecía la confusión perpetua de la tribuna y del foro, provocando acusaciones en las que harto á menudo el interés particular se escudaba con el nombre del interés del Estado. Los únicos tres discursos que nos quedan de Esquino son tres alegatos políticos. Aparte las *Filípicas* y las *Olintianas*, en las arengas más hermosas de Demóstenes van mezclados, casi por partes iguales, el elemento deliberativo y el judicial. Añádase á esto que Atenas no tenía jueces especiales para las diversas causas. Cuando se trataba de una reivindicación civil ó de un debate político, el tribunal se componía siempre de una parte más ó menos considerable de la multitud ateniense, auditorio popular, cuyo espíritu gobernaba el orador, y cuyas pasiones manejaba mediante idénticos procedimientos. De aquí, en los áticos, la afinidad de las costumbres oratorias de la tribuna y del foro, y la necesidad, para comprender bien á los oradores políticos de Atenas, de ver en funciones á sus abogados.

Un testigo, para apartar las sospechas, no debe ser, ni el aliado, ni el servidor de la persona en tela de juicio. A estas condiciones el Tribunal de las Letras podría añadir otra: la de no ser su traductor ó su crítico. Es bastante común la prevención de apasionarse en favor del escritor con quien se ha establecido un largo comercio simpático; la verdad exacta padece algunas veces por ese exceso de ternura. Los grandes

nombres añaden á esa afección interesada un prestigio que favorece á la ilusión. Claro es que no hay que hablar con ligereza de tan nobles personajes; pero si se debe respeto á su gloria, también se debe al lector toda la verdad. Nosotros creemos haber estudiado al rey de la tribuna antigua con una veneración libre de parcialidad. El ciudadano, el político, el orador, son en él bastante fuertes para sufrir la censura, á la que no siempre ha escapado el hombre y el polemista.

Se ha censurado á Brebœuf el ser más Lucano que Lucano mismo (*Lucano Lucanior*). Hay intérprete de Demóstenes que, no satisfecho, sin duda, con la elocuencia del original, añade la suya. Desgraciadamente, los áticos no eran elocuentes á la francesa; engalanar á Demóstenes, es desfigurarle; inflarle la voz, no le desfigura menos. En donde aludió á *yerros*, el traductor, con la mejor intención del mundo, pone *crímenes*. «Permaneced en calma, confiados y armados», se convierte así: «Aguardad sin ruido, con la espada en la mano, con la confianza en el corazón.»— «Hablaré con franqueza», es frío; se sustituye por: «¡Nada encadenará mi lengua!» Estos escrúpulos parten de un buen natural, pero son contraproducentes. A falta de pavés, una ternura indiscreta arroja flores ó tropos á ese coloso. El mayor servicio que un amigo de Demóstenes puede prestarle es el de no obligarle de esa manera. ¿Queréis que su belleza se admire? Mostradle sencillamente tal cual es. Así le evitaréis las calumnias de que se quejaba Addison, y os libraréis vosotros mismos de que se os aplique el adagio: *Traduttore, traditore*. El traductor debe ser el primer auxiliar del crítico: un orador antiguo bien traducido, está ya medio comentado.

Durante largos años, consagrados á la enseñanza,

en sus grados segundo y superior, hemos recogido del estudio de las Letras antiguas ricos materiales, reparados hoy en catorce cursos escritos. Ofrecemos al público el más reciente de estos cursos; es también uno de los más modernos. Nuestro deseo es que este concienzudo estudio, en que la filosofía moral, la política y la crítica literaria se dan, naturalmente, la mano, pueda abrir el camino á sus hermanos mayores, al merecer la aprobación indulgente de los lectores.

Demetrio de Falerio decía de la elocuencia que es, en los Estados libres, lo que el hierro en un combate. Las repúblicas bien ordenadas no conocen otro campo de batalla en el interior que el de la tribuna, arena pacífica y fecunda, en donde la lucha se entabla, entre las inteligencias, sobre el terreno común de la abnegación del Estado. Ante el recuerdo de los conflictos oratorios y sangrientos del patriciado y de los plebeyos, en los tiempos reputados por los más hermosos de la República romana, el autor del *Diálogo de los oradores* acusaba á la elocuencia de vivir de sediciones. Francia, libre y unida, la nutre con mejores alimentos. La era de las sediciones sociales no se abrirá para ella; y gracias á la Constitución, que la ha hecho su propia soberana, sabrá evitar las faltas que la obligarían á armarse del hierro de la palabra, como la Atenas de Demóstenes, contra enemigos extranjeros. Más afortunada es, en nuestros días, la misión de la tribuna francesa. En el seno de la paz busca con la sola pasión del bien, y expone con claridad á todos los ojos los más caros intereses de la patria. Ayudada por una poderosa aliada, la prensa se constituye, por la cordura de los pensamientos, en la educadora política del pueblo; por la dignidad de los sentimientos, mantiene elevada el alma de Francia.

LA ELOCUENCIA POLÍTICA EN GRECIA

CAPITULO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

En el siglo XVII, cuando la oratoria se encontraba casi limitada á la cátedra y al foro, Fenelón ponía de manifiesto la omnipotencia de la elocuencia en Grecia. Hoy nuestras asambleas son algo más que ceremonias: dan grandes ejemplos de la eficacia de la elocuencia; pero están muy lejos aún de los triunfos conocidos de la antigüedad griega. Así, pues, se puede compartir, hasta en nuestros días, la admiración del autor de la Carta á la Academia. La elocuencia no ejercerá jamás en nosotros la soberanía de que gozaba en Atenas; depende esto de las condiciones completamente distintas de la vida política entre los modernos y los antiguos. Desde su cuna, Grecia creció y se fortificó á la luz ardiente de la libertad. Mientras que duró su independencia, vivió de la vida pública del Pnyx y de la Agora. En las asambleas populares, en las que la nación se reunía para deliberar, la elocuencia estaba naturalmente llamada á desempeñar un papel preponderante. La política se hacía allí á cielo

abierto; cada una de las deliberaciones era como un drama representado por miles de actores cuyas pasiones y cuyos votos dependían de los amos de la tribuna. En medio de ciudades democráticas, celosas, con razón, de gobernarse por sí mismas y de ver claro en sus asuntos, «todos pueden todo»; la mayoría decide sin apelación de las cuestiones más graves, de la elección de las alianzas, de la paz y la guerra, de la vida ó la muerte de los vencidos. *En un Estado democrático*, dice Esquino, *el hombre particular es rey por la ley y el sufragio*. A veces un gran ciudadano parece ser el rey de la ciudad; pero esta soberanía frágil depende del favor del pueblo; el pueblo le elevó, el pueblo puede á su antojo derribarle, según la afección del momento. ¿Cuál será el aliado que ayude al hombre de Estado á conservar la confianza de la ciudad de que se hace obedecer? La elocuencia. En los tiempos antiguos, dice Aristóteles, los usurpadores aceptados por la multitud eran generales. Porque entonces la espada se manejaba con mayor habilidad y era más poderosa que la palabra; «pero en nuestros días, gracias á los progresos de la elocuencia, basta con saber hablar bien para llegar á ser el amo del pueblo. Los oradores no usurpan, á causa de su ignorancia militar, ó por lo menos la cosa es muy rara». Así, entre los griegos, la multitud era la dueña de todo, y la palabra era dueña de la multitud.

Esta fuerza de la elocuencia provocaba sorprendentes efectos. El ejército ateniense estaba en poder de los sicilianos vencedores. Diocles, orador popular, aconseja que se dé muerte á los generales, y que se venda ó se eche á las canteras á los soldados; los siracusanos aplauden estos rigores. Un ciudadano, Nicolaos (el cual, sin embargo, había perdido á sus dos

hijos en la guerra), exhorta á los vencedores á la clemencia; el pueblo, conmovido, va á perdonar. Filipo, general espartano, alarmado por aquella debilidad impolítica, habla á su vez; la multitud, exasperada, vota el suplicio. Un día, en Atenas, los mitilenios sublevados son condenados á perecer en masa, á instancias de Cleón; al día siguiente, Diodoto hace que el pueblo se avergüence de aquella barbarie imprudente, y se perdona á los mitilenios. La elocuencia reinaba también en las asambleas anfictiónicas, especie de concilios ó de Estados generales de Grecia, en donde se agitaban los intereses, por no decir los debates políticos y religiosos, de la familia helénica. Así, pues, la palabra era el gran resorte de la sociedad griega.

Desde el origen, la elocuencia floreció en Grecia sin esfuerzos ni estudio, como en su terreno más apropiado. Su espontaneidad fué el fruto de las cualidades nativas de la raza helénica; las costumbres y las instituciones la sostuvieron y llevaron á su plena madurez. Sensibilidad, viveza de imaginación, ligereza y delicadeza de los órganos, simpatía comunicativa, nada faltó á los helenos para encontrar, sin rebuscamientos, el talento de la palabra. El griego nació orador, y el medio social en que vivió, le obligó á serlo con fuerza convincente y persuasiva.

En su *Teatro de los retóricos*, el padre Cressolius, de la Compañía de Jesús, se apodera de un verso de la *Odisea* (XIX 179) para remontar el arte de la palabra, no ya al diluvio de Deucalión, sino más atrás, al padre de Deucalión, Minos, que llegó á ser sabio profundo y sofista consumado, gracias á las lecciones adquiridas en las conversaciones de Júpiter. Sin ir tan lejos, el ingenioso erudito hubiera podido contentarse con recordar el rasgo de Peleo, confiando Aquiles á

Fénix para aprender de él «á hablar y obrar»; ó los versos de la *Iliada*, en que se mencionan las justas oratorias de que gustaba la juventud aquea. Esta doble influencia de los dones naturales y de las costumbres, aparece de manifiesto en Homero. El feudalismo heroico demuestra allí inclinaciones democráticas, en las que apuntan las futuras instituciones del gobierno popular. Los oradores *portaconsejos* anuncian á los consejeros y ministros ordinarios de Atenas; hasta se vislumbra allí al sicofante demagogo con Tersites. A imagen de las asambleas del Olimpo, en donde los dioses se arengan con la esperanza de entenderse mejor, el consejo de los jefes (*basileis*) delibera sobre los intereses públicos, y la asamblea del pueblo (*laos*) abre á la elocuencia un campo más vasto en donde se adquiere una gloria igual á la de los combates. Aquiles es el primer héroe de la *Iliada*, el segundo es Uli- ses; la lanza del hijo de Thetis, es la más decisiva en la acción; la palabra del hijo de Sisifo, es la más útil en el consejo. Orador irresistible, sus palabras presurosas y robustas derriban, arrastran como un alúd. Merced á él, la elocuencia, como el dardo de Aquiles, puede curar las heridas que causa. Aparte de la vida política, ¡qué papel tan importante desempeña la elocuencia en el drama de la *Iliada*, lleno de pasiones prontas á estallar, de impetuosidades que hay que contener, de resistencias que hay que vencer!

Si los inmortales se ríen á mandíbula batiente, los reyes se injurian de la misma manera. Con gran trabajo calma Nestor las tempestades de aquel Parlamento tumultuoso. Aquí, la cólera obstinada de Aquiles provoca elocuentes súplicas; allí, las lágrimas del anciano Príamo humedecen las manos tintas en sangre del último de sus hijos; en otro lado, la ternura

de Andrómaca quisiera desarmar el valor imprudente de su esposo; inspiraciones patéticas, á las que el drama y la elocuencia no han aventajado aún.

El poder de la palabra y la importancia de su misión en los tiempos homéricos, explican el cuidado del poeta en señalar los caracteres y hasta las diversas actitudes de los oradores. Justifican también estos significativos versos: «Los dioses no conceden á todos los hombres sus amables dones, las prendas del cuerpo, la sabiduría, la elocuencia; hay quien tiene un exterior mezquino, pero un dios corona de belleza sus palabras; á su vista queda maravillado el pueblo; se expresa él con seguridad dulce y modesta; domina la asamblea. Si pasa por la ciudad, le contemplan como á una divinidad.»

El poder y la necesidad de la elocuencia aumentan á medida que el espíritu de feudalismo aristocrático de los primeros tiempos cede el puesto á las instituciones democráticas; y, por consiguiente, aquella de las razas griegas que con mayor pasión debía adherirse al gobierno libre, debía ser también la que mejor viera florecer en ella el arte de la palabra. Este privilegio fué el de la familia jurídica establecida en Atica y el tesoro de Atenas. Los antiguos se encuentran, respecto á este testimonio, unánimemente de acuerdo: «El gusto de la elocuencia no era común en toda Grecia, era el atributo propio de Atenas. En efecto, ¿quién conoce, en esa época, un orador de Argos, de Corinto, de Tebas? En cuanto á Lacedemonia, no he oído decir que hasta el presente haya producido uno solo (1).» Una retórica lacedemonia hubiera, como la de los estoicos, enseñado, sobre todo, el arte de callarse. ¿Se-

(1) Bruto.

ría este don singular el patrimonio mismo de Atica, y como el signo de un lazo misterioso entre la naturaleza del país y el espíritu de los habitantes? «Apenas salida del Pireo, la elocuencia recorrió todas las islas y viajó por el Asia entera; pero, impregnada de las costumbres extranjeras, perdió la dicción pura y sana aportada de Atica y olvidó casi la lengua materna.» La elocuencia en Oriente, incluso en Rodas, perdió las cualidades adquiridas en el suelo nativo, y Atenas continuó siendo el lugar privilegiado, la tierra clásica del talento de la palabra.

La predilección de la elocuencia por la ciudad de Minerva se explica también por el carácter de las instituciones atenienses. En Roma, no contentos con haber puesto la mano en la historia, transformada en su origen en una especie de magistratura pontifical, y guardiana parcial de los títulos de gloria y de los privilegios de su orden, los patricios se reservaron el monopolio del conocimiento de las leyes y de las fórmulas del procedimiento; el ciudadano plebeyo procesado estaba á merced de su patrono. En Atenas no había nada que se pareciese á esa tutela abusiva. La ley de Solón exigía que todo ciudadano llevado á los tribunales fuese apto para sostener su derecho con la palabra, lo mismo que con las armas en el campo de batalla. Le obligaba á buscar en la práctica de la oratoria una nueva garantía de su independencia, una prenda de su dignidad. «Si vergonzoso es que no pueda uno defenderse con su cuerpo, sería extraño que no pudiera defenderse con la palabra, cosa más propia del hombre que el uso de las facultades corporales (*Aristóteles*).» Penetrada de este espíritu de libertad democrática y de iniciativa personal, la constitución de Solón dió á la vida política y á la palabra un im-

pulso que pudo moderarse, pero no destruirse, por la autoridad de los Pisistrátidas. Las cuatro clases censitarias, establecidas por el legislador, constituían la asamblea del pueblo y suministraban á los tribunales los jueces ó heliastas. Así, pues, todos los ciudadanos, ricos y pobres, participaban, con los arcontas y el areópago, de la soberanía y del examen de los asuntos públicos. Los personajes importantes estaban obligados á emitir su parecer razonado en las asambleas. Al abrirse la sesión, el heraldo preguntaba en alta voz: «¿Quién de los ciudadanos de más de cincuenta años quiere tomar la palabra?» La «muy hermosa y muy sabia» obligación de los cincuenta años cumplidos, echada de menos por Esquino, cayó pronto en desuso, y el derecho para todos, de tratar los asuntos en la tribuna, se amplió cada vez más con los progresos de la libertad y el crecimiento de la ciudad.

Las reformas democráticas aportadas por el jefe de los Alcmeónidas, Clístenes, á la constitución de Solón, después de la definitiva expulsión de los Pisistrátidas, imprimieron á la actividad política de Atenas un movimiento decisivo, que elevaba el alma de la ciudad y la misión de la elocuencia. Desde entonces la libertad hacía á Atenas capaz de concebir, de ejecutar grandes cosas y también de decirlas bien. El crédito, el poder, están más que nunca asegurados, no al más rico ó al más noble, sino al más capaz de discursos persuasivos. Los magistrados, ya responsables, comparecen ante el tribunal del pueblo; al rendirle cuentas, le inician en la administración, en la jurisprudencia; la ejercen en los debates contradictorios. Los atenienses de entonces no conocen otra escuela de elocuencia que el Pnyx. Es, á la verdad, y con mucho, la mejor.

Las guerras médicas, en este concepto, como en

otros muchos, dieron á Atenas un vigoroso impulso. Los males de la invasión extranjera se encuentran á veces compensados por los bienes que el enemigo aporta con él sin saberlo. A la ambición conquistadora de los reyes de Persia, Atenas (aparte de la unión momentánea de casi toda la familia helénica) debió el aplacamiento de sus rivalidades intestinas al poder marítimo, destinado á ser su fuerza característica y dominante. Desde entonces podía entonar su *Rule, Britannia, the waves*; su vocación marítima estaba decidida. El movimiento democrático, nacido forzosamente de la mezcla de todas las clases en las naves, frágil y última esperanza del Estado; el recrudescimiento del sentimiento de igualdad, tan vivo en todo tiempo en los atenienses, pero aumentado por reveses y victorias comunes; la expansión de la autoridad de Atenas, dueña de la hegemonía por derecho de conquista moral, y convertida en el centro político é intelectual del mundo helénico; la exaltación merecida de la patria de los Milcíades, de los Temistocles, de los Cimón, alma de la patria común, imprimían una sacudida fecunda al genio de Atenas, y preparaba el siglo de Pericles.

Desde entonces fué preciso ensanchar la constitución de Clístenes, vigente desde hacía cerca de treinta años. De las cuatro clases establecidas por Solón, mantenidas por Clístenes, las tres primeras solamente daban acceso á las magistraturas. La fuerza de la corriente democrática fué tal, después de la expulsión de los bárbaros, que un hombre poco sospechoso de demagogía, Aristides, fué el primero en proponer que se extendiera la elegibilidad á todos los ciudadanos indistintamente. Consagróse este reconocimiento de la igualdad de los derechos con el establecimiento del sor-

teo para todos los cargos, excepto el de estratega. Todos los atenienses que salieran con honra de la prueba de la *dokimasia*, especie de previa información sobre la moralidad y la capacidad, podían ser llamados á las más elevadas dignidades, á las de senador, de arconte. Esta reforma, muy favorable á la extensión del gobierno popular, lo era también á la elocuencia: obligaba al ejercicio de la palabra á todas las clases de ciudadanos, incluso á aquella multitud marina (según expresión ligeramente desdeñosa de Aristóteles) que en Salamina salvó al Estado y afianzó la democracia sobre bases indestructibles por ninguna otra fuerza que por la democracia misma.

Una de las funciones públicas más importantes de Atenas, sin ningún carácter administrativo ni poder especial, era la de orador. Los oradores de Atenas eran los ministros sin cartera de la ciudad. Ahora bien; estos ministros, no elegidos, ni siquiera designados por la suerte, sino deudores de su investidura á sí mismos, é instituidos por su ambición ó su talento en consejeros del pueblo, se hallaban lejos de descender todos ellos de familias de eupátridas. Cleón, fué guarnicionero; Hipérbolos, lampista; Cleofonte, constructor de liras; Eucrates, vendedor de estopas; Lísicles, tratante en ganados; Isócrates, era hijo de guitarro; Demóstenes, de armero; Ificrates, de cordonero; Piteas, de molinero; Esquino, de un pasante de escuela; Démades, hijo de marinero, fué también marinero en sus comienzos. La participación de los más modestos artesanos en el gobierno de Atenas no debe inspirar ni sorpresa ni desconfianza; los empleos no parece que estuvieran por ello peor servidos. «En los gobiernos despóticos, en los que se abusa igualmente del honor, de los puestos y de los rangos, se hace indi-

ferentemente de un príncipe un cualquiera, y de un cualquiera un príncipe.» En Atenas no había ni cualesquieras ni tontos. El nivel de la cultura intelectual era más igual en las ciudades griegas que en nuestras sociedades modernas, y los atenienses en particular, dotados de aptitudes muy diversas, servían para todo. Nadie se asombraba en Grecia al ver á un corredor (Diodoro) convertido en embajador, á un cómico (Aristodemo) en diplomático, á un zapatero en publicista político (Simón, amigo de Sócrates). Dejemos que los historiadores y los poetas cómicos se hagan eco de los rencores aristocráticos, y se burlen de aquellos oradores hombres de Estado, «elevados en la plaza pública». La constitución que permitía á las diversas capas sociales mezclarse en una sola, y concedía al más humilde el derecho de ponerse á la cabeza del gobierno por el ascendiente del mérito ó de la palabra, era, seguramente, la más favorable, no solamente al cultivo de la elocuencia, sino á la expansión de las energías individuales, la verdadera fuerza de un Estado. «En la guerra, unos estrechos canales que haya que flanquear bastan para romper las falanges; en el Estado, la menor barrera contraria á la fusión de las clases puede engendrar la discordia.» Atenas midió el suelo político y llenó los agujeros en los que la paz social tropieza á veces.

Pericles y Efiltes concluyeron la obra de Solón, de Clístenes y de Salamina. Reorganizaron los tribunales (*dicasteria*) sobre bases muy amplias, y, para hablar el francés de Amyot, «se ligaron al elemento popular, prefiriendo la multitud de la comunidad pobre al reducido número de los nobles y los ricos». Los arcontas y el aréopago, investidos en otro tiempo del poder judicial, civil y criminal, quedaron casi por

completo despojados en favor de los tribunales populares, constituidos por jurados designados á la suerte, en número de seis mil al año. El ejercicio asiduo de los derechos políticos exige pérdida de tiempo y una cierta fortuna. Los jueces recibieron un salario de dos óbolos, elevado á tres [por Cleón. Este era un medio de atraer á las clases pobres á los tribunales y de hacer prevalecer en ellos las influencias democráticas. Los *dicastas* no tenían solamente que pronunciarse sobre una cuestión de hecho, como los jurados modernos, sino que tenían que juzgar las cuestiones de derecho. Y puede pensarse lo numerosos que serían en el seno de una ciudad elegida, desde Micalés, directora de la Confederación de Delos, y abundantemente provista de causas entabladas por los múltiples intereses de sus súbditos y aliados. ¿Es sorprendente que, transformada así en tribunal de la Grecia Jónica y de las islas, se convirtiese Atenas en el gran foco de la elocuencia, y como en un inmenso mercado ricamente provisto de ideas y de discursos?

En este concepto, las disposiciones naturales ayudaron singularmente á las instituciones. Pericles alaba á los atenienses porque no creen, como los espartanos, que los discursos perjudican á la acción. En un panegírico de Atenas, ante las tumbas de los guerreros muertos por la patria, el grave orador no podía usar la franqueza de Cleón. Este favorito del pueblo le habla sin miramientos. No trata á sus oyentes con la despreocupación de Aristófanes, pero deja presentir las fuertes reprimendas de las *Fítipicas*. Los atenienses, discutidores sutiles, hacen gustosamente gala de su destreza oratoria: «... dominados por el placer de los oídos, os parecéis á espectadores sentados para escuchar á sofistas, más bien que á ciudadanos que deli-

beran sobre los intereses del Estado.» Cleón señala aquí el exceso de las cualidades de aquéllos, pero deja entrever el valor de las cualidades mismas; los atenienses, vivos, impresionables, tan naturalmente inclinados y muy sensibles á las bellezas oratorias, han nacido para la elocuencia y se dejan gobernar por ella.

Hemos seguido los progresos correlativos de la constitución política y de la elocuencia en Atenas, y señalado después los recursos que aquélla encontraba en las instituciones y las disposiciones nativas. Ha llegado el momento de determinar la transformación de la elocuencia hablada, no literaria todavía, en elocuencia escrita y sabia, y los desarrollos que le dió el arte de los retóricos y de los logógrafos.

Durante varios siglos después de la edad homérica, la prosa se limitó á ofrecer un instrumento á las relaciones sociales de los griegos, sin conseguir suplantarse á la poesía como lenguaje literario. He aquí por qué la elocuencia se encuentra primera y únicamente en los poetas. En la época de los primeros historiadores del siglo v (Hecates de Mileto), la prosa se eleva á su vez á la dignidad de elemento científico y literario. De igual suerte la elocuencia se empleó al principio ingenuamente, sin cálculos oratorios, como un agente natural de defensa y de ataque, en medio de los varios accidentes de la vida civil y política de los griegos; después se convirtió en un arte practicado conscientemente, con reflexiva noción de sus elementos, de sus reglas, de sus efectos. Sin duda alguna, la elocuencia tuvo representantes antes de los comienzos del siglo v, pero los amos no llegaron hasta los tiempos de Pericles; ejercida mucho tiempo antes, no se cultivó ni enseñó hasta dicha época. Después de las guerras médi-

cas y durante la guerra del Peloponeso, la retórica se alía á la elocuencia; la sofística la secunda y á veces la corrompe; en el período macedónico, provista de las armas acumuladas por las edades en su arsenal, entregada á la pasión, á la acción, produce sus más hermosas obras.

Destácanse así tres épocas principales: la primera es la de la antigua elocuencia política con Aristides, Temístocles, Pericles; la segunda nos la presenta unas veces en manos de los herederos de Pericles, políticos poco irreprochables, pero oradores todavía fieles en general á las antiguas tradiciones; otras veces profesada y practicada por artistas hombres del oficio, sofistas y logógrafos, enriqueciéndose con el saber y el talento de los mismos; la tercera época, es la de su madurez y más esplendentes triunfos, con Démades, Licurgo, Hipérides, Esquino y Demóstenes. Parece entonces haber descuidado la pluma para empuñar la espada y arrojar toda su ciencia, todas sus energías, en la contienda de los tiempos.

La elocuencia cultivada ha sido tardía en Grecia; á Cicerón le chocó la lentitud de su desarrollo. Grecia, dice, está apasionada por la elocuencia, brilla en ella desde hace mucho tiempo; sin embargo, las otras artes son allí más antiguas; las ha perfeccionado mucho antes de estudiar el hermoso arte de la palabra. El autor del *Brutus* explica este impulso tardío de la elocuencia por las dificultades excepcionales que entraña, *rem unam omnium difficillimam*. A esta razón hubiera podido sumar otra. En Grecia, las bellas artes aparecieron, según el orden de sucesión natural, como se producen en el hombre los fenómenos afectos á los diversos periodos de la vida. Primero vió nacer el himno religioso, y la epopeya, que durante más de un

siglo reina como soberana en el mundo helénico; después la poesía didáctica, la poesía lírica bajo sus varias formas; luego el drama. Cuando la inspiración poética que animó los siglos VI y VII comenzó á debilitarse, nació la prosa, y con ella la historia, la elocuencia, la filosofía.

Así el genio griego recorría, con extraordinario brillo, el círculo de sus producciones intelectuales por una serie normal de nacimientos regulares, y con un encadenamiento lógico, signo manifiesto de generaciones espontáneas. En Roma, por el contrario, en donde Grecia proponía á la imitación tardía de los rudos hijos del Lacio muchas obras maestras en todos los géneros á la vez, la producción de las obras literarias, durante los primeros siglos, presentó una especie de confusión y de mezcolanza. En presencia de tantos bellos frutos nacidos de las diversas estaciones del genio griego, el traductor romano, sin saber qué elegir, leno de riquezas, se apoderaba con avidez, según el capricho ó las predilecciones de su apetito, de los tesoros colocados ante él. De aquí reproducciones á veces artificiosas, injertos caprichosos intentados, al antojo de cada cual, en plantas originales, deudoras de una parte de su savia á esa ley de la progresión de los seres, tan bien descrita por Aristóteles, y que el genio humano, abandonado á su fuerza creadora, sigue con la fidelidad de la naturaleza.

Llegada á su hora (fué la del advenimiento de la prosa), la elocuencia en Grecia siguió en sus desarrollos las sucesivas evoluciones de la ciudad. No podía ser de otra manera. Las artes de los griegos han estado siempre íntimamente unidas á la vida práctica; sus obras, apropiadas á un fin. Esta apropiación era á sus ojos una calidad esencial; llegaron á veces hasta

hacer de ella un elemento de belleza, confundiendo con esto lo bello y lo útil. Así, decía Sócrates, un cuerpo, un edificio, una carroza, un objeto cualquiera, no es bello sino en cuanto se acomoda á su fin, á su uso. Este mérito de apropiación exigido de las artes plásticas debía, con mayor razón, imponerse á la elocuencia, instrumento indispensable de la vida civil y política de los griegos, manejada constantemente como un objeto de primera necesidad, y, por esta misma razón, modificada según los caracteres y las necesidades de la época; arma al principio unida, en la que solamente importan el peso y el filo, después «florete de esgrima», espada de lujo trabajada con arte para mostrarla, ó hábilmente ajustada por los logógrafos á la mano de quien se la encargaba; por último, acero á la vez espléndido y terrible, sus sóbrios adornos no han mellado el filo; arroja á la faz de Filipo incomparables relámpagos.

Primer período.—Indiquemos los caracteres principales y los representantes más ilustres de las tres épocas de la elocuencia griega. Temístocles, el más grande hombre de Atenas antes de Pericles, fué también un orador poderoso. Engrandeció á su patria al obtener de su heroísmo el sacrificio de hogares dejados como presa á los bárbaros, para bogar virilmente hacia lo desconocido del porvenir. Tal victoria, alcanzada sobre las resistencias naturales del interés privado, aventaja á la del orador romano que obligó á las tribus á renunciar á la ley agraria llamada á alimentarlas; justifica con creces el elogio de Lisias: «Temístocles era muy capaz de hablar, de concebir y de obrar. ¿Cuáles eran los caracteres de su elocuencia? Sin duda los que Cicerón reconoce á la antigua escuela: la precisión y la sencillez, la punta penetran-

te, la rapidez, la abundancia de ideas más que de expresiones.

Pericles es el tipo más acabado de esa escuela; orador «casi perfecto», dice el autor de *Brutus*. Este elogio se encuentra confirmado por los tres discursos que Tucídides pone en su boca; trilogía admirable, llena del alma de un gran ciudadano, digno de haber gobernado cerca de cuarenta años al pueblo más desconfiado del mérito, más celoso de su libertad. No hubiera sido Pericles lo que fué si hubiese estudiado con uno de aquellos retóricos que «enseñaban á gritar en la clepsidra»; tuvo otros maestros. Pericles fué el primero en llamar en su ayuda á la ciencia, pero la ciencia de las cosas, no de las palabras. Dos filósofos le formaron: Zenón de Eleo, dialéctico consumado, y, sobre todo, Anaxágoras de Clazomenes, llamado por sus contemporáneos la Inteligencia, porque fué el primero que la viera en el universo, é hizo de ella el primer elemento del Cosmos, ordenado y embellecido por la misma. Estos dos espíritus, eminentes por su penetrante sutileza ó su elevación, fueron, más bien que el músico letrado Damon, los Quirontes padres nutridores de aquel Aquiles. Su argumentación, sencilla y fuerte, es la de la verdad, realzada por la elevación sentenciosa de los pensamientos, por la vivacidad pintoresca ó la complejidad profunda de la expresión. Su noble familiaridad se alía á un relieve enérgico; estalla á intervalos en rasgos salientes como relámpagos. A la fuerza lógica únese en él la emoción concentrada de las altas concepciones, de los sentimientos magnánimos; elocuencia *grave*, cuyo peso irresistible inclina las voluntades invenciblemente. Llena de imponente grandeza en su sobriedad, deja la impresión de un templo dorio.

Pericles sabe encontrar á propósito imágenes rientes, á veces picantes; pero éstas son pasajeras sonrisas. Se halla muy distante de las alegrías de la urbanidad romana; todo en él respira la autoridad. Su exterior es severo, como su verbo; su actitud, tranquila; el son de su voz siempre igual; en el gesto y la actitud conserva un punto que no sabría alterar el ardor más vehemente. Pericles es, en este concepto, la imagen fiel del arte griego, casi siempre mesurado en sus intenciones más enérgicas. No hubiera podido decir de él un rival: «¿Y qué sería si hubierais oído rugir al león mismo?» Inmóvil, como Homero describe á Ulises con el cetro en la mano, por la sola fuerza de la palabra y sin acción, imprime respeto, temor. Estos testimonios, tomados de los antiguos, deben evitar todo engaño sobre el verdadero sentido de los rasgos á menudo citados de Eúpolis y de Aristófanes. Cuando estos dos cómicos hablan de los relámpagos, del trueno de Pericles en la tribuna, quieren expresar, no una vehemencia ruidosa, ni grandes movimientos oratorios de fulgurante impetuosidad, sino la admiración temerosa que inspira á la multitud una elocuencia serena en la que parece relucir la majestad temible del amo del Olimpo.

Pericles, hombre de Estado y no orador de profesión, no escribía sus discursos. Como Aristides, Temístocles y los antiguos oradores, improvisaba tras una fuerte meditación. La impresión era á la vez inmediata y duradera: «dejaba el aguijón en el espíritu de los oyentes». Pero por poderosa que fuese su voz, apenas si la antigüedad nos ha transmitido débiles ecos de ella. Ni Pericles ni sus contemporáneos pensaron en recoger tan hermosas arengas; solamente algunos rasgos de estas obras maestras se han salvado

del olvido. Son como granos desprendidos del mármol elocuente que Pericles modelaba por inspiración, sin preocupaciones literarias. Pero ¿en dónde está la estatua? ¿En dónde está la Minerva de Fidias? Los contemporáneos la vieron aparecer un día, su majestad les conmovió, obedecieron sus órdenes y la dejaron desvanecerse. ¿De qué procede que los autores ó los testigos de las obras maestras de la antigua escuela ática nos hayan privado de la contemplación de tales obras? A sus ojos, el objeto era completamente práctico. La elocuencia política les parecía destinada á la sola acción, no á la admiración de los lectores del porvenir. La estenografía era tal vez conocida en aquella época; nadie, de todos modos, pensaba en servirse de ella. Pericles hablaba por la dignidad ó el bien de la ciudad; pero no le importaba escribir *para siempre*; y sin embargo, ¡cómo debía de ser aquella elocuencia, tan robusta y tan bella aún, medio disimulada bajo el velo del historiador, su intérprete!

Segundo periodo.—Este desinterés, que los literatos maldicen, duró hasta Antífono, autor del primer discurso escrito, innovación favorable para el perfeccionamiento de la elocuencia. La época de Pericles ignoró los abundantes desarrollos, los efectos del estilo en la estructura del discurso. El día en que los oradores aspiraron á la gloria de escritores, la elocuencia se enriqueció con preciosos medios. La pluma, dice Cicerón, es una excelente maestra de elocuencia. *Stylus optimus dicendi magister et effector.* A partir de Antífono, hay que distinguir el orador de acción del orador de gabinete. El primero, es un personaje político que toma la palabra en la *ecclesia*, cuando lo requieren los acontecimientos. El segundo, nunca ó

pocas veces se presenta ante el pueblo; es un abogado de nueva especie, un abogado que no habla, pero que escribe. Compone en su casa tratados de retórica, adonde todos van ávidamente á buscar los secretos del arte de tener razón, ó discursos sobre asuntos de fantasía, alternativamente acusador y defensor en la misma causa. A veces también, á estos dos informes, prueba ya suficiente de la flexibilidad de su talento, añade la instancia y la réplica. Tales son las *tetralogías* de Antifono.

Por lo general, estos ejercicios de escuela le sirven para hacerse al oficio de *logógrafo* ó *dicógrafo*, es decir, de componer alegatos para uso ajeno. La ley ateniense obligaba á las partes, en los asuntos civiles y criminales, á comparecer en persona. Por mucho tiempo la sencillez de costumbres hizo fácil la observancia de la ley. Pero cuando la palabra se convirtió en un arte y la elocuencia en un mérito obligatorio, la mayor parte de los interesados se recataron de esos peligros. Recurrían á abogados cuyo talento aumentaba las probabilidades de vencer. Así, el banquero Formiar, poco deseoso de divertir al auditorio con sus «solecismos», consideraba más seguro ser orador hábil por procuración. El pleiteante pagaba la arenga como se paga una consulta, é iba al tribunal á decirla con la mayor naturalidad posible, simulando de la mejor manera la improvisación, como si hablase así y no de memoria.

El retórico no escribía solamente para la escuela ó el tribunal; á veces lo hacía para concursos, ó para que se leyeran sus composiciones en las reuniones solemnes de los grandes juegos. Tales la *Olimpiaca* de Lisias, el *Olimpico* de Gorgias y los *Panegricos*, así llamados en la asamblea general en que se pronunciaban.

Sofistas.—Los logógrafos eran, en grados diversos, discípulos de los sofistas cuya enseñanza, durante los treinta años que separaron la muerte de Pericles de la de Sócrates, provocó un gran movimiento de ideas y métodos nuevos en la ciencia, nuevos también, desgraciadamente, en moral. Los sofistas fueron muy atacados y admirados por los antiguos; se les ve alternativamente fuera de la ley (Protágoras), y honrados (Gorgias) con una estatua dorada en Delfos, en el mismo templo de Apolo. Digamos brevemente lo que sus innovaciones tenían de pernicioso y útil.

Su influencia fué buena, en cierta medida, para la ciencia. Los sistemas anteriores á la época de los sofistas fueron vastas concepciones *a priori*, mezcladas á veces con prejuicios teogónicos. El espíritu nuevo quiso emancipar á la ciencia de tales trabas, volverla á la observación de la naturaleza. Esta reivindicación de la verdad provocó, como siempre, resistencias apasionadas. Sin hablar de los émulos del *Eutifrar* de Platón, Aristófanes, el poeta conservador de las *Nubes*, por odio al nuevo espíritu, se hace el abogado de los prejuicios populares contra los físicos; declara á los sofistas impíos por atreverse á enseñar que no es Júpiter el que truena. Ve un crimen de Estado precisamente en uno de los mejores títulos de aquellos, y consagra á escarnecerlos una escena en la que, á despecho de su ingenio y contra su costumbre, el brillante autor cómico no tuvo en Atenas, y menos ha de tener hoy, á los que rien de parte suya.

A este trabajo de renovación científica se une el que nos interesa particularmente: el estudio minucioso del pensamiento y del lenguaje. Antes, solamente el talento natural sostuvo la elocuencia política; gracias á los sofistas, encontró en el arte un útil auxiliar.

Hacia mediados del siglo v, Sicilia produjo afamados maestros sofistas. Corax, Tisias, Gorgias dieron á conocer un método de enseñanza ignorado ó descuidado hasta entonces. Sus discípulos atenienses les aventajaron. El más ilustre fué Isócrates, cuya escuela fué un laboratorio de elocuencia abierto á toda Grecia. Al igual del caballo de Troya, engendró héroes; los rivales de Demóstenes y el mismo Demóstenes. He aquí un magnífico elogio de los retóricos sofistas en la persona de su discípulo más famoso; sin duda es exagerado; ni Brutus, el amigo de Cicerón, ni Aristóteles lo suscribieron. Sin embargo, para que el príncipe de los oradores romanos pudiera elogiarles, aunque con una indulgencia sospechosa de parcialidad, preciso es que prestaran indiscutibles servicios á la elocuencia.

En efecto, ésta les debe nuevas cualidades. Antes no siempre había escapado á una especie de rigidez; su concisión llegaba á veces á la oscuridad. Con los retóricos ganó en flexibilidad, claridad y abundancia. Sus músculos, un poco descarnados y salientes, se cubrieron con floreciente carne que no excluía el vigor; fué como el paso de la *Virgen jardinera* de Rafael á la segunda manera de la *Santa Familia* y la *Transfiguración*. Adquirió también el gusto del número; supo á la vez redondear sus períodos y llegar por finos análisis á matices más delicados. Como después los estoicos en Roma, los sofistas gustaban de las investigaciones etimológicas y filológicas. Protágoras escribía un tratado sobre la corrección del lenguaje; Prodicos, sobre la exacta significación de las palabras y los sinónimos; Evenos de Paros componía un poema sobre la formación de las palabras. Los sofistas sobresalían en descomponer el pensamiento en sus elementos para la composición y oposición de los mis-

mos. La lengua tenía que resentirse de estos curiosos estudios; antítesis ingeniosas ó vigorosas daban al estilo delicadeza ó energía. Este ejercicio de penetración y de ajuste artístico (*concinnitas*) complacía al espíritu fino de los griegos.

¶ Pero estas seductoras cualidades bordean graves defectos; conducen á la sutilidad, al artificio, á todos los refinamientos de los periodos simétricamente combinados, de las consonancias, asonancias, caldas «adornables», como la del soneto de Oronte, puerilidades sabias honradas por los más graves retóricos con minuciosos preceptos. En manos de esos tejedores de palabras, la delicadeza se convierte en floñería, el color se hace chillón; á fuerza de trabajar en las sutilezas de la dialéctica, se cae en toda clase de argucias. En su celo para pulir la idea, la lima la reduce á la nada; para adornarla mejor, se la ahoga; se quiere equilibrarla con gracia, proporcionarle el más ventajoso aspecto, y se hace de ella un maniquí; engalanada con rientes colores, pretende hacer gestos graciosos y le resultan muecas; preséntase vacía, inanimada, objeto de mezquina gloria para su frívolo autor, de curiosidad pasajera para el espectador, de desprecio á los ojos del buen gusto y del buen sentido. Tal era la elocuencia ficticia descrita por Balzac, *La Reina de la aldea*, de Pascal, y la afectación de pensamiento y de lenguaje conocida con el nombre de *preciosismo*. El principio del siglo XVII en Francia conoció el énfasis armonioso de Gorgias en la hinchazón del español Góngora, la sutileza amanerada de Polos de Agrigente en los alardes de ingenio de Guarini y del caballero Marino. Tanto éstos como los sofistas ayudaron, ciertamente, al perfeccionamiento del lenguaje; pero unos y otros perseguían el fin del fin, el fin de las cosas, y

lo alcanzaban en compañía de la afectación. El sofista llamaba al mar «el azulado piso de Anftrita», al gran rey «el Júpiter de los persas», á los cuervos «tumbas vivientes». Con él, tal objeto «tiene colores pálidos, está anémico». De igual suerte los asiduos de los sábados de Mad. de Scadery «imprimen sus zapatos en nieve», llaman al paseo del Corso «el imperio de las miradas», y á los violines «el alma de los pies».

Esta alteración del gusto en Francia, imitación pasajera del falso ingenio de España ó Italia, no coincidió con un rebajamiento de las creencias y las costumbres. El *hotel* de Rambouillet aspiraba á «desbrutalizar» las costumbres, así como el lenguaje; quintaesenciaba los sentimientos sin corromperlos. En Grecia no sucedió lo mismo, y los sofistas, maestros de retórica bastante malos, fueron unos lógicos y moralistas todavía peores. Bueno era el protestar contra los sistemas ambiciosos de los filósofos que pretendían sacar de su cerebro solamente la explicación del universo; pero negar la ciencia porque se extraviase, era un abuso peor que el mal justamente denunciado. No creer sino en los sentidos es una prevención tan peligrosa como no creer sino en el espíritu, y el filósofo idealista (Anaxágoras), al declarar que la nieve es negra, porque el agua de que se forma es negruzca, no tenía por qué ser censurado por el empírico que, con Epicuro, asignaba al sol y á la luna el volumen que aparentan, por ejemplo, el de un queso de Beocia. Laudable es desatar la filosofía de los lazos sacerdotales, pero es oportuno, si la tradición religiosa no es la última palabra de la ciencia, hacer del hombre el único árbitro de la verdad y la medida de todas las cosas? Negar la verdad, el bien absoluto, admitir solamente lo probable, lo agradable ó lo útil; enseñar á

exponer con igual verosimilitud la tesis y la antítesis; hacer del discurso débil el vencedor del discurso fuerte, tal era el fondo de la doctrina sofística. El escepticismo filosófico nació en Grecia de los excesos de la especulación metafísica, como las exageraciones idealistas de los cartesianos provocaron el escepticismo del siglo XVIII. Pero si los excesos por reacción se explican, jamás se justifican, sobre todo cuando pasan del dominio de las ideas puras al de la moral para destruirla. El escepticismo del siglo XVIII produjo á los Helvecio, Holbach, Lamettrie; los sofistas de Grecia no tardaron, igualmente, en sacar de sus doctrinas el mal que en ellas palpitaba. ¿Es imprescriptible la ley de la conciencia, ó es la ley de la naturaleza la única verdadera? ¿Es algo más que un argumento oratorio la justicia divina? ¿Deja de ser crimen el crimen afortunado? Según y cómo: sí, si la cosa os agrada; no, si os parece más cómoda la proposición contraria. Así Grecia, á fuerza de sutilizar llegó á divertirse como con un juego de esgrima, con la demostración ó la refutación de las verdades morales más necesarias.

Protágoras comenzaba una de sus obras con esta perentoria declaración: «¿Existen ó no existen los dioses? Dos razones me impiden dedicarme al examen de esta cuestión; lo incierto de la cosa y la brevedad de la vida humana.» Antífono, hombre grave, sin embargo, por su carácter y su elocuencia (le pusieron por sobrenombre Nestor), se burla como de prejuicios de las creencias religiosas de sus contemporáneos: «Ciertos hombres no viven la vida presente, sino que se preparan con gran trabajo como si tuvieran que vivir otra vida y no la presente; sin embargo, el tiempo se les escapa y huye.» Esta vida presente, objeto único de los sofistas, era precisamente la que desdeñó Só-

crates por la futura; Sócrates, innovador como los sofistas en cuanto al método científico, pero tan hostil al escepticismo religioso y moral de aquéllos como á su lenguaje. La sofística, «escuela de impudencia», instruyó al gran político del *Gorgias*. Callicles se mofa de las prevenciones de los espíritus apocados. La razón del más fuerte es siempre la mejor; la fuerza vence al derecho, teoría sostenida en nuestros días por personajes importantes, con anexión de provincias en su apoyo; teoría enseñada antes en ciertas escuelas de Grecia, y puesta en práctica por sus hombres de Estado. Al perder el sentido de la verdad, los sofistas y los atenienses, sus discípulos harto dóciles, perdieron el sentimiento de la divinidad, el del bien y de lo justo que se identifican con ella. Lo que la experiencia antigua, con Hesíodo y Esopo, presentó solamente como un hecho brutal, ellos lo erigieron en principio, y este principio lo aplicaban con lógica cruel digna del *Príncipe* de Maquiavelo. Estas máximas emponzoñadas pierden, tarde ó temprano, á los que se atreven á emplearlas. Atenas hizo en provecho suyo la apología de la tiranía y la usurpación; con Filippo, expió sus sofismas amargamente.

La influencia moral de los sofistas fué, pues, perniciosísima; su influencia sobre la elocuencia no fué mala del todo; los oradores áticos se aprovecharon de las investigaciones de aquéllos, sin rendir culto á sus defectos. La exactitud y la sobriedad del espíritu ático reaccionó contra los atractivos de los vicios sicilianos. Con Lisias, Iseo y su escuela, la prosa, discretamente trabajada, supo engalanarse sin coquetería, conciliar la sencillez y la gracia, el vigor y la facilidad. Concluyeron los esfuerzos y la meditación laboriosa, imperó el desembarazado estilo de una lengua fácil, menos ce-

losa de hacer reflexiones que de instruir con su precisión ingenua. Ya no se ve aquí el prisma de la sofística, con sus colores vistosos y halagadoras ilusiones. Se trata de un cristal transparente en el que los objetos aparecen con sus tintes y proporciones naturales. La vista no tiene ya que descubrir los verdaderos contornos bajo reflejos artificiosos y movimientos ondulantes; los ve claramente dibujados, en suave relieve, como la arboladura de una nave del Pireo á los templados rayos del sol poniente.

Tercer período.—Los áticos legaron á sus sucesores un instrumento exquisito, una prosa clara, expresiva, suficientemente pintoresca. Sin embargo, su elocuencia carecía un poco de acción y de calor. Aquella placidez, rayana para nosotros en frialdad, estaba impuesta á la ley por los oradores. Los atenienses se conocían demasiado para no desconfiar de la elocuencia. Ulises cerró los oídos de sus compañeros al canto de las sirenas; los atenienses cautivaban la boca de las sirenas de la agora. La ley de los tribunales prohibía lo patético; si el abogado se dejaba ir á ello, un ujier le llamaba al orden. El areópago, sobre todo, respetaba esta regla. Sin embargo, se faltó á ella el día en que Hipérides abogó por Friné. La elocuencia muda de una belleza sin velos conmovió al grave senado, peroración arrebatadora no prevista por la ley. La elocuencia pacífica de los áticos puros no podía bastar á las agitaciones del período macedonio; los oradores políticos encendieron entonces el fuego que el aticismo dejara apagar. La «clara fuente» se convirtió en «torrente impetuoso»; el «céfiro ligero» en «huracán y tempestad». La elocuencia no fué ya solamente artística, sino sobre todo militante en medio

de las luchas apasionadas de los adversarios y de los partidarios de Filipo. Los unos, por venalidad ó de buena fe, aconsejaban la alianza macedónica; veían en el padre de Alejandro, no al ambicioso calculador que meditaba, por la astucia y la fuerza, el atentado más grave que pudiese sufrir el mundo griego: la destrucción de la libertad ateniense, sino al árbitro pacificador de discusiones disolventes, al futuro generalísimo de Europa contra Asia. Los otros rechazaban al salvador aquél como al violador de la dignidad de Atenas, de su pasado, de sus destinos. Oponíanse á él con toda la fuerza de su genio, con todo el esfuerzo de las virtudes antiguas evocadas ante los ojos medio indiferentes de los atenienses contra el invasor. A su cabeza apareció Demóstenes, la voz de la patria, el salvador de la libertad helénica, si hubiera podido salvarse. Pero si Focion era «el interruptor» de los discursos de Demóstenes, Demóstenes no podía ser el de las acciones de Filipo; y como la fuerza triunfaba del derecho, las armas triunfaban de la elocuencia. Estudiaremos este período de la elocuencia griega, el más bello y el último. Después de un esfuerzo sublime y de los impulsos dignos del patriotismo que les inspiraba, la elocuencia iba á caer y perecer con todo lo demás; exhalaba su último aliento en Calauria el día en que expiraba, cerca de los satélites de Antipater, el autor del discurso de la *Corona*.

Indiquemos aquí un hecho digno de observación y en contradicción con el lazo común de la solidaridad de las costumbres y de la elocuencia. Messala (*Diálogo de los oradores*) busca las causas de la decadencia de la elocuencia, y cree encontrar la principal en la decadencia de las costumbres. Séneca declara también que las costumbres son las reguladoras de la elocuen-

cia. «Tal vida, tal lenguaje; allí donde veáis que agrada un lenguaje corrompido, podéis afirmar que las costumbres están pervertidas.» Esta apreciación no es completamente exacta. Seguramente el estilo puede ser el espejo del carácter. Mecenas y el espartano Estenelaidas, Nicias y Alcibiades, no tenían la misma alma; tampoco hablaban en el mismo tono. A menudo la elocuencia se resiente de las bajezas del corazón, ó refleja su nobleza. ¿Pero resulta de esta correlación posible que el rebajamiento de las costumbres entrañe, necesariamente, el del arte de la palabra? La historia literaria y política desmentiría esta aserción. Porque el corazón puede permanecer puro cuando el gusto se deprava, y más de una vez el gusto se purifica allí en donde el alma perdió su energía virtuosa. El sentimiento moral ennoblece á la elocuencia, como á las obras de arte en general, pero no les es indispensable. Así, los tiempos más hermosos del heroísmo de Grecia, no fueron los de su elocuencia; los soldados de Maratón y de Salamina eran ciudadanos más bien que oradores, excepto Temístocles, porque fué una y otra cosa en grado eminente. Pero su mismo ejemplo confirma la independencia del genio y de la virtud. Aristóteles, superior á aquél moralmente, fué muy inferior en genio político y en talento oratorio.

Durante el período intermedio entre el fin de la guerra del Peloponeso y la intervención macedónica, el sentimiento de la grandeza moral pareció proscrito de la sociedad helénica. Sin embargo, esta fué la época en que la elocuencia se preparaba al vuelo que, con Esquino y Demóstenes, debía llevarla á la perfección. Este fenómeno no tiene nada de sorprendente; ya la elocuencia había ofrecido un saliente contraste con las costumbres durante la lucha de Atenas contra

la raza doria. ¿A quién no le ha llamado la atención, en Tucídides, el sombrío cuadro de la depravación de Grecia, en medio de las conmociones profundas de la guerra del Peloponeso y de la sobreexcitación de las más detestables pasiones? La elocuencia entonces habla perdido mucho de su excelencia moral, pero no de su valor artístico. Alcibiades, Cleón, políticos penetrados de los vicios de su tiempo, y dignos de la felicitación de Timón el Misántropo, eran, para desgracia de Atenas, poderosos oradores. Es que la conciencia moral y el gusto (especie de conciencia estética aplicada al juicio de lo bello) no siguen necesariamente un desarrollo paralelo. Al contrario; la perfecta elocuencia, dueña de todos sus recursos, implica una cultura, un estado de civilización avanzada, rara vez compañeras de costumbres austeras. «La gran elocuencia, como la llama, necesita alimento para nutrirse, movimientos para excitarse; ardiendo brilla.» Ahora bien; las materias más combustibles no son siempre las más puras. El azote de la guerra suscita los grandes capitanes; la elocuencia vive de revueltas, de cóleras culpables ó virtuosas. Demóstenes odiaba al invasor con odio que le hace tanto honor como su elocuencia. Sin embargo, hay que confesarlo, los odios patrióticos, que constituían el fondo de su alma, se unían (sin hablar de otras debilidades que sería pueril negar) á resentimientos personales envenenados, fuente de movimientos poco generosos, y, sin embargo, de una elocuencia admirable. Su discurso sobre las prevaricaciones de la embajada iguala, desde el punto de vista del arte, sus mejores filípicas.

La definición ideal dada del orador por Catón—*vir bonus dicendi peritus*—es un deseo más bien que la expresión de un hecho general. ¡Cuántos hombres,

tanto de los antiguos como de los modernos, no han sabido tener su probidad á la altura de su talento! *Satis eloquentiæ, sapientiæ parum*; Salustio aplica esta frase á Catilina; hubiérase podido aplicarla á su historiador y á otros personajes. Del mismo modo el mal gusto y las buenas costumbres van á veces en compañía. En Francia, los teóricos de lo bonito, de la sorpresa, fueron á veces muy buenas personas, y de las más serias; testigos, el padre Bouhours y Montesquieu (*Ensayo sobre el gusto*). «Un magistrado llegó por su mérito á la primera dignidad. Ha publicado una obra moral que choca por lo ridícula» (Labruyère). El gusto fué generalmente detestable ante Boileau: ¿se dirá que la primera mitad del siglo XVII fué inferior á la segunda por las costumbres?

Volvamos á la elocuencia griega. Si, en medio del relajamiento de las costumbres privadas y públicas, cuando eran posibles un Filócrates, un Timarco, en el seno del egoísmo y de la venalidad triunfantes, Grecia, siempre orgullosa de su pasado, pero incapaz de sostenerlo, produjo sus más famosos oradores, lo debió á circunstancias particularmente favorables que hicieron de aquéllos los contemporáneos del duelo sin merced de Atenas y de Filipo, y los herederos de los progresos realizados en el arte de la palabra por el siglo de Pericles y la escuela ática. Dueño de estos tesoros de experiencia y de arte, Esquino pudo abusar de ellos con un talento difícil de aventajar. Demóstenes usó de ellos algunas veces, como su adversario, á impulso de pasiones malsanas. Pero en él, felizmente, el ciudadano dominaba al hombre. Alma depurada por las amarguras del patriotismo, aventajó á su rival con toda la superioridad del corazón sobre el patriotismo, aventajó á su rival con toda la superioridad

dad del corazón sobre el espíritu. Más obstinado en el honor que la Pitia misma; intérprete animoso de Atenas subyugada, pero altiva en su derrota, y, después de siete años de servidumbre, tomando al fin, con el autor del discurso de la *Corona*, su desquite de Queronea, Demóstenes, el orador del deber, unió en una obra perfecta la belleza artística y la belleza moral. El cortejo de los oradores griegos termina en él como una *teoría* sagrada lleva en triunfo la estatua de un inmortal. Homero es el poeta por excelencia; Demóstenes es la elocuencia personificada. Los hombres deseosos de servir á su país en la tribuna deben meditarlo, inspirarse en esa fuente antigua y siempre joven. Demóstenes infundirá así su alma á los ciudadanos ardientes en rechazar á todo enemigo público con el acero de la palabra; es él para siempre la ley de la elocuencia, el heraldo de la dignidad nacional y de la libertad.

CAPITULO II

FILIPO.—LOS ATENIENES

Al cabo de veinte siglos, las arengas de Demóstenes deleitan á los literatos, instruyen al historiador filósofo; le recuerdan cómo concluyen los Estados. Los consejos y las censuras del orador á los atenienses deberán ser siempre objeto de meditación por parte de los pueblos deseosos de escapar á las debilidades que perdieron sin remisión á Grecia. Para apreciar bien el poder de la elocuencia de Demóstenes y las asperezas de la lucha que había afrontado, es necesario tener presentes en el espíritu los obstáculos acumulados ante él, conocer bien al enemigo público, Filipo, convertido en enemigo particular del orador, y al adversario doméstico cuyos vicios se hicieron aliados del macedonio, al pueblo de Atenas. Veremos en seguida los recursos que Demóstenes supo sacar de su alma y de su genio para luchar contra dos antagonistas igualmente temibles.

I

Filipo, retenido varios años como rehén en Tebas, se aprovechó de aquel contratiempo para estudiar en el seno de Grecia el arte militar, del que debía usar

excelentemente contra ella. En la escuela del vencedor de Leuctres, Epaminondas concibió la idea de la falange macedónica, formado sobre el modelo del batallón sagrado de Tebas, y destinado á desempeñar tan importante papel en la historia. Así, pues, Tebas aleccionó al que debía un día derrotar á Grecia en Queronea. A la cabeza de la falange, Filipo hendió los batallones del presuntuoso Lisicles y se unió con el ala victoriosa de su hijo Alejandro. Aquella máquina poderosa merecía ser manejada con tiento, y por lo demás no se acomodaba á todas las acciones. Filipo la reservaba para las luchas decisivas. De ordinario, evita las batallas en masa; á fin de sorprender al enemigo con mayor seguridad, en vez de pesadas cohortes, va y viene á la cabeza de un destacamento volante, compuesto de arqueros y de caballería ligera. Alerta y siempre dispuesto, porque no establece diferencia alguna entre el invierno y el verano, se mueve á su antojo, cae de improviso sobre las ciudades. Los atenienses son menos ágiles; consultan las lunas, siguen las antiguas costumbres nacionales, trastornadas por aquel rey bárbaro; no guerrean de buen grado sino los cuatro ó cinco meses de la buena estación. «Nuestro siglo no se parece en nada á los siglos precedentes, y sobre todo en el arte de la guerra es en el que creo que ha habido movimiento y progreso», dice Demóstenes en la tercera *Filípica*. La estrategia ateniense del buen tiempo antiguo se encuentra desconcertada, escandalizada de aquellas innovaciones contrarias á todas las reglas hasta entonces respetadas. De igual suerte las precipitadas marchas de Bonaparte herían los sentimientos de los viejos generales alemanes, habituados á andares acompasados, metódicos, y á las pacientes combinaciones de las guerras de los Siete y Treinta

años. Como más adelante César, Filipo cree que no ha hecho nada si le queda algo por hacer. Sabe perseguirlo todo con terca actividad, prepararlo todo á tiempo, preverlo todo; la acción, el movimiento es su vida. Aquel general diligente, inevitable, es de una bravura intrépida. Demóstenes le tributa este homenaje: «Yo veía á Filipo, nuestro adversario, desafiario todo para mandar y llegar á ser el amo; le veía con un ojo de menos, con un hombro roto, con una mano y con una cadera estropeadas, abandonar sin sentimiento, alegremente, á la fortuna, todo lo que ésta quisiera de su cuerpo, con tal de vivir con el resto honrado, glorioso.» Esta pasión de la gloria, que hace á Filipo desdeñoso de su cuerpo y de su vida, le hará un día respetar á su enemiga vencida. Le apremiaban para que destruyese Atenas: «No quiera Dios, respondió, que yo destruya el teatro de la gloria: no trabajo sino por ella.»

Trabajaba también para satisfacer una ambición insaciable; él mismo lo confiesa: «Yo no estoy en paz sino con los que quieren obedecerme.» Esta sed de mandar le hizo que pasease sus armas por los más opuestos países, de la Fócida al Danubio, del Hemus (los Balcanes), á Eubea, del Peloponeso á Bizancio y hasta Escitia. Dueño de Iliria, de Calcídica, del Quersoneso, de las Termópilas, de todos los caminos de la Grecia central al Norte y al Mediodía, ningún engrandecimiento pudo satisfacerle. «Grecia, las regiones bárbaras, son demasiado estrechas para la ambición de ese mortal.» A sus ojos ninguna conquista es pequeña: obligado á apartarse un momento de Atenas, su presa más codiciada, lanza su ejército sobre «unas malas bicocas de Tracia, capaz de arrastrar por tales conquistas, trabajos, frios, extremos peligros...; para

arrebatara la cebada de los subterráneos de Tracia, se mete en invierno en abismos... Miserable macedonio, nacido en un país en donde no se pudo comprar jamás un buen esclavo; se elevó en Grecia hasta el punto de presidir los juegos Píticos, la más augusta de las solemnidades nacionales; se apoderó del privilegio de consultar al primer oráculo; admitido con reverencia en el seno del consejo de los anfictiones, árbitro soberano de las diferencias helénicas, instrumento de las venganzas de los dioses sobre sus ofensores, nada le sacia. Dominador indiscutible de la Grecia entera, investido desde Queronea de la hegemonía, en otro tiempo objeto de la emulación de las grandes ciudades griegas, no se detendrá todavía. Proclamado generalísimo de las fuerzas occidentales contra Asia, soñará con las conquistas reservadas á su hijo, y en el momento de lanzarse en aquella nueva carrera, el puñal de un asesino le condenará, á los cuarenta y siete años, á su primero, al eterno reposo (336).

Los comienzos de Filipo en el gobierno habían revelado en él lo que se ha convenido en llamar un gran político; se hizo maestro en intrigas, y sus intrigas salieron bien. Regente al principio de Macedonia, en nombre de su sobrino Amyntas, le suplanta. Rey á los veinticuatro años, á fuerza de habilidad y de energía algunas veces criminal, logra sostenerse contra sus enemigos de dentro y de fuera. De este número fueron desde el principio los atenienses partidarios de Argea, uno de los pretendientes á la corona. Los griegos quisieron mezclarse en los asuntos de Filipo, y éste les devolvió bien sus trabajos. Las codicias y envidias tradicionales de aquéllos proporcionaban contra los mismos armas de las que el astuto macedonio se sirvió con buen éxito. Pone sitio á Anfípolis, plaza que se

disputaban desde hacía mucho tiempo Atenas y Macedonia. Los atenienses quisieron socorrerla; Filipo los contiene con la promesa de devolverles la plaza, una vez tomada. La toma y se queda con ella (358). Un año después, les quita Potidea y la entrega á los olintianos, irritados á la sazón contra Atenas. Más adelante se quedará á su vez con Olinta (348). Dividir para reinar es su divisa. Ve á los tesalios, á los tebanos, á los focidios llenos de desconfianzas mutuas; les engaña y les subyuga unos tras otros. Contra Esparta, porque su actividad ambiciosa abarca toda Grecia, usa de la intervención interesada de Argos y de Mesena ó de la antipatía de los arcadios. Da á una ciudad lo que arrebató á otra. Con esto se asegura cómplices, fomenta odios intestinos, desbarata de antemano la tentativa de coalición. Las ciudades, cegadas por la codicia ó por enemistades municipales, no ven que á cambio de ventajas frágiles, garantías tan reales como los rayos de sol dados á los hermanos de Perdicas por el rey de Sebea, el enemigo común les quita el honor y las armas.

Filipo, á fin de tener el derecho de disputar las coronas en los juegos olímpicos, se decía descendiente de Hércules. No era griego, ni aliado de los griegos, pero sí digno de serlo. Tiene muchas de las cualidades de Ulises y de Homero; no solamente es paciente, duro en el trabajo, sino vario, fecundo en recursos, forjador de astucias. Sabe desempeñar varios papeles. Es hombre que puede hacer de todo. Según el estado de sus asuntos, acaricia ó intimida; pronuncia palabras altivas ó reservadas, si no humildes (como respecto á la alianza de Atenas y de Tebas); avanza ó retrocede, resiste ó cede con oportunidad.

Filipo, político sagaz, practica la máxima de poner

siempre las apariencias del derecho de su parte; su longanimidad no rechaza nada. «A pesar de tantas iniquidades provocadoras, he respetado vuestra ciudad, vuestras galeras, vuestro territorio. Podría, sin embargo, apoderarme de mucho, hasta de todo; he persistido en querer someter á árbitros nuestras mutuas quejas.» La duplicidad de sus prácticas se manifiesta, sobre todo, en su lucha nunca confesada contra Atenas. Ha jurado apoderarse de ella, y desde que da sus primeros pasos en el suelo helénico, hace protestas de amistad hacia la ciudad de Minerva. En toda ocasión la trata con miramientos, la halaga. Devuelve, llenos de presentes, á los atenienses hechos prisioneros en el campo de Argea; trata con cortesía á la guarnición ateniense de Potidea; más adelante prometerá poner en libertad á los cautivos de Olinta: «He aquí hasta dónde llega mi buena voluntad para con vosotros: esta isla (Haloneo) os la di; vuestros oradores no os han permitido recibirla.» Después de tales prendas, ¿se atreverán á dudar de él? Sus designios son inocentes, sus intenciones equitativas y pacíficas. La paz, tal es el más ferviente de sus votos; sus partidarios lo pregonan; él mismo lo declara por escrito; ¿cómo dudar de la sinceridad de su deseo! Los atenienses se apresuran á creer en la paz, y la observan; Filipo se aprovecha de ello para adelantar en sus planes. Atenas está en paz con Filipo, pero no Filipo con Atenas. Mientras el enemigo, engañado, se desarma, el invasor prosigue sus hostilidades; se apodera por todos lados sin guerrear, escala los baluartes sin lucha. ¿Para qué la violencia cuando la astucia basta? Siempre se estará á tiempo de empuñar la espada, cuando el adversario, exasperado, se rebelde.

Convicto, cogido *in fraganti*, persiste en negar. En

caso de necesidad afecta una abnegación hipócrita por las víctimas á las que ha engañado; á los desgraciados olintanos, responde: «He enviado á mis soldados á que os visiten; lo he hecho por cariño hacia vosotros, porque sé que sufrís de discordias; el deber de un aliado, de un amigo, es mostrarse en tales circunstancias.» Filipo sobresale en los trabajos de zapa; al comienzo de las hostilidades, husmea, se disfraza, se oculta; sin embargo, poco á poco se fortifica, avanza. El día en que su engaño le hace amo, arroja la máscara. Nada ya de promesas de amistad, de protestas de inocencia, sino censuras amenazadoras. He aquí algunos párrafos de una carta de aquel amigo de Atenas: «A pesar de mis frecuentes embajadas para el mantenimiento de nuestros juramentos y convenios, no habéis hecho caso alguno de este extremo; me creo, pues, en el deber de indicaros los puntos en que me juzgo lastimado. No os asombréis de lo largo de esta carta: mis motivos de queja son numerosos, y es indispensable que sobre todos me explique claramente.» Sigue la enumeración de las iniquidades de Atenas. La sinrazón más grave de la ciudad es la de haber, por fin, abierto los ojos y devolver guerra por guerra á tan digno vecino. «Tales son mis quejas; vosotros sois los agresores, y mi moderación os hace más procaces, más ardientes en hacerme todo el daño que podéis. Rechazaros es hoy mi derecho; pondré á los dioses por testigos y resolveré el asunto.» Filipo declara la guerra á los atenienses en este mensaje (340); llevaba ya doce años de hacérsela. Atenas había sido su objetivo único; á medida que sus actitudes oblicuas, sus tortuosos pasos, disimulados con todo género de astucias, le acercaban al fin, redoblaban las alarmas de los atenienses; pero los juramentos y ma-

quinaciones del macedonio redoblaron también, y la ciudad, interesada en no ver el peligro, permaneció inactiva. El día en que el adversario está á su merced, Filipo se apresta abiertamente á la acción decisiva; queda por asestar un solo golpe, y él se siente el más fuerte; la llave de la casa, la casa misma está en su poder; ¿qué necesidad tiene de sostener por más tiempo su papel de hipócrita?

Filipo sabe en dónde reside el nervio del poder de Atenas, en la preponderancia de sus fuerzas navales; trata de incendiar los arsenales marítimos del Pireo: en los tributos de los aliados insulares; se esfuerza por secar aquella fuente de ingresos. La piratería ateniense hace mucho daño á Filipo; impide la importación y la exportación de Macedonia: á pirata, pirata y medio; los barcos piratas macedonios van á enriquecerse con los despojos de los aliados de Atenas; se lanzan sobre Lemnos, Imbros, Gerestos, Maratón, en donde se apoderan del trirremen sagrado. Filipo, merodeador del mar, aspira á vigilarle. Los piratas infestan el Archipiélago, las costas del Asia Menor; Filipo debe á los helenos intervenir y ayudarles; aprovechará esta ocasión para recorrer las costas, formar intrigas en las islas; á veces se apoderará de algo (así es como arrebató la isla de Haloneso al pirata Sóstrates); favorecerá el desarrollo de la marina macedónica, el más caro de sus deseos; y, bajo pretexto de cooperación amiga, desmoralizará á los aliados de Atenas. Sigue á su adversario á todos los terrenos; centinela vigilante, le acecha, le ataca en todas partes; sabe que en todo lugar en que se presente él, no dejará de perturbar, y de dominar al fin.

Filipo no es solamente el amigo de los griegos, lo es también de los dioses; las contiendas religiosas de

aquéllos, durante la guerra sagrada, le ofrecieron más de una ocasión de imponerse. El saqueo del templo de Delfos (hacia 355), después la impiedad de Cirra cultivando un campo sagrado, pusieron un ejército santo en manos de aquel protector de la religión. Investido por los Anfictions de un mando militar absoluto, marcha á la cabeza de sus soldados con la frente ceñida, como ellos, por el laurel de Apolo. Es el ministro de las venganzas del dios por el que combate. Escribe á los peloponesos: «Quiero socorrer al dios con vosotros y castigar á los que escarnecen las cosas santas entre los hombres», y piadosamente cumple la palabra. Entra en la Fócida sacrilega á sangre y fuego; los cirreos, infractores de los decretos religiosos, son castigados. Todo trabajo merece recompensa: su primera intervención le abre, sin combate, el desfiladero de las Termópilas (346); la segunda, con la toma de Elatea (339), el camino del Atica. Estos dos hechos siembran la consternación en Atenas; pero no sabía ella que los dioses protegen á los defensores de sus derechos ultrajados.

A pesar de esta protección, Filipo fracasa algunas veces. Detenido al principio en las Termópilas, aplaza este golpe de mano; sabe esperar. No ha podido herir á su enemigo allí; corre á atacarle en sus colonias de Quersoneso, busca todos los puntos vulnerables. Derrotado en Tesalia por el fócido Onomarco, adquiere en sus reveses nuevas energías y destruye á su adversario. Rechazado de Perinto, de Bizancio, expulsado del Helesponto, no se descorazona. Obstinado, tenaz, con la vista fija en el fin, cambia de medios de ataque, no de objetivo. Espía los caminos de Grecia, como el lobo ronda en torno de un redil; explora, tatea en Megara, en Ambracia, en Eubea.

Muéstrase siempre en el puesto desde el que mejor pueda tener en jaque á su enemigo. A fin de burlar la desconfianza de los perspicaces, mezcla los procedimientos. ¿Es una fortaleza inexpugnable á las máquinas? Hace que se abran las puertas ante «una mula de plata». Afable, elocuente, simpático, sabe emplear sus seducciones con mejor resultado que sus catapultas. Las minas de oro de Pangea, sin hablar de las de Tesalia y Tracia, le dan mil talentos al año; los emplea en comprar á Grecia con sus estrategias, sus oradores y sus oráculos. Entre los asalariados, los unos, hábiles engañadores, adormecen al pueblo de Atenas con promesas ilusorias y le mantienen en su indolencia; los otros le entregan las tropas ó las plazas que solicitaron defender. De esta suerte se apodera de Pydna, de Anfipolis, de Olinto. Cierto es que algunas veces no deja á los traidores que disfruten de su traición; una vez logrado el fin, los rechaza. Teme compartir con ellos la gloria del triunfo, y tiene la seguridad, á pesar de este comportamiento, de no carecer nunca de traidores. Declara despreciable al hombre que se vende, y no cuenta con su fidelidad. ¿Quiénes con más ardor que los tebanos sacrificaron la causa helénica en pro de la alianza macedónica? Sin embargo, un día los tebanos le traicionaron; así es que el vencedor de Queronea (338) no perdona á aquellos desertores: les da muerte ó los vende. Atenas, por el contrario, es la única ciudad que se resistió siempre á las ofertas de Filipo; éste la odia y la estima; la persigue con encarnizamiento y la admira; vencida, le devuelve sus prisioneros, le evita la afrenta de una guarnición macedónica. ¿No es una desgracia bastante sensible para ella el verse despojada de su libertad?

Filipo, ávido de mandar, apela á los malos instintos de la naturaleza humana, la envidia, la codicia, todas las dolencias del egoísmo; sobresale en corromper, y, con la corrupción, en dominar. Violento y pérfido, clemente é implacable, piadoso y cruel, según las miras de su política, desdeñoso de los hombres como todos los ambiciosos, también él tiene sus vicios; pero en lugar de dejarles que entorpezcan sus designios, los convierte en aliados tan eficaces como sus buenas cualidades: actividad, perseverancia infatigable, valor heroico, talento militares, profundidad política, pasión de gloria; en fin, esa grandeza ficticia compañera de los fastuosos proyectos ejecutados á costa de un admirable alarde de inteligencia y de energía, pero sin escrúpulos ni cuidados de los medios. Tal fué Filipo, enemigo temible en sí mismo y aun fortificado por todos los defectos de sus adversarios.

II

Desde Mantinea (362), la confusión y la turbación reinan en toda Grecia todavía más que antes. Nunca las ciudades helénicas, ni aun en los tiempos de las guerras médicas, formaron un cuerpo de confederación general, capaz de reunir contra el enemigo público todas las fuerzas de la patria. «No veo á los helenos unidos por una amistad común. Hasta los hay que se flan de nuestro enemigo más que de alguno de ellos.» Los odios que dividían Lacedemonia, Atenas, Tebas, sin hablar de las ciudades que permanecieron extrañas al ejercicio ó hasta el deseo de la hegemonía, rompían el lazo que hubiera sido preciso estrechar; y si el patriotismo es la simpatía de todos con todos en

un mismo orden de ideas y de sentimientos cuyo objeto es el bien de la patria común, Grecia jamás conoció el patriotismo. El temor al extranjero, que es el vínculo más fuerte de concordia, no la hizo nunca unirse por completo, como la República romana ante el galo ó Aníbal, en torno de un mismo hogar. ¿Dónde encontrar en Grecia, con sus antipatías de raza y su fraccionamiento en pequeñas personalidades activas y vigorosas en sí, pero debilitadas en su conjunto por un aislamiento desconfiado y celoso; aquel altar de Vesta, símbolo de la patria una é indivisible; aquellos penates públicos; aquel templo de Júpiter capitolino, sede única del imperio romano; aquella fuerte cohesión, en fin, de todo un pueblo unido en sus creencias y en su fe en comunes intereses? En Maratón, solamente Atenas entra en lid. Esparta esperó para marchar á que fuera luna llena. En Salamina, Atenas con sus aliados es el baluarte de Grecia. En Platea, sostienen la lucha los atenienses, lacedemonios, tegeatas y megaros contra los persas y sus auxiliares griegos, entre otros, los tebanos. En Queronea, último campo de batalla de la libertad, Atenas y Tebas combatieron solas; Lacedemonia no se presentó ni siquiera demasiado tarde, como en Maratón. Hubo un panhelenismo intelectual; no lo hubo político, ni, sobre todo, patriótico. Grecia era un compuesto de individualidades egoístas, incapaces de sacrificios desinteresados. En el discurso *Sobre las clases de los armadores*, el orador habla del designio atribuido al Gran Rey de atacar á Grecia: «Dará oro, ofrecerá su amistad á algunos; éstos, queriendo reparar sus pérdidas particulares, sacrificarán á este sentimiento la salvación común... Está admitido, á lo que veo, cuidar de las ventajitas propias desatendiendo el resto de Grecia»; y

más adelante: «Los helenos quisieran ponerse en masa á sueldo suyo, menos para procurarle algunas conquistas que para salir de la indigencia y adquirir un poco de bienestar personal.» Tales son las disposiciones de los griegos respecto á aquel monarca, «más rico él solo que todos los griegos juntos, y cuyo oro cargan mil doscientos camellos». Las mismas serán para con Filipo, menos opulento, pero más hábil. Sabrá éste alentar á los codiciosos y engañarlos. Algunos no tendrán el designio de darle armas contra los helenos, pero el hábil político sabrá servirse de las pasiones de aquéllos, aun contra la voluntad de los mismos. Jamás los atenienses consintieron en aquellos tratos vergonzosos, ni aun por sorpresa; pero ¡de cuántas ventajas dejaron apoderarse á Filipo!

Temen á Filipo como al enemigo, no de su libertad, sino de su reposo. Descuidados, ligeros, cualquier cosa les distrae del pensamiento del deber; en medio de la más grave deliberación, si les hubiera contado una fábula, la habrían escuchado con un placer extremo. Y de hecho fué necesaria á veces una historieta para obligar á que escuchase aquella frívola multitud. Sin estar consagrados á perpetua risa como los tirintianos, súbditos felices de Anfitríon, rey querido de Júpiter, los atenienses absuelven á los mayores culpables, aunque estén convictos, «á cambio de una ó dos buenas frases». En vez de gustar las razones de un buen orador, se divierten con los motes, con las burlas de que es objeto en la tribuna; todo lo toman á broma. Un retórico, en Olimpia, les recomienda la unión. «Ese hombre nos exhorta á la concordia», observa un oyente, «y no pueden convencer de ella á las tres personas que componen su casa: su mujer, él y su criada». He aquí el fruto que sacan de la arenga. Hay

que divertirles para ganarles. León de Bizancio, diputado en Atenas, se muestra: una carcajada general acoge su corta estatura. «Pues ¡qué sería», les dice el hábil embajador, «si vieséis á mi mujer! Apenas me llega á las rodillas». Las risas aumentan. «Sin embargo, aunque pequeños, cuando disputamos, Bizancio no es bastante grande para contenernos.» La alegría ateniense no respeta nada, ni aun al venerable areópago. Un miembro de aquella asamblea reunida ante el pueblo, usaba, á propósito de un decreto de Timarco y sin intención, frases de doble sentido, en las que la malignidad del auditorio vió una alusión á los lugares que frecuentaba aquel personaje. Varias veces la hilaridad del público subrayó las expresiones del respetable y cándido orador. Pero he aquí que, con grave tono, entra en detalles; la asamblea no puede contenerse, estalla; el ujier Pyrrandro interviene: «¿No os avergonzáis de reir así delante del areópago?» ¡Qué hacer! la risa es como el pánico, irresistible; y no es en Atenas en donde se piensa dominarla.

Los atenienses se divierten con las disputas de sus oradores como con una pelea de gallos. Demóstenes no sabe divertirles; es un bebedor de agua. Sin cesar, habla de obligaciones enojosas á un pueblo enamorado, sobre todo, del placer. Amigos del ocio, pasan dulcemente el tiempo, charlando en casa del barbero ó del perfumista; golosos de noticias, van y vienen por la agora, interrogándose: ¿qué hay de nuevo? A falta de noticias, las forjan. «Lo sublime del noticiero es el razonamiento vacío sobre la política (Labruyère).» Los atenienses razonan, conjeturan, interpretan los proyectos de Filipo. Revelan lo que no hizo nunca, y se niegan á creer lo que ve que hace todos los días. Cada cual se forja una fábula, escruta el porvenir;

nadie piensa en el deber presente. Tras magníficos decretos proceden al desarme por un simple rumor, cuando ese rumor que anunciaba la muerte ó la enfermedad de Filipo, debía tanto más excitarlos á una acción rápida. Siempre dispuestos á caer en los excesos, pasan del extremo descorazonamiento á la extrema confianza, de la presunción á la desesperación. Crédulos en quien los halaga, cierran los oídos á las advertencias de Demóstenes; los abren con complacencia á los consejos pacíficos de Foción, á las cándidas ilusiones de Sócrates, á las pérfidas insinuaciones de Filipo, á la habilidad de aquellos consejeros de injusticia, detestables autores de mociones belicosas. Ciegos voluntarios, á los atenienses les parece más cómodo apartar los ojos del peligro que correr á él.

Filipo se ha apoderado de las Termópilas; esta noticia produce gran sensación en la agora. Discuten, acusan, se agitan. Después, con ayuda del egoísmo, se llega á reflexiones tranquilizadoras. Hay mucha distancia todavía de las Termópilas al Pireo; además, si Filipo ha penetrado en Grecia, es con el único objeto, así lo ha dicho bajo palabra, de concluir con la guerra sagrada que ensangrienta á Grecia desde hace cerca de diez años (357-346). Atenas no se opone á aquellos esfuerzos caritativos; con corazón ligero, asiste á la destrucción de los malditos fócidos. Filipo, dueño de la Fócida, desciende hacia el Sur. A los atenienses les produce una mediana inquietud; Filipo no ha atentado todavía al poder de Tebas; ahora bien, Atenas venció á los tebanos, Tebas está amenazada, Atenas se consuela pensando que, desde Mantinea, la arrogancia tebana ha humillado á Atenas; ¿no se atrevió á decir Epaminondas á la multitud «que había que transportar los Propileos de la acrópolis al ves-

tíbulo de la Cadmea»? Y además, aquellos beocios son pesados como el aire que los mantiene. ¿Cómo interesarse en Atenas por gentes que carecen de ingenio? La Beocia está subyugada, los tebanos destruidos, y el invasor ha avanzado una nueva etapa. Atenas comienza á alarmarse; el gran justiciero de los sacrilegios de la Fócida y de la insolencia tebana continúa avanzando; va á tocar el fin. En vano Demóstenes había dado la alarma: ¡A las armas, atenienses! Esas máquinas alzadas contra Tebas van á disparar sobre vuestras propias murallas; si la Beocia perece, pereceréis vosotros, porque sobre vosotros llega, sobre todo, el macedonio y quiere aniquilaros. ¡Ricos, dad vuestro oro; ricos y pobres, embarcad en las galeras, empuñad el remo y la lanza!... Demóstenes, profeta enojoso, patriota inexorable, no es escuchado; porque Esquino les tranquiliza con la frente serena; acusa de mentiras injuriosas para Filipo las sospechas de aquel hombre sombrío; aconseja á los atenienses que cuiden de su bolsa y de sus personas y continúen gozando de su tranquilidad. Complace este lenguaje agradable, y mientras que la traición y la violencia prosiguen su obra, la desgraciada Atenas no se mueve; todo lo más se agita, pero no obra.

Hasta á menudo el movimiento es tan estéril para ella como el reposo. Es generosa y tiene resoluciones dignas de ella en favor de los oprimidos; pero se contenta con manifiestos. Un orador propone una expedición: *Pronto, hoy*, exclama la asamblea, y ni aquel día, ni al siguiente, se hace nada. Vota cuarenta triremes y sesenta talentos; envía diez naves vacías con cinco talentos de plata, y otra vez «un general sin tropas, un decreto sin fuerza y palabrería de tribuna». Hace á Filipo una ruidosa guerra de decretos;

¿qué fruto sacaré de ella? Hace mucho tiempo que se hubiese castigado al macedonio si los decretos tuvieran esa virtud; pero, á despecho de las celosas palabras, sigue creciendo. Los atenienses alcanzan la palma de los discursos, Filipo la de la acción. «Que Filipo, general y soldado, pródigo de su persona, animándolo todo con su presencia, no perdiendo una ocasión, un instante, triunfe de hombres, de plazas, de decretos, de conjeturas, cosa es que nada me sorprende.» Para vencer en la guerra, no bastan las arengas, incluso las de Demóstenes. «Sin la acción, toda palabra es impotente, sobre todo la palabra de Atenas. Porque nosotros pasamos por los que más hábilmente hablan en Grecia.» Vivos en concebir por sí mismos y en comprender las ideas ajenas, hacen votos, pero ni un esfuerzo. El pueblo, que en otro tiempo puso toda la Grecia en movimiento para defender los derechos de los helenos, el día en que se ve él mismo despojado, dormita y deja impune al espoliador. Ama la gloria, sin embargo, admira la de los antepasados, y se regocija al oírla celebrar; pero se contenta con aplaudir á los antiguos salvadores de Grecia, sin tener el valor de imitarlos. Arrastrado un momento (¿qué apatía no lo fuera?) por la elocuencia de Demóstenes, vota la guerra por aclamación, pero deja á otros el cuidado de hacerla. En vez de servir en persona, los atenienses contratan mercenarios á sueldo; buenos ciudadanos en deseos y en ideas, patriotas militantes por procuración.

Ha pasado el tiempo en que, ante una asamblea espartana, unos enemigos tributaban este homenaje á los atenienses: «Son prontos en imaginar y en ejecutar lo que han concebido...; por su patria arriesgan la vida como la cosa más ajena...; no conocen otra satis-

facción que el cumplimiento del deber.» ¡Qué contraste entre el ateniense de Pericles (432) y el de Demóstenes (360)! Este último piensa, sobre todo, en su bienestar; le repugna dejar un cielo riente, las charlas de los pórticos y de la agora, los mil entretenimientos artísticos y literarios continuamente renovados en una ciudad, no solamente la *escuela*, sino la cita de placer de toda Grecia, para ir en pleno invierno, bajo un clima bárbaro, á ponerse ante rudos soldados hechos á atreverse á todo, á sufrirlo todo. Los goces del cuerpo y del espíritu, de los que se ha hecho un hábito, le han hecho inhábil para los rudos goces de la guerra. El pobre se ha aficionado, por encima de todo, al trióbolo de los tribunales que le ayuda á vivir, al dióbolo que le asegura la entrada en el teatro. Va á la asamblea «como á un festín cuyos restos se repartirán». El rico «cifra la felicidad en el estómago y en las voluptuosidades más vergonzosas», sin cuidarse para nada de la dicha de no tener amo», «cosa estimada en otro tiempo en Grecia como la regla y el último grado de la felicidad». Es decir, que ricos y pobres están mal dispuestos para oponer sus cuerpos á la monstruosa bestia, erizada de hierro, que se llama la falange macedónica. Se reserva para luchas más cómodas; en vez de á Filipo, combaten á sus consejeros ó á sus generales: «¿Odiáis al autor de vuestros males?; no, sino al ciudadano que ha sido el último en hablaros de ello», cuando os ofrecía el remedio para una desgracia de la que es inocente. ¿Ha fracasado una empresa militar?, un arengador echa la culpa á Diópites, á Cares, á Aristófanos; la muchedumbre grita: «¡tiene razón!», y el general es citado á juicio. «Valientes para condenar, cobardes para obrar», le hacen responsable de las propias faltas de ellos, ó si las ha cometido, le

castigan con un rigor del que usarían más oportunamente contra el gran culpable, Filipo. ¿Qué resulta de estas injusticias ó severidades excesivas? Que los generales desertan del servicio de Atenas; cada cual va á guerrear con toda seguridad allí donde su interés le llama. Así, los atenienses sirven á los planes del enemigo, y no á los de ellos.

¿Qué decir de la elección de magistrados? Sócrates, y, en general, los socráticos, fueron poco simpáticos á la democracia ateniense. Sócrates se atrevía á burlarse de «los zapateros, albañiles, vendedores ambulantes, graves personajes de que se compone la asamblea del pueblo». La política era, á los ojos de Sócrates, una ciencia complicada, como la virtud misma era un arte: ¿era capaz de alcanzar una ú otra la multitud ignorante? Montesquieu es más indulgente. «El pueblo es admirable para elegir á aquellos á quienes debe confiar alguna parte de su autoridad; no tiene más que decidir por cosas que no puede ignorar, y por hechos que son del dominio de los sentidos. Sabe muy bien que un hombre ha estado á menudo en la guerra, que ha logrado tales ó cuales triunfos; luego es muy capaz de elegir un general; sabe que un juez es asiduo, que muchas personas salen del tribunal contentas de él, que no está convicto de corrupción: esto es lo bastante para que elija un pretor. Conoce la magnificencia ó las riquezas de un ciudadano; esto basta para que pueda elegir un edil; todas estas cosas son hechos de los que se entera mejor en la plaza pública que un monarca en su palacio.»

Los atenienses, si se ha de creer á Demóstenes, justifican poco la buena opinión que Montesquieu tiene del pueblo en este concepto. Dan los cargos al más rico, no al más digno; nombran á sus jefes políticos ó

militares «con tanta ligereza como á los sacerdotes». Convendría, por ejemplo, que un general de caballería supiese tenerse en la silla; ahora bien, Midias, promovido á tal dignidad, ni siquiera pudo, en las procesiones solemnes, atravesar correctamente á caballo la plaza pública. Con semejantes aptitudes para empleos especiales, ¿qué de particular tiene que el día de la acción esos incapaces agoten todos los subterfugios para sustraerse á las obligaciones de su cargo? Han ambicionado la dignidad, pero no quieren ya la función desde que amenaza ser efectiva; ¿se decreta un envío de caballería?; pronto el biparca, repentinamente enamorado del mar, corre á los trirremes; ¿se decide una expedición naval?, en seguida nuestro marino vuelve á su escuadrón. «¿Cómo es (Isócrates, tras una viva crítica de las costumbres políticas de los atenienses, pone esta objeción en boca de un contradictor) que con semejante conducta no nos hayan destruido ni seamos siquiera inferiores en poder á ninguna ciudad?» Porque los enemigos de Atenas, los tebanos, los lacedemonios, no son más cuerdos. Atenas debió, por mucho tiempo, el mantenimiento de su prosperidad á las guerras de sus adversarios. Con Filipo debía ser otra cosa. El rey de Macedonia no era hombre que sirviera de instrumento á los triunfos de los atenienses. «Veo caídos tan bajo por la incuria nuestros asuntos, que temo prestar á la verdad el lenguaje del blasfemo al afirmar que, si hubieseis tratado, vuestros oradores y vosotros, de votar las medidas más funestas, creería imposible organizar mejor la ruina de la República... Es una burla gobernar así. Por el cielo, creo que el mismo Filipo puede limitar sus votos á veros siempre en el mismo camino, retrasos, gastos locos, discusiones enojosas sobre la elección de los je-

fes, cóleras y acusaciones mutuas» (3.^a y 4.^a *Filípicas*). En vez de tomar las medidas más deseadas por el enemigo, ¿por qué no se apresuran á hacer lo que no dejaría él de poner en práctica en el puesto de ellos? Porque sus caracteres son muy diferentes: Filipo delibera sobre el porvenir, los atenienses disputan sobre el pasado; Filipo previene los acontecimientos, los atenienses le siguen como á remolque. «El pugilato de los bárbaros; he aquí vuestra guerra con Filipo. ¿Recibe uno de ellos un golpe? Se lleva la mano; le dan otro, vuelve á llevarse la mano; pero evitarlos y mirar á la cara al adversario, ni lo sabe ni se atreve. Vosotros hacéis lo mismo. Sabéis que Filipo está en Quersoneso, decreto para socorrer el Quersoneso; en las Termópilas, decreto para las Termópilas; en otro punto, corréis, subís, bajáis tras él, maniobráis bajo sus órdenes; jamás sale de vosotros mismos una medida útil, una previsión; esperáis la noticia del desastre de ayer ó de hoy. En otros tiempos tal vez podíais obrar así impunemente, pero la crisis se acerca y requiere una reforma» (1.^a *Filípica*). Los atenienses carecen en absoluto de la cualidad tan justamente apreciada de los griegos: la oportunidad; hacen todo á destiempo, ó tarde ó demasiado pronto. «El pueblo, dice Montesquieu, tiene siempre ó demasiada acción ó poca. A veces, con cien mil brazos derriba todo; á veces, con cien mil pies avanza lo que los insectos.» «¿Sabéis, atenienses, por qué las panateneas, las dionisiacas se solemnizan siempre en el tiempo prescrito, cualquiera que sea la habilidad ó la inexperiencia de las personas encargadas por la suerte del cuidado de esas fiestas, más dispendiosas que una expedición naval, y cuya suntuosidad no tiene semejante en parte alguna, mientras que vuestras flotas llegan siempre

demasiado tarde? Porque para esas fiestas la ley ha reglamentado todo. Cada cual conoce, mucho tiempo antes al coregio, al gimnasiarca de su tribu, lo que debe hacer, cuándo, con qué manos, qué suma recibirá; aquí nada hay imprevisto, indeciso, descuidado. Para la guerra, por el contrario, y los armamentos no hay ninguna orden, ninguna regla, ninguna precisión. A la primera alarma se nombran trierarcas, se procede á los cambios (1), se sueña con recursos pecuniarios. Después de esto, se decreta el embarque del meteco, luego del liberto, en último término del ciudadano. Durante todas estas dilaciones, las plazas, hacia las que hubiéramos debido volar, han perecido. Porque el tiempo de obrar se consume en preparativos; la ocasión no espera nuestras lentitudes, nuestros rodeos, y las fuerzas reunidas en el intervalo y con las que contábamos, son impotentes en el momento decisivo.»

Sin hablar de los vicios de la organización militar y financiera, el ateniense cuenta siempre con el vecino; quisiera aplicarle la ley y sustraerse él mismo á ella. Se deja arrastrar á la acción lo más tarde posible, con la esperanza, secretamente acariciada, de escapar á una necesidad penosa. He aquí cómo en Pydna, Potidea, Metona, Pagaso, llegan justamente á tiempo para ser testigos de los triunfos de Filipo y de su propia confusión. «¿Sabrá el pueblo conducir un negocio, conocer los lugares, las ocasiones, los momentos,

(1) Todo ciudadano que se creía impuesto indebidamente ó con exceso, tenía derecho á pedir que uno más rico se encargase de su *liturgia*. Si este último se negaba bajo pretexto de que sus recursos no le permitían soportarla, la ley le obligaba á cambiar sus bienes con los del demandante; ley equitativa, en principio, pero fuente de dilaciones y de debates muy perjudiciales á la concordia de la ciudad y á la prontitud de las operaciones militares.

aprovecharse de esto? No, no lo sabrá»; y el ateniense menos que otro. Todo en Atenas es caprichoso, tumultuoso; no hay decididos impulsos, consejos seguidos, autoridad única. Todo se hace por pasión intermitente, por sobresaltos y sacudidas. ¡Qué diferencia con el déspota invasor! Su hacienda se encuentra en buen estado; sus soldados, aguerridos, están siempre sobre las armas. Lo que juzga de oportunidad, lo hace al punto sin deliberación pública ni proclamación de decretos. No es ni calumniado ante los tribunales, ni acusado como infractor de las leyes, ni responsable ante nadie, como árbitro universal y amo absoluto. Frente á tal adversario, ¿qué vemos? Un pueblo agravando con el derroche del tiempo uno de los vicios anexos á la constitución democrática, una multitud «cegada, á lo que parece, por un genio malo», un «viejo delirante»: la frase es de Esquino.

En Aristófanes, los oradores favoritos del pueblo le miman y le engañan; en tiempo de Filipo le adulan y le traicionan. El espíritu de venganza impulsó á Alcibiades á la desertión de su patria. El ambicioso tránsito quiso castigarla de su pretendida ingratitud, empleando contra ella los talentos que estima mal pagados. Después, consumado el castigo, volvió á ella, tanto más querido cuanto más había hecho sentir el precio de sus favores. El regreso del victorioso fué un triunfo. «Los atenienses alababan lo que había hecho por la ciudad, y no admiraban menos lo que hiciera contra ella.» En la época macedónica, los deberes para con la patria no eran mejor conocidos, y las acciones feas nacían de una fuente más impura que las heridas del orgullo: la venalidad. «Ha caído sobre Grecia un contagio, mal terrible y cruel.» Magistrados y particulares, todos solicitan á porfía el oro del

macedonio y la servidumbre. La epidemia ha empezado en la Tesalia, penetrado en el Peloponeso, provocado las matanzas de Elida, y embriagado con una locura furiosa á miserables que, para elevarse unos sobre otros, y desde allí tender la mano á Filipo, se han manchado con sangre de sus prójimos y de sus conciudadanos.» Lejos de parar allí, la peste ha ganado Arcadia, Argólida; hela aquí, en Atenas: «Mientras que no se propaga, velad sobre vosotros, atenienses; denigrad á los que la han importado. Si no, temed el que reconozcáis la utilidad de mis avisos el día en que se haga imposible el remedio.» La lepra, en vano señalada en 342, continuó propagándose; el orador del discurso de la *Corona* debía recordar (330) los tristes efectos. En este respecto los atenienses hubieran tenido que recibir lecciones de los espartanos. Pausanias sacrificó los intereses de Lacedemonia al furor de Jerjes. Convicto por los éforos, se refugia en el templo de Minerva; su madre acude á colocar la primera piedra para tapiar la puerta. Atenas no tomaba tan en serio las cosas. ¿Son verdaderamente traidores los amigos de Filipo? Algunos los llaman amigos de la paz, conservadores, campeones de los verdaderos intereses del Estado, como lo fueron Fouché y los auxiliares de los aliados en 1815. Los atenienses olvidan distinguir al ciudadano sincero que se engaña del egoísta que se prefiere á la República. En otro tiempo, Arthmios de Zelia, ciudad asiática, llevó oro de los persas al Peloponeso. Los antepasados de los atenienses, que combaten á Filipo, le declararon enemigo é infame á él y á su raza, y le pusieron fuera de la ley. En otro tiempo, los atenienses, guardianes celosos de la dignidad, de la salvación de Grecia, grababan en bronce la infamia de los co-

ruptores. ¡Cuánto han cambiado los tiempos! «Envidia contra aquel á quien el oro ha seducido; risa burlesca, si lo confiesa; perdón, si es convicto de ello; odio contra su acusador»; tales son los sentimientos despertados por el tráfico de la patria. ¿Hay que asombrarse, después de esto, de que los macedonios del Pireo pululen y ostenten, al abrigo del desprecio, una descarada simonía? Votos, decretos, administración, guerra, hacienda, todo se vende «como en pleno mercado»; sobre todo, predicán la paz á dinero contante. Rivalizan de emulación en hacerse comprar. «Filipo no bastaba para escuchar las proposiciones de los traidores, y no sabía qué presa hacer primero. Se apoderó de un golpe de quinientos jinetes con sus armas, entregados por los jefes mismos; captura hasta entonces sin ejemplo. Luz del día, suelo de la patria que sus pies tocaban, templos, tumbas, los culpables no volverán á ver nada, ni siquiera la fama que iba á derramar la infamia sobre tales acciones; ¡hasta tal punto la venalidad ateniense extravía y hace delirar á los hombres!»

Filipo, cierto es, no desperdiciaba ocasión alguna, como lo hizo en Dium, después de la toma de Olinta, de ostentar una magnificencia liberal que deslumbraba á la pobreza árida de los griegos. Ateneo nos ha transmitido la descripción de una comida de bodas macedónica, suntuosa y espléndida, capaz de dar celos á Trimalción. Los convidados de Kannes vuelven del banquete, no tan sólo repletos deliciosamente, sino llenos de copas, de vajilla de oro y de plata, enriquecidos para toda su vida. ¡Que vaya ahora un ateniense á hablarles de la colación de la fiesta de las *Marmittas*! Le enviarán, burlándose, á comer roscas y cebollas. Ignoramos la lista de las comidas ofrecidas por

Filipo á sus huéspedes de Atenas; conocemos sus libertades. Uno trae de Macedonia maderas de construcción con las que llenará su casa; otro, ovejas, caballos; á los obreros más útiles, los más ricos salarios. Filócrates, principal autor de la funesta paz que lleva su nombre (347), recibió tierras por valor de un talento de renta, sin contar el trigo y el oro con que comerciaba abiertamente en la mesa de los banqueros de la agora. Trajo de Olinta mujeres libres, cautivas destinadas á sus placeres, y con esto le ven dar la vuelta al mercado, y, como buen entendedor, «comprar muchachas y pescados». Demóstenes nombró á varios de esos traficantes de la familia helénica, cuya elocuencia tenía una tarifa común: «No me bastaría el día para decir sus nombres.» Pinta á los menos desvergonzados realizando su fortuna inmueble y retirándose á Macedonia; muestra en la misma Macedonia á esos impuros, sentados á la mesa de Filipo, y, con la copa en la mano, bebiendo por la libertad pública. Tales costumbres justificaban los desprecios insultantes del príncipe comprador de Grecia. Ved de qué manera habla de los raros oradores que permanecen fieles: «Me sería fácil, arrojando un poco de oro, detener sus injurias, convertirlas en elogios. Pero me avergonzaría de que me viesen comprar la amistad de semejantes hombres.» Justifican también este grito de Demóstenes: «Somos nosotros quienes hemos armado á un enemigo formidable contra nosotros mismos. Quien lo niegue, que comparezca y me diga en dónde ha adquirido su fuerza, si no es en el seno de Atenas, ese Filipo. «En efecto, ¿no era Atenas la que enviaba diputados que se apresuraban á denigrar á su patria cerca de él?» El pueblo, inquieta multitud, es la menos estable de todas las cosas, la más ondulante. Es la

onda que un soplo caprichoso agita sobre el mar. El uno viene, el otro va; nadie se cuida ni se acuerda de los asuntos públicos. Necesitas, pues, tener en Atenas amigos que te lo arreglarán todo á tu gusto. Procura este apoyo, y harás lo que te plazca entre los atenienses.» Filipo no desdeña estos consejos; le cuesta mucho menos hacerse con unos cuantos hombres que conciliarse la ciudad entera con procedimientos dignos; de todos modos, le va bien.

Los mismos que calumnian á Atenas en su presencia, le exaltan cerca de los atenienses. No, jamás se vió hombre «tan simpático, tan amable»; es apuesto y elocuente, es «el más griego» de los que no lo son, ¡y qué bebedor! No añaden que aquel príncipe perfecto paga muy bien, pero los atenienses, listos, lo adivinan. Gracias á la convivencia de estos aliados, difiere tres meses los juramentos que le ligarán por algún tiempo las manos. Mientras tanto, acapara por todas partes; estima buena presa aquello de que se haya apoderado antes de firmar la paz.

En Atenas encontraba cómplices, siempre dispuestos á hacerse eco de sus falaces promesas, á veces hasta sobrepasarlas. Bien se vió esto con el tratado de paz de 347, del que Filócrates, Esquino y sus secuaces dejaron pérfidamente excluir á los fóceos contra la voluntad de Atenas. ¿Cómo no hubiera sido el pueblo juguete de las maquinaciones de aquéllos? Enviados cerca de Filipo á fin de tratar directamente con él, y de examinar en el terreno el verdadero estado de las cosas, eran la única autoridad oficial á la que se pudiera dar crédito; sus mentiras, hábilmente forjadas, hacían fe. La historia contemporánea ofrece ciertos ejemplos de estos engaños de una nación por los ministros encargados de ilustrarla, y que la arrojan en

aventuras fatales, mediante terminantes declaraciones. Si, decía Esquino, Filipo ha franqueado las Termópilas, ¿qué importa?, no os alarméis; todo saldrá según vuestros deseos; dentro de dos ó tres días, diréis que se ha convertido en enemigo de los que parecía amigo, y amigo de los que se decía enemigo.—Atenas se vió á menudo engañada por estas fantasmagorías de sus oradores; pero á menudo también fué víctima de sus propias ilusiones, y de faltas imputables sólo á ella. Tenía razón de gritar traición; pero ¿no era el pueblo entero el primero en traicionarse por sus debilidades y sus locuras? «¡Oh dioses!, hemos sufrido todas estas rapiñas; hemos, si me atrevo á decirlo, trabajado con él, ¡y vamos á buscar los autores de nuestros males!, porque hartó sé que no se nos ocurrirá declarararnos culpables. En los peligros de la guerra, ningún fugitivo se acusa, sino que acusa á su general, á su compañero; acusa á todo antes que á sí mismo. Sin embargo, todos los fugitivos constituyen la derrota. Tal acusador pudo mantenerse firme, y si todos se hubieran mantenido firmes, se hubiera vencido.»

Por lo menos, jamás Atenas acusó á Demóstenes: era de justicia. Nadie se consagró con más pasión á la difícil obra de la salvación común. En tiempos de Filipo, Atenas contaba tantos ciudadanos (unos veinte mil) como en los días en que rechazaba á los bárbaros y disputaba el imperio á Lacedemonia. Conservaba sus fuerzas numéricas, no su virtud. Veamos qué recursos empleó Demóstenes, ciudadano, político y orador, para tratar de devolvérsela y salvar así la libertad.

CAPITULO III

DEMÓSTENES.—EL HOMBRE.—EL CIUDADANO

«Fué el más honrado de los oradores de su tiempo, después de Foción.» (PLUTARCO: *Vida de Demóstenes.*)

En Demóstenes, el ciudadano, el político, el orador estuvieron á la altura de la tarea que se impuso voluntariamente. Antes de entrar en la carrera política, el hijo del armero, amenazado de ser espoliado en sus bienes, decía á los jueces: «Todavía no me habéis puesto en la prueba, y no sabéis lo que puedo ser para el Estado; pero es de esperar que no le seré menos útil que mi padre.» Esta modesta previsión del joven de diez y nueve años se vió más que justificada. Cuarenta años después, el patriota desterrado tenía el derecho de escribir á sus conciudadanos, pidiéndoles la revisión de su proceso: «No le cedo á nadie en cariño hacia el pueblo. Ninguno de mis contemporáneos ha hecho más por vosotros ni os ha dado más prendas de su abnegación.»

I. EL HOMBRE.—Demóstenes demostró, desde su adolescencia, un carácter formado para la lucha. El atleta, que debía un día alzarse con todo su vigor con-

tra Filipo, hizo primeramente sobre sí mismo el ensayo de sus fuerzas. Peor dotado que algunos de sus rivales en elocuencia, resolvió reparar la obra de la naturaleza y rehacerse. Su tenacidad venció. Su firmeza, consagrada por la leyenda como todo lo que hiera la imaginación de los hombres, hizo decir á Valero Máximo: «Si su madre dió á luz un Demóstenes, el arte engendró otro con esfuerzo.» Varias veces Esquino lanzó, como una injuria, á Demóstenes el calificativo de escita. «Demóstenes no es ni de nuestro suelo ni de nuestra raza...; por su madre, es un escita, un bárbaro, griego solamente de lenguaje, corazón demasiado perverso para ser ateniense.» Su abuela, en efecto, fué una mujer del Bósforo. La rigidez de su carácter, desprovisto de la ligereza y la gracia atenienses, se debe tal vez á la influencia de la sangre materna. En todo caso, su juventud no fué, en modo alguno, semejante á la de los hijos de familia de Atenas, sino digna más bien, en ciertos respectos, del joven Anacarsis. Sus veladas son célebres. ¿Quién las ignora?, dice el autor de las *Tusculanas*. «Se afligía si le sucedía que un artesano se pusiera á la obra antes que él.» Según su propio testimonio, se hizo orador consumiendo más aceite que vino; aceite que no era el de la palestra. Esquino le censura por no haber cuidado en los gimnasios del bienestar de su cuerpo. Tampoco la caza tenía encanto á sus ojos; desdeñaba las diversiones apetecidas de sus compañeros de edad. Los oradores de Atenas han deducido más de una vez presunciones desfavorables de la indiferencia de sus adversarios por las diversiones habituales de Atenas. Pasar gratamente el tiempo charlando en casa de los banqueros, del perfumista, del barbero, era uno de sus gustos favoritos. Aristogitón no lo compartía; vi-

vía extraño á las dulzuras de la sociedad. Su acusador le censura por ello como de un delito. También Demóstenes buscó el aislamiento; ¿para qué?, para sustraerse á la charla, á los artificios de una retórica, codiciosa de los bienes ajenos. Así habla el acusador de Clesifón. Plutarco da detalles curiosos, si no auténticos, sobre las prácticas estudiosas del tenaz luchador. La cabeza, medio afeitada; el subterráneo; el espejo grande, ante el que declamaba; la espada, suspendida sobre el hombro, para reprimir un alzamiento que le afeaba; las piedrecillas en la boca; en fin, los diversos ejercicios penosos ó raros, destinados á corregir las imperfecciones de su voz, son, por lo menos, indicios de la impresión que dejó á los antiguos una fuerza de voluntad hecha tradicional.

Plutarco desea que los efebos vayan al gimnasio y á la caza, ejercicio más noble que la pesca. Esta tiene, sin embargo, una ventaja: no obliga á la fatiga, la enemiga de las ciencias, según Platón. A Demóstenes no le gustaba ni una, ni otra; no era aficionado á correr los bosques como Hipólito, y consagraba sus horas de ocio á placeres que el púdico amigo de Diana hubiera desaprobado. Antes de que su rudeza en perseguir á sus tutores le hubiese dado el sobrenombre de Argas (especie de serpiente), su adolescencia recibió, no de su nodriza, sino de la fama, el apodo de *Batalos* (tartamudo); las costumbres de su edad viril no fueron irreprochables. Diversos alegatos de Demóstenes pintan á lo vivo las costumbres de la juventud dorada de Atenas. Tal vez el acusador de Conon y de Neera recargó un poco las tintas. Los elogios tributados á la vida de familia de los atenienses por el adversario de Aristogitón, no pueden ser sospechosos de exageración: «Naturalmente buenos é indulgentes

los unos con los otros, os comportáis en esta ciudad como lo hacen las familias en sus hogares. Tal casa está formada por el padre, por hijos ya hombres, y tal vez también por los hijos de los últimos. Entre estas tres generaciones hay, necesariamente, numerosas y profundas diferencias de gustos: la juventud no habla ni obra como la ancianidad. Sin embargo, si los jóvenes son discretos, procuran que no se sepa lo que hacen, ó, por lo menos, demuestran claramente la intención de ocultarse. Por su parte, si los ancianos reconocen que los jóvenes se entregan un poco más de lo debido al gasto, al vino, á los placeres de su edad, lo ven sin que parezca verlo. Así, cada cual sigue sus gustos, y todo va bien.» Timarco es un libertino incorregible. ¿Qué hacer? Dejarle con la suya, con esta simple restricción: «En cuanto á los que dan caza á la juventud, presa siempre fácil de coger, obligadles á que se vuelvan hacia los extranjeros y los metecos. Así podrán satisfacer su pasión sin perjudicaros.» Muy mal ciudadano sería Timarco si no se acomodara á una concesión tan conciliadora. Esquino afecta asociar los nombres de Demóstenes y de Timarco. No sabemos qué pensar de estas calumnias del odio; pero de la calumnia siempre queda algo. «Si te quitaran esas frías vestiduras, esas suaves camisetas con que te engalanas cuando escribes discursos contra tus amigos, y las entregasen á manos de los jueces, no sabrían, me parece, á menos de estar prevenidos, si esas vestiduras pertenecen á un hombre ó á una mujer.» Demóstenes, á ejemplo de Hipérides y de muchos otros, tuvo costumbres fáciles y gustaba de las diversiones sobre las que los ancianos atenienses cerraban los ojos; exceptuaba el vino. ¿Se abstenía por gusto, ó por cálculo? ¿Ha de añadirse esta prescripción del jugo de la vid á

las pruebas voluntarias que le imponía su deseo de alcanzar la elocuencia? Al revés de Horacio, el agua era tal vez su Hipócrenes: Cleón. «¿Quieres que te diga lo que te ha ocurrido? Tú, como tantos otros, has ganado una causa poco importante contra un extranjero. Lo has pregonado por las calles, se lo has dicho á cuantos encontrabas. ¿Has bebido mucha *agua* para inspirarte?» *El salchichero*.—«¿Qué es lo que bebes para aturdir así con tus gritos á la estupefacta ciudad?» Cleón sigue el régimen de Filócrates: «Riega un atún bien caliente con un frasco grande de vino puro.» El método de Demóstenes es diferente. Tiene más necesidad de calmarse que de animarse. Eratóstenes nos habla de sus transportes báquicos; Demetrio de Falerio, de su «entusiasmo» en la tribuna; ¿qué hubiera sido si le gustara el vino? Pitágoras proscribía la uva como contraria á la serenidad de la meditación filosófica. Nuestro orador desconfía también del excitante licor de Baco, y su buena intención se vuelve contra él. Los bebedores de agua son malos. Demóstenes dirá que le aplican á menudo ese epíteto, al lado del de moroso, de áspero. Solón, hasta en su vejez, gustó de los dulces presentes de los dioses sonriente; Demóstenes, voluptuoso, de frente severa, parecía no desarrugar nunca el ceño. Semejante contraste marcó su vida; acusó en él una sensibilidad accesible á las debilidades humanas, y una firmeza austera para dominarse en cuanto un interés superior de su elección le imponía el deber de hacerlo.

Este hombre, duro á veces consigo mismo, lo fué siempre con los enemigos de su patria. El humor adusto señalado por sus adversarios políticos no tenía nada de particular en un ciudadano afectado por los peligros de Atenas y por las amarguras de la des-

igual lucha que por ella sostenía. Los tristes pensamientos de su alma ensombrecían sus facciones. A ese orador de rostro preocupado, de predicciones siniestras, le tratarán de *maldito*, después de Queronea. Antes del desastre, Esquino se había contentado con burlarse del carácter adusto, de las maneras groseras de Demóstenes. ¡Qué diferencia, en efecto, entre aquellos dos consejeros del pueblo! El uno, ligero, amable, tiene las sonrisas y la indulgencia de Filinto. Tuvo el buen gusto de no entristecer nunca á nadie; jamás provocó ningún destierro. Ve las cosas por su lado agradable, y se acomoda á los tiempos; ama á Atenas, á la libertad de Atenas, como Filinto ama la verdad y la virtud, un poco menos que á su comodidad, y á condición de que no le cueste nada. Demóstenes no es, como él, un hombre galante. Injuria á los macedonios para que se crea que es enemigo de ellos; insulta á Filipo, á riesgo de comprometer la ciudad; es brutal, grosero; no sabe vivir. No tiene entrañas: su hija, la primera que le dió el dulce nombre de padre, ha expirado hace apenas siete días. ¡Demóstenes, coronado de flores, vestido de blanco, celebra la muerte de Filipo en un sacrificio público! Viola las leyes más sagradas de la naturaleza y de la religión. Se atreve á decir en público que se cree más ligado por los deberes del patriotismo que por los derechos de la hospitalidad. Hace que den tormento á un oritano, acusado de alta traición, el cual, en otro tiempo, le acogió bajo su techo. Acusa de prevaricación á sus colegas de embajada, aun después de haber tomado parte con ellos en la comida del Printáneo. Enemigo ciego de Alejandro, impulsa, desde el fondo de su destierro, á los atenienses á la rebelión; su temeraria obstinación es la de un energúmeno.—Estos dardos emponzoña-

dos de Esquino pretendían mortificar á Demóstenes, y en realidad le honran.

Esquino le calumnia aun cuando le acusa de haberse vendido á los enemigos de la República. En Demóstenes, el ciudadano fué irreprochable, si el hombre no lo era. Como Mirabeau, Demóstenes gustó del dinero, y por las mismas razones. Plutarco le censura por haber puesto dinero sobre las naves, lo que se consideraba entonces como la mayor usura. Los modernos son, con razón en este punto, menos severos que los antiguos. El dinero es un género como otro cualquiera; el comercio de dinero es, por lo tanto, legítimo en tierra y en mar. Plutarco forma á Demóstenes un proceso de lucro, igualmente poco sólido; el orador ateniense no desempeñó nunca ningún cargo considerable, como Cicerón. ¿Quiere dar á entender el biógrafo que se hubiera enriquecido tal vez como el acusador de Verres, ó que á la cabeza de un ejército no hubiera sido ni más escrupuloso ni más celoso de los bienes ajenos que Diófito ó Timoteo? Tales acusaciones estarían fuera de lugar: rara vez faltan ocasiones á quien quiere delinquir. Esquino y los amigos poco gratuitos de Filipo lo probaron bastante. A Demóstenes le agradaban el lujo y sus goces; nadie le probó nunca que, para satisfacerlos, faltase á sus deberes de ciudadano. La elocuencia del logógrafo bastaba para proveer á ello. El mismo afeó más de una vez en sus informes, en nombre del pleiteante, la venalidad codiciosa de los traficantes de discursos. Esquino está en su derecho al censurarle por haber merecido que le fuesen aplicables sus propias invectivas contra los oradores ávidos; pero ¿podían compararse sus ganancias, cualesquiera que fuesen, con las de Filócrates? El autor de las *Vidas de hombres ilustres* ex-

presa el sentimiento, y todos lo comparten, de que Demóstenes «no fuese bastante fuerte contra los presentes». En efecto, esta cualidad hubiera colmado su gloria; pero todavía es hermosa la que sus debilidades le dejaron, y Plutarco lo reconoce; si Demóstenes, en algunos puntos, no escapó á los vicios comunes de Atenas, fué, con todo, el orador más honrado de su tiempo, después de Foción. No era mérito escaso, durante el período macedónico, el ser, no diremos perfecto, sino de una virtud media, única á la que pretendió Demóstenes.

La elocuencia era el gran resorte de Atenas, pero con harta frecuencia la ponía en movimiento el oro. Sin hablar de la corrupción de los magistrados y los jueces (así se libró de la muerte Cares y sucumbió su colega Lisicles, gracias á sus inmensas riquezas), los oradores de Atenas vendían alternativamente su palabra y su silencio. Aquellos cuyas cabezas pidió Alejandro, debieron su salvación á los cinco talentos aceptados por Démado para sustraerles, mediante un hábil expediente, á la venganza de su amigo el príncipe macedonio. En el asunto de Harpales, el mismo Démado se burlaba del *reuma* de dinero (*argyrancia*) imputado á Demóstenes.

Sabido es de qué manera pagaba Filipo á sus partidarios para hablar ó para callarse. El hábito de los triunfos fáciles cerca de aquellas conciencias venales le inspiraba, respecto á los consejeros íntegros de Atenas, frases injuriosas, visiblemente mezcladas de despecho: «... Me avergonzaria de comprar la amistad de tales hombres.» Creemos poco en un escrúpulo de delicadeza por parte de Filipo; si no sedujo á Demóstenes, no fué desdén, sino impotencia. Comprar á Demóstenes, hubiese sido terminar la guerra de un gol-

pe. Pero si el celoso patriota aceptaba el oro de los medas para sacar armas contra los macedonios, como las potencias europeas recibían sin escrúpulo de Inglaterra el oro destinado para combatir á Napoleón, jamás se manchó las manos con dones enemigos. En el discurso en que logró, á fuerza de razón y de sentimientos elevados, calmar á los atenienses, irritados contra él; en medio del doble azote de la peste y de la guerra, Pericles recuerda sus principales títulos á la confianza de aquéllos, y especialmente su integridad superior á sus riquezas, cualidad rara, puesto que el historiador cree que debe insistir en ella, como sobre una de las causas de su largo poder: «Pericles, tan eminente por su inteligencia como por la consideración de que estaba rodeado, manifestamente invencible á la seducción de los presentes, contenía á la multitud; no se dejaba conducir por ella, sino que él la conducía.» La integridad política de Demóstenes fué, igualmente, uno de los secretos de su fuerza contra Filipo y de su ascendiente en Atenas. «Si, en todas ocasiones, está probado que he previsto el porvenir mejor que los otros, no me envanezco por ello, y no me creo de una sagacidad singular. A dos causas, atenienses, atribuiré todo el honor de mis luces y de mis presentimientos: la primera, es á la fortuna...; la segunda, al desinterés con el que juzgo y razono de todo. No, nadie podría mostrar un solo presente afecto á mis actos, á mis palabras en el ministerio.» El dinero es el arma ofensiva del ambicioso; todo usurpador establece su fuerza sobre la corrupción. Mientras que Filipo compraba á Grecia más que la vencía, la integridad de nuestro orador permaneció impenetrable á la seducción. En esto también adquiría el derecho de compararse á Pericles, y de hablar como él de

su honor: «Si se pregunta por qué medios Filipo triunfó en todas sus empresas, todos responderán: por su ejército, por sus larguezas, por la corrupción de los que estaban al frente de los asuntos... Rechazando su oro, vencí á Filipo; porque si el comprador triunfa del traidor que se vende, el que permanece incorruptible triunfó del seductor. Luego Atenas fué invencible por parte de Demóstenes.»

Demóstenes alude varias veces á la censura de timidez que le dirigían. «Es blando, sin atrevimiento; aconseja la guerra, y no osa proponerla por decreto.» En efecto, se niega á ello en la cuarta *Filípica* (341), y explica su negativa por motivos de prudencia. Conocida es, á este propósito, la altiva respuesta de Hegesipo: «¡Lo que propones es la guerra! Sí, la guerra, y con ella los duelos, los funerales públicos, los elogios fúnebres, todo lo que debe hacernos libres, y rechazar de nuestras cabezas el yugo macedónico.» Demóstenes no lo toma tan por lo alto; no disimula su temor de que le traten, en caso de revés, como lo serían más justamente los traidores. El año anterior (342) apartó su causa de la de Esquino, diputado prevaricador, y desaprobó los criminales manejos en cuya expiación temía ver, en los días de cólera, envuelta su inocencia. En la tercera *Filípica* se acuerda de Eufreo el Oritano: «¡Antes morir mil veces, que complacer cobardemente á Filipo, y que entregar algunos de vuestros fieles oradores!» Demóstenes no se alaba al decir que preveía el porvenir: Esquino debía acusarle de haber arruinado á Grecia, y Alejandro reclamar su cabeza. Desde 352, en la primera *Filípica*, se declara resignado á sufrirlo todo, si el éxito le engaña, y al mismo tiempo quisiera estar seguro, dice, de que le sea tan ventajoso dar buenos consejos como á los

atenienses recibirlos. A pesar de su incertidumbre, los da, sin embargo, porque los sabe útiles. A menudo, «la audacia nace de la ignorancia, y la vacilación de la reflexión; el alma verdaderamente fuerte es la que percibe con claridad en dónde está el placer, en dónde el dolor, y no se deja, sin embargo, desviar por los peligros.» Demóstenes ve el peligro; sin falsa vergüenza ni fanfarronería, se reconoce afectado, y valientemente le desafía. En estas condiciones, la prudencia circunspecta de ciertas timideces aparentes demuestra, si así puede decirse, el valor de los principios y de la conducta general.

Según Esquino, Demóstenes carecía de aplomo ante las multitudes: «En cuanto al valor, poco tengo que decir; si no confesara él su cobardía, y si vosotros no estuviéseis convencidos de ella como él, os lo probaría. Però, puesto que él mismo la reconoce en nuestras asambleas, y vosotros no tenéis duda alguna en este punto, no me queda más que recordaros las penas aplicadas á los cobardes.» Así debía hablar un enemigo; algunas líneas de la *Midiéna* implican una confesión discreta de su facilidad de turbarse.

Midias trata de obtener de él un sobreseimiento á precio de oro. A la vista del banquero Blepeos, que se acercaba á Demóstenes, el temor de verle aceptar un acomodo hizo prorrumpir al pueblo en tales gritos, que el orador, espantado, dejó allí su manto y echó á correr, «casi desnudo, nada más que en camiseta», perseguido por el hombre de negocios. El huir ante el oro y los gritos, es ciertamente de un hombre muy impresionable; Demóstenes lo era, en efecto, en grado poco común. No siempre tenía la firmeza que permite mirar cara á cara sin temblar las situaciones en que la sangre fría es necesaria, aun aparte de todo peligro.

Demóstenes tiene una naturaleza nerviosa y sensible; Esquino le compara á una mujer por la viveza de los sentimientos, y le censura por llorar con más facilidad que los otros ríen. Es, como sucede á menudo, muy firme, muy decidido en sus ideas, tímido en sus actos; un nada le perturba. No le distingue el *nil admirari* que constituye la virtud y la felicidad del sabio Horacio; era hombre que se asombraba de las menores cosas; ¡harto le hizo sufrir esa debilidad! Enviado de embajador á Alejandro, acampado entonces bajo los muros de Tebas, le acomete el pánico en el camino, y se vuelve con la precipitación de un «fugitivo». Asustados de la marcha de Alejandro sobre Tebas sublevada, los atenienses encargaron á unos diputados que anunciaran al hijo de Filipo que reconocían su hegemonía y le tributaban honores divinos. El autor de las *Filípicas* no tuvo valor para pasar el Citerón é ir á depositar á los pies de un príncipe, del que se había burlado, el testimonio de la humillación de su patria y la suya propia. ¿Nos atreveremos á censurarle por ello? Si el sentimiento que inspiró la retirada de Demóstenes es el que creemos, la burla de Esquino es de las que enaltecen. Mas ¿por qué aceptar una misión si no se está seguro del valor de realizarla hasta el fin? Demóstenes temía, tal vez, turbarse ante el joven conquistador, como le pasó con Filipo. En presencia de la corte del Macedonio, y sin la excusa del aparato militar que debía un día paralizar la elocuencia, de ordinario fácil, del defensor de Milón, el diputado de Atenas perdió la memoria y balbuceó; desgracia sensible para un orador, colega de Esquino. La naturaleza, dominada por Demóstenes en la tribuna del Pnyx, fué en Pella la más fuerte. Otros antes que él, y de los menos tímidos, conocieron esos desfalleci-

mientos. Alcibiades carecía de seguridad en la tribuna, y más de una vez se cortó en ella. Un día, al arengar al pueblo, deja escapar una perdiz. Los atenienses corren tras ella, la cogen y se la devuelven. ¿Premeditó Alcibiades, que gustaba de las diversiones, ésta para disimular una traición de su memoria y darse tiempo para serenarse? Idolo de los atenienses, sabía, sin embargo, que no hablaba ante oyentes hostiles; Demóstenes, frente á Filipo, perdía la serenidad como ante el enemigo.

Su timidez era demasiado manifiesta para que pensase en negarla; podía solamente tratar de hacer la apología de ella. «Atrevido, descarado, imprudente, no lo soy ni deseo serlo. Sin embargo, me estimo mucho más valiente que esos intrépidos hombres de Estado sin vergüenza. Juzgar, confiscar, hacer dádivas con los bienes ajenos, acusar, sin atender á los intereses de la patria, esto no requiere ningún valor. Cuando se tiene por prenda de su propia salud el mérito de hablar, de gobernar para agradaros, la audacia no tiene peligro. Pero resistir á menudo, por vuestro bien, á vuestros deseos, daros consejos no agradables pero siempre útiles, seguir una política en donde la suerte vence más á menudo que el cálculo, y declararse, sin embargo, responsable ante vosotros del cálculo y de la suerte, he aquí el hecho del hombre de corazón.» Esquino se burla de su cobardía. Y tú, replica Demóstenes, «¿no has vivido, durante las prosperidades de la patria, la vida de una liebre? Temeroso, temblando, esperabas constantemente los castigos debidos á los crímenes de que te acusaba la conciencia. En el día de nuestras desgracias, tu seguridad ha llamado la atención de todos». La timidez del carácter de Demóstenes realza el mérito del ciudadano, resuelto á afrontar

los peligros anejos al papel político que el honor le había mandado elegir. ¿Era cobarde el orador que, lleno de sarcasmos, de gritos, de amenazas, y á riesgo de «ser despedazado», rechazaba, inquebrantable en sus ideas y en su celo patriótico, los asaltos de las fieras desencadenadas contra él? A veces pareció que vacilaba en comprometerse. ¿Para qué granjearse enemistades sin beneficio para la cosa pública? Pero cuando lo exigían circunstancias solemnes, al día siguiente de Elatea y en la víspera de la alianza con Tebas, lejos de recatarse, se entregaba por entero, sin reservas, al interés común. El valor cívico tiene su precio, cuando la patria en peligro nos llama, y el sentimiento del deber impulsa á un ciudadano á desafiar, solo ó por encima de todos los otros, los azares y las responsabilidades del porvenir. Cicerón, reconfortado por Catón, tuvo ese valor contra Catilina; Demóstenes lo tuvo contra Filipo, sin otro aliado ni inspirador que el Genio de la Atenas del pasado.

El cómico Timocles pinta á Demóstenes como un batallador «de mirada marcial». La ironía es sangrienta, si se piensa que aquél guerrero había de huir en Queronea. Aquí es donde habría que pasar la esponja, correr la cortina. Sin embargo, si Bourdaloue señaló las seis circunstancias atenuantes del «eclipse» de Luis de Borbón á la cabeza del ejército español, equitativo es no paliar la falta de Demóstenes, sino mostrar por qué se la perdonaron sus compatriotas. En este punto, Esquino, soldado valeroso, podía clamar contra el belicoso orador, desertor de su puesto: —La ley de Solón condena á la degradación civil al cobarde que tira su escudo; ¡y él reclama una corona! —En vano Demóstenes, á fin de escapar á los golpes de su adversario, se escuda tras su cualidad de ora-

dor; en la tribuna, en los consejos públicos, en las embajadas, he servido al Estado mejor que nadie. El mí-
ministro de Atenas ha cumplido siempre con todo su deber; que el político absuelva al soldado.—Esta apología es más hábil que sólida; tanto valía responder á los sarcasmos de Esquino con este verso proverbial que Aulo Gelo pone en boca de nuestro orador: «El que huye, puede combatir de nuevo», sentencia tomada sin duda del poeta Horacio, al regreso de Filipo. «Sí, amigos míos, he huido, pero con vosotros.» Así replicaba, sin turbarse, Jenofonte, no simple soldado, sino estratega, á sus compañeros de derrota. Del mismo modo Demóstenes siguió la derrota general; huyó del campo de batalla, pero al fin á él fué. Mientras que se sustraía, vencido, á las flechas de los macedonios, ¿qué hacía Esquino? Esquino ha descuidado el decirnoslo. ¿Estaba á retaguardia del ejército de Filipo, esperando el resultado del combate, deseando tal vez la derrota que debía fortificar á su partido? El mismo nos ha comunicado al detalle sus servicios en las campañas anteriores al año 350. En ninguna parte el glorioso soldado de Tamines, coronado por su arrojo contra los eubeos, alude á su participación en la batalla de Queronea. Le hubiera sido difícil rechazar con sus armas á un enemigo al que le abrió el camino con su política complaciente. Demóstenes es digno de censura, pero no quisiéramos que Esquino se la lanzase. Esquino no hizo nada para conjurar el desastre, nada hizo para remediarle. Aun después de Queronea, era Demóstenes mejor y más útil ciudadano que aquél. La salvación de Demóstenes sirvió á Atenas más que una muerte gloriosa. El fué quien, con Hipérides, organizó la resistencia, y obligó á Filipo, con la actitud resuelta de la ciudad, á tratarla con miramien-

tos y respeto. Todas las obras reunidas del genio no valen una buena acción, considerando las cosas desde cierto punto. Sin embargo, si una de esas obras puede inspirar actos virtuosos, ¿no es cosa de testimoniar alguna indulgencia con la debilidad que la hizo posible? El autor del discurso de la *Corona* no luchó como héroe, pero este discurso inspira al heroísmo. Hubiera sido una gran desgracia para Atenas que no existiese el proceso de la corona. Porque si al luchar en Queronea salvó el honor de los helenos, al justificar el decreto de Clesifón consagró el suyo. Hay faltas afortunadas, contra las que la posteridad no siempre tiene el valor de alzarse. Que se perdone esta confesión: nos alegramos de que Demóstenes sostuviera mal, en el campo de batalla, sus máximas de lucha á todo trance. Su muerte hubiese confirmado sus discursos; pero ¡qué cara se hubiera pagado esta confirmación!; los mismos atenienses, consultados, no la habrían querido á ese precio; agradecían al consejero de la ciudad las generosas palabras que despertaran el celo; les conmovió, como á los tebanos, este magnífico rasgo: «Tebanos, nos negáis vuestra alianza; está bien, combatiremos solos. Dejadnos únicamente que pasemos por vuestro territorio para buscar á Filipo.» ¡Cuántas veces aplaudieron estos consejos viriles, sin tener la fuerza de seguirlos! Demóstenes, á su vez, se olvidó de lo que había dicho del deber de morir por la defensa de la patria; y sus conciudadanos tuvieron la equidad de no recordárselo. El orador de las *Filípicas* concebía el valor sin realizarlo; trazaba la idea de él magníficamente, como J. J. Rousseau adoraba la virtud, con pasión platónica. La debilidad humana fortificará siempre la frase de Montaigne: hay que considerar aparte la prédica y el predicador.

Jamás Demóstenes hubiera confesado públicamente su timidez, si no hubiese sabido que podía hacerlo impunemente; Atenas le dió terminantes pruebas de perdón. No hubiera sido raro que, inmediatamente después del desastre, le persiguiera el pueblo con sus resentimientos, como al autor de la pública angustia. Por el contrario, toda la ciudad se puso de parte de él; adoptó sus decretos; rechazó á los acusadores, que se querían aprovechar de las desgracias públicas para abrumarle; conducta igualmente honrosa para Atenas y el orador. No tardó en confirmarle su estimación por manera aún más saliente. Dejemos la palabra á Demóstenes; citarle aquí, es ofrecerle oportunamente la ocasión de un desquite: «Cuando, al día siguiente del acontecimiento, hubo de elegir el pueblo al orador, llamado á celebrar la memoria de los muertos, no te eligió á tí, aunque propuesto, y á pesar de tu hermosa voz; ni á Démade, que venía á pedir la paz; ni á Hegemón ni á ninguno de vosotros; fui yo. Entonces, Pítoles y tú aparecisteis en la tribuna para lanzarme, ¡con qué crueldad y qué descaro, oh cielo!, las acusaciones é invectivas que renuevas hoy. El pueblo mantuvo con más ardor su elección. Voy á decirte la razón, aunque no la ignoras: conocía mi abnegación, mi celo y vuestra perfidia, porque lo que negasteis con juramento, durante nuestras prosperidades, lo confesasteis en el momento de nuestros reveses. Os tuvieron, pues, por antiguos enemigos, á quienes las desgracias públicas daban el valor de declararse tales. Además, no creían que conviniese confiar el elogio de nuestros bravos al hombre que vivió bajo el mismo techo, participó de las mismas libaciones que aquéllos contra los cuales combatieran; que aquél que en Macedonia celebró or-

gías y cantó himnos, en que los asesinos de nuestros compatriotas celebraban los desastres de Grecia, recibiese ese honor á su regreso á Grecia; necesitábase para tal infortunio, no una voz y lágrimas de teatro, sino un alma penetrada del dolor público. Este duelo los atenienses lo encontraban en sus corazones, en el mío como en el vuestro. He aquí por qué me eligieron á mí y no á vosotros; y no solamente el pueblo; los padres, los hermanos encargados de los funerales, lo juzgaron así; la comida fúnebre, que de ordinario se celebra en casa del pariente más cercano, la celebraron en mi casa. No se engañaban; porque sí, por la sangre, cada uno de ellos era deudo de los muertos, yo les estaba, como ciudadano, más unido que nadie. Sí; el más interesado en su muerte, en su triunfo, debía, después de su desgracia (¡pluguiera á los dioses que no hubiera ocurrido nunca!), tomar la mayor parte en el dolor de todos.»

Bdelicleón, abogado de Labes, excusa en estos términos al perro ladrón: Es un pobre ignorante; «perdona, no sabe tocar la lira». La frase es cómica y profunda. El vicio tiene á menudo otras raíces más que la ignorancia; pero, á menudo también, nace de ella. Los platónicos pecaron solamente por exageración cuando confundieron la ciencia y la virtud (prevención menos peligrosa, por lo demás, que la de los cartesianos, refiriendo el error á la voluntad). La ignorancia no es la sola atenuante de la culpabilidad. Hay quien nace tonto; hay quien llega á serlo; este último es culpable, puesto que ha pervertido su naturaleza; el primero es inocente, es de nacimiento lo que es; así le hicieron los dioses. La antigüedad ha sido muy indulgente para las enfermedades imputables á la naturaleza; la falta de valor era de este número, y

por esta consideración se moderaba á veces la severidad de la censura. Isócrates no se atrevió nunca á subir á la tribuna, y pasó diez años componiendo un discurso. Evidentemente tenía interés en poner la elocuencia por encima de todo; así declara que aquella honra más al hombre que las riquezas, el *valor* y los otros dones de la fortuna ó de la naturaleza.—El autor del panegírico de Atenas ha construido joyas; es un artífice que aboga por su arte.—Sea; pero es de notar ese desdén por el valor, puro don de la naturaleza, porque implica la indulgencia á quien no le haya recibido. Esta disposición de los antiguos á absolver las debilidades de naturaleza, inspiró á Demóstenes una distinción, de la que se asombran los modernos. «Midias, dice, va á hacerse humilde para desarmar vuestra justicia; sed tanto más inexorables. Porque si, incapaz de doblegar su orgullo, hubiera sido toda su vida igualmente altivo y violento por el imperio de la naturaleza y de la fatalidad, sería justo que moderaseis vuestro rigor. Pero si, hábil á acomodarse cuando quiere á la moderación, ha adoptado un plan de vida contraria, es bien evidente que, después de haberos engañado hoy, volverá á ser mañana lo que es.»

Esto viene á decir: «Castigad á Midias sin piedad, porque no es incorregible»; y si fuera manifiestamente incorregible, ¿habría que perdonarle el castigo? La incorregibilidad probada es un argumento que hacen valer, entre los modernos, los partidarios de la pena de muerte. Por el contrario, ordenaba en ciertos casos la clemencia á los antiguos. «Hay arrebatos que son de naturaleza. Así, un hijo que compareció ante el tribunal por haber pegado á su padre, se defendió diciendo: «¡También él pegó á su padre!», y fué absuelto; porque pareció á los jueces que era aquel un débito

natural que estaba en la sangre.» «La intemperancia parece ser más voluntaria que *la cobardía*; por eso nos atrae censuras más legítimas... La cobardía no parece ser voluntaria en todos los casos cuando se los examina en detalle. No es en sí misma un dolor; pero las circunstancias en que se produce (el temor de la servidumbre, de la muerte), causan una pena que pone al hombre fuera de sí; les impulsa á tirar las armas ó á cometer otros actos tan feos; y esto es lo que hace que parezca entonces una verdadera violencia», como el acto de pegar á sus padres en virtud de una disposición hereditaria. Nos sería fácil multiplicar estas citas; todas ellas establecen que, en el pensamiento del Estagirita, el hombre no es responsable de las emociones físicas que le sacuden, ni de los actos provocados por tales emociones. Son otras tantas fuerzas que triunfan habitualmente de la naturaleza humana, y desde este punto los movimientos ó intemperancias á que cedemos, se sustraen al juicio de la moral y de la justicia humana. Un frenético se arranca los cabellos y se los come: ¿es culpable por ceder al placer de ese capricho? No, como tampoco merecería alabanzas por dominarlo, «ó por lo menos la victoria ó la derrota son aquí de muy poca importancia»; porque dependen casi por completo de la intensidad mayor ó menor de la impresión física. Ahora bien; las pasiones de naturaleza son tan excusables como las intemperancias enfermizas.

He aquí, pues, una consagración formal del triunfo del cuerpo sobre el alma, del destino sobre la voluntad. Todo se reduce á saber con qué compleción nace cada cual. Gall ha tenido predecesores en los antiguos. La metoscopia, la fisiognomía, eran las hijas legítimas de la creencia en la fatalidad, prejuicio po-

deroso, puesto que inspiraba á Esquino una especie de escrúpulo al censurar á Demóstenes un apocamiento del que solamente la naturaleza era responsable. «Tal vez sorprenderá, dice, que se haga el proceso de un vicio que depende de la naturaleza.» Y en efecto; si las disposiciones naturales son soberanas en este punto, ¿es lógico perseguirlas ante los tribunales? ¿Tuvieron derecho Isócrates á denigrar la bajeza innata de los bárbaros, y Demóstenes á honrar á los atenienses por haber obedecido al generoso impulso de su carácter nacional? Los antiguos tienen, en general, bajo el peso del dogma de la fatalidad, mal conocido y mal definido, á la libertad humana. Aristóteles la sometió, más allá de la verdad, á la influencia de las inclinaciones originales; su teoría abre la puerta á la cómoda excusa de la necesidad. No se puede decir, de un modo absoluto con Sócrates, que el valor, como tampoco la virtud, sea una ciencia. Porque el valor depende, en gran parte, del temperamento; ¿pero son la parte soberana del hombre la carne y la sangre? La soberanía del instinto veda la perfectibilidad á los animales. Pero la libertad da al hombre el poder de domar su complexión física. Sócrates justifica con sus confesiones al Lavater de su tiempo, Zopiros; pero su vigor de alma se sobrepuso á la naturaleza. Quien nace sin valor, debe adquirirlo. Turena sentía que su cuerpo se conmovía en el campo de batalla; le dominaba lanzándole á lo más fuerte del peligro. El hombre de corazón lleva su cuerpo adonde le place, lo maneja á su gusto. ¿No venció Demóstenes á órganos rebeldes, resistió á su antojo la inclinación del placer, y conquistó su elocuencia á fuerza de voluntad? Atenas, tan fuertemente templada, era digna de reparar de todo punto la obra de la naturaleza; hubiera merecido, en

una ciudad en que los poetas (Esquilo, Sófocles) manejaban alternativamente con lucimiento la lira y la espada, reunir las dos cualidades necesarias al hombre de Estado griego; debía, y era capaz de hacerlo. Su vida entera, salvo Queronea, y su muerte lo prueban. Isócrates, según la leyenda, se castiga de sus largas ilusiones, dejándose morir de hambre. Eufreo, patriota clarividente, profeta escarnecido, «se cortó el cuello», y testimonió así su sinceridad. Demóstenes prefirió la lucha amarga á la sumisión cómoda. Aquel tímido, desafió á Filipo y Alejandro; provocó la cólera mortal de Antipater. ¿Era el hecho de un hombre sin corazón? En el silencio de la deliberación moral, frente á frente con lo honrado, su alma, inaccesible al temor, cedía al impulso del deber. En medio del ruido desacostumbrado de las armas, el cuerpo recobraba su imperio, y la emoción turbadora del combate, que á veces hace olvidar su miedo á los tímidos, le arrebató su firmeza. Los atenienses absolvieron esa sorpresa de los sentidos; sintámosla, sin dirigirle las censuras injuriosas que le prodigó la enemistad. Pensemos más bien en el dolor del que seguramente estaba penetrada en aquel momento el alma del patriota, cuando, perdidas sus más caras esperanzas, abandonaba el campo de batalla, en donde se sepultaba para siempre la libertad de los helenos.

Trece años después (325) Demóstenes se alejaba del suelo de la patria, vencido esta vez por los resentimientos de sus enemigos. Condenado, con motivo del proceso de Harpales, á una multa de cincuenta talentos, encarcelado después como insolvente, logró escaparse y salir de Atica. Sin duda podía encontrar un lenitivo á la pena del destierro en la conciencia de su abnegación á los atenienses y en el sentimiento de la

ingratitude de éstos. Sin embargo, sus ojos no podían volverse hacia el Atica sin que brotaran las lágrimas. Plutarco le censura por haber dado, durante su destierro, muestras de debilidad, que responden mal á los rasgos de altiva energía de su administración. Tal enternecimiento nada tiene de particular en un alma tan sensible. Herido en su honor y separado de Atenas, Demóstenes no disimula su aflicción; pero su dolor es digno; se somete á la sentencia inicua de su patria con un respeto filial que recuerda el *Critón*. «No creáis que estos discursos me los inspira la cólera; no quiero irritarme contra vosotros. Pero la queja ofrece una especie de alivio á las víctimas de la injusticia, como el gemido á los enfermos. Tengo para vosotros la afección que quisiera que para mí tuvieseis. Tal ha sido, tal será siempre mi máxima: desde el principio he pensado que todo hombre mezclado en los asuntos debe, si es buen ciudadano, tener, respecto de todos los miembros de la ciudad, los sentimientos de un hijo para con sus padres. Desea que sean los mejores posibles, pero los sufriré tales como son con resignación benévola. La derrota en semejante caso, á los ojos de los sabios, es una victoria bella y digna. Sed felices.»

La piedad hacia la patria se asociaba naturalmente en Demóstenes á la piedad para con los dioses. Refugiado primero en Trezenes, deja esta localidad por un asilo más seguro: el templo de Neptuno en Calauria. «El respeto al dios, así lo espero, me servirá de salvaguardia. Sin embargo, ¿quién sabe? Cuando se está á merced de otros, se vive al día, sin que se esté seguro del siguiente.» Estos presentimientos se justificaron. En el momento en que, guiados por un antiguo actor, Arquias, llamado el *perseguidor de los proscrip-*

tos, los soldados de Antípater entran en el santuario en que Demóstenes se ha refugiado, el gran hombre piensa desde luego en no mancillar con su muerte el altar del dios. Chupa el estilete envenenado que va á asegurarle una salida más segura que la del templo de Neptuno; después se levanta: «Puedes, dice á Arquías, desempeñar ahora el papel de Creón en la tragedia y arrojar este cuerpo adonde quieras, sin sepultura. En cuanto á mí, ¡oh Neptuno, dios amigo!, salgo vivo todavía de tu templo; pero no ha dependido de Antípater y de los macedonios que mi muerte no profane tu santuario.» Demóstenes sucumbe bajo el esfuerzo de los enemigos de Grecia, y cae protegiendo la religión de su país.

La previsión de este indigno fin de una vida generosa le inspiró á veces movimientos amargos. Los jóvenes acudían á visitarle en su destierro y le pedían consejo; pero él los apartaba de los asuntos públicos: «Si al principio me hubiesen propuesto dos caminos, conduciendo el uno á la tribuna y á las asambleas, y el otro derecho á la muerte, y hubiera podido prever los males, los temores, las envidias, las calumnias y los combates inseparables de la vida pública, me habría lanzado por el camino de la muerte.» Si la abnegación á la patria se recompensara siempre, nadie hubiese merecido una muerte más dulce. Cicerón, víctima también del ardor patriótico de sus *Filípicas*, trazó, según Platón, el retrato del buen ciudadano. La abnegación desinteresada, que es el principal rasgo, fué la virtud eminente de Demóstenes. «Paso mi vida en daros consejos, que me hacen en vuestra estimación más pequeño que otros muchos, pero que os hará grandes á vosotros si los seguís. Puedo, sin duda, hablar así sin despertar la envidia; no, no puedo conci-

liar el carácter del verdadero patriota con una política que colocara rápidamente, á mí en el primer puesto y á vosotros en el último de Grecia, sino que, por la administración de los oradores fieles, la patria debe engrandecerse, y el deber de todos aquéllos es proponer siempre, no la medida más fácil, sino la mejor. Para ir á la primera, bastará el instinto; á la segunda deben conducirnos los sabios discursos de un buen ciudadano.»

II. EL CIUDADANO.—El poder es la piedra de toque del carácter (frase de Bias); Demóstenes sostuvo esa prueba con honor. El hombre del pueblo, como él mismo se llama en un exordio, fué el servidor más útil del pueblo al que quería salvar. Fiel á una promesa hecha á los jueces de Afobos, «apenas salido de la infancia», contribuye y soporta las cargas públicas. Hombre hecho, no solamente ayuda al Estado con sus consejos, sino con su dinero. Equipa tres galeras para las expediciones de Eubea, del Helesponto y de Bizancio; entrega al tesoro público ocho talentos; rescata á atenienses prisioneros en Macedonia; dota á muchachas pobres y presta fianza por ciudadanos insolventes. Después de Queronea, de los diez talentos consagrados á la reparación de las murallas, tres son de Demóstenes; prodiga su fortuna á los particulares y al Estado, hasta el punto de no poder pagar, á su vez, la multa á que le condena el Areópago. Pero no son estos los títulos que cree deber invocar cerca de sus conciudadanos: no ha imitado á los oradores egoístas que anteponen su interés al bien del Estado. He aquí de lo que se glorifica. Los ha combatido á todos, los ha refutado con brillantez, entre otros á Pitón de Bizancio, embajador del macedonio, y á Piteas de Ar-

cadía, el falso demócrata á sueldo de Filipo. Mientras que estos mercenarios fomentan los odios, siembran la discordia entre las ciudades, Demóstenes trabaja en borrar resentimientos, fomenta coaliciones, procura establecer alianzas. Grecia se encuentra menos unida aún contra los macedonios que lo estuvo contra los bárbaros; la divisa cada uno en su casa, cada cual para sí, se ha hecho general. Así, en lugar de combatir, compacta al mismo tiempo, se agotará en esfuerzos aislados y sucesivos. Atenas lucha en Queronea en 338, Tebas se rebela en 335, Esparta, con Agis, intenta la libertad en 330. Cada una de las ciudades capitales obra aparte y á su hora; no hay ningún poderoso movimiento de conjunto.

Estas prácticas, de un individualismo fatal á los intereses helénicos, eran instintivas en los griegos. Las ciudades, alternativamente dueñas de la hegemonía, contribuyeron á establecerlas: «Importa á nuestra ciudad que Tebas y Lacedemonia no sean demasiado poderosas; que la primera tenga que luchar contra la Fócida, la segunda contra otros enemigos. Estas son las condiciones de nuestra seguridad y nuestra grandeza.» Demóstenes, en 352, no veía todavía que estas máximas, favorables á la preeminencia de su patria, preparaban el desastre de Grecia; más adelante trabajaba en acercar lo que el egoísmo político procuró destruir. Lo que Atenas hizo por su cuenta, Filipo lo hacía en contra de ella; trataba de dividir, Demóstenes de reconciliar. La familia helénica, raza privilegiada, dotada de las cualidades de Europa y de Asia, hubiera sido capaz, reunida en un sólo Estado, de mandar al universo. Demóstenes no puede soñar para ella la dominación universal; fortuna tendrá si encuentra fuerzas para desprenderse de los lazos de Fi-

lipo. En el terreno de la reconciliación, el orador logró vencer una vez; triunfó de la antipatía mutua de Atenas y Tebas, y las conjuró contra el invasor. Esta alianza fué en todo tiempo el sueño de los ciudadanos previsores. Esquino nombró seis personajes políticos, quienes, antes que Demóstenes, fueron á negociarla; todos fracasaron. «La ocasión, el temor, la necesidad», decidieron á los tebanos á aceptarla; veían la guerra á sus puertas. Demóstenes, dice Esquino, no puede, por lo tanto, reivindicar el honor de la alianza. Se reivindicó, sin embargo; solamente á él se debía un suceso inesperado, que hizo palidecer por un momento la estrella del macedonio, y del cual se glorificaba el orador como del triunfo más hermoso de su vida.

La actividad infatigable de Demóstenes abraza todas las partes del Estado: Marina, Ejército, Hacienda, Administración. Siempre está en la brecha; á las menores tentativas de Filipo propone, ó embajadas, ó expediciones. ¿Diputa enviados Filipo? Demóstenes los rechaza. ¿Compra Filipo á los negociadores de Atenas? Demóstenes los desenmascara. «¿Envía Filipo un emisario, Antifón, para incendiar los arsenales del Pireo? Demóstenes, siempre alerta, le prende y le hace condenar á muerte. Patriota vigilante, adivina á Filipo y se le adelanta; sabe prevenirlo todo, preverlo todo. No es uno de esos hábiles, quienes, al servir en los asuntos públicos, se preparan retiros y se fortifican contra los accidentes del porvenir. El se entrega sin cálculo, sin segunda intención; no tiene otro cuidado que su deber y la salvación de la patria. El solo provee á todo: propone una resolución, redacta el decreto, se encarga de la ejecución; sigue al macedonio paso á paso, se atraviesa en todos sus proyectos; le detienen en Ambracia, en Bizancio. El organiza la vic-

toria de Focio en Eubea. «Filipo ha sido arrojado de Eubea por vuestras armas, y también, aunque á ciertos envidiosos les ahogue la rabia, por mi política y mis decretos.» El es en las crisis el inspirador y el alma de todo el Estado. «¿Quién preservó al Helesponto de una dominación extranjera? Vosotros, hombres de Atenas. Cuando digo vosotros, digo la República. Ahora bien; ¿quién consagraba á la República sus discursos, sus consejos, sus acciones? ¿Quién se consagró enteramente á ella? ¡Yo!» Después de la caída de Elatea (339-338), en medio de las angustias de la ciudad, el heraldo, voz de la patria en peligro, llama á los buenos ciudadanos á la tribuna: nadie se atreve á subir á ella. ¿Quién empuña valientemente el timón, ante la proximidad de la tempestad? «¡Yo!» Es él, siempre él; está en todas partes. ¿De dónde tiene ese ardor para colocarse el primero en el puesto del peligro? De la convicción de que su sacrificio es necesario al Estado. «Me convencí, tal vez fuese una locura, pero en fin, me convencí de que nadie propondría nada mejor de lo que yo propusiera, ni haría nada mejor de lo que yo hiciese.» ¿Era esto una presunción de parte suya? No; la misma derrota de Queronea le dió la razón: siempre habló á los atenienses en nombre del honor; gracias á él, el honor, por lo menos, quedó á salvo.

A la muerte de Filipo, Demóstene, enemigo irreconciliable de los macedonios, trata de sublevar á Grecia contra ellos. Alejandro «el jovenzuelo» se revela por el saqueo de Tebas. Grecia no ha hecho más que cambiar de amo; sufre uno nuevo, más terrible. A la muerte de Alejandro, Demóstenes, á la sazón desterrado, corre á Grecia y vuelve á encontrar contra los conquistadores de su patria todo el ardor de la

juventud. Anima á los embajadores de Atenas á que formen una nueva liga, y él mismo recorre las ciudades, llamándolas á la libertad. Busca en todas partes enemigos á los macedonios, como Aníbal corría toda la tierra para suscítárselos á los romanos. El mismo tiempo de su destierro no se perdió para la lucha, que había llegado á ser su vida. En los juegos olímpicos, Isócrates, anciano pueril, predicaba la cruzada contra los persas y la paz con los macedonios; Demóstenes daba otro empleo á su elocuencia. Lamachos de Mirrene recitaba ante los griegos vencidos un panegírico de Filipo y de Alejandro, en el que Tebas y Olinto eran desgarradas. Demóstenes se levanta; con hechos y razonamientos, pone de manifiesto los títulos de las dos ciudades al reconocimiento de los helenos, y las calamidades debidas á los aduladores de los macedonios. Los oyentes aclaman á Demóstenes con entusiasmo. El sofista, asustado del tumulto, se esquivaba de la asamblea; así se vengaba Demóstenes de la ingratitud de sus conciudadanos. Cicerón pasó todo el tiempo de su destierro en Macedonia en una gran ociosidad; el destierro de Demóstenes fué una continuación de su administración pública: «Recorría todas las ciudades, apoyando los intereses de los griegos, expulsando á los embajadores de los macedonios, y mostrándose en esto mucho mejor ciudadano que Temístocles y Alcibiades, quienes, en igualdad de circunstancias, no demostraron la misma virtud. Y cuando se le levantó el destierro, volvió á la misma vida y á los mismos procedimientos; porque no cesó de hacer la guerra á Antipater y á la Macedonia.» Un adversario de este temple no era de los que se compran. Filipo no pudo reducirle con su oro; Alejandro quiso concluir con el sedicioso incorregible, exigiendo

su cabeza. Foción tuvo el triste valor de votar por que se la entregasen; una desviación de Démades evitó este crimen á los atenienses. Más adelante, Antipater arrancaba á la impotencia de aquéllos la prescripción del orador siempre temido, en medio mismo de la servidumbre de los helenos. Demóstenes huía de la espada de los soldados enviados en su persecución, como se vió obligado á menudo á parar los golpes con que los macedonios de Atenas intentaron concluir con él. Muchas veces, llevado ante los tribunales antes de Queronea, fué después del desastre asaltado por todas partes. Hubo un desencadenamiento espantoso. «Era acusado casi todos los días», y las invectivas de Dinarco y Esquino pueden dar idea del odio con que lo era. A pesar de la odiosa habilidad de aquellas imputaciones, producto de pasiones malsanas y de sentimientos egoístas, Atenas, que no tuvo el valor de seguir á tiempo los consejos de Demóstenes, no tuvo, por lo menos, la cobardía de abandonarle á sus enemigos. Ella respetaba en él las virtudes de que ella había carecido; se acordaba de las coronas que le había otorgado á cambio de los triunfos á que él la había llevado.

CAPITULO IV

DEMÓSTENES.—EL POLÍTICO

«Aconsejar siempre lo mejor,
no lo más fácil.» (*Discurso del
Quersoneso*).

Nacido en 385, Demóstenes entró á la edad de treinta años, por el discurso contra la ley de Leptino (355) en la carrera política, que debía ser para él gloriosa y amarga. Luciano pone estas palabras en labios de Filipo: «Lo que fueran en otro tiempo para los atenienses Temístocles y Pericles, Demóstenes lo es hoy para sus conciudadanos.» Filipo quiere decir con esto que Demóstenes es el baluarte de su patria. Desde un punto de vista más particular, la comparación es también justa; como Temístocles y Pericles, Demóstenes unió la palabra y la práctica de los asuntos, alianza siempre útil, pero sobre todo en Atenas, en donde la elocuencia degeneraba pronto en ejercicio artístico ó en instrumento de popularidad. En Demóstenes, el orador es sencillamente el auxiliar del hombre de Estado. No habla nunca para alcanzar un triunfo tribunicio, sino para reformar, organizar, crear recursos. A los treinta y un años (354), somete al pueblo un plan de reorganización marítima, al año siguiente un proyecto de reorganización del ejército. Si aconseja romper las hostilidades, al mismo tiempo expone un

plan de campaña. Reprende á los atenienses: «¿Qué es lo que hay que hacer?» le preguntan:—«lo contrario de lo que hacéis ahora». A esta réplica excelente en suma y perentoria, pero un poco sumaria, añade en seguida: «Sin embargo, voy á entrar en todos los detalles, y ojalá que seáis tan prontos en obrar como en interrogar.» Establece la necesidad de levas: «¿Cuáles serán estas tropas, su número, los subsidios destinados á sostenerlas?, ¿cómo ejecutar estas medidas? Voy á responder á todo y con orden.»

1. La sabiduría política de Demóstenes no le abandona nunca; Leptino quiere, en nombre de la equidad y de la hacienda, reformar la ley de inmunidades; Demóstenes le demuestra que su celo se engaña sobre los verdaderos intereses de la República. Atenas está próspera, ¿pero está segura de que siempre será así? «Los que entregaron á Filipo Pydna, Potidea y otras plazas, ¿qué motivo les impulsaba á perjudicarnos?; ¿no era evidentemente la esperanza de las larguezas del príncipe? Pues bien; ¿no valdría más, Leptino, persuadir á nuestro enemigo, si pudieras, de que no recompense á los buenos servidores, instrumentos de sus injusticias con nosotros, que aportar una ley que arrebatara dones adquiridos á nuestros bienhechores?... Atenienses, temed sancionar una ley funesta. Afortunada, Atenas se encontraría molestanda por esa ley; desgraciada, se vería despojada de sus defensores.»— ¡Nada de guerra!—exclama un político economista de cortas luces; la guerra es el pillaje de nuestra Hacienda.—A nosotros incumbe prevenir las concusiones y castigarlas. No es el agotamiento del Tesoro lo que ha perdido á Orea, á Olinto, es la traición, la imprevisión.—Pero la guerra cuesta cara.—Os costará mu-

cho más retroceder ante los gastos que exige; ¿no es bastante rica Atenas para pagar su salvación? Otra vez, es el humor belicoso lo que sopla en la asamblea. Se decreta la guerra, y en proporciones gigantescas; se habla de diez mil, de veinte mil mercenarios, magníficos ejércitos en el papel; este hermoso celo inspira poca confianza á Demóstenes. ¿Creéis no poder hacer demasiado? «Comenzad por ejecutar poco, y si esto no basta, añadid lo que falta.» ¿Para qué un ejército demasiado poderoso? No podréis sostenerlo. Que Atenas proporcione su acción á la necesidad y á los recursos. Empecemos por hacer la guerra de partidas; bastan para ello pocas fuerzas; Macedonia se presta maravillosamente á la cosa; Filipo tiene ventaja en los batallones en línea. La historia ha sido llamada la maestra de la vida; escuela sospechosa en la que se adquieren buenas y malas lecciones. Maquiavelo sacó de las *Décadas* de Tito Livio un breviario de los príncipes completamente distinto del manual de las personas honradas. El verdadero maestro de la vida humana es el buen sentido. El buen sentido, aliado á la fuerza cómica, hizo á Molière (Scarron era más alegre que él). En Demóstenes, el buen sentido patético hizo al orador, y el buen sentido político, al hombre de Estado.

Demóstenes tiene una razón elevada, incapaz de dejarse turbar por el favor ó el resentimiento. Ve lo útil, y lo dice con la fría firmeza de un hombre de Estado que subordina la pasión al bien público. Por esto resiste útilmente á un pueblo siempre dispuesto á sacrificar la razón política al sentimiento. Filipo medita el sitio de Bizancio, que por su sublevación se ha sustraído al dominio de Atenas. El pueblo se interesa poco por la suerte de la ciudad rebelde: «¡Por el cielo! Esas gentes, extraviadas por un genio funesto, llevan

la demencia más allá de todos los límites.—De acuerdo; pero hay que salvar á esos insensatos; va en ello la salvación de Atenas.» Arquidamos, rey de Esparta, acaba de atacar á Megalópolis, ciudad de Arcadia, aliada de Tebas. Unos oradores han hablado en pro de los arcadios, otros en pro de los lacedemonios con amargura y pasión. A no ser por su lenguaje ático, se les hubiera tomado por ciudadanos de esos dos pueblos; nadie ha hablado en pro de Atenas. Magalópolis combatió á Atenas en una guerra reciente: olvidemos el pasado. El interés de la República está en la debilidad de Esparta y de los tebanos, nuestros vecinos: Hay que socorrer á Megalópolis. Rodas, en la guerra social, se ha sustraído á la autoridad de Atenas, y sustituido, á la democracia, el gobierno oligárquico. Oprimidos por la aristocracia, los rodios imploran el socorro de Atenas. Atenas les debe su apoyo; se conciliará así la amistad de todos los Estados populares y afianzará su propia constitución, de la que es enemiga implacable la oligarquía. Los rodianos han faltado, pero son desgraciados. «En vano se dirá que los rodianos merecen su infortunio; se elegiría mal el momento para regocijarnos: hay que mostrar siempre en la prosperidad una gran benevolencia para los desgraciados; porque el porvenir está velado á todos los hombres.» Preciso es, pues, combatir por la libertad de los rodios, y de una manera digna de Atenas. «Escucháis con alegría el elogio á vuestros antepasados; contempláis sus hazañas, sus trofeos. Ahora bien, pensad que erigieron esos trofeos para inspiraros, no una admiración estéril, sino el deseo de imitar las virtudes de quienes los consagraron.» Más adelante, Demóstenes animará á sus conciudadanos á que sigan, respecto de Tebas, esa política de generosidad inteligente.

Cuando habla al sentimiento, es para hacer de éste el aliado de la razón práctica. El interés bien entendido del Estado es siempre la regla decisiva de sus consejos. Que se trate de Lacedemonia, de la Eubea «mal-dita», como la llama Esquino, de la Fócida «impla», poco importa á Demóstenes considerar «la virtud» del pueblo amenazado, sino solamente el deber de Atenas de no hacerse traición á sí misma negando su apoyo á griegos oprimidos.

La inteligencia política de Demóstenes ignora los prejuicios cándidos ó interesados de los espíritus estrechos. Uno de los argumentos especiosos de los oradores partidarios de Filipo era que había de apoyarse en su poder para vengarse de los bárbaros Demóstenes, más sincero, más juicioso, disuadía á los atenienses de hacer la guerra al Gran Rey (354). «En nombre de nuestro interés, de las perturbaciones y desconfianzas sembradas en Grecia, no le atacemos. Si por acuerdo unánime pudiéramos arrojarlos todos sobre él solo, os diría: atacad, es de justicia; pero puesto que no existe tal concierto, evitemos dar al Rey un pretexto para hacerse el árbitro de los derechos de los otros griegos. Tranquilos, le haremos sospechoso, si intenta algo parecido; agresores, le autorizaremos á buscar en la amistad de otros pueblos una ayuda contra nuestro odio.» «No descubráis la llaga de Grecia» con un llamamiento á las armas que no sería escuchado, sino con hostilidades impotentes; permaneced tranquilos, confiados y armados. No hagáis saber al monarca, ¡grandes dioses!, que los helenos y los atenienses están apurados, intimidados, alarmados; ciertamente, falta mucho para esto, sino que si la mentira, el perjurio, no fuese una vergüenza á los ojos de los griegos, como es un título de honor á los suyos,

hace ya mucho tiempo que hubierais marchado contra él, y que, no dispuestos á atacarle hoy por miramientos hacia vosotros mismos, rogáis á todos los dioses que le hieran con el mismo vértigo que en otro tiempo á sus antepasados. Si reflexiona, reconocerá que vuestra resolución no carece de sabiduría.» Al aconsejar esta actitud altiva y prudente, Demóstenes, apenas entrado en la carrera política, dió pruebas de una sagacidad y de una elevación de sentimientos que nunca se olvidarán.

El cardenal de Richelieu se aliaba con los protestantes de Alemania; Francisco I con el turco. El ateniense Demóstenes aconseja á la República que se alie con los bárbaros. «Por todos estos motivos, hay que enviar una embajada al Rey, concertarnos con él, desvirtuar el tonto prejuicio á menudo funesto para nuestra ciudad: *Es un bárbaro, es el enemigo común de los griegos*, y otros dichos semejantes. Yo, cuando veo que se teme á un príncipe que reside en Luza ó en Ecbatana, que se atribuyen malos designios contra Atenas, al que nos ayudó antes á enderezar nuestros asuntos, y que recientemente aún nos ofrecía su apoyo (en vez de aceptarlo, vuestros decretos lo han rechazado, negativa de la que él es inocente), mientras que se habla de otra manera de un enemigo tan próximo, que está á nuestras puertas, engrandeciéndose en el corazón mismo de Grecia y pirata de los griegos, mi sorpresa es grande y temo á un hombre, cualquiera que sea, que no tema á Filipo.» Demóstenes, consecuente consigo mismo, no vacilaba en emplear el oro del Gran Rey en combatir al oro de Filipo, á riesgo de oír que le acusaban de quedarse con parte. Se consolaba de estas sospechas injuriosas al ver que sus previsiones se realizaban y que los sátrapas de

Persia ayudaban á las fuerzas atenienses á libertar Perinto.

Este mismo buen sentido, exento de prejuicios y de meticulosa debilidad, se mostró también con motivo del procesamiento de Diófites. Este general, por iniciativa propia, pero en beneficio de los atenienses, atacó las ciudades macedonias del Helesponto; saqueó la Tracia marítima é impuso fuertes tributos á las colonias griegas de Asia. Estas colonias se quejan á Filipo, irritado ya con la devastación de su territorio, y pide justicia á Atenas. Los oradores del partido macedonio acusan á Diófites de violar la paz y el derecho de gentes; Demóstenes le defiende. Los atenienses son los únicos culpables de los actos imputados al audaz estratega: «No tenemos ni el deseo de contribuir con nuestros bienes, ni el valor de combatir en persona, ni la fuerza de renunciar á las gratificaciones del tesoro y proporcionar á Diófites las subvenciones concedidas; y en vez de aplaudirle por los recursos que se ha creado, le censuramos con una inquisición celosa por los medios que emplea, por las operaciones que prepara, por todo, en fin... Si de aquí no recibe nada, si ni siquiera puede pagar los sueldos, ¿de dónde queréis que espere el sostenimiento de sus soldados? ¿Del cielo? Imposible. Así es que vive de lo que coge, mendiga ó toma á préstamo... Oigo decir: *Va á sitiar á Cardia; ¡entrega á griegos!* Porque hay quien se siente lleno de solicitud por los griegos de Asia; sin duda, es mayor mérito el cuidar de los extranjeros que de la patria... Si Diófites comete violencias y se apodera de naves, unas cuantas líneas, atenienses, unas cuantas líneas vuestras pueden detenerle.»

Los acusadores de Diófites piden que se llame al general y se licencie á su ejército; ¡donoso resultado!

Preguntad á Filipo si desea otro. «¿Por qué se ha de permitir á Filipo que lo haga todo, con tal de que no toque el Atica, si no se permite á Diófitos que socorra á Tracia sin que se le acuse de encender la guerra?— Pero, por Júpiter, dicen los acusadores, nuestros mercenarios y Diófitos se conducen como verdaderos piratas; nuestro deber es reprimir esos desórdenes.— Sea; me parece bien; reconozco que solamente el interés de la justicia ha dictado ese consejo; pero he aquí mi pensamiento: perseguís la disolución de un ejército de la República, difamando al general que busca medios para sostenerle. Pues bien; probad que Filipo licenciara sus tropas, si Atenas acepta vuestra opinión... Atenienses, no os engañéis; todo lo que os dicen no es más que palabrería y falsos pretextos; traman, maquinan una sola cosa: teneros inactivos en el interior, desarmados en el exterior y permitir así que Filipo ejecute con toda seguridad sus proyectos.» Diófitos fué mantenido en su mando, decisión legítima y cuerda, debida al buen sentido político del orador. Demóstenes prefería la salvación de Atenas al respeto de escrúpulos excesivos. Desarmar á Diófitos ante Filipo hubiera sido aliarse con los macedonios. Demóstenes no llevaba el amor de la equidad absoluta hasta un candor rayano en la deserción.

II. Teofrasto escribió un tratado sobre *La política adaptada á las circunstancias*. Esta obra, inspirada tal vez al contemporáneo de Isócrates y de Foción por el espíritu que impulsaba á personas muy honradas de Atenas á someterse á los macedonios, se había perdido, sin duda, ya en tiempo de Cicerón. De otro modo, el autor de la carta á Léntulo (*Ad familiares*, I, 9) no hubiera dejado de tomar en ella, en favor de

sus tergiversaciones políticas, argumentos más especiosos que los que toma, con ayuda de interpretaciones forzadas, de ciertas máximas de Platón. Espiritu indeciso, versátil, Cicerón cree permanecer siempre fiel á sus principios al cambiar de amistades y de lenguaje. Carácter débil, se hace ilusiones sobre los verdaderos motivos de sus evoluciones políticas. Invoca el resentimiento, la gratitud, la necesidad, la conveniencia: «no conviene violentar ni á los parientes ni á la patria.» Un reposo digno (*cum dignitate otium*), he aquí el fin que deben perseguir, según él, los personajes políticos. (No lo alcanzó; los satélites de Antonio le mataron.) Jamás Demóstenes pensó en asegurar para su vejez ese digno reposo. Sucumbió, como Cicerón, á la persecución de los héroes de sus *Filípicas*; pero no procuró, como aquél, hacer la apología de retractaciones interesadas. No tenemos que examinar aquí el largo alegato del inconstante amigo de Pompeyo y César. Señalemos solamente algunos párrafos que Demóstenes hubiera suscrito: «Hay que saber ser de la opinión de su tiempo. Mirad los hombres que se han distinguido en el arte de gobernar: ¿se les alaba por haber seguido eternamente la misma línea? Los navegantes hábiles ceden algunas veces á la tempestad, que, sin embargo, los aleja del puerto. Cuando, cambiando de velas y desviándose, se puede llegar al fin propuesto, es insensato persistir con peligro en la primera dirección tomada. Así, lo que debemos proponernos, nosotros los hombres de Estado, no es la unidad del lenguaje, sino la unidad del fin.» Esta unidad del fin fué para Demóstenes la independencia de los helenos; la unidad del lenguaje le faltó á veces, especialmente en una circunstancia memorable.

Era costumbre muy antigua en Atenas la de consagrar el excedente de los ingresos del Estado á dar á los ciudadanos presentes en las ceremonias religiosas una gratificación de dos óbolos, destinada á fomentar la asiduidad. El *dióbolo*, especie de prima ofrecida á la devoción, estimulaba el celo religioso de los atenienses, como la cantidad afecta á las prebendas recompensaba en otro tiempo á los canónigos su exactitud en el coro. Estos fondos especiales se llamaban el *teoricón* (fiesta religiosa). Después de la guerra de Tebas, los atenienses, creyéndose al abrigo de todo peligro, aplicaron las economías del Tesoro, no ya solamente á la distribución de los derechos de presencia en las *teorías*, sino también á la celebración de los juegos y á la admisión de gente modesta en las fiestas públicas. Por temor de arrepentirse un día de aquella decisión, proclamaron la pena capital contra todo orador que propusiera modificar aquellas disposiciones favorables á los placeres. Como las representaciones teatrales constituían parte del culto, por ejemplo, en las grandes Dionisiacas, el *teoricón* permitía á los inteligentes unir á la devoción debida á Baco, el placer de oír á Sófocles y Aristóteles; garantizaba á los pobres la entrada en el teatro; de esta suerte convirtió el pueblo de Atenas sus diversiones en gratuitas y sagradas. A pesar de las amenazas de muerte de la ley, Demóstenes, incapaz de un silencio prevaricador, censuró, á menudo, unas veces con grandes miramientos, otras con declarada energía, aquel detestable empleo de las reservas financieras de la República, y pidió que las llevasen á las apremiantes necesidades de la guerra. Sin embargo, un día el orador justificó el abuso por sí mismo atacado. ¿Cómo explicar esta inesperada contradicción? Por la razón de-

terminante de todos los actos políticos de Demóstenes: el interés del Estado. Este asunto del teorícón era una fuente de división entre las clases acomodadas, que contribuían y alimentaban al Tesoro, y los pobres, que gozaban del impuesto sin pagarle. Isócrates se hace eco de las quejas comunes y, sobre todo, de las de los ricos, cuya condición «ha llegado á ser más triste que la de la misma indigencia». En efecto, la pobreza había llegado á ser en Atenas una profesión lucrativa, una sinecura envidiable. Aristófanes, en el *Pluto*, hace de la pobreza, desde el punto de vista moral, un elogio que parece el complemento de la máxima de Antístenes: El trabajo es un bien. El carmida del *Banquete* de Jenofonte celebra los placeres y los beneficios de la pobreza. Antes su fortuna le obligaba á temer á los ladrones, á los sicofantes. Todos los días tenía que pagar alguna nueva tasa, y no podía abandonar el territorio. ¡Qué feliz cambio de estado desde que se arruinó! «Duelmo agradablemente tumbado; la República tiene confianza en mí; ya no me amenaza; soy yo quien amenaza á los otros. Hombre libre, tengo el derecho de viajar ó de quedarme aquí. Me presento: los ricos se levantan de sus asientos ó me dejan el paso en la calle; hoy me parezco á un tirano; antes era esclavo. Antes pagaba tributo al Estado; hoy la República es mi tributaria y me sostiene. No pierdo nada, puesto que nada tengo, y siempre tengo la esperanza de ganar algo.»

En 341, alarmado más que nunca por el peligro de disensiones intestinas frente á un enemigo cada vez más poderoso, Demóstenes, no pudiendo conciliar los dos partidos, se pronuncia en favor del más numeroso. Estima que los ricos se resignarán á sostener el teorícón con más facilidad que los pobres á perderlo,

y á falta de un arreglo perfectamente equitativo, opta por la solución más favorable al bien del Estado. «Otro mal affige á la República, mantiene entre nosotros quejas injustas, debates indignos, y da pretextos á quien no quiere cumplir con sus deberes de ciudadano. (Los ricos dicen: en lugar de imponernos á costa nuestra el armamento de trirremes, dedicad á ello el dinero sacado de nuestras bolsas para no divertir á los proletarios...) Temo tratar este asunto; lo haré, sin embargo, porque creo poder, en interés del Estado, hablar á los ricos en favor de los pobres, y á los pobres en favor de los ricos; pero rechazamos las invectivas provocadas por las distribuciones teatrales, y el temor de que no puedan subsistir sin alguna gran desgracia. No podríamos imaginar nada más útil para el buen éxito de nuestros asuntos, para el afianzamiento de todo el edificio social.» Demóstenes ve en el mantenimiento del territorio una de las garantías de paz de la cuestión social, paz necesaria; Filipo está á las puertas.

Demóstenes no es de esos hombres de una pieza que dicen: «Perezca la República antes que mis principios»; sabe hacer concesiones á las necesidades del momento, es oportunista. Los antiguos hicieron de la oportunidad una especie de virtud; es, por lo menos, una cualidad necesaria al político. El eubeo Callias era, según Esquino, más variable en sus cambios que el Euripo, cuyas márgenes habitaba. Esta versatilidad caprichosa es un gran defecto; pero es laudable saber modificar la marcha según los obstáculos del camino. Este mérito fué el de Demóstenes; en lugar de la inflexible rigidez del teórico, doctrinario intransigente, tiene una flexibilidad pocas veces concedida á los genios vigorosos y particularmente notable en él. Lu-

cha contra Atenas y Filipo con una tenacidad de convicción y un vigor patriótico que nada hace torcer ni cansar. Pero la impetuosidad de sus obstinados ataques contra los enemigos públicos, no tiene nada de la temeridad ciega. Quiere la guerra por razón tanto como por sentimiento; así también es el primero en aconsejar la paz, cuando, de acuerdo con el honor, el interés de la ciudad lo exige.

Filipo se había hecho adjudicar el puesto de la Fócida en el consejo anfictiónico, y hasta nombrar presidente honorario de los juegos píticos. Los atenienses sentíanse humillados por una condescendencia vergonzosa para toda Grecia, é inquietos personalmente por las consecuencias probables del rebajamiento de los anfictiones á los pies del vencedor de la guerra sagrada. Se abstuvieron, pues, de enviar delegados á la solemnidad pítica; Filipo les apremia para que sancionen el decreto de los anfictiones (346). La asamblea se muestra indecisa; Demóstenes no vacila. No quería tratar de disputar en vano al macedonio una sombra de privilegio á costa de una cruzada de los helenos contra Atenas. «A esos pueblos que componen el congreso, á esos llamados anfictiones (la composición del consejo anfictiónico se había alterado por las divisiones de las ciudades griegas y pervertido la institución misma con la presidencia de un bárbaro), no vayáis, atenienses, á imponer la necesidad ó dar pretexto para que os ataquen todos de concierto... ¿Qué hay que temer y qué debemos evitar en mi concepto?, que la guerra reservada al porvenir no suscite un pretexto común, una queja general de toda Grecia contra vos otros. Porque si Argos, Mesena, Megalópolis y otros Estados del Peloponeso unidos á la política de esas ciudades, nos amenazan en su odio con una negocia-

ción entablada con Lacedemonia, y porque parece que queremos suplantarlas; si Tebas que, como sabéis, nos odia ya, ha de odiarnos más todavía, porque recogemos á sus desterrados, y le damos de todas maneras pruebas de nuestra malquerencia; Tesalia, porque velamos por la suerte de los fócidos proscritos; Filipo, porque Atenas le niega un puesto en el consejo general de Grecia; temo que todas estas potencias, animadas por resentimientos particulares y autorizadas por decretos anfictionicos, concentren sobre nosotros el esfuerzo de una guerra federal, y que cada pueblo... corra á las armas sobre una nueva fócida... Evitar la guerra sin hacer nada indigno de Atenas, mostrar á todos nuestra prudencia y la equidad de nuestra respuesta, he aquí lo que pienso que es nuestro deber.» La política de Atenas fué siempre la de coligar á Grecia contra Filipo. ¿No hubiera sido una locura armar, con protestas intempestivas é imprudentes, á Grecia y Filipo contra Atenas, violadora de la paz jurada? Filipo no podía tardar mucho en dar motivos legítimos de ruptura. Dos años después, protector y árbitro de los derechos de las ciudades cercanas del templo de Delfos, reanuda sus maquinaciones invasoras contra Lacedemonia. Demóstenes en esta ocasión no habla ya de paz; Filipo, al violarla, ha justificado una vez más las convicciones belicosas del orador.

En manos de los hombres las doctrinas más sanas pueden corromperse; la del oportunismo tiene sus peligros; puede ofrecer una excusa cómoda á la injusticia y á la defeción. «En todo tiempo los jueces serios é ilustrados han tenido en cuenta en sus decisiones el interés de la ciudad... y *las circunstancias*.» ¿No falta á su primer deber la justicia, cuando se quita la venda de los ojos, para consultar el aspecto del cielo y

ver de qué lado viene el viento? Acusador del concusionario Verres, y defensor del concusionario Fonteim al año siguiente; enemigo encarnizado de Vatinió, después de repente amigo suyo, Cicerón invocaba las máximas oportunistas para justificar sus cambios. En nombre del interés público, los políticos de Atenas, Demades, Esquino, abusaron de ella con su despreocupación habitual. Melanopos, adversario de Calistrato en el gobierno, comenzó en estos términos más de una arenga: «Ciudadanos, Calistrato es mi enemigo; pero hoy el bien del Estado me hace olvidarlo.» El dinero de Calistrato era la regla moderadora de aquella enemistad intermitente. Nicomedes de Mesena era más franco: «He cambiado de partido, no de sentimientos; creo siempre útil someterme á los poderosos.» Esquino creyó herir á Demóstenes aplicándole el epíteto de camaleón. Teopompo se hace eco de esta injuria, con gran asombro de Plutarco. Sorprende, en efecto, semejante calumnia dirigida á un hombre que vivió y murió con el alma llena de una pasión única, el odio á los macedonios, y con una convicción inquebrantable, la obligación de honor de combatirlos. Algunas variaciones pasajeras, lejos de debilitar su constancia, la confirman. Es laudable que el hombre de Estado aparezca en contradicción consigo mismo, cuando esta apariencia afirma su fidelidad desinteresada al bien de la patria. Pero es preciso que el desinterés desafie la injuria hasta la sospecha.

No siempre fué tal el oportunismo del patriciado romano. Porsena, aliado de los Tarquinos, marchaba sobre Roma. Jamás se apoderó del Senado tan vivo «terror». El pueblo podía recibir á los reyes en la ciudad, y preferir la paz á la independencia nominal, bajo la dominación de los usureros sus amos: había

que inclinarle á la causa de la libertad pública. Mientras que duró la crisis, el Senado le prodigó halagos, y se pensó, desde luego, en su bienestar. Se fué hasta Cannes á comprar trigo. Se quitó á los particulares el monopolio de la sal, que se vendía á un precio excesivo, y se reservó al Estado. Los pobres quedaron libres de todo tributo. «Bastante pagaban los pobres con criar á sus hijos.» Los horrores del sitio, del hambre, no alteraron un momento la concordia entre los primeros y los últimos de la ciudad, y Porsena, impotente contra aquella unión, tuvo que retirarse con sus reales clientes. Bossuet ha alabado á «aquellos sabios senadores» por su «justa condescendencia»; se ha olvidado de añadir que, pasado el peligro, se vengaron de su miedo y del forzoso rebajamiento de su orgullo ante las exigencias de los intereses aristocráticos. Los nobles lo perdían todo con el restablecimiento de los Tarquinos; los plebeyos hubieran solamente cambiado de yugo, y el segundo no hubiese sido el más pesado. La muerte de Tarquino tranquilizó al Senado. «La alegría de los patricios no conoció límites, y el pueblo, hasta entonces mimado, halagado con el mayor celo, se vió desde este momento víctima de la opresión de los grandes.» El Senado consintió en ser justo «en una extrema necesidad», como en otras circunstancias aventajaba en liberalismo á los más liberales; artificio no exclusivo de la política romana, si se ha de juzgar por esta alusión de Camilo Desmoulins: El jacobino C. Graco, proponía la repartición de dos ó tres ciudades conquistadas. Druso proponía repartir doce. Graco ponía el pan á diez y seis sueldos. Druso á ocho el máximo. El procedimiento resultó tan bien, que el pueblo se enfrió con su verdadero defensor, el cual, una vez despopularizado, «murió de un silletazo que

le asestó el aristócrata Escipión Nasica», en la primera insurrección. Tal oportunismo no es más que debilidad y mentira.

III. Demóstenes hubiera hecho mal en excitar á los atenienses á la guerra fuera de sazón, cuando sus esfuerzos para impulsarlos á ella en las necesidades más urgentes, eran tan fácilmente paralizados. El orador ministro, en Atenas, no tenía á su disposición los recursos de los jefes de la Roma republicana, ni los de los ministros de Estado modernos. Cicerón, cónsul, estaba investido del poder más extenso que la ley confiere, después de la dictadura. Jefe del Senado, árbitro y moderador de las asambleas populares, da órdenes á la fuerza pública y hace marchar á su antojo á las legiones; es en una república el rey de la ciudad. No hay nada semejante en Atenas: el poder verdadero pertenece al orador, genio y amo de la multitud; pero ese poder, afecto al crédito personal del ciudadano, y no consagrado ni sostenido por la ley, el hombre de Estado se ve en la obligación de defenderle todos los días; es obra suya, no subsiste sino por él. Sus adversarios políticos tienen tantos derechos y facilidades para derribarle, como él para mantenerle. Ningún término legal le limita, pero tampoco le prolonga. Pericles gobierna en Atenas cuarenta años; político habrá que ejercerá el poder un año, un día. Durante diez y seis años (354-338), Demóstenes combatió por el bien de Atenas sin otro apoyo que su patriotismo y su genio. Durante tan largo ministerio, en que la oposición estaba representada por casi toda la ciudad, ¿qué aliados tuvo contra las poderosas seducciones de las que Filipo y sus cómplices usaban cerca de los atenienses para batirle en brecha? ¿Qué

medios de acción eficaces, aparte de sus esfuerzos personales, podía oponerles? La elocuencia es también en nuestros días un medio de gobierno; pero ¿concurren siempre solamente los discursos persuasivos de la tribuna para obtener los votos favorables al gabinete? En Atenas no había favores que ofrecer, ni títulos honoríficos que distribuir. Los adversarios de Demóstenes hablan al pueblo de los goces de la paz; Demóstenes pone ante sus ojos la guerra; aquéllos le halagan los vicios, Demóstenes los pone al descubierto y los trata rudamente para curarlos; tiene en contra suya á los favorecidos por Filipo y á los indiferentes, á los malos ciudadanos y también á algunas personas honradas. Filipo contaba tal vez entre sus adversarios más de un Timarco; pero en el número de sus auxiliares, voluntarios ó no, tenía el derecho de colocar también á Foción. Este general pacífico era el único aliado gratuito del macedonio, pero no el menos valioso. En efecto, ¿era ayudar á los atenienses en el éxito de la lucha, el declararla abiertamente imposible? El *hacha* de los discursos de Demóstenes era también la que cortaba el nervio de la resistencia en los indecisos. La actitud de Foción fomentaba la mala fe, inquietaba al patriotismo sincero. ¿Eran verdaderamente legítimas y prudentes las hostilidades condenadas por aquel general? Si se engañaba, no había vergüenza en engañarse con él, ni riesgos; por el contrario, en ello había interés. Mientras que Demóstenes trataba de avivar el heroísmo nacional, uno de los personajes más autorizados de la ciudad, que peleaba por orden, pero no por convicción, contribuía á extinguirle. Si el primer capitán de la República, elegido cuarenta y cinco veces estratega, pone trabas á la política de Demóstenes, ¿qué se ha de decir de

los generales incapaces ó infieles, de un Cares, de Caridemo? Demóstenes es el instigador de la guerra; toda la responsabilidad recae sobre él; le imputan las dificultades, los excesos, los reveses; tanto dentro como fuera, mil obstáculos surgen en torno suyo y le hacen rudo el camino.

Una de las causas más frecuentes de desórdenes en la ciudad, era el vicio de la repartición del impuesto, vicio tanto más pernicioso, cuanto que la organización financiera era la base de todo el sistema de la administración militar. Las *liturgias*, ó servicios públicos, se repartían con arreglo á la fortuna de los ciudadanos; pero ¿cómo apreciar exactamente los recursos de cada uno?, y ¡cuántos medios tenían los interesados de sustraerse á sus obligaciones! La ley del cambio, y sobre todo, el empleo de los fondos públicos, provocaban graves revueltas. No estaban de acuerdo, pobres y ricos, sobre las cuestiones de impuestos. La necesidad impuesta á los atenienses ricos de sustituir al tesoro para subvenir á los cargos civiles ó militares, los mortificaba. Por su parte, los pobres reclamaban el mantenimiento de las contribuciones forzosas de los ricos, á fin de aumentar los ingresos del Estado, parte de los cuales contribuía á aliviar la miseria ó pagar los placeres de dichos pobres; indigentes y opulentos se disputaban, en cierto modo, los fondos de la República. Demóstenes, en medio del conflicto de pasiones difíciles de conciliar, tenía mucho que hacer; ¡cuántos abusos había que reformar en las leyes anteriores ó en la aplicación de estas leyes! Los ricos podían en un tiempo asociarse hasta diez y seis para pagar su tasa; cada uno de ellos, no daba de esta suerte casi nada, ó sea la décimasexta parte solamente del dinero necesario para tripular *una* nave. Por poco gravado que estu-

viese este contribuyente, todavía trataba de esquivar el impuesto refugiándose en el templo de Diana. Los trierarcas, menos ágiles en huir á los pies de los altares, eran encarcelados. Pero, entre tanto, la galera no se armaba. Los ciudadanos poco acomodados, perdían con esto sus escasos recursos, y á veces, hasta eran impotentes para cumplir con la ley. Naves ya en el mar, eran abandonadas; otras permanecían en el puerto sin poder salir. Demóstenes hizo adoptar un sistema de impuesto proporcional que obligó á los ricos á suministrar cada uno, sin asociarlos, hasta tres naves y una chalupa. Los ciudadanos cuya fortuna era inferior á diez talentos (unos cuarenta y cinco mil francos), conservaban el derecho de asociarse, hasta la concurrencia de esa suma. Gracias á esta reforma, la marina ateniense cesó de perecer, y los armamentos pudieron por fin hacerse á tiempo. Demóstenes ganó la causa de la patria á despecho de la resistencia de las clases privilegiadas: «La suma que me ofrecían para no proponer mi ley, ó cuando menos para aplazarla, no me atrevo á decíroslo.» Tras la seducción, los armadores ensayaron las amenazas. Demóstenes fué perseguido como infractor de las leyes, pero el acusador no obtuvo la quinta parte de los votos. A despecho de los egoísmos interesados, el animoso ministro de Atenas logró aliviar á los pobres, reducir á los ricos á su deber, y «desde entonces todo entró en orden», pero muy tarde, en 340, solamente dos años antes de Queronea.

Demóstenes logró así reformar la trierarquía; no pudo destruir el abuso del teorición, ni siquiera atenuarlo. Hubiera querido que el empleo del tesoro no sirviese de fomento á la ociosidad, sino que fuese la remuneración de un servicio público. «Si por lo menos

hoy quisierais emanciparos de esos hábitos y usar de los recursos que os dan vuestras riquezas interiores para reconquistar vuestras posesiones del exterior, os libraríais de esas limosnas, semejantes á los alimentos que los médicos dan á los enfermos; no les devuelven el vigor y solamente les impiden que se mueran. De igual suerte las gratificaciones que recibís hoy, no son ni bastante abundantes para proveer á todas vuestras necesidades, ni tan escasas, que puedan ser desdeñadas y obligaros á recurrir á trabajos útiles; son el alimento con que se sostiene vuestra indolencia. —¿Quiéres, pues, se me dirá, trasformarlas en sueldo?— Quiero en seguida una regla común á todos, á fin de que todo ciudadano que perciba de los fondos públicos, esté presto á proveer á las necesidades del Estado. ¿Autorizarla por el descanso? Te gozas en tu hogar de una condición mejor, al abrigo de las bajezas que impone la indigencia. ¿Sobreviene una alarma como hoy? La gratificación te hace soldado, y te obliga, como es justo, á combatir por la patria. ¿Que uno de vosotros ha pasado de la edad del servicio? Pues que lo que recibía indebidamente, y sin haberlo ganado, que lo reciba, en nombre de la ley común, para servir y administrar los asuntos de la República. En una palabra; sin quitar ni añadir casi nada, suprimo el desorden, establezco el orden en el Estado sometiendo á una regla uniforme á todos á quienes paga el tesoro, soldados, jueces, ciudadanos, empleados, según su edad y según las circunstancias. No digo: «Hay que distribuir al ocioso el salario del trabajador; permaneced desocupados en el seno de los ocios y de la irresolución, sin otro oficio que transmitiros la noticia: *Los mercenarios de fulano han vencido.*» «Porque tal es hoy vuestra vida. No censuro á los que cumplen en

vuestro lugar una parte de vuestros deberes, pero os pido, á vosotros también, que hagáis por vosotros mismos lo que recompensáis en otros, y que no os retiréis del puesto de honor, en el que vuestros antepasados os dejaron á costa de tantos peligros gloriosos.

El establecimiento de una contribución única, no ya á título de socorro, sino de indemnización legítima hará posible la organización de un ejército permanente. El de Filipo siempre está en pie; Atenas no le opone sino milicias reclutadas de prisa, y casi siempre tarde. Pasada la ocasión, se abandonan los armamentos. A la primera alerta, se comienza de nuevo tumultuosamente; nada hay fijo ni regular; Atenas jamás hará nada á tiempo con tal sistema. Necesita un ejército organizado de manera que esté siempre presto, y provisto de una intendencia distinta del mando. «Hoy preguntáis: ¿qué hace Filipo?, ¿sobre qué punto marcha? Tal vez entonces, atenienses, se preguntará: ¿adónde ha ido el ejército de Atenas?, ¿en dónde va á presentarse?» ¿Pero será verdaderamente el ejército de Atenas, si no se compone más que de mercenarios? Demóstenes quiere que vayan atenienses, aunque no sea más que para vigilar á las tropas contratadas. Recuerda que, gracias á esta mezcla del elemento nacional con fuerzas extranjeras, venció Atenas á Lacedemonia. «Pero desde que solamente los mercenarios combaten por vosotros, triunfan de vuestros amigos y de vuestros aliados, y, mientras tanto, se engrandece el enemigo. Dirigen una mirada al pasar sobre la guerra á la que les envía Atenas, y después se van con la flota al país de Artabaces ó á otra parte. El general les sigue á la fuerza; como no puede pagarles, no se puede hacer obedecer. ¿No elegís á diez taxiarcas, diez estrategas, otros tantos filarcas

y dos hiparcas? ¿Qué hacen todos estos jefes? Excepto uno solo, destinado á la campaña, los otros van de ornato en vuestras procesiones á seguida de los sacrificadores. Semejantes á los que moldean en arcilla, fabricáis taxiarcas é hiparcas para lujo y no para la guerra. Si queréis un ejército verdaderamente ateniense, ¿no será necesario que el jefe de la infantería sea ateniense, el jefe de la caballería ateniense?, ¿y es preciso que el hiparca de Atenas vaya á socorrer á Lemnos, y que un extranjero, Menelao, sea el jefe de la caballería encargada de defender vuestras posesiones? No censuro al hombre, digo solamente que el jefe, cualquiera que sea, debe ser elegido entre vosotros.» Las quejas del orador están harto justificadas. Carés abandonó la guerra social para ir á ayudar á Artabaces en su rebelión contra el rey de Persia. Ificrates, convertido en yerno del tracio Cotys, le secundó en expediciones hostiles á Atenas. El mismo Ificrates acababa de recibir rehenes de Anfípolis; la ciudad iba á rendirse. Le sucede un mercenario, restituye los rehenes, pasa al servicio del rey de Tracia y Anfípolis se pierde.

¿Qué decir de las costumbres contraídas por los jefes de los mercenarios en el seno de la opulencia y la licencia asiáticas? Carés robó al tesoro; compra á los oradores, y el pueblo le absuelve. Ificrates, acusado de traición, salva su cabeza mostrando su espada y los puñales de sus partidarios, repartidos en la asamblea. Cuando el servicio militar se convierte en un oficio, el soldado deja de ser un soldado sólido contra el extranjero; y los jefes de un ejército que no es verdaderamente nacional, pronto dejan de ser ciudadanos. La supresión, ó por lo menos la transformación del teoricon hubiera atenuado los malos efectos al em-

pleo de las tropas mercenarias. Ni el celo de Demóstenes por el bien público, ni su elocuencia, pudieron arrancar aquel esfuerzo á un pueblo olvidadizo de las virtudes, que son el instrumento y la salvaguardia de la libertad.

Todas las formas de gobierno tienen el germen de un vicio que puede perderlas; las más razonables tienen sus máculas nativas y sus peligros. El fin del legislador debe ser atenuarlos todo lo posible, y desde luego, buscan la constitución en la que sean menos numerosas las fuentes de abusos. Sin pronunciarse absolutamente en favor de la forma democrática, Aristóteles señaló la esencia y las ventajas de aquélla con una precisión que equivale á un elogio: «La forma democrática es la más sólida de todas, porque la mayoría domina en ella, y la igualdad de que se goza hace que se ame á la constitución que la da... Supongamos un Estado compuesto de mil trescientos ciudadanos, y que entre ellos, los ricos, en número de mil, despojan de todo poder á los otros trescientos, libres, sin embargo, como aquéllos, y son iguales en todo lo demás que no sea la riqueza: ¿se podrá decir que tal Estado es democrático?... No hay democracia real sino allí en donde los hombres libres y pobres forman la mayoría y son soberanos.» Aristóteles recomienda la equidad, la dulzura para con los pobres. Pero, dice, este noble fin no se alcanza comúnmente. «No siempre ocurre que los jefes del gobierno sean los más agradables de los hombres. Sin embargo, el interés del Estado está en tratar con miramientos á las clases poco acomodadas. «En Cartago, el gobierno supo siempre granjearse el afecto del pueblo, enviándole, alternando, á enriquecerse á las colonias. Las clases elevadas, si son inteligentes, cuidarán de ayudar á

los pobres é inclinarles hacia el trabajo... Casi todos los legisladores que han querido fundar gobiernos aristocráticos, han cometido análogos errores: primero, concediendo demasiado á los ricos; después, engañando á las clases inferiores. Con el tiempo, resulta siempre necesariamente de un bien falso un mal verdadero. La ambición de los ricos ha arruinado á más Estados que la ambición de los pobres.» Según los filósofos y los legisladores, el punto capital y el más arduo es la organización de la propiedad, «fuente única, á sus ojos, de las revoluciones». Platón, en su *República*, resolvía el problema suprimiendo la propiedad; esto se llama cortar el mal de raíz. Faleas de Calcedonia trató de obtener la igualdad de los bienes, prescribiendo á los ricos que diesen dotes sin recibirlos nunca, y á los pobres que los recibieran sin darlos. El autor de la *Política* cuenta poco con los expedientes destinados á mantener entre las fortunas una especie de nivel quimérico, de equilibrio inestable por necesidad: «Lo importante es nivelar las pasiones más bien que las propiedades, y esta igualdad no resulta más que de la educación, reglamentada por buenas leyes.» Faleas cree suprimir por decreto á los ladrones y bandidos: se engaña. Lo superfluo, y no la indigencia, es lo que hace cometer los grandes crímenes: «No se usurpa la tiranía para preservarse de la intemperie del aire.» La codicia, he aquí lo que hay que domeñar. Los demagogos (y este es el escollo del gobierno popular) lo halagan por ambición personal, con detrimento del bien público. Entonces las clases altas se indignan al verse abrumadas con todos los gastos públicos; se sublevan contra la injusticia, y á veces, la libertad perece. La política sabia se guardará, pues, de extremar nada. Sólo un mal ciudadano

puede pensar en imponer la igualdad de bienes, la peor de las calamidades, según el autor del *De officiis*; basta igualar, por decirlo así, las desigualdades, imponiendo sobre todo á los ricos, y aliviando á la multitud.

Estos sabios principios, tomados por Montesquieu del Estagirita, fueron los de Demóstenes. Hasta quizá, en este concepto, extendió las obligaciones de la ciudad á límites excesivos á los ojos de los modernos: «Debemos pagar con alegría á nuestros padres la deuda justamente impuesta por la naturaleza y por la ley. Ahora bien; lo que cada uno de nosotros debe á su padre, la República lo debe á todos los ciudadanos, padres comunes del Estado. Así, lejos de disminuir en nada lo que el Estado les da, sería preciso, á falta de este recurso, buscar otros para que no muestren á todos los ojos su indigencia.» Así es, que no solamente el Estado debe atender al trabajo individual, sino también á la atenuación del pauperismo. «Los ricos, inspirándose en este pensamiento, harán, á mi entender, una cosa justa, y al mismo tiempo útil; porque privar de lo necesario á una parte de los ciudadanos, es suscitar numerosos enemigos á la República. En cuanto á los pobres, les aconsejaré que quiten á los poseedores de dominio todo motivo legítimo de irritación y de queja; porque continuaré hablando con imparcialidad, sin retroceder ante verdades favorables á los ricos... Es preciso que cada uno goce de los derechos fundados sobre la igualdad democrática; que los ricos miren asegurada la posesión de su fortuna y usen de ella sin temor, siempre dispuestos á consagrarla á la salvación de la patria en peligro; que los pobres no reputen bienes comunes sino á los bienes comunes, y que, satisfechos con recibir la parte que les corresponde,

sepan que los bienes de un particular son de él solamente. Así se engrandecen los Estados pequeños y se mantienen los grandes.» Demóstenes reclamó á menudo el respeto de la igualdad democrática. «No hay abuso del que sea preciso preservarse con más cuidado, que del de dejar que un ciudadano se eleve por encima de la multitud.» La mayoría, la gente humilde, es objeto de las más cariñosas solicitudes del político ateniense. Le recuerda sus deberes, pero mantiene sus derechos á la indulgencia de los ricos, á la beneficencia del Estado. Con esto, Demóstenes creía fortificar á Atenas en el interior, con la esperanza de hacerla obrar más vigorosamente en el exterior. El mismo, con una frase característica, ha resumido toda su política: «En los asuntos de Grecia y en los de la República, me verás siempre animado del mismo espíritu. Aquí he estimado los derechos del pueblo por encima del favor de los ricos; allí he preferido á los demás y á la amistad de Filipo los intereses comunes de los helenos.»

IV. Desde el principio, la clarividencia de Demóstenes penetró en los designios más remotos del enemigo: «Veo que los atentados de Filipo os causarán en el porvenir más vivas alarmas que hoy; sí, los progresos del mal hieren mi vista (344). Ojalá que mis conjeturas sean falsas; pero me temo que ya estamos tocando al término fatal.» El cuidado de Demóstenes de tener abiertos los ojos sobre los procedimientos tortuosos de Filipo, le habituaron á la desconfianza. Atenas, por el contrario, tan pronta á sospechar de sus ciudadanos eminentes, se hizo confiada y crédula, desde que sus cortesanos le celebraron la buena regía fe del macedonio. A las revelaciones del orador, su

guardián responde con burlas, y continúa lanzando al porvenir una mirada complacida. Sin embargo, si toda oligarquía debe ser sospechosa á un gobierno democrático, como su enemiga natural é implacable, con mayor razón Atenas debía mantenerse en guardia contra un rey. «Para la seguridad de las ciudades el arte ha multiplicado los medios de defensa: empalizadas, murallas, fosos, fortificaciones de todo género; tantos trabajos exigen muchos hombres y considerables gastos. (¿Qué diría Demóstenes de nuestros presupuestos de guerra?) En el corazón de los hombres sensatos, la naturaleza eleva por sí misma un baluarte único, útil, saludable para todos; lo es, sobre todo, para los Estados libres contra los tiranos. ¿Cuál es? La desconfianza. Que sea vuestra compañera y vuestra égida; mientras que la conservéis, el mal estará lejos de vosotros. ¿Qué deseáis? La libertad. ¿Y no véis que los títulos mismos de Filipo la combaten? Sí; todo rey, todo déspota es hostil á la libertad, enemigo de las leyes.

Esta desconfianza se impone particularmente á Atenas; porque es lo que más odia y teme Filipo. «Ante todo, atenienses, grabad profundamente estas verdades en vuestros espíritus: Filipo nos hace la guerra; ha roto la paz; es el enemigo encarnizado de Atenas entera, del suelo de Atenas, añadiré que hasta de los dioses de Atenas; ¡puedan éstos aniquilarle! Pero lo es principalmente de nuestra democracia, á la que ha declarado la guerra; á destruirla tienden, sobre todo, sus lazos y sus proyectos, y una especie de necesidad le impulsa á ello. Razonad, en efecto; quiere dominar, y sabe que solamente vosotros constituís el obstáculo. Desde hace mucho tiempo os ultraja con plena conciencia de ello; porque lo que os ha arrebatado le sir-

ve para proteger todas sus otras posesiones. En efecto, si perdiese Anfípolis y Potidea, no se creería seguro ni aun en sus Estados. Sabe, pues, estas dos cosas; que quiere vuestro mal y que vosotros lo sentís. Ahora, bien, suponiéndoos hombres de sentido, presume que le hacéis la justicia de odiarle. Además de estas poderosas razones, está convencido de que, aun cuando fuese dueño de todo lo demás, no podría contar con nada estable mientras que vuestra democracia esté en pie. A su primer revés, y el hombre debe siempre contar con mil, todos los pueblos subyugados hoy por la violencia vendrían á refugiarse á vuestro lado. Así es, que no quiere que vuestra libertad espíe sus días malos, y sus reflexiones son las de un hombre listo y vigilante. Debéis, pues, ver en él al adversario irreconciliable de nuestra democracia, y tener por cierto que todo lo que emprende y medita, lo medita contra vosotros.» Los atenienses son incapaces de sufrir voluntariamente el yugo y desertar de la causa de la libertad helénica. «Como refiere todas sus miras, no á la paz, ni á la tranquilidad, ni á la justicia, sino á la ambición y á la pasión de subyugarlo todo, Filipo ha comprendido perfectamente por la política de Atenas y su carácter, que jamás ni promesas ni mercedes os arrastrarán á sacrificarle por egoísmo ninguno de los pueblos de Grecia; y que, si osara atentar contra ella, el celo de la justicia, el temor de la deshonra y la previsión de todos los resultados, os opondrían á él como si la guerra estuviese encendida.» A los tesalios, tebanos, argeos y mesenios, los trata como amigos: sabe que á la primera señal irán esos pueblos á engrosar su ejército; á vosotros, os maltrata. «Este es vuestro mejor elogio, atenienses; tales hechos proclaman que sois, de todos los pueblos, los únicos incapaces de

hacer traición á los derechos generales de Grecia, y de vender, por ningún favor y ninguna ventaja, vuestra abnegación á la causa de los helenos.» Estas consideraciones honran á la magnanimidad de Atenas y á la perspicacia de su hombre de Estado.

Cada uno de los pasos hacia adelante del macedonio, fortifica el celo de Demóstenes en sacudir el letargo de los atenienses: «Sin duda un dios, avergonzado de Atenas por tal condición, ha inspirado á Filipo esa actividad inquieta; porque, si satisfecho con las conquistas que ha hecho adelantándoos siempre, quisiera detenerse, no emprender ya nada más, creo ver á más de un ciudadano resignarse á tales despojos, el oprobio de Atenas, la prueba de su cobardía, el colmo de la ignominia; pero, como continúa invadiendo y es insaciable, tal vez os despertará al fin, si no habéis desesperado por completo de vosotros mismos.» La avidez de Filipo parece ser un aguijón con que los dioses quieren azuzar á Atenas; pero el aguijón verdadero es Demóstenes; sin cesar azuza á Atenas, adormecida por el letargo del que solamente saldrá para morir.

Un hombre de Estado tan vigilante, poderoso por la elevación del alma y del genio, era el adversario más temible de Filipo. Filipo lo comprendió, y le hacía justicia. Después de la segunda *Filípica* (344), el rey de Macedonia, sorprendido por la precisión de las ideas de Demóstenes, decía: «Hubiera dado mi voto á Demóstenes para declararme la guerra, y le hubiese nombrado general. Cedería gustoso Anfípolis á los atenienses á cambio del genio de Demóstenes.» Luciano se hace fiel intérprete de los sentimientos del príncipe al atribuirle estas palabras: «Demóstenes despier-ta, á pesar de ellos, á sus conciudadanos, aletargados como por la mandrágora. Poco cuidadoso de serles

agradable, su franqueza es el hierro que rompe y quema, su indolencia... Si Demóstenes no estuviera en Atenas, subyugaría esa ciudad con mayor facilidad de la que ha tenido con los tesalios y los tebanos... Pero sólo él vela por su patria, espía todas las ocasiones, sigue nuestros pasos, hace frente á mis ejércitos. Nada se le escapa, ni mis astucias, ni mis empresas, ni mis proyectos... En una palabra, ese hombre es un obstáculo, un baluarte que me impide arrebatarme todo al paso de mi carrera... Si hicieran á un hombre así dueño absoluto de las convenciones, de las naves, de los ejércitos, de las circunstancias y del dinero, temería tener que disputarle, no tardando, la Macedonia, á él que, armado con solos decretos, me envuelve por todas partes, me sorprende, halla recursos, reúne fuerzas, lanza á la mar flotas temibles, pone ejércitos en pie y me hace frente en todas partes.» Filipo, en Queronea, combatió contra Demóstenes al combatir contra los atenienses, y la derrota de la República fué la de su hombre de Estado. En el campo de batalla, en medio de la embriaguez de la victoria, piensa en Demóstenes: «*Demóstenes, hijo de Demóstenes de Peanea, ha dicho...*» Recita cadenciosamente el principio de un decreto del patriota, y baila en torno de los cadáveres que yacen en tierra; después, repuesto de su primer transporte, «se estremece de espanto al pensar que la poderosa elocuencia de Demóstenes le obligó á jugarse en algunas horas el imperio y la vida».

La penetración política de Demóstenes pareció errar algunas veces; sus sentimientos sobre la persona de Filipo y sobre la debilidad de su imperio, no siempre parecieron dignos de un hombre de Estado inteligente. En efecto; Demóstenes no escasea los ultrajes á

aquel «bárbaro, digno de todos los nombres que se quiera darle». Habla de sus envidias, de sus desenfrenos; le pinta rodeado, en su corte de Pella, de un conjunto de bufones, de bandidos, de gentes impuras, «entregándose en sus orgías á danzas que me avergonzaría nombrar delante de vosotros»; y, sin embargo, en este concepto, Demóstenes sabía que los atenienses eran poco escrupulosos de ojos y oídos. Esta sátira de las costumbres de Filipo es mezquina; Esquino tuvo razón en censurársela. ¿Con qué objeto abrir los ojos sobre la crápula y cerrarlos sobre el genio? Se insiste: Demóstenes cometió una falta más grave; ignora el secreto del poder de Filipo; ignorancia culpable en un orador árbitro de los destinos de Atenas, en un duelo sin cuartel. Ahora bien, Demóstenes la deja aparecer al principio de la lucha, la conserva hasta la víspera de Queronea. Su última *Filippica*, lo mismo que la primera, demuestra un desdén poco justificado y esperanzas mal fundadas. «Conviene examinar, apreciar en su justo valor la situación actual de Filipo; no es tan buena, tan brillante como pudiera creerlo un observador poco atento. Nunca hubiera suscitado esta guerra el macedonio si hubiese creído que tenía que combatir; al llegar á Olinto se vanagloriaba de apoderarse de todo en un momento; se engañaba. Esta decepción le desconcierta, le descorazona.» Sus prosperidades no son tal vez más que un lazo que le tiende la divinidad. «Una felicidad inmerecida se convierte para el insensato en una especie de vértigo y de error, y he aquí por qué es á menudo más difícil conservar que adquirir.»

El edificio del poder de Filipo es, por lo tanto, más fastuoso que sólido, y descansa sobre fundamentos ruinosos. «Cuando las alianzas se cimentan en la

afección y la comunidad de intereses, los coligados conspiran en trabajar, en sufrir, en perseverar juntos; pero cuando un hombre debe su fuerza, como él, á la rapiña, á la perversidad, todo, al menor pretexto, al más ligero choque, se derrumba y se disuelve. Hoy, atenienses, los triunfos de Filipo oscurecen todos esos vicios, porque la prosperidad se ingenia en velar las faltas de los hombres; pero el menor fracaso las pondrá de manifiesto. En el cuerpo humano, la fuente de los sufrimientos pasados parece secarse en cuanto se goza de la salud; ¿sobreviene una enfermedad?, fracturas, luxaciones, dolencias de todo género se despiertan. Así, mientras que las armas prosperan, los males de una monarquía ó de un Estado cualquiera escapan al vulgo; pero al primer revés se manifiestan ante todos los ojos. De esta suerte se anuncia la fortuna de ese hombre, demasiado débil para la carga que quiere llevar. También yo, atenienses, creería que Filipo está hecho para mandar y admirar, si le viera elevarse por caminos legítimos... Pero no es posible, atenienses, no es posible que la iniquidad, el perjurio, la mentira, funden un poder duradero. Tales medios de aventura se sostendrán una vez, un momento; prometerán hasta el porvenir más floreciente; pero el tiempo los descubre y se derrumban por sí mismos. En una casa, en una nave, en cualquier otro edificio, la base debe ser la parte más sólida; del mismo modo conviene dar á las acciones el principio, el fundamento de la justicia y de la verdad; ahora bien, esto es lo que hoy falta á las empresas de Filipo.»

La política, á lo que dicen, engaña aquí al moralista; el patriota toma sus deseos por realidades; se engaña, y engañarse es más que un crimen en un

hombre de Estado. Esquino alegaba que las promesas de Filipo habían sorprendido su buena fe; Demóstenes no acepta esta excusa: «No es admisible, ni en política, ni en buena justicia; en efecto, vosotros no excitáis, no obligáis á nadie á que se mezcle en los asuntos públicos; solamente cuando un hombre, persuadido de su capacidad, se presenta, la acogéis con la benevolencia de un pueblo bueno y confiado, y sin prevención celosa. Se convierte en vuestro elegido, ponéis vuestros intereses en sus manos. Si triunfa, será honrado y se elevará sobre la muchedumbre; pero si fracasa, ¿quedará libre con excusarse y confesar su derrota? Esto no sería justo. Los aliados que perecieron, y sus mujeres y sus hijos, y tantos otros desgraciados, ¿quedarán indemnizados de su desastre con pensar que es obra de mi tontería, por no decir de la de Esquino? No, ni mucho menos.» ¿Se está en el caso de volver estas palabras contra su autor, y de hacer que pesen sobre él las responsabilidades de un engaño?

Fácil nos parece justificar á Demóstenes. Las debilidades de Filipo, señaladas por aquél, no eran una quimera; las disensiones domésticas ó nacionales á que alude, existían en efecto; la misma muerte del conquistador, sucumbiendo á una intriga de corte, es una prueba de ello; y si Demóstenes, más confiado, á lo que parece, que Foción en la equidad de la Providencia y en la fortuna de Atenas, conservó alguna esperanza hasta el fin, las peripecias de la batalla de Queronea, cuya pérdida se debió á la temeridad de Lisicles, y luego el derrumbamiento repentino del imperio de Alejandro, probaron que no todo era ilusión en las esperanzas del orador. «Si cada ciudad hubiera tenido un solo ciudadano parecido á mí, en el puesto

que yo ocupaba, ¿qué digo?, si un solo hombre en Tesalia, un solo hombre en Arcadia, hubiesen pensado como yo, á ninguno de los griegos de éste y del otro lado de las Termópilas le hubieran alcanzado los males presentes, sino que todos, libres y autónomos, sin peligro y sin temor, vivirían felices en sus patrias, acreedores de tantos bienes á vosotros, á toda Atenas, gracias á mí » El odio á Macedonia no cegó á Demóstenes hasta el punto de hacerle creer y desear lo imposible. Lo que vió no era una apariencia vana, y cuando á veces fingió no ver, tenía para disimular cerca del pueblo razones fáciles de concebir.

Repugna, en efecto, creer que el estado verdadero de las cosas se hubiera ocultado á un espíritu tan perspicaz. Demóstenes es la razón, la reflexión misma; pasó su vida estudiando á Filipo, espiando en todos sus incidentes los asuntos helénicos y extranjeros, ¡y había de escapársele lo más saliente de Filipo! No podríamos admitir contradicción tan extraordinaria. ¿Quién hizo el retrato más exacto de Filipo, capitán y político, sino el orador de las *Filípicas*? ¿Ignoró Demóstenes las ventajas que aseguraban á Filipo los defectos de los atenienses y los de su constitución democrática?; no, las vió claramente; pero no creyó que debía poner ante los ojos de sus oyentes la realidad entera. Denigra las costumbres de Filipo y sus noches macedónicas (muy poco áticas) con los histriones, escoria del Pireo, con un Callias, esclavo público arrojado de Atenas con asco y convertido en favorito del rey. Apela al testimonio de una persona que fué, en el país, testigo indignado de las concupiscencias de Filipo, como Voltaire refiere á veces el sentimiento de uno de sus amigos, hombre de buen gusto. Trata al conquistador de borracho, ¿con qué objeto?; ¿con el

de disimular con estas injurias su secreta abnegación de asalariado? Dejemos esta interpretación gratuita á Esquino. Usa con ella del derecho reconocido al orador de aminorar ó engrandecer los objetos, según las necesidades de la causa. Un Pedro de Rusia puede gustar del vino, como Enrique IV y Luis XIV gustaron de otros placeres, sin ser por esto menos digno del nombre de Grande. Demóstenes no se exageró á sí mismo más de lo de razón el alcance de los vicios de Filipo, y ciertamente no hubiera buscado en ellos argumentos, si no hubiese tenido otros oyentes que Licurgos, Hipérides y Eubulos. Pero, por ingeniosos que fuesen los ciudadanos de Atenas, de aquella ciudad en la que no había tontos, no por eso dejaban de ser asambleas populares. La elocuencia ante el Areópago ó en el Pnyx, en el Foro ó en el Senado, se encuentra en diferentes condiciones. P. Escipión no se hubiera atrevido, en presencia de los padres conscritos, á hacer del ejército de Aníbal, bajado de los Alpes, la caricatura que ofreció á sus tropas (Tito Livio, XXI, 40). Hubiera pensado solamente en ilustrar á la sabia asamblea. Pero necesita fortificar el valor de soldados alarmados; ahora bien, ¿qué medio más seguro para esto que inspirarles el desprecio del enemigo? Del mismo modo Demóstenes se dedica á tranquilizar á los atenienses; denigrar á Filipo es debilitarle, puesto que es aumentar la audacia confiada de aquellos á quienes combate. En general, Demóstenes hace justicia á Filipo cuando quiere azuzar la anulación de los atenienses; la injuria y justifica la frase de P. S. Curier al llamarle *el gran libelista de Grecia*, cuando quiere darles valor; ahora bien, esto es sobre todo lo que les falta. El orador ni siquiera ha pensado en disimular su táctica: «Enumerar los elementos de la fuerza de

Filipo, y, con este examen excitaros á cumplir con vuestro deber, no me parece oportuno, atenienses; ¿por qué? Porque todo lo que pudiera decir en este sentido no dejaría de redundar en gloria suya, y no constituiría un elogio de vosotros... Pero trataré de deciros aquello que le cubra de oprobio ante un juez imparcial.» Al mismo tiempo que envilece al adversario, se esfuerza en engrandecer á los atenienses en sus propios sentimientos, de elevarles al nivel de sus antepasados. A veces usará sobre ellos del resorte del miedo: «Filipo no solamente quiere subyugar á Atenas, quiere aniquilarla», exageración adecuada al designio del orador. A veces, en lugar de aumentar el peligro, lo atenuará. Demóstenes llama «vana sombra» al título de anfición concedido á Filipo. ¿Se podrá deducir de esto que no previa el uso que hacía de aquél el hábil macedonio? Harto lo presentía; pero en la impotencia que veía á Atenas de arrebatarse aquella arma sagrada de las manos de un príncipe convertido, por confesión de todos, en protector de Delfos y de su Pitia, era de alabar en Demóstenes que hablase con desdén de un título que, de rechazárselo, hubiera provocado un alzamiento formidable de escudos contra su patria. Persistimos, pues, en alabar la prudencia de sus designios; no imputemos á la ceguera del político aquello que más bien conviene alabar en el moralista y el orador.

Jueces ilustrados han estimado á Demóstenes como á uno de los más grandes hombres de Estado de la antigüedad; otros le han acusado de llevar á su patria al precipicio. Demóstenes ¿tuvo ó no razón al predicar la guerra contra los macedonios? Polibio se lo ha censurado: «La lucha de los atenienses contra Filipo les condujo á que cayeran en las mayores calamida-

des; y sin la magnanimidad del rey, su amor á la gloria, la política de Demóstenes les hubiera valido infortunios más graves todavía.» Polibio censura á Demóstenes por haber calificado de «traidores» á los personajes más importantes de las ciudades que se aliaron con Macedonia; esos ciudadanos no fueron traidores, sino más bien «bienhechores y salvadores», puesto que su amistad con Filipo preservó á su patria de mayores desastres y les aseguró ventajas muy importantes sobre las ciudades enemigas. El amigo de Escipión Emiliano no podía emplear otro lenguaje sin acusarse á sí mismo. Polibio, favorable á los romanos en su lucha contra Perceo, les proporcionó el apoyo de la liga aquea, cuya caballería mandaba; se alaba, pues, á sí mismo cuando felicita á Aristenes por haber hecho que pasara «oportunamente» la liga aquea de la alianza de Filipo á la amistad de los romanos, política que fué para los aqueos una fuente de «seguridad» y de «engrandecimiento». Polibio se coloca desde el reducido punto de vista del interés; justifica á los pueblos desertores, mostrando que su defección les fué personalmente provechosa. Demóstenes tuvo en cuenta el interés superior de la independencia y la dignidad nacionales. Acusa á las ciudades auxiliares de Filipo de haber faltado á sus deberes para con la causa helénica; Polibio insiste sobre las ventajas que los pretendidos traidores proporcionaron á su patria. Sin embargo, Demóstenes afirma que todas las ciudades felonas tienen que sufrir más con el triunfo del macedonio que la misma Atenas, y la historia le da la razón.

Mably cita á Polibio y le aprueba: «Aquel orador se engañaba groseramente, al querer que todos los griegos consultasen los intereses de Atenas. Si cada

república, después de la ruina del gobierno federativo, no debía ya contar sino con ella misma y no tenía por vecinos sino á enemigos, ¿por qué se creía Demóstenes con derecho á exigir que los tesalios, colocados en la frontera de Macedonia y á quienes Filipo había libertado de sus tiranos, fuesen *ingratos* y se expusieran, en primer término, á todos los males de la guerra, para dar *inútilmente* á Grecia un ejemplo de valor y mostrarse ligados á unos principios de unión que ya no subsistian? Si los argeos imploraron la protección de Filipo, fué porque Lacedemonia quería ser aún el tirano del Peloponeso, y solamente Macedonia podía prestarles *útiles* socorros. Si los tebanos se aliaron con Filipo, fué porque vieron que los griegos no querían ya ser libres, y *juzgaron prudente no ofender al enemigo más poderoso de la libertad pública*. ¿Cómo no comprendía Demóstenes que las injurias con que abrumaba á los principales magistrados de Mesena, de Megápolis, de Tebas, de Argos, lejos de preparar los espíritus á las alianzas que meditaba, no servían más que para multiplicar los odios y las querellas domésticas de Grecia? Con su conducta inconsiderada... él mismo servía á la ambición de Filipo. Después de tener la prueba de la debilidad, de la irresolución y de la cobardía de los atenienses, ¿por qué quería que las otras ciudades hiciesen para ellos lo que ellos no hacían por sí mismos? Después de haber conocido por experiencia la inutilidad de las embajadas con que fatigaba á Grecia, ¿por qué no cambiaba de miras? ¿Se puede por menos de *despreciarle como político y como ciudadano* aun cuando al mismo tiempo se le admire como orador? Mably aceptaría de buen grado la frase de los escépticos de Atenas: «Demóstenes no conoce á su patria, está loco.» En

cambio exalta «el admirable sentido de Foción, el cual, tan gran capitán como Demóstenes mal soldado», sabía, al aconsejar la sumisión, ponerse al alcance de sus conciudadanos.

Dejaremos á Mably el cuidado de refutarse á sí mismo. ¿No es, en efecto, refutarse el hablar de Demóstenes en términos tales de alabanza que le aseguran nuestra simpatía, con detrimento del príncipe, su adversario? «Filipo tenía aquella elocuencia impetuosa que le representaba como un tirano; no quería que se mantuviese el orgullo de los griegos evocándoles el recuerdo de las grandes acciones de sus padres. Hablarles del valor de la libertad era obligarle á no obrar sino con una circunspección incómoda para un ambicioso. Cuanto más se dedicaba Filipo á cansar á Grecia de su libertad y á inspirarla cierta indolencia que la preparaba á obedecer cuando fuese vencida, con tanta mayor contrariedad veía que el orador ateniense descubriese sus proyectos, enseñase de antemano á los griegos á avergonzarse un día de la servidumbre que no podían evitar, é hiciese, en cierto modo, incierto el fruto de las victorias del macedonio, preparándoles á ser inquietos y sediciosos... Hasta entonces no había habido en Grecia otro orador que, desentrañando los ambiciosos proyectos de Macedonia, viese los peligros de que estaba amenazada la libertad de su patria. Si hubiera sido capaz un hombre de sacar á los atenienses del envilecimiento en que los había sumido la afición á los placeres, hubiese sido Demóstenes, cuyos inflamados discursos caldean todavía hoy al lector. Pero hablaba á sordos, y gracias á las liberalidades más elocuentes de Filipo, en cuanto el orador proponía hacer alianzas, formar ligas, levantar ejércitos y equipar galeras, mil voces gritaban

que la paz es el mayor de los bienes, y que no había que sacrificar el *momento presente* á temores imaginarios sobre el *porvenir*. Demóstenes hablaba al amor de la gloria, al amor de la patria y al amor de la libertad, y estas virtudes no existían ya en Grecia; los asalariados de Filipo removían, por el contrario, é interesaban á su favor la pereza, la avaricia y la molición. » Una victoria debida á tales medios es poco honrosa, sobre todo si se piensa en el mal uso que hizo de ella un príncipe digno solamente de alabanzas, «por haber tenido el arte de envilecer á los griegos y destruir aquel resto de valor que debían á su libertad... No luchando más que para satisfacer su ambición, no se sirvió de los mayores talentos y de los mejores recursos del genio sino para elevar un edificio que no debía tardar en derrumbarse». Así, pues, Filipo no sirvió como hubiera debido á la causa de la «humanidad», no fué un hombre providencial. ¿Por qué, pues, censurar á Demóstenes, adversario de un conquistador privado, hasta de la excusa de haber mejorado lo que conquistara? En fin, Mably escribe en otra obra: «¡Con qué noble y altiva constancia defienden su libertad los Estados libres! A Macedonia le costó más trabajo someter á algunas ciudades de Grecia que al Asia entera. Asia, una vez vencida, se sometió para siempre; Grecia, vencida, no se dejó aniquilar por sus desgracias...; vuelve á encontrar en sí misma, bajo Alejandro y después de él, bastante valor para resistir á sus propios vicios y á príncipes poderosos que tenían el arte de dividirla. El deseo de ser libre subsiste cuando la libertad parece perdida sin remedio y produce aún la confederación de los aqueos, que no puede ser destruida sino por otra República destinada á vencer de todo.» Es difícil de comprender cómo el

autor de estas líneas sobre la virtud de la libertad pudo desaprobar al orador cuya pasión era despertar el deseo de aquélla. Los pensamientos de Mably carecen de cohesión, de firmeza; ó más bien, sus pensamientos y sentimientos se contradicen. Es la eterna lucha de la razón fría afectada, sobre todo, por el interés, con la inspiración generosa y el impulso del honor. La gloria de Demóstenes es haber ignorado estos combates interiores y haber hecho todo para que la dignidad de Atenas saliese victoriosa. Desconfiad del primer movimiento, decía un político; siempre es el mejor. El primer movimiento de Demóstenes fué el de toda su vida. Mably le condenó, pero á costa de contradicciones que refutan la iniquidad de la sentencia.

Un espíritu eminente que ha aplicado de preferencia sus elevadas facultades á la exposición de las doctrinas filosóficas, M. Cousin, ha juzgado á Demóstenes en una de sus más magníficas lecciones; el pasaje merece citarse: «Demóstenes, después de todo, no es más que un gran orador. Demóstenes, en su tiempo representa el pasado de Grecia, el espíritu de las ciudades pequeñas y de las repúblicas pequeñas, una democracia gastada y corrompida, un pasado que no podía ser ya y que ya no era. Ahora bien; para reanimar un pasado destruido para siempre, habría que entablar una verdadera lucha contra lo imposible; había que desplegar una fuerza y una energía de que los otros eran incapaces, y él como los otros; porque, en fin, siempre es uno un poco como los otros; se es de su tiempo. Así, fracasó Demóstenes; añadido con la historia *que fracasó vergonzosamente*... La elocuencia de Demóstenes tiene un poco de la vida de él; es convulsiva, demagógica, muy poco política; tiene invectiva, bas-

tante dialéctica, un empleo hábil y discreto de la lengua. Pero tomad los discursos de Pericles algo arreglados por Tucídides; comparadlos con los de Demóstenes y veréis qué diferencia hay entre la elocuencia del jefe de un gran pueblo y la de un jefe de partido. (Sería difícil reunir más errores en menos palabras.) Si la lucha de los pueblos es triste, si el vencido excita nuestra piedad, hay que reservar nuestra mayor simpatía para el vencedor (para César y no Vercingetorix), puesto que toda victoria entraña infaliblemente un progreso de la humanidad... Los héroes desgraciados excitan en nosotros un interés más profundo que los pueblos; la individualidad aumenta la simpatía; pero también aquí hay que ser del partido del vencedor; porque siempre es éste el de la mejor causa, el de la civilización y de la humanidad, el del presente y del porvenir, mientras que el vencido es del pasado. El gran hombre vencido es un gran hombre fuera de su tiempo; su triunfo hubiera detenido la marcha del mundo; preciso es, pues, celebrar su derrota, puesto que fué útil, puesto que con sus grandes cualidades, sus virtudes y su genio, marchaba á la inversa de la humanidad y del tiempo.»

Así, pues, Demóstenes es culpable de haber cedido á los impulsos del patriotismo, porque marchó á la inversa de la humanidad y del tiempo. ¡El triunfo de Grecia hubiera detenido la marcha del mundo! Estas son palabras sonoras; pero es más cómodo que justo, cuando solamente el tiempo nos ha revelado lo que estaba envuelto para Demóstenes en las sombras del porvenir, deducir, á costa del generoso ciudadano, esas pomposas conclusiones de una filosofía transcendental. Al pensador demasiado profundo que hubiera

pretendido objetarle en ese sentido, hubiera contestado Demóstenes:

No sé prever desgracias tan remotas.

Su máxima era la de Pericles, no tratar, en provecho de nuestros desfallecimientos, de sondar los acontecimientos futuros. «Jamás los profetas deben tomar parte en los consejos de la política.» Lo que se atribuye á la fuerza de las cosas se debe á menudo á la sola debilidad de los hombres. El deber menos disculpable es, por lo tanto, aquí, el deber próximo: la moral del presente en las almas rectas prevalecerá siempre contra la filosofía de lo por venir. Demóstenes, se dirá, hablaba en nombre de virtudes desaparecidas; sea, pero hablaba en nombre de la virtud. Tan inteligente como Temístocles, no ignoraba su impotencia para reparar de arriba á abajo el edificio ruinoso desde hacía tiempo. Aristófanes, en *Agorácrita*, devuelve á Pueblo sus antiguas virtudes con la juventud. El consejero de Atenas no podía realizar esa mágica metamorfosis; pero era laudable que tratase de sacar de un anciano decrepito un postrer esfuerzo de fiereza juvenil. Bastantes eran los que en torno de Demóstenes aconsejaban lo útil; la utilidad presente. Convenía, por el más alto interés de Atenas, que la voz de los antepasados resonase por última vez en la tribuna, y que la anulación del pasado se propusiera como prenda, si no de una salvación cierta, por lo menos de la estimación de la prosperidad. Demóstenes, digno discípulo de Pericles, decía á los atenienses: «En las deliberaciones de interés público la gloria de los antepasados es la única ley que se ha de consultar. Todo ciudadano debe, al subir á la tribuna, pen-

sar que con las insignias de su magistratura va á revestir la dignidad de Atenas.» El dió el ejemplo; luchó, en nombre del honor nacional, contra el egoísmo burgués, contra los intereses mezquinos de esa clase siempre llena de gentes afectas exclusivamente á la prosperidad de sus pequeños negocios, á la inviolabilidad de su bienestar: Crysales del patriotismo, cuyo horizonte es una buena sopa y un asado á punto. Tales ciudadanos no faltaron en Atenas. Aristófanes los consideraba á las gruesas bromas de sus *Acarnios* y prodigaba su ingenio para que aumentase el número: ¡palomas torcaces, peces, anguilas, golosinas, bailarinas y vino fresco! A la verdad, que adelantaba mucho Lamachos con ir á romper su lanza contra los enemigos. Miradle: he aquí que vuelve, en medio de las carcajadas del teatro, con una lanzada en lugar que no es el pecho, gimiendo, cojeando, con una luxación en el tobillo, con la cabeza medio partida y sin penacho.

He aquí el fondo de la moral política de *Diceópolis*. Este hombre justo, y sus semejantes, ven en un escudo la imagen de un queso; en una pica, un asador. Juzgan todo desde el punto de vista de la manducatoria y de los placeres. Tales eran hartos á menudo los atenienses de Demóstenes, cuando el amor de la paz, á toda costa, era mucho menos excusable que en tiempos de la guerra del Peloponeso. Los contemporáneos de Aristófanes podían dudar de que fuese su deber el disputar la preeminencia á Esparta, ó el ir á buscar el engrandecimiento de Atenas en la conquista de Sicilia. Los oyentes de Demóstenes no podían recusar la obligación de expulsar de Grecia al macedonio. Así el orador, al atacar á Filipo sin sutilizar con su conciencia, no pudo faltar; y si faltó, su falta fué afortunada

y más digna de envidia que la fría prudencia de los partidarios del extranjero. A veces se yerra con tener demasiada razón. Hay situaciones en que el honor ordena combatir, aun cuando el combate no deba proporcionar el triunfo. Si el cielo tiene sus designios, siempre tendrá fuerza para realizarlos, y los hombres habrán, por lo menos, obedecido á la voz íntima que inspiraba á un héroe de Corneille esta digna máxima:

«Cumplid con vuestro deber y dejad hacer á los dioses.»

Ahora bien; el deber de Atenas era manifiestamente el de retardar todo lo posible, con viriles esfuerzos, la hora de la servidumbre, y no adelantarla con una cobarde sumisión. Pretender el adivinar á los hombres providenciales, y ayudar, aliándose á ellos, á las evoluciones de la humanidad, es emprender un camino peligroso. El patriotismo puede fácilmente extraviarse. En 1841, en respuesta al autor del *Rhin alemán*, un gran poeta, que fué en su hora un gran ciudadano, Lamartine, cantaba estos versos en honor de la confraternidad universal:

¿Por qué odiarnos y poner entre las razas
 Esos límites ó esas aguas que aborrece el ojo de Dios?
 ¿Vemos señales de fronteras en el cielo?
 ¿Tiene su bóveda una muralla, un límite, una separación?
 ¡Naciones! Nombre pomposo para decir: ¡Barbarie!
 ¿Se detiene el amor en donde se detienen vuestros pasos?
 ¡*Desgarrad las banderas!* Otra vez os grita:
 Solamente el egoísmo y el odio tienen patria,
 La fraternidad no la tiene.
 El mundo, al ilustrarse, se eleva á la unidad.
 Mi patria está en todas partes en donde irradia Francia,
 En donde su genio brilla ante las deslumbradas miradas.
 Cada uno es del clima de su inteligencia;
 Yo soy conciudadano de toda alma que piensa;
 La verdad es mi país.

.....

¡Vivan los nobles hijos de la grave Alemania!
 La sangre fría de sus frentes, oculta un hogar ardiente;
 Caballeros hechos reyes por mano de Carlomagno,
 Los jefes son los Nestores de los consejos de Occidente.

¿Para qué disputar las márgenes del Rhin? Si Alemania y Francia se encuentran estrechas en sus orillas, ¿no tienen en Oriente un vasto campo de libre colonización y expansión? (Esta expansión podría muy bien agravar las complicaciones de la cuestión de Oriente, bastante mala ya):

Amigos, mirad allí: la tierra es grande y llana,
 El Oriente se desarrolla al Sol,

 Traígame de él trigo, oro, lana y seda,
 Con la libertad, fruto que germina en todo lugar;
 Y tejamos de reposo, de alianza y de alegría,
 El simpático estandarte en donde el mundo ostenta
 La unidad, ese blasón de Dios.

¿Qué hubiera pensado de estas *elevaciones* el lector francés durante el Año terrible? ¿Y no se corre algún riesgo en constituirse así en campeón de la Providencia; en no distinguir ya la patria propia, perdida en el vasto seno de la humanidad? A Demóstenes, condenado por la filosofía y la poesía especulativas, le abuelven el buen sentido y el sentido moral. Es una digna estrechez de espíritu el no erigirse en intérprete, á veces interesado, de los consejos divinos, y limitarse modestamente á cumplir con su deber sin frases. Fenelón declara á Atico «más prudente» que Cicerón y que Catón mismo. Demóstenes, á sus ojos, hizo mal en luchar contra Filipo: le era imposible enderezar su República é impedir que pereciera. A este propósito, el preceptor del duque de Borgoña distingue el deber de los particulares del deber del príncipe: «Un simple

particular no debe pensar más que en regularse á sí mismo y en gobernar á su familia; no debe desear nunca los cargos públicos, todavía menos solicitantes.» Dios proveyó esta abstención al confiar la misión de gobernar el Estado á un príncipe, el cual no podrá abandonarlo «por mal estado en que lo encuentre». Sin pensarlo, Fenelón hace el elogio de la constitución republicana; allí, en donde no hay monarca, los ciudadanos heredan los deberes de aquél, y deben, en su puesto y lugar, no abandonar nunca al Estado, por desesperada que parezca su situación. La República no se confía á la custodia de uno solo, sino á la abnegación de cada uno de sus hijos; la de Demóstenes no le faltó. «Al ver que toda Grecia estaba humillada, mancillada y corrompida, por los que recibían presentes de Filipo y de Alejandro para la ruina de la patria, que nuestra ciudad tenía necesidad de un hombre, y la Grecia entera de una ciudad que pudiera ponerse á la cabeza, él se entregó á su patria y dió la ciudad á Grecia para la libertad.»

Este homenaje, tributado por Hipérides á Leóstenes, parece dirigirse al orador de las *Filípicas*. Demóstenes tenía conciencia de haber servido bien á su país, «recompensa augusta y santa á los ojos de quienes estiman la virtud y el honor». Gustó todavía otra: excitado por Esquino á vengarse de su derrota en su consejero, Atenas, reconocida, le concedió una corona de oro, menos brillante, sin embargo, que la que puso él en la frente de su patria. Gracias á Demóstenes, aunque desagrada á los críticos á quienes no agrada aquella política, Atenas se ha hecho perdonar una parte de su harto prolongadas debilidades; su vigor tardió, pero digno de su pasado, ha merecido y conservará los elogios del porvenir.

CAPITULO V

ANÁLISIS DE LOS ELEMENTOS Y DE LOS CARACTERES PRINCIPALES DE LA ELOCUCIÓN DE DEMÓSTENES

«Este discurso es como el retrato fiel de mis pensamientos, monumento mucho más bello que las estatuas de bronce.»
(ISÓCRATES: *Antídosis*).

El hombre de Estado en Demóstenes se refleja en el orador; así, Demóstenes es el modelo más útil de meditar para los hombres llamados á gobernar á sus semejantes con la palabra. Su elocución es práctica, positiva, nacida de los negocios y hecha para ellos; en este concepto, se puede aceptar la frase de Rousseau: «Arrastrado por la viril elocución de Demóstenes, mi discípulo dirá: es orador; pero al leer á Cicerón, dirá: es un abogado.» En la tribuna, Demóstenes desdén los artificios del arte y el deseo de agradar al ingenio con los rasgos del ingenio. Un discurso á la manera de Demóstenes, pronunciado en nuestros días en el Parlamento inglés ó en el Congreso de los Estados Unidos, produciría más efecto que los mejores del cónsul romano. Cicerón hablaba ante oyentes afectos á cuanto ostentaba una pompa teatral. La majestad de Roma se imprimía en su elocución, arreglada como la toga del patricio. El genio ático,

sencillo y preciso como el *pallium*, no gustaba de esas amplificaciones magistrales. Así, Demóstenes se dedica, ante todo, á ilustrar, á convencer; y al tratar de los asuntos públicos, sin señal aparente de cuidados literarios, realiza la elocuencia efectiva, única que agrada á las asambleas políticas modernas. Logró los votos más difíciles de obtener, sin haber hecho jamás una frase, como lo hiciera Voltaire. En él no hay nada para el brillo y el aparato, nada de palabras sonoras ni de periodos efectistas. «Habla el buen sentido sin otra gala que su fuerza. Hace la verdad sensible á todo el pueblo, le despierta, le anima, le muestra el abismo abierto. Todo se dice para la salvación común, ninguna palabra es para el orador. Todo instruye y conmueve, nada reluce.»

Demóstenes persigue su fin constantemente, con fuerza, sin conceder nunca nada á la amplificación; se prohíbe todo desarrollo, aun aquel que sería el más favorable á la elocuencia y el más agradable á los oídos del pueblo, si no es rigurosamente necesario. Claridad, precisión luminosa; tal es uno de los secretos de la fuerza. «Atenienses, suministrad por de pronto los subsidios que acabo de decir; después, disponed lo restante: infantería, caballería, naves; obligad por una ley á vuestras tropas á que permanezcan con las armas; convertíos en vuestros propios tesoreros y dispensadores de vuestros fondos; pedid cuenta al general de las operaciones de la campaña, y entonces no tendréis que deliberar eternamente, sin resultado, sobre los mismos objetos. Otra ventaja, atenienses: arrebataréis á Filipo el mayor de sus recursos. ¿Cuál es? El servirse de vuestros aliados para haceros la guerra, corriendo el mar y capturando las naves de aquéllos. ¿Qué más ganaréis aún? Vosotros mismos estaréis

al abrigo de sus piraterías; no le veréis ya, como antes, arrojarse sobre Lemnos, Imbros, llevarse prisioneros á vuestros ciudadanos, apoderarse en Gerestos de vuestros transportes y realizar un inmenso botín; efectuar, en fin, una expedición á Maratón y llevarse la galera sagrada, sin que hayáis podido impedir esas correrías, ni enviar socorros en el momento requerido.» «Recientemente oía decir á uno de vosotros: *Demóstenes habla siempre muy bien, pero de él la patria no tiene más que palabras; necesita actos.* A esta objeción responderá sin rodeos: los actos del orador son buenos consejos, y probarlo me es fácil, á lo que creo. Recordaréis, sin duda, que en otro tiempo Timoteo, aquel gran ciudadano, arengó al pueblo sobre la necesidad de socorrer, de salvar á Eubea, caída ya bajo el yugo tebano. «¡Cómo, exclamó, los tebanos están en la isla y deliberáis! ¿No cubrís el mar con vuestras galeras? ¿No voláis al Pireo? ¿No lanzáis todas las naves?» Así habló Timoteo; vosotros obrasteis, y con este concurso de la palabra y la acción se consumó la obra. Pero si, mientras que Timoteo hablaba admirablemente, la indolencia hubiera cerrado vuestros oídos, ¿hubiese obtenido Atenas ninguno de los resultados que entonces la honraron? No; ni uno. Pues bien; lo mismo pasa con mis discursos de hoy y con los discursos de otro cualquiera. El talento de los buenos consejos, pedídselo al orador; la ejecución, no la pidáis sino á vosotros mismos. Resumo, y desciendo de la tribuna... Si os quedáis aquí, tranquilamente sentados, limitando vuestro celo á ruidosos aplausos, y esquivándoos cuando hay que obrar, no conozco discurso que tenga la virtud de salvar á una ciudad en la que ninguno quisiera cumplir con su deber.» Esto es de una evidencia invencible y obliga al asentimiento

como el resultado de una operación aritmética, según la comparación de Esquino.

Demóstenes ignora los circunloquios, va en derechura al hecho. «Breve y sin rodeos será mi exordio, atenienses. A mis ojos el orador sincero debe, desde las primeras palabras, exponer netamente su parecer. Una vez conocida su opinión, ¿queréis seguir escuchándole? Explica, desenvuelve sus planes y sus medios. ¿Rechazáis su sentimiento? Desciende de la tribuna, sin fatigar, en vano, vuestra paciencia y su voz. He aquí, desde luego, mi pensamiento: la democracia es maltratada en Mitelene y debéis vengar esa injuria. ¿Por qué medios? Los diré, cuando haya establecido la realidad de esta opresión, y vuestro deber es poner un término á ella (37.º *exordio*).» Corto y lleno de enjundia, he aquí lo que quiere ser; las pruebas, los ejemplos se presentan en tropel á su pensamiento; se atiene á los hechos más conocidos y al alcance de todos: sabe elegir. Nunca se escucha; no tiene tiempo; no ha subido á la tribuna para hablar, si así puede decirse, sino para obrar. Esta brevedad, siempre laudable, era, particularmente, necesaria á un orador cuyas reprimendas no tenían nada de halagadoras para la molicie ateniense. Algunas veces se niegan á oírle; los unos gritan: ¡*Habla!*, los otros: ¡*No hables!* Si el orador ha podido triunfar del tumulto, no ha vencido aún las disposiciones rebeldes; se apresura, pues; siente que tienen impaciencia para deshacerse de él.

La rapidez de Demóstenes se mostraba, especialmente, en sus exordios. Aristóteles asimila el exordio al prólogo de los poetas, á los preludios de los flautistas. Se podría, también, compararle á los movimientos preparatorios destinados á dar ligereza á las manos y

los brazos del luchador (1), pero con la diferencia de que el atleta pega entonces al vacío, mientras que el exordio debe ya alcanzar al adversario. El exordio le es, sobre todo, necesario al abogado que sostiene ó parece sostener una mala causa. «Le es más ventajoso entretenerse con digresiones de todo género, que llegar á su propio asunto. Así, los esclavos no responden jamás, directamente, á lo que se les pregunta; usan rodeos, preámbulos.» El exordio, en el género deliberativo, es corto generalmente, á veces hasta inútil. Todo el mundo conoce el asunto que se va á tratar; entonces el exordio no tiene otro objeto que despertar vivamente la atención del auditorio sobre la gravedad del debate, é inspirarle disposiciones favorables á la persona ó á la tesis del orador. Demóstenes y sus principios son bastante conocidos de los atenienses; no tiene para qué usar con ellos de los recursos del foro. Dos palabras le bastan: «Juaces, ante todo, el pensamiento de que la abrogación de la ley de Leptino es útil á la República, y subsidiariamente, el interés del hijo de Chabrias han hecho que consienta en secundar á estos ciudadanos con todo mi poder.»

De igual suerte, en él, la peroración es de una sencillez notable. Esta es la fórmula familiar de las Aticas: «No veo ya nada más que decir, y creo que todas mis palabras se han comprendido (*contra Leptino*); ó una indicación rápida de los argumentos desarrollados. Al final del discurso la luz se ha hecho; el sentimiento querido por el orador está inspirado ó no lo estará nunca. Hay orador que, inmediatamente después del exordio, prepara la peroración; teme que le

(1) Tal es el preludio poco atractivo de Darés el pugilista (*Eneida*, V, 375).

falten alientos al fin. Demóstenes no teme estos desfallecimientos: se siente fuerte y seguro de sí; en él todo es sólido y ardiente. Un ardor intenso anima sus arengas desde el principio hasta el final; la vida, el alma circula por ellas, desde la primera palabra hasta la última; *spiritus intus alit*... ¿Para qué ajustar una peroración particularmente cuidada á un discurso en donde la peroración está en todas partes? El orador termina con algunas palabras graves y sencillas, sin gestos patéticos y esfuerzos oratorios; desciende de la tribuna con el mismo paso y la misma actitud con que subió á ella.

Demóstenes sobresalía poco en la improvisación; pero cuando se veía obligado á hablar de improviso lo hacía con una energía superior á la de sus discursos escritos. La obligación de hacerse violencia para salir en cierto modo de su natural, imprimía á su espíritu una sacudida cuyo rechazo era un vigor singular de lenguaje. Entonces, sin duda, se le escapaban aquellas audacias de términos y de imágenes de que le censuraba Esquino. Desprovisto del don de las producciones fáciles, desconfiaba también de la viveza, algunas veces indiscreta, de su imaginación y de sus sentimientos. Era, á veces, en sus discursos, como transportado por un entusiasmo divino. Era por naturaleza irascible y violento; de otra parte, se inclinaba á la crítica, al abuso de los razonamientos sutiles; de todo punto tenía, pues, que reglamentarse, que imponerse el freno de una preparación severa. La improvisación le hubiera soltado la brida, la pluma le contenía. Así calmado, castigado, estaba no solamente á cubierto de las burlas, sino incomparable de belleza. Le rogaban que subiese á la tribuna de improviso: «No estoy preparado», era su excusa. Conocía

las exigencias de un pueblo artista cuya delicadeza le mortificó más de una vez en sus comienzos. Juzgaba prudente meditar, escribir cuidadosamente sus arengas, á fin de contentarle y contentarse á sí mismo, aunque la malignidad le obligase á justificarse, como en la *Midiene*, de un hábito del que los atenienses eran los primeros en aprovecharse.

Demóstenes tenía la imaginación más vigorosa que pronta; con esto, era tímido. Un ejercicio tenaz dió á su voz la fuerza de triunfar del ruido de las olas; tal vez le costara siempre trabajo vencer la emoción que le causaban las tempestades de la asamblea popular. Sin duda á la preocupación de un orador fácil de turbar, y obligado á confiar á un recuerdo atento sus poderosas reflexiones, debía Demóstenes la actitud meditabunda y perpleja de que se burlaba Esquino. Una elocuencia fácil y espontánea le hubiera dejado más desahogo y abandono. Hubiérale duplicado las fuerzas; lo repentino de la inspiración es uno de los instrumentos más poderosos de la palabra y la fuente de afectos irresistibles. Si la palabra viviente impresiona más que la lectura, ¿qué ventajas no tiene la elocuencia instantánea sobre el discurso premeditado? En lugar de verse reducida al silencio por un adversario tal vez indigno, siempre está á sus órdenes, nunca á su merced; le sigue á su terreno; á sus medios preparados, le opondrá los que brotan de una concepción súbita, y tienen el grado más alto de la belleza expresiva de la naturaleza viviente. El oyente, que los ve nacer, asiste al acto creador del genio; le admira, y esta admiración le dispone á dejarse persuadir. Un rasgo penetrante de presencia de espíritu confunde, castiga á un interruptor; una salida feliz puede restablecer una batalla medio perdida. ¿De qué sirve tener razón, si

no se puede probarlo enseguida, cuando la reputación debe, sin dilación, destruir el efecto del discurso del adversario? Sin la improvisación, el orador en lo fuerte de la pelea queda desarmado, en cuanto agota los argumentos que traía preparados; la improvisación le asegura una provisión siempre nueva. Gracias á ella, ved cómo Cicerón derrotó á Clodio en aquel apasionado altercado del Senado, cuya pintura traza una de sus cartas (*Ad Atticum*, I, 16). Un debate improvisado es un duelo en donde el ataque y la réplica se cruzan con la rapidez de dos espadas; la victoria es, á veces, el premio de la destreza más ágil.

Sustraerse á la improvisación es, por lo tanto, un grave defecto en un hombre de Estado, sobre todo en Atenas, en donde los ciudadanos del Pnyx, tenidos diariamente al corriente de los asuntos publicos, representaban un parlamento en permanencia. Los ministros-oradores de la ciudad eran también llamados á ser embajadores. Ahora bien, ¿qué pensar de un orador ateniense capaz de flaquezas oratorias? Demóstenes hubo de sufrir crudamente, delante de Bizancio, por haberle faltado la prontitud de elocuencia de que se preciaban la mayor parte de los oradores de su tiempo. Pitón de Bizancio se alababa de escribir bien, pero sabía improvisar también. Démade tenía la concepción pronta y la palabra alerta; á menudo, hablando de improviso, trastornaba todas las razones que Demóstenes estudiara y premeditara largamente. A veces también, viéndole turbado, acudía en su ayuda para rescatarle el auditorio. ¿Qué decir de Esquino, cuya elocuencia, según testimonio de su rival, corría abundantemente, á borbotones, como un torrente? A Demóstenes podía molestarle su inferioridad en este concepto; los modernos se felicitan de ella. Las pala-

bras son aladas y vuelan, los escritos quedan. Sin hablar de Cimón, de Temístocles, de Foción, de Pericles, que no nos han dejado nada de su elocuencia, ¿qué queda de las brillantes improvisaciones de Demade?; ¿qué perjuicio ha ocasionado á las letras griegas la fluida fecundidad del émulo de nuestro orador! Las *tres Gracias* (1) debidas al cincel de Esquino, avivan nuestro sentimiento de vernos privados de obras nacidas de la inspiración.

Plutarco, en el paralelo de Demóstenes y Cicerón, se niega á admirar «la costumbre de excitarse á todo propósito», el talento de «arengar y abogadear». Atenas no carecía, en efecto, de oradores fértiles, siempre dispuestos á improvisar una opinión. Demóstenes se dedicaba, con preferencia, á castigar la expresión de su pensamiento y á madurar sus consejos. No le importaban las repeticiones. Cuando un período, una comparación, un desarrollo entero cuidadosamente elaborados, le parecían todo lo cercanos posible del ideal perseguido, y dignos de conservarse como definitivos, no tenía escrúpulo en reiterar su empleo. Quería someter á los atenienses al imperio de su palabra y obligarles al bien público: de aquí su perseverancia en insistir hasta lograr el fin. Sócrates se excusaba de decir siempre, sobre el mismo objeto, la misma cosa á los sofistas, pensadores, en efecto, muy varios; Demóstenes concentraba sus ataques sobre los mismos puntos débiles de los atenienses. Tal vez les mortifican estas repeticiones: ¿á quién imputarlas? ¿No son ellos los primeros autores de aquéllas? «Cambio de conducta, cambiaré de lenguaje.»

(1) Así llaman los críticos antiguos á la obra de Esquino: *Contra Timarco, discurso de la Embajada, contra Ctesifonte.*

Pensamientos verdaderos y bellos, una vez echados en un molde digno de ellos, siempre son gratos de oír. ¿Están bien aplicados? Superfluo es buscarles el primer origen y la fecha de su nacimiento. Con dos años de intervalo (355-353), al final del informe *Contra Timócrates*, Demóstenes reproduce una invectiva lanzada ya contra Androtión; no pretende disimular la repetición, pero la anuncia de manera que se la perdonen: «Ya he tenido ocasión de pronunciar las palabras que voy á decir; pero, de vosotros, solamente las han oído los que asistieron á los debates suscitados por Euctemón.» Los tribunales cambiaban de jueces todos los años; el auditorio se renovaba casi por completo, el orador se dispensaba de renovarse. En otras partes, Demóstenes alega que vuelve sobre los mismos hechos y en los mismos términos, para instrucción de los griegos jóvenes que no fueron ni testigos ni oyentes. El gran orador de Teofrasto «refiere los aplausos que obtuvo un discurso que pronunció en público, y repite una gran parte de él». El autor del discurso de la *Corona* resiste, en un lugar, á esa tentación poderosa sobre el espíritu griego; teme, dice, que esa elocuencia retrospectiva «fatigue á los jueces inútilmente». Cuando está seguro de evitar este escollo, tiene menos escrúpulos. Puso en otro tiempo ante los ojos de los mesenios «ejemplos salientes» de la perfidia de Filipo, estima útil recordárselos á los atenienses, y vuelve á empezar la arenga suya «verdad juiciosa» (él mismo cuida de decírnoslos) que levantó de parte de los mesenios «ruidosas aclamaciones». Los atenienses vieron, si no todos sintieron como Demóstenes, las alarmas de la ciudad al saberse la toma de Elatea. El defensor de Ctesifonte no deja de trazar el cuadro ante los ojos de aquéllos. Este cuadro no será solamente, bajo el

pincel del orador, un testimonio ilustre de su abnegación generosa; encontrará también en ello una ocasión para cautivarles con el recuerdo hábilmente traído de su incomparable elocuencia. «Sali á la tribuna y os pronuncié discursos que debéis una vez más escuchar atentamente, por dos razones. En primer lugar, veréis que yo fui el único de los oradores y de los políticos que no deserté, en el día del peligro, del puesto del buen ciudadano. Después, los cortos instantes que consagréis en oirme, os darán para lo futuro grandes luces sobre la marcha de los negocios.» Demóstenes omite una tercera razón: que tendrá tanto placer en repetir sus discursos, como sus conciudadanos en oírle. Homero no deja nunca de repetir textualmente los mensajes ó los discursos de sus personajes. Es en él comodidad, sencillez ingenua. Los oradores áticos siguen este ejemplo para complacer á los oyentes y á sí mismo, y por escrúpulo artístico. Esto está bien; atengámonos á ello; lo mejor es algunas veces enemigo de lo bueno. Así hacen nuestros virtuosos: si sobresalen en ciertos trozos, en los que manifiestan todo su talento, van á que los admiren en toda Francia.

Necesitamos algo nuevo, aunque no lo haya en el mundo.

En este punto los franceses son más atenienses que los atenienses mismos. Los griegos gustaban de la novedad (Aristófanes no olvida poner de manifiesto su mérito por divertirles con meras invenciones); pero lo bello les seducía más aún; aunque se repitiese muchas veces, nunca saciaba. Así se podía impunemente no correr tras la originalidad. Hasta hubiera habido una especie de peligro, sobre todo para un acusado,

en hacerlo con ostentación. «Ahora, si os hago oír un género de discurso muy diferente de los que se pronuncian habitualmente ante vosotros, tened la bondad de no enfadaros; perdonadme, pensando que la naturaleza particularísima de los ataques de que soy objeto hace necesarias estas explicaciones de un género nuevo... Vacilo en hablar, porque tengo que exponer opiniones tan nuevas y tan extrañas al pensamiento de todo el mundo, que temo que, desde los primeros momentos, llenéis el tribunal con vuestros rumores y vuestros gritos... Os ruego, sin embargo, que no creáis que yo haya tenido la locura de elegir expresamente, cuando estoy bajo el peso de una acusación, un modo de defensa que contraría vuestras opiniones, si no pensase que esta parte de mi discurso concierta con lo que precede.»

A veces los oradores atenienses cuidan de hacer observar que sus sentimientos son los de sus oyentes; á ejemplo del acusador de Aristogitón, se vedan la originalidad: «No diré nada nuevo que me sea propio, nada particularmente notable.» La superioridad; este es el escollo que hay que evitar; también Pericles disimula la suya: «Voy á esforzarme, dócil á la ley, en encontrar lo mejor posible los deseos y los pensamientos de cada uno de vosotros.» Se contenta con el honor de ponerse al unísono de la ciudad y de ser únicamente el intérprete de todos. Con estos miramientos se trata á unos oyentes á quienes mortificaría una riqueza y una elevación de pensamientos que les humillaría tal vez. El pueblo gusta de que se sea pueblo. Nerón llegó á ser el ídolo de la plebe por compartir públicamente sus gustos. Los letrados romanos afectaban no ser letrados y compartir los prejuicios populares contra los griegos. Aristides, el justo, fué desterrado;

Atenas lo hubiese tolerado si aquél hubiera merecido solamente la calificación de ciudadano honrado. En tiempo de los Calígula y Domiciano, la probidad era una ofensa para el emperador. El pueblo ateniense es tirano también; su carácter celoso impone imperiosamente la igualdad, y en todos los conceptos; todo mérito eminente le hace sombra, incluso la elocuencia.

Así, nada tiene de particular que los oradores de Atenas no ambicionen mucho el privilegio de la originalidad. Hasta se cuidan muy poco de ella; no temen parecerse á sus rivales, copiarles como se copian ellos mismos. La novedad de los pensamientos les produce menos emulación que los méritos de la expresión. El testimonio de Isócrates es significativo en este concepto: «Los acontecimientos pasados son un dominio común abandonado á todos los hombres. Emplearlos con oportunidad, deducir de ellos reflexiones convenientes, adornarlos con los encantos de la expresión, es lo propio de los hábiles. El medio más seguro, en mi concepto, de hacer que progresen todas las artes, y el arte superior de la palabra, sería honrar, admirar, no á quienes fueron los primeros en tratar un asunto, sino á los que lo trataron mejor; no al autor celoso de hablar de cosas no tocadas antes que él, sino al talento capaz de tratar una materia conocida, de manera que no pueda ser igualado.» Así, en opinión de Isócrates, el escritor inventor debe ceder el paso al escritor artista; el verdadero mérito reside, no en la novedad de las ideas, sino en su forma. Del mismo modo, á los ojos de Buffón, el estilo constituye la personalidad verdadera, porque es «el hombre mismo».

II. La perfección de la forma, tal es en esto, como en todo lo demás, el fin preferido del artista griego. Aho-

ra bien; la perfección raramente se improvisa. Pascal aconseja que no se tema repetir la frase propia cuando se la ha encontrado. Nuestros oradores sagrados han extendido este principio á páginas enteras, cuando habían llegado al grado más alto de belleza expresiva al que creían poder llegar. Fenelón, en su tercer *Diálogo sobre la elocuencia*, pide que el predicador hable con efusión, vierta su alma en una homilía familiar y conmovedora. Estas exhortaciones pastorales son capaces de poderosos efectos, pero también tienen sus peligros: es peligroso improvisar al pie de los altares. El método de Bossuet es más seguro: Bossuet componía sus sermones sin retroceder ante pacientes enmiendas. Lo que Bossuet, y con él Bourdaloue y Massillón, se permitieron en la cátedra cristiana consagrada á la salvación de las almas, los oradores políticos de Atenas no podían negarlo á su amor al arte y al Estado. No por esto dejaban de ser criticados algunas veces. Demóstenes se creyó en el caso de disculparse por haber escrito su *Midiana* antes de comparecer ante el tribunal. Preparo, dijo, datos contra la parte contraria, rico escollo de las insolencias y de los crímenes de aquel personaje. Ofrece á los jueces dar lectura de ellos. Nada más natural, á los ojos de los heliastas, que ver á un acusador redactar con cuidado y aumentar á gusto los cargos contra su adversario; éste el es derecho de un enemigo. Se condena la memoria, pero no las estudiadas bellezas de la memoria misma, porque esto constituye un lazo tendido á la sensibilidad artística de los oyentes. «Tal vez diga Midias que yo he preparado y meditado cuanto digo en este momento. Sí, atenienses, lo he meditado; ¿por qué había de negarlo? Lo he pesado con todo el detenimiento de que era capaz. En efecto; carecería de

sentido si, después de todas las injurias que he recibido y recibo aún, hubiese descuidado la acusación que debía presentaros. Pero mi discurso, el mismo Midias 'o ha escrito; porque el autor de sus informes es, á la verdad, aquel cuyos actos proporcionaron el asunto, no el que cuidó de elaborar los argumentos con los que se robustece hoy mi derecho ante vosotros. Tal es, pues, mi costumbre, atenienses; convengo en ello con Midias. Pero, sin duda, él no ha meditado nunca seriamente sobre su vida. Porque si lo hubiera hecho, no habría obrado con tanta extravagancia.»

Isócrates, escritor artista, hace también su apología, pero en otro tono. Declara á los partidarios de los discursos familiares, que conoce tan bien como cualquiera el mérito de la sencillez. Dueño de todos los recursos del arte, sabe ser brillante y sencillo á su antojo. La severidad de los austeros los hace traición; reservan sus elogios para las obras cuya pobreza no pueda descorazarlos. Así, el autor del *Panegírico* no se sorprende ni intimida por el desdén de aquéllos hacia la dicción bella. Orontes reclama indulgencia en favor de su soneto: ¡le ha costado tan poco tiempo hacerlo! Isócrates, más sincero, hace á los oradores de los discursos adornados, esta confesión, de un candor confiado: «La mayor parte de los oradores, en sus exordios, suavizan de antemano al auditorio; preludian con pretextos el discurso que van á pronunciar. Alegan los unos el poco tiempo que han tenido para prepararse; los otros, la dificultad de igualar las expresiones con la grandeza de las cosas. Yo, si no hablo de una manera digna del asunto de mi reputación y del tiempo consagrado á la composición de este discurso (cerca de diez años ¡la duración del sitio de Troya!) y también de la larga experiencia de toda

mi vida, no pido ninguna gracia; consiento en la risa y en el desprecio.» Fama y longitud del tiempo obligan. Por lo demás, todo discurso escrito debe al lector cualidades de que están medio dispensadas las arengas nacidas de las luchas diarias de la tribuna. «Un discurso escrito tiene mérito en las expresiones más bien que en las ideas.» Si el autor ha querido escribirle, ha sido, probablemente, con la esperanza de que sea admirado por la posteridad. Ahora bien; ¿cómo asegurarle la ventaja de llegar á su destino, sino por la belleza imperecedera de la dicción? «Las obras bien escritas, dice Buffón, serán las únicas que pasen á la posteridad.» La ley moderna protege la propiedad literaria; el genio del escritor la protege también seguramente. Los Bossuet, los Demóstenes, son aún menos susceptibles de desaparecer que Harpagón.

A las razones que el autor de la *Midiena* alega para justificar el trabajo anterior al informe, se puede añadir una relativa á la oportunidad de los retoques después de la audiencia. «El discurso escrito parece pobre, pronunciado en público; las arengas más hermosas de la tribuna parecen vulgares cuando son leídas. La causa es que, hechas para la acción, si se las reduce á no obrar, dejan de producir su efecto y parecen insípidas.» La acción era su virtud dominante, y ésta es precisamente la fuerza de que se las despoja. Una vez escritas, necesitarán revestirse del mérito esencial de los discursos escritos, que es la perfección escrupulosa del estilo. Así, las arengas de Demóstenes, tan poderosas en la acción, se debilitan al pasar de la ardiente tribuna al papel; es la estatua de ojos apagados sustituyendo al viviente atleta. Nunca, sin duda, hasta sin retoques, hubieran parecido lánguidas

y frías. Sin embargo, á despecho de su vigor íntimo, no podían por menos de ganar al ser revisadas en la lectura. En el gabinete, el escritor reanima su obra con una nueva vida; á la pureza de las líneas, á la perfección del dibujo, une cómodamente la energía patética y la belleza moral de la expresión, el colorido del pincel; usa, en fin, de todos los secretos del arte de hacer que respire el mármol y dar, á fuerza de ilusión, el calor de la vida y el movimiento al lienzo inmóvil.

En cuanto á las pruebas de retoques, abundan en los discursos de Demóstenes y de los oradores de su tiempo. Así, ya no se encuentran hoy en el discurso de la *Embajada* varias expresiones citadas por Esquino. Demóstenes se aprovechó de las críticas de su enemigo; las suprimió después, en el momento de la revisión definitiva. Las arengas de los dos émulos contienen muchos pasajes así concebidos: «Comprendo que mi adversario se excusará de esta manera... Me hará, lo sé, esta objeción... Me contestará... Cuando os diga... no le escuchéis; si insiste, respondedle», ú otras fórmulas análogas. Evidentemente, los discursos en que se encuentran tales anticipaciones no nos han llegado en su forma primitiva. Tal vez en las causas civiles los logógrafos cometían á veces la infidelidad de comunicarse mutuamente sus argumentos; solamente el cliente era la víctima; pero en debates políticos apasionados, tal suposición es inadmisibile. Jamás Esquino y Demóstenes llevaron el amor de su arte hasta el punto de advertirse los golpes que su odio procuraba asestar.

Estas preocupaciones literarias parecen no concordar bien con el elogio, citado antes, de Fenelón; en Demóstenes «ninguna palabra es para el orador...»

Al mismo Demóstenes censuraba Piteas el componer laboriosamente discursos que oían á aceite; á Esquino, emplear expresiones trabajadas con exceso. A ejemplo de Tucídides, según la observación de Dionisio de Halicarnaso, Demóstenes prefirió al lenguaje vulgar y natural una dicción rebuscada, tendiendo á la originalidad de la actitud y de la acción.—¿Cómo conciliar esta aparente contradicción? Ciertamente es que Demóstenes no persigue la belleza del discurso para hacer que se piense en él; se sale de sí mismo y no ve más que la patria; pero la misma salud de la patria le obliga á ser artista excelente. «Demóstenes no busca la belleza, la realiza sin pensarlo. Se sirve de la palabra, como un hombre modesto del traje, para cubrirse.» Que no desagrade al autor de la *Carta á la Academia* si decimos que Demóstenes trataba no solamente de vestir decorosamente sus pensamientos, sino de presentarlos bajo un ropaje que previniese en su favor á ojos habituados á buscar en todo las perfecciones exquisitas de la forma. Demóstenes buscó la belleza, pensó constantemente en ella, pero supo realizarla con un arte imperceptible; trabajó asiduamente en su elocuencia, pero este trabajo no le quitó nunca nada de su originalidad, de su sinceridad desinteresada. El orador, aun después de sus veladas de trabajo, conservó siempre el derecho de aplicar á sus arengas políticas la frase con que termina la cuarta *Filípica*: «He aquí la verdad, atenienses, dicha con toda franqueza, con sencillez y abnegación. No sé de nada mejor que decirlo.» Hubiera podido añadir, si hubiese sido del carácter de Isócrates: no sabía tampoco decirlo en mejores términos ni con talento más persuasivo. En efecto; Demóstenes es preciso y rápido en sus pensamientos, moderado en su vigor, ar-

diente y sobrio en su estilo; en una palabra, es ático completo y acabado. El auditorio hace al orador. El areópago absolvía á una cortesana acusada de impiedad, porque era hermosa; de igual suerte el pueblo ateniense miraba con indulgencia á Esquino, el amigo de Filipo, porque era elocuente y apuesto. Para dominar en tal ciudad y ejercer sobre ella el ascendiente indiscutible de Pericles, Demóstenes debía adquirir su fuerza en la unión de la elocuencia práctica de los primeros tiempos con la elocuencia sabia exigida por sus contemporáneos. Necesitaba merecer que se dijese también de él: «Las gracias reposaban en sus labios; cuando, oponiéndose á la voluntad de los atenienses, su voz, animada por el interés de la patria, tomaba el tono severo de la reconvención, sabía hacer agradables y populares los dardos que lanzaba contra hombres rodeados del favor del pueblo.» Si Demóstenes, orador-ministro, tenía que ser artista en la tribuna, con mayor razón el orador escritor tenía derecho á serlo en su gabinete; en éste no se dirige ya á los hombres de Atenas; aboga, en cierto modo, por su causa ante la posteridad. Quiere subyugar á nosotros también con la altura de la razón, la elevación de los sentimientos, la perfección del lenguaje. No nos dolemos de que nos trate como á los atenienses.

Hemos alabado la parquedad de Demóstenes, su desdén por toda gala que no sea más que gala. Este elogio conviene, sin restricción, á las *Filípicas*, á las arengas exclusivamente políticas y todas acción. Sus otros discursos contienen algunas veces trozos, á los que solamente el placer de leerlos impide calificar de largos. Tal vez estos alardes de lujo no se pronunciaron. El papiro es paciente; el juez ateniense, que no

compartía con Filocleón el privilegio aristofáneo de comer su puré en la audiencia, tal vez no lo hubiera sido siempre en el mismo grado. Y sin embargo, el espíritu griego es indulgente en general para los discursos pronunciados con el solo fin de agradar. La tragedia se los permitía algunas veces. Tales son las largas tiradas geográficas del *Prometeo* de Esquilo, y la detallada descripción de los juegos Píticos en la *Electra* de Sófocles, cuadro que interesaba lo suficiente al gusto de los atenienses, para hacerse perdonar un anacronismo. La relación de la muerte de Hipólito, censurada por Fenelón á Racine, hubiera seguramente hallado gracia ante los atenienses. Hasta en los informes civiles, en los que la clepsidra concedía el tiempo medido, la sobriedad ática no siempre se vedó las ampliaciones agradables. El autor del discurso *Contra Neera* se remonta hasta Teseo para hacer el historial del derecho de ciudad de Atenas, digresión bien acogida sin duda por el auditorio, pero no indispensable al debate. El discurso *Contra Lacritos* encierra una enumeración instructiva para nosotros, pero inútil á la causa de los tribunales atenienses y de sus respectivas atribuciones. ¿Les agradaba á los dicastas aquella enumeración de los avisperos adonde iban á cobrar los tres óbolos? Será cosa de creerlo al ver que Demóstenes repite aquel alarde de ciencia jurídica en el informe *Contra Androtión*, y que Hipérides hace lo propio al principio de su discurso *Por Euxenipo*. El discurso de Demóstenes sobre las prevaricaciones de la *Embajada* contiene dos trozos que son dos obras maestras, dignos de la gravedad del debate y del orador, pero que son dos digresiones. El primero es la descripción justamente admirada por Plinio el joven, de la lepra contagiosa que asoló á toda Grecia. El segundo es una re-

capitulación de las invasiones de Filipo, página elocuente de historia política, pero ajena á la demostración de la culpabilidad de Esquino.

Aristóteles ha señalado claramente las condiciones diversas, en este concepto, de la tribuna y del foro: «El género deliberativo no admite en modo alguno las digresiones aceptadas en el foro, en donde se pueden lanzar invectivas contra el adversario, hablar de uno mismo, conmover las pasiones. El género deliberativo abre un campo menos vasto á la malicia que el género judicial. En efecto, las discusiones deliberativas se refieren á un interés más general. Aquí, el oyente es juez de su propia causa, y el orador debe contentarse con mostrar que lo que sostiene es verdaderamente tal como lo dice. En el foro, esto no basta; hay que apoderarse del espíritu del oyente. En efecto, como se trata del interés ajeno, los jueces, no buscando más que su propia satisfacción, escuchan para su placer, conceden todo al orador y se olvidan de su deber de jueces. Así, en varios lugares, la ley prohíbe las digresiones extrañas al asunto. Pero en las asambleas públicas, los que deliberan velan suficientemente por sí mismos por la observancia de esta regla.» Los informes de Demóstenes, que son á la vez políticos y judiciales, participan de las cualidades atribuidas á la elocuencia de la tribuna y del foro. El orador, abogado y consejero del pueblo á un mismo tiempo, se dió libre carrera y realiza, gracias á la variedad de tonos y medios, el ideal de la elocuencia, triunfo reservado, según Cicerón, á las causas judiciales, y con mayor razón á las obras en que los dos géneros aunan sus recursos y bellezas propios.

Cuando Demóstenes arregla sus discursos, suprime de ellos los documentos justificativos, las cartas, los

tratados, textos de leyes, decretos ó proyectos de decretos, y testimonios. Algunos de estos documentos, por lo general, necesarios á la causa, á veces seminútiles, sirvieron para dar descanso al orador y á los jueces. «Estos hechos os son conocidos, dice Lisias, y no veo la necesidad de aportar testigos. Voy á hacerlo, sin embargo, porque necesito descansar y á varios de vosotros os agrada oír sobre el mismo asunto el mayor número posible de testimonios.» El tribunal no solamente descansaba, sino que se deleitaba, cuando los testigos eran poetas tales como Solón, Homero, Hesíodo, Eurípides. El orador reproduce fielmente tales declaraciones, con gran satisfacción del lector; supri-me las otras. Estas hubieran podido dar algún respiro al auditorio, como lo haría una corta suspensión del juicio; Demóstenes prescinde de ellas, como insípidas para el lector; las deja en el *equinos* (saco de procesos). La mayor parte de los documentos oficiales transcritos en el discurso de la *Corona* son apócrifos. Nuestro orador ha conservado algunos manifiestamente auténticos: el decreto de los bizantinos, el de los queronesos, y el decreto de Demóstenes. Los dos primeros, testimonio del reconocimiento de los pueblos que salvó Atenas, eran demasiado honrosos para el ministro de Atenas, para que éste frustrase su apología; el tercero es una especie de alegato patético pronunciado ante los tebanos contra Filipo: siéntese en él la mano y el alma del orador. Ciertos informes civiles tienen sobre las arengas políticas la ventaja de conservar los documentos justificativos. Así, los discursos *Contra Neera* y *Contra Lacritos* han llegado completos hasta nosotros. Quisolo así el capricho del copista ó del tiempo, que destruye ó conserva á ciegas. El destino, con sus desigualdades é injusticias, extiende su impe-

rio hasta sobre los escritos: *habent sua fata libelli*. No hablamos de ciertas piezas de convicción de naturaleza especial y frágil, impropias para conservarse, por ejemplo, la *nariz* que un pobre diablo de Tanagro dejó en los dientes de su contendiente Aristogitón.

Tito Livio resume los *senatus-consultus* hasta lo más importante, en lugar de transcribirlos: por ejemplo, el de las Bacanales. En general, en la redacción última, Demóstenes descuida los documentos técnicos en que no hay obra de orador. Craso escribía poco, y hasta sus discursos escritos no contenían todo lo que dijo en la tribuna. A veces se contentaba con indicar ciertos puntos sin tratarlos á fondo. Eran como encabezamientos de capítulo, todo lo más, sumarios un poco extensos. El orador romano desdefiaba la gloria de escritor; poco celoso de transmitir las bellezas de la forma, quería, ante todo, dejar luces sobre el fondo. Un sentimiento diferente preside á Demóstenes en su elección: sacrifica las partes ingratas que desespera de tratar con brillantez:

Quae desperat tractata nitescere posse, relinquit.

Documentos cuya pérdida es muy sensible á los modernos, tienen poco valor á sus ojos. Parece temer que la posteridad no se interese en ciertas particularidades típicas; quiere ofrecerle discursos embellecidos por desarrollos adecuados á excitar la admiración en todo país y en todo tiempo.

III. De aquí la supresión de mil circunstancias locales ó temporales, recordadas sin duda á los oyentes, dejadas en silencio para el lector. A estos detalles, Demóstenes prefiere tesis políticas, administrativas,

morales, en donde luce la elocuencia; y esto con gran disgusto de la crítica moderna. ¿Por qué es tan difícil señalar exactamente las fechas de las *Olintianas*? Porque no contienen bastantes indicaciones precisas sobre las circunstancias que precedieron ó provocaron el discurso del orador. Las obras de Demóstenes podrían fácilmente dar idea de los acontecimientos, si se llevase en ellas la historia al día. Tales detalles ilustrarían para nosotros la arenga, como el marco de la narración histórica ilustra las de Tucídides. Pero Demóstenes no escribió para los críticos ó historiadores futuros, sino para los letrados.

La elocuencia ática no desprecia el lugar común, á tomar esta palabra en su más alta acepción; prescinde de las realidades del momento para elevar el discurso á consideraciones superiores á los puntos de vista de pura actualidad. Del mismo modo el estatuario prescinde de las facciones personales del vencedor de los juegos, para realizar una belleza anónima, impersonal, pero de un efecto universal y seguro. Esto es, en la elocuencia, un signo del espíritu filosófico que se atiene menos á los accidentes particulares, que se modifican hasta el infinito y pasan, como al elemento general é inmutable. El autor de la *Antidosis* hizo el elogio de los desarrollos generales y dedicaba á ellos su talento con excelente éxito; por esto, pero solamente por esto, justificaba la alabanza complaciente que le dirige Sócrates en *Fedra*: en ese joven «hay filosofía». A esta influencia del espíritu de generalización pertenecen las teorías políticas ó morales, las exposiciones de principios, las definiciones oratorias y las semblanzas (el verdadero demócrata, el embajador fiel, el sicofante, etc.), que hay en las obras de los maestros de la palabra. Su estilo debía á esa ma-

nera una gravedad majestuosa que, aun en los tiempos en que más apasionada y militante era la tribuna, recordaba la íntima unión de la elocuencia menos agitada de las primeras edades con la filosofía moral: la arenga de Temístocles á la flota griega de Salamina, varió toda ella sobre la oposición entre el bien y el mal.

El pueblo ateniense, ligero, alado como el poeta, era muy capaz también de meditación abstracta. Sus filósofos, Platón hasta Aristóteles, cuya elocuencia de torrente de oro alabó Cicerón (*flumen aureum orationis*), eran consumados oradores artistas; de igual suerte sus oradores gustaban de entretenerse con filosóficas consideraciones. El primer informe contra Aristogitón, ofrece una prueba notable de ello. Licurgo, dice el defensor de Ariston, trató ya el fondo de la causa; «yo quiero expresaros pensamientos que deben dirigir toda deliberación sobre los intereses del Estado y las leyes. Voy, pues, á abordar este asunto. Permitid, atenienses, en nombre de Júpiter, permitid aquí el empleo del método que me es natural y preferido: no sabría practicar otro». Y enseguida entra en reflexiones generales sobre las costumbres, las leyes, el orden público. «No diré nada nuevo ni saliente, ni especial ú original, sino lo que todos sabéis como yo.» No se pueden anunciar de mejor manera los lugares comunes que siguen á esta confesión. El orador los interrumpe un momento para hacer valer, sobre el fondo mismo, ciertos medios escapados á Licurgo. Pero vuelve enseguida á su manera acostumbrada: se inclina ante Adrastia ó Nemesis; recuerda la universalidad del sentimiento religioso: «Todas las naciones han erigido altares á la Justicia, á la Ley, al Pudor; y aunque el corazón del hombre honrado sea el santuario más bello, el más santo, los que su mano eleva

no son menos dignos de la pública veneración. Pero ¿qué sacrificio se ofrecieron nunca á la Impudicia, á la Calumnia, al Perjurio, á la Ingratitud, vicios que viven en el corazón de Aristogitón?» Más adelante traza *a priori* el retrato del partidario de aquel sujeto; y al final, en un párrafo patético, pregunta á los jueces con qué frente se atreverán á prosternarse ante Cibeles, si, perjuros á sus juramentos, violan las leyes entregadas á su custodia.

Importa señalar con claridad en qué sentido y en qué medida gusta Demóstenes de las generalidades; aun en tales trozos permanece el mismo, es decir, sobrio y riguroso. «Las personas desprovistas de intrucción convencen á la multitud más fácilmente que los sabios; en efecto, éstos recurren á los lugares comunes, á las consideraciones generales; los otros, á las cosas que saben y que tocan de cerca al asunto.» En este concepto, la elocuencia de Demóstenes es á la vez sabia y popular. Siempre y en todas partes, trata de cerca el asunto y es lógico, preciso. Sin embargo, si no es de la escuela de Buffón, que busca los términos generales como más nobles, gusta de los temas generales como más propios de la elocuencia. Así, dado un tema, Demóstenes lo desenvuelve enérgicamente con razones y no frases, alegando argumentos y hechos. Estos desenvolvimientos son cosa distinta de los lugares comunes, vagos, ó de las concepciones abstractas, sin aplicación directa, ni pruebas en su apoyo; pero, con todo, son tales, que podría repetirlos casi, casi indiferentemente siempre que suba á la tribuna. La situación continúa siendo la misma, en suma; el objetivo del orador continúa siéndolo también, y, por consiguiente, su elocuencia, muy rica y varia en sus medios, es uniforme por el fondo común de las ideas y de los sen-

timientos. Los discursos políticos de Demóstenes, sobre todo las *Olintianas* y las *Filípicas*, no reflejan, como los discursos de nuestras asambleas modernas, los varios incidentes de la vida política de cada día; tienen todos un aire de familia; nacen todos de las mismas necesidades y del mismo espíritu.

Estas reflexiones se aplican, sobre todo, á los discursos de Demóstenes, pertenecientes al género deliberativo puro; en los que pertenecen por algún lado al género judicial, el orador aborda sin vacilar las árdidas discusiones de hechos y datos. De minuciosos detalles saca indicios ó pruebas con la maravillosa sagacidad en sus informes civiles, en los que necesita á cada momento comentar las leyes. Así, el discurso sobre la *Embajada* es, especialmente en su primera parte, una controversia ceñida, en la que Demóstenes lucha cuerpo á cuerpo con su adversario y le estrecha de todas maneras. Le sigue paso á paso, si retrocede; le acorralla, le encierra en un círculo de hierro sin permitirle salir de él. Le tiene constantemente en la punta de su espada, y burla todas sus tretas para escapar; Esquino es un Proteo, pero Demóstenes sabe cautivarle de tal modo en las mallas tupidas é inflexibles de su argumentación, que no puede librarse. Si no sucumbe á los golpes de su adversario, por lo menos los recibe todos; sale de la lucha maltrecho, si no aniquilado.

En la segunda parte de la arenga, los temas generales encuentran lugar; es que el discurso de la *Embajada* pertenece á la vez á la tribuna y al foro. De igual suerte, el discurso sobre el *Quersoneso* contiene un debate relativo á Diópitos y consideraciones de política general. Solamente una de las arengas exclusivamente políticas de Demóstenes es francamente técnica y toda de negocios: las *Simerias*. El autor ha

cuidado de poner de manifiesto esa particularidad de su obra: «En cuanto á mí, atenienses, no he querido buscar palabras de relumbrón, ni vanos y largos discursos; vuestros preparativos, la mejor forma de éstos, su mayor celeridad, tal es el objeto difícil que me he tomado el trabajo de profundizar.» Demóstenes lo hace con tanto mayor gusto, cuanto que no debia tal vez permitir á este austero discurso que afrontase la tribuna. Hubiera sin duda necesitado, para que aceptase aquel árido trabajo, un auditorio de desocupados, una autoridad de la que arrecia, aun después del brillante éxito de la arenga contra Leptino, un orador político de treinta y un años. Dudamos, con sabios críticos, que se pronunciase el discurso de las *Simerias*.

El género judicial se ejerce sobre lo pasado, el deliberativo, sobre lo futuro. El deliberativo es, pues, más difícil; pero, en cambio, es más bello, porque se nutre de más nobles materias. La elocuencia se desprende en él de las miserias y de las pasiones mezquinas de la vida diaria; por encima de los intereses y de la conveniencia de los particulares ve el interés, la conveniencia del Estado. No se detiene á torturar un texto jurídico, dejado como presa de los leguleyos; á ejemplo del pretor, no se cuida de las cosas pequeñas. Trata del deber público, de la justicia política y social, del honor nacional, de aquellas leyes humanas y divinas, que son intérpretes inmutables de la conciencia de todos los tiempos. El alma del ciudadano, en Demóstenes, está á la altura de objetos tan elevados, y su elocuencia llega á ellos sin esfuerzos; debe esta dignidad eminente á la afición del orador por los asuntos generales, y al superior talento con que da una expresión perfecta á la concepción y al sentimiento de la verdad, de la belleza absoluta.

CAPITULO VI

ANÁLISIS DE LOS ELEMENTOS Y DE LOS CARACTERES PRINCIPALES DE LA ELOCUCIÓN DE DEMÓSTENES

(Continuación.)

I. El movimiento y la vida de la elocución de Demóstenes nacen, en gran parte, de la naturaleza de su razonamiento. En él no hay largas deducciones lógicas, sino una serie de observaciones salientes, de recuerdos, de ejemplos, de cuadros probatorios. Demóstenes prueba á menudo sin razonar; dice, pinta la verdad, apremia al oyente, le arrastra, le obliga á marchar con él; su fuerza es invencible. Obligado á rendirse á la evidencia, el ateniense podía exclamar, como el mariscal de Gramont al pie del púlpito de Bourdaloue: «¡Vive Dios, tiene razón!»

Con él no hay palabras, sino hechos.—Perdisteis la ocasión de Herea, ateniense; no perdáis la de Olinto. Ved las faltas que os han hecho perder Antípola; evitad el caer en ellas. ¿Declara Filipo sus proyectos pacíficos? Considerad la trama, pérfidamente seguida de usurpaciones, y Demóstenes la desarrolla ante la Asamblea.—El apólogo, la parábola, convienen á los discursos pronunciados ante la multitud, y es más fácil inventarlos á gusto que tomar ejemplos de su historia; «pero los ejemplos tienen más peso en las deli-

beraciones, porque, de ordinario, el porvenir tiene una gran semejanza con el pasado.» Demóstenes tiene á mano una provisión demasiado rica de ejemplos, para recurrir á la fábula, y la viveza de su argumentación aumenta aún la fuerza natural de las cosas. «Es una locura y una cobardía, en presencia de semejantes ejemplos, retroceder siempre ante el deber...; imaginarse, por ejemplo, por lo que dicen los oradores del enemigo, que Atenas, por su grandeza, está al abrigo de todos los reveses. ¡Qué vergüenza, tener que decir un día, después de los acontecimientos: *¿Quién podía esperarlo, justos dioses? Había que haber hecho esto y no aquello.*» Todos los pueblos que han perecido, podrían hacer hoy muchas reflexiones tardías: «¿De qué servirían? Mientras que la embarcación grande ó pequeña pueda ser salvada, marineros, piloto, pasajeros, todos deben rivalizar en ardor y cuidar de que nadie la haga zozobrar de intento ó por imprudencia; cuando las olas la han sepultado, el celo es inútil.» Para Demóstenes, la historia es «la antorcha de la verdad, la maestra de la vida» (*De oratore*, II, 9). Su máxima es que «los acontecimientos pasados deben estar siempre presentes en el espíritu de los sabios». Arregló su conducta á este precepto: «Observar los asuntos desde el principio, prever las consecuencias, anunciárselas al pueblo, esto es lo que hago.» Una elocuencia nutrida así de reflexiones seguidas y de recuerdos, tiene que ser rica en demostraciones por los hechos. No es Demóstenes quien convence á los atenienses y los confunde, es la realidad misma, puesta por él á los ojos de aquéllos. Zenón comparaba la elocuencia á la mano abierta, la dialéctica, al puño cerrado. La dialéctica elocuente de Demóstenes reúne las ventajas de los dos procedi-

mientos; la verdad se desarrolla en él con un brillo irresistible, y asesta al contradictor golpes de los que no puede reponerse.

El orador político en Demóstenes, debió mucho al logógrafo. Con Iseo, su maestro, aprendió á cortar períodos demasiado largos, á aclarar su estilo, á suavizar su dureza; sobre todo, se acostumbró á la dialéctica en medio de las arduas discusiones de causas tan erizadas de espinas como el *erizo*, en que se guardaban los documentos del asunto. Demóstenes hubiera sido menos fuerte contra Filipo, si la gimnástica del foro no hubiese desatado su lengua y su inteligencia. Se encuentran señales de aquellos estudios fortificantes en el arte con que el orador busca la razón de las cosas y los motivos de las acciones. «Haceos también esta reflexión, atenienses: vosotros habéis combatido á menudo contra oligarquías y democracias; lo sabéis tan bien como yo. Pero ninguno de vosotros trata de profundizar en los motivos que os armaron en uno ó en otro caso. ¿Cuáles son esos motivos?» Y el orador los indica con sagacidad. Se distingue también en analizar el corazón humano: ¿quiere disculparse de los diversos sentimientos á los que la enormidad podría atribuir su acción contra Esquino? Pasa revista á todas las suposiciones de la malicia, y muestra la vanidad de aquéllas como lógico y moralista consumado. Penetra en el alma del rey de Macedonia, y descubre sus cálculos más secretos con una perspicacia, acostumbrada desde hace mucho tiempo á esas adivinaciones por el hábito de descubrir, bajo la mentira y el interés, los verdaderos móviles de los pleiteantes. Así, pues, la práctica del foro desarrolló la penetración de un genio naturalmente observador.

Una de las formas más poderosas de la argumenta-

ción de Demóstenes, es el dilema. No vemos lo que Esquino hubiera podido responder á éste: «Ahora bien; examinad la solidez del razonamiento que va á convencerle. Si no se ha vendido, si os ha engañado involuntariamente, es preciso de todo punto que Esquino os pronunciara sus discursos sobre la Fócida, Tespies y Eubea, por una ú otra de estas dos razones: ó escuchó de los mismos labios de Filipo la promesa formal de lo que debía hacer ó ejecutar en favor de dichas comarcas; ó bien engañado, fascinado por la bondad habitual del príncipe, esperaba verle obrar de esa manera. Fuera de estas dos suposiciones, no se puede admitir ninguna otra. Ahora bien; en uno ó en otro caso, debe experimentar hacia Filipo el odio más vivo. ¿Por qué? Porque á causa de ese príncipe se encuentra en la situación más cruel, más humillante; está deshonrado, se le juzga digno de muerte; y si hubiera hecho lo que conviene, hace ya mucho tiempo que estaría acusado como reo de Estado. Pero hoy, gracias á vuestra mansedumbre, á vuestra bondad, está en condiciones de rendir cuentas, y aun esto, cuando le parezca bien. ¿Hay alguien que le haya oído alzar la voz contra Filipo, acusarle ó recordar solamente su perfidia con una palabra? No; nadie, y hasta cualquier ateniense acusará de mejor grado al macedonic, sin haber recibido de él ninguna ofensa personal. Yo quisiera que Esquino os dijera, si no se ha vendido: «Atenienses, haced de mí lo que gustéis; he creído, me he engañado, he cometido un error, lo confieso. Desconfiad, conciudadanos, de ese hombre; es un pérfido, un impostor, un delincuente. ¿No veis lo que ha hecho conmigo y cómo me ha burlado?» Yo no oigo ninguna de estas palabras, ni vosotros tampoco. ¿Por qué? Porque no ha sido sorprendida su

buena fe; porque ha estado á sueldo de Filipo y le han pagado por sus mentiras. Se lo ha entregado todo, ha sido para él un excelente, un digno, un fiel mercenario; para Atenas, un diputado, un ciudadano felón, digno de mil muertes.» ¿En dónde encontrar una alianza más íntima de la lógica y de la pasión?

Sin tener la imaginación pronta en la tribuna, Demóstenes encontraba á veces en el acto afortunadas réplicas. «Demóstenes, tus discursos huelen á aceite. —En efecto, Piteas, tu lámpara y la mía no alumbran los mismos trabajos.» Ese mismo Piteas disuadía á sus conciudadanos de aliarse con Atenas: «Puede pensarse que hay enfermos en una casa á la que se lleva leche de burra (Piteas era de Arcadia); del mismo modo se puede asegurar que una ciudad á la que se ve que llegan los embajadores de Atenas, está enferma y en peligro.» Demóstenes aceptaba la analogía: «Así como se lleva leche de burra á una casa con el solo fin de restablecer la salud de un enfermo, así nuestros diputados no entran nunca en una ciudad sino para salvarla.» Esquino le censuraba su acción demasiado viva en la tribuna: «No es el orador, Esquino, sino el embajador, el que debe tener la mano bajo el manto.» Las refutaciones de Demóstenes tienen, por lo menos, igual vigor que las réplicas. He aquí una en la que se mezcla la lógica y el ingenio: «Ya sé que Esquino evitará responder á mis acusaciones, y que para llevaros lo más lejos posible de los hechos, os hablará de los bienes de la paz y de los males de la guerra; hará el elogio de la paz; esta será toda su apología. Pero aun este mismo elogio, lo condeno. Porque si la paz, fuente de felicidad para los demás, se ha convertido para nosotros en la causa de tantas perturbaciones y tantos peligros, ¿qué se ha de pensar, sino que esos

hombres, ganados por dinero, han viciado una cosa buena en su esencia? «Pero, dirá él, ¿no os ha dejado y asegurado esa paz trescientos trirremes y dinero en el Tesoro?» A esto, contestad que esa misma paz ha fortificado considerablemente á Filipo, y aumentado en mucho sus municiones, sus dominios, su hacienda... La fuerza que nace del buen estado de los negocios y de las alianzas, y en la que todos los pueblos encuentran un instrumento de ventajas para sí mismos ó para amigos poderosos, esa fuerza vendida en nuestro país por nuestros diputados, se ha agotado, se ha aniquilado; la del enemigo ha crecido, se ha hecho formidable. Ahora bien; cuando Filipo ha visto multiplicarse sus maniobras, sus aliados y sus ingresos, sería injusto establecer en nuestra cuenta un balance entre los frutos legítimos y naturales de la paz y los bienes que dichos hombres han entregado. No; no ha habido una compensación, ni mucho menos; porque los primeros de esos bienes, en todos los casos, hubieran sido vuestros, y hubierais tenido los otros, por añadidura, sin las perfidias cometidas.» Por lo demás, ¿tiene derecho Esquino á declararse autor de la paz misma? «Lo que voy á decir, atenienses, es extraño, y sin embargo, de toda verdad. Si semejante paz alegra á cualquiera de vosotros, que se la agradezca á los generales, á quienes todos acusan. Sí, si aquéllos hubiesen hecho la guerra como vosotros queríais, la palabra misma de paz os sería insoportable. Así, pues, la paz es obra de vuestros generales; los peligros de una paz falaz y pérfida, es obra de los asalariados. Apartad, pues, apartad á Esquino de esas disertaciones de la paz; encerradle en la justificación de sus actos personales.»

El estudio comparado de los discursos de Demóste-

nes y de Esquino sugiere desde luego una observación, la identidad de sus medios; sus armas parecen haber sido escogidas exactamente iguales, como para un duelo. Los dos oradores sacan poderosos efectos del contraste de decretos; elogian á Solón y á los antepasados; hablan con la misma reverencia de la majestad de las leyes, custodia de la ciudad; uno y otro protestan de su franqueza, de su abnegación desinteresada por la cosa pública, y censuran la indulgencia de los atenienses para con los demagogos aduladores. Si se recomiendan por los mismos hábitos oratorios, ennegrecen con las mismas tintas el carácter de su enemigo; Esquino y Demóstenes son almas áridas y vanidosas. Conceden mayor valor á la belleza especiosa de los discursos que á la verdad, á un triunfo efímero de tribuna que al bien del Estado. Esquino, al principio enemigo, fué después el asalariado de Filipo; Demóstenes, cómplice primeramente de Filócrates, se convirtió luego en su acusador. Variaron incesantemente en su política, fieles solamente á la inspiración inmutable de su interés; invocan los mismos ejemplos, el de Arthmios de Zelia; se lanzan mutuamente la acusación de complicidad con el enemigo por mediación, ó del espía Anaxino, ó de Aristión, joven amigo de Demóstenes. Solamente Demóstenes ha sido la causa de la ruina: estaba maldito. Esquino ha sido la causa de la pérdida de todo: era el jefe de los traidores. Demóstenes mintió respecto á la mujer de Olinto: luego toda su arenga no es más que mentira. Esquino ataca á Ctesifonte en vez de provocar á Demóstenes de frente; luego todo el edificio de su acusación es igualmente contraria á la justicia y á la verdad. Los dos adversarios siguen dócilmente los mismos caminos. «En cuanto á sus lágrimas, á su voz lastimera, cuan-

do exclama: *¿en dónde me he de refugiar, atenienses?; desterrado de Atenas, ya no tengo asilo*; respondedle: *¿Y en dónde se refugiarán los atenienses, Demóstenes?, ¿en dónde encontrarán dinero y aliados?, ¿qué recursos ha asegurado tu ministerio á la República?*—«Llorará ese diputado tan culpable; presentará tal vez á sus pequeñuelos; los hará subir ante el tribunal. A los hijos de ese hombre, jueces, oponed con el pensamiento los hijos de tantos aliados y amigos dispersos, errantes y miserables, afligidos por crueles males á causa de él, y mucho más dignos de compasión que los hijos de un padre tan criminal y tan traidor. Pensad en vuestros propios hijos, á quienes Filócrates y él, con las palabras «y á sus descendientes» (alusión á la paz *perpetua*) han arrebatado hasta la esperanza». Los discursos de la *Corona* y de la *Embajada* podrían escribirse á dos columnas, como Esquino quería que se confrontasen los decretos antiguos y los nuevos: llamarían la atención sus relaciones constantes, su exacto paralelismo. Los dos antagonistas se agarran como dos atletas de vigor y estatura casi iguales; todas las partes de su cuerpo permanecen adheridas y estrechamente sujetas: *haeret pede pes densusque viro vir*.

Estas semejanzas dependen de dos causas principales: los discursos de los dos rivales se han retocado con cuidado, después de los debates, de manera que no quede ninguna parte flaca al descubierto, ninguna ventaja no compensada; se ajustaran uno á otro á gusto. Además, en el foro y en la tribuna de Atenas, ciertos argumentos ó procedimientos oratorios se empleaban por una especie de respeto á la tradición. El orador no sacaba tal vez de ellos grandes ventajas efectivas, pero corría el riesgo, si los descuidaba, de

aparecer demasiado confiado en sus fuerzas y desdeñoso de los hábitos consagrados, doble defecto, peligroso ante un auditorio receloso y formalista. Durante más de un siglo (1635-1755), hasta Duclos, los premios de elocuencia concedidos por la Academia Francesa versaron sobre asuntos tomados de los lugares comunes de la moral. Mucho tiempo después, los discursos de recepción siguieron dócilmente con cierto asunto trazado de antemano (como el de las oraciones fúnebres de Atenas), y cuya monotonía solamente podía salvar el talento del recipiendario. La tiranía de la costumbre se imponía de igual modo á la elocuencia ática. Sin hablar de los uniformes desarrollos que entrañaba la uniformidad de las situaciones, los oradores del Pnyx ó los logógrafos se entretenían á veces en vulgaridades no necesarias, pero convenientes. Se rogaba á los jueces que se defendiesen de las instancias de los solicitantes, que encerrasen severamente al orador en el asunto mismo; se oponía la sabia parsimonia de las recompensas de otros tiempos á la prodigalidad indiscreta de la época presente; la severidad de los antiguos á la indiferencia de sus descendientes:— Temístocles fué desterrado; Cimón condenado á una multa de cincuenta talentos; hoy, á los enemigos públicos, cuando se les condena, quedan libres por veinticinco dracmas.

La oportunidad puede justificar estos lugares comunes y otros semejantes, pero los hay á los que falta esta excusa. Así, hay abogados que por bravata, por demostrar lo seguros que están de su asunto, ofrecen ceder la palabra á su contrincante: «Que hable en mi lugar, consiento en ello.» Se lanzan intrépidos desafíos en la seguridad de que no los han de coger la palabra. «Afirma que los delegados de Grecia se encontraban

entonces entre nosotros... Pues bien, Demóstenes, sube á esta tribuna; te la cedo... Si pruebas que la presentación de aquéllos en el Consejo y los decretos son de la misma fecha, me bajo y me condeno yo mismo á muerte.» Estas frases no son más que frases, hasta tal punto, que á veces el autor de la interpelación pasa á otra cosa y continúa dirigiéndose al auditorio sin esperar, ni aun por fórmula, la respuesta del adversario. Acuden al tormento con tanta facilidad como al juramento sencillo. «Traemos también á nuestros esclavos y los entregamos al tormento; voy á interrumpirme, si el acusador consiente en ello; el verdugo vendrá en seguida y les aplicará el tormento, ante vosotros, si lo ordenáis.» La parte contraria se niega, como se puede suponer, y el orador triunfa. «Puesto que Demóstenes no acepta mi desafío y recusa el testimonio de los esclavos sometidos al tormento, tomad la carta de Filipo.» Al leer las Aticas, se podría sospechar que los atenienses se acomodaban al espectáculo del tormento de tan buen grado como Perrin Dandin; y sin embargo, jamás se vió nada parecido en los tribunales de la humanitaria ciudad de Minerva.

Entre los procedimientos convencionales de la elocuencia griega, hay algunos muy notables. El respeto á la letra de ley pudo dictar á un consejo de guerra esta sentencia: se condena al acusado: 1.º, á muerte; 2.º, á cinco francos de multa (tasa del delito de embriaguez pública). Las Aticas, por lo general, empiezan por reclamar el suplicio contra su adversario, pero no mantienen por mucho tiempo su rigor; se baten de buen grado en retirada y se contentan con una multa. «Los que quieran, atenienses, desembarazarse de Aristogitón, cuyo crimen ante la ley es evidente, manifiesto, no tienen que hacer más que condenarle á

muerte, ó por lo menos á una multa tan fuerte que no pueda pagarla en toda su vida.» (Aristogitón no pagó los crímenes imputados, ni con su cabeza ni con su bolsa; más adelante debía escapar de nuevo á los dientes de otro «perro del pueblo», Dinarco.)

El acusador pocas veces se olvida de pedir al tribunal que niegue la palabra al defensor. Esquino no faltó á la tradición:—Permitir á Demóstenes que se disculpe ante los jueces, es autorizarle á que los impulse al perjurio. Que Ctesifonte establezca por sí mismo la concordancia entre su decreto y las leyes, si puede hacerlo, y la causa quedará juzgada. Si se reconoce que el derecho es ilegal, entonces podrá hablar Demóstenes en el debate especial relativo á la fijación de la pena.—Laharpe se indigna de esta pretensión «irritante» de Esquino; hubiera hecho mejor en no tomarla en serio. Sin duda, los griegos no tenían de la justicia ni de la legalidad la elevada idea que inspiran á los modernos; y aun reducida á su verdadero valor, la costumbre de reclamar la exclusión del defensor contrasta fuertemente con la institución de nuestros abogados de oficio. Sin embargo, los atenienses no estaban desprovistos de sentido moral ni de buen sentido, hasta el punto de ver en ello nada más que una sugestión consagrada, obligada casi por el odio. Hipérides dice á Polyucto, acusador de Euxenipo: «No quieres que nadie le asista y le preste el apoyo de su palabra; por el contrario, recomiendas á los jueces que se nieguen á oír á los que suban aquí á la tribuna para defenderle; y sin embargo, ¿hay en nuestra ciudad, entre tantas instituciones excelentes, nada más bello ni más conforme con la democracia que el ver, en presencia de los peligros que corre un acusado impotente para defenderse á sí mismo, á un ciudadano

de buena voluntad que en uso de su derecho se adelanta, le presta ayuda y dice á los jueces la verdad del asunto?» La pretensión de Polyucto, contraria á la equidad, lo hubiese sido también á la realidad de la práctica. El mismo, sin hablar de los otros atenienses llamados ante el tribunal para descargo de aquél, recurrió, en un proceso, á diez oradores. Del mismo modo, Demóstenes nos presenta á «todos los oradores» dispuestos á defender á su rico cliente Midias. Las tradiciones y los procedimientos consagrados de la elocuencia griega hacen de cada uno de los dos discursos sobre la *Corona* la contraparte de la otra. Nunca hubo arengas tan parecidas por las formas externas; nunca hubo arengas tan desemejantes. Las dos son casi iguales, pero ¡qué profunda diferencia por el genio íntimo y el alma!

La forma del discurso de Demóstenes es muy á menudo dramática; unas veces es un diálogo entre el oyente y él, ó entre atenienses, ó entre los atenienses y Filipo; otras veces es un monólogo del príncipe, pensando en el medio más seguro de realizar con toda seguridad sus proyectos. Demóstenes usa sobriamente del apóstrofe la *metralla de la elocuencia*, según P. L. Courier, pero siempre á propósito y con vigor. «Veo que ciertos oradores no se aplican á sí mismos los consejos que os dan; os exhortan á que permanezcáis tranquilos, hasta cuando os ataquen, y ellos no pueden estarlo en medio de vosotros, cuando no los atacan. En efecto, Aristodemo, si, aparte toda invectiva, te dijeran: «Tú sabes, porque nadie lo ignora, lo segura, tranquila y libre de peligros que es la vida privada, y que la vida pública, atormentada, llena de acusaciones, es un combate, un sufrimiento diario. ¿Por qué, pues, á la grata seguridad de la una prefe-

res las tribulaciones de la otra?» ¿Qué responderías? Dirás (esta sería, en efecto, la mejor respuesta, y queremos admitir que la hagas con sinceridad) que lo que te anima es el amor al honor, á la gloria. Entonces te admiro. Pero ¡cómo! ¿Te crees en el deber de afrontar por la gloria tantos peligros, tantos trabajos, tantas fatigas, y aconsejas á los atenienses que renuncien á la gloria por negligencia? Porque, sin duda, no dirás que tú debes ser un personaje en Atenas, y que Atenas no debe ocupar un puesto en Grecia. Tampoco veo que, para su seguridad, haya de encerrarse la República en sus negocios propios, y que la tuya te obligue á inmiscuirte en los negocios ajenos. Por el contrario, tú corres á tu pérdida por hacer demasiado, y la República por no hacer bastante. ¿Dirías, en fin, por Júpiter, que has recibido de tus abuelos, de tu padre, una gloria que sería vergonzoso dejar que se extinguiera en ti, mientras que los títulos de los antepasados de Atenas son oscuros y carecen de grandeza? Este es otro engaño, Aristodemo, porque tu padre era bribón, si se te parecía; ¿y los abuelos de la ciudad? Son aquellos que, como lo saben todos los griegos, les salvaron por dos veces de los mayores peligros. Varios de nuestros políticos, atenienses, ven de manera distinta sus intereses y los vuestros; no son, en este respecto, ni buenos ciudadanos ni justos. ¿Es justo, en efecto, que los escapados de una prisión se desconozcan hasta tal punto, y que una República que ocupó hasta aquí el primer puesto, á la cabeza de Grecia entera, se encuentre hoy sumida en la oscuridad y el rebajamiento?»

Demóstenes hace animadas descripciones de las escenas de la agora y de Pnyx.—Apenas la suerte ha designado á los jueces, les asalta la intriga; los dos

partidos rivalizan en solicitar con viveza el desprecio de la ley. Se diría que son dos ejércitos que se disputan la conciencia de los heliastas. La tribuna no es más tranquila. Demóstenes acaba de subir á ella; colocados cerca de él, uno á la derecha, otro á la izquierda, Esquino y Filócrates gritan, interrumpen, acosan al orador con sarcasmos. «¡Valiente maravilla, atenienses, que Demóstenes y yo no seamos del mismo parecer; él bebe agua y yo vino!», y los atenienses ríen. Tras la impertinencia de Filócrates, vendrá la de Esquino, dirigida al auditorio. Obligado á descender de la tribuna por los clamores: «¡Entre tantos valientes que chillan, qué pocos, si fuera preciso, querrian combatir!» Aristogitón no tenía precio para lanzar el grito de guerra en la agora. Un día en que se alistaba á los ciudadanos, nuestro guerrero se presenta en la asamblea, apoyado en un palo, con una pierna vendada. Foción, que presidía, exclama en cuanto le vé: «Escribano, inscribe á Aristogitón, cojo y cobarde.» Los Aristogitón abundaban en Atenas; tomaban el desquite de su cobardía en las luchas inocentes de la plaza pública durante la sesión: «¿Se presentan en la asamblea?, sin hablar de otras cosas, sus armas son rasgos de audacia, vociferaciones, imputaciones calumniosas, invectivas de sicofantes, ademanes desvergonzados. Nada más contrario, en mi concepto, á las deliberaciones, más denigrante para Atenas. Con esos vergonzosos excesos triunfaron de nuestros reglamentos más sabios; se burlan de las leyes, de los presidentes, de la orden del día, de todo lo digno.» He aquí que los exaltados, «las fieras ocupan hoy la tribuna». Estas licencias de la *ecclesia*, exageradas, sin duda, por los oradores cuando les tocaba sufrirlas, habían llegado tal vez á convertirse en hábito; ahora

bien, el hábito embota todas las cosas. Un desorden no muy grave, que entra en las costumbres, pierde mucho de su malignidad. Hay que creerlo así, puesto que las tempestades de la colmena ática eran inofensivas y fáciles de calmar, como las grandes contiendas de las abejas de Virgilio:

Pulveris exiguit jactu compressa quiescent.

«En el Consejo de los Quinientos (este testimonio está tomado del mismo pintor de las violencias parlamentarias de Atenas), una débil verja separa al público y hace respetar el secreto de las deliberaciones. El areópago, cuando delibera en el Pórtico Real, está rodeado de un simple cordel que aleja á los importunos y asegura la tranquilidad. Todos los magistrados designados por la suerte, en cuanto el ujier dice *Retiraos*, consultan en paz, sin temer los más violentos insultos. Tales reglamentos y mil otros tan nobles, tan bellos, constituyen el ornato y la seguridad de la República.» Tal vez llegará un día en que una simple cuerda sea entre nosotros, en casos semejantes, una barrera suficiente. Pero hasta aquí, la petulancia francesa podría recibir lecciones de la discreción respetuosa de la democracia ateniense, tan indisciplinada, según dicen.

Demóstenes se crió en la escuela de Tucídides, é imitando á este maestro como orador, le aventajó. Bossuet confesaba que había leído poco á Demóstenes. «Es de un estudio demasiado fuerte para los que están ocupados por otros pensamientos.» En efecto; sustancial y enjundioso, da mucho que meditar; liga al lector y lo quiere todo para él; pero su profundidad es siempre luminosa. Es, á un tiempo, concentrado y

límpido. A veces el razonamiento ahoga la pasión en el austero historiador; sus poderosas concepciones lógicas se dirigen á inteligencias más bien que á verdaderos auditorios. Demóstenes deja bastante á menudo que la idea general se suceda con lo impresión de la realidad actual; las palabras *razonar, considerar, reflexionar*, se encuentran á cada momento en él; escribe sus arengas para los atenienses y para los pensadores del porvenir. Pero la argumentación va siempre unida á una pasión intensa, de su efecto directo. Al lado de hechos que por sí mismos hablan y «gritan», se oyen calurosas exhortaciones que son la arrebatadora conclusión de aquéllos. Movimiento y demostración, razón y pasión, tal es su elocuencia.

II. La ley de los tribunales prohibía lo patético en Atenas, indicio claro de la extrema sensibilidad de los helenos. Se censuró á Eneas el que llorase más de lo que conviene á un fundador de imperio. Alternativamente tiernos y feroces, los héroes de Homero están de todos modos prontos á *hartarse de lágrimas*. Según Herodoto (VI, 21), los atenienses castigarán con una multa al poeta Frénico por haberles hecho llorar en el teatro con *La toma de Mileto*; y prohibieron por decreto la representación del drama culpable de haber despertado harto vivamente el recuerdo de los infortunios domésticos. En el tribunal, estaba prohibido que el orador les conmoviese con los infortunios ajenos; pero aquí también las costumbres eran más fuertes que las leyes. El acusador empleaba los recursos menos confesables del arte y del odio para apasionar á los jueces contra el adversario; hubiera sido riguroso retirar al acusador el derecho natural de la súplica. «Si tuviera que perseguir á Midias por moción ilegal,

embajada infiel ó cualquier otro delito semejante, no me creería en el caso de dirigiros súplicas, persuadido de que allí el papel del acusador es suministrar pruebas, el del acusado implorar. Pero... puesto que he sido insultado, ultrajado como nadie, que yo sepa, lo haya sido..., no vacilará en suplicar también; porque, si se me permite decirlo, yo soy el acusado, puesto que la falta de reparación jurídica hace que pese sobre el ciudadano insultado una prevención ingrata.»

El uso toleraba el empleo de lo patético en el discurso, y, sobre todo, permitía al acusado que ayudase á la elocuencia del defensor conmoviendo á los jueces con sus lágrimas. Demóstenes teme el efecto que produzcan en aquéllos las lamentaciones de Midias. ¿Qué queda? Pues queda, por Júpiter, la compasión. Porque Midias presentará á sus hijos, derramará lágrimas, os suplicará que le perdonéis en gracia á aquéllos: este es su último recurso. Pero vosotros no ignoráis que la piedad se debe á la inocente víctima de rigores intolerables, no al culpable justamente castigado. ¿Quién podría compadecerse de los hijos de Midias cuando él no tuvo piedad de los hijos de Estratón?» Más adelante, el orador insiste, pues quisiera de todo punto prevenir el enternecimiento del tribunal. «Vendrá, lo sé, á lamentarse con sus hijos; prodigará los discursos más humildes, llorará, se hará lo más miserable posible... Yo no tengo hijos y no podría, trayéndolos aquí, gemir y llorar sobre los ultrajes que he recibido. ¿Es esta una razón para tratar á la víctima menos favorablemente que al perseguidor?»

La impresión de misericordia era tanto más poderosa, cuando el orador era el mismo acusado y unía lo patético del discurso al del espectáculo de su familia angustiada. Esquino presenta así á toda su familia en

la causa de la *Embajada*. A veces el abogado, respetuoso con la ley, confiaba á su cliente el cuidado de excitar la conmiseración: «Euxenipo te ha prestado toda la ayuda que ha podido; no te queda más que suplicar á los jueces, implorar el socorro de los amigos y traer aquí á los hijos.» Esta conclusión de Hipérides está conforme con la tradición y concilia todo. El mismo designio de poner de acuerdo la ley con el interés de los acusados impulsaba, algunas veces, al orador á disimular en el cuerpo del discurso los trozos adecuados para excitar la piedad. Demóstenes, en el segundo informe de la causa *Contra Afobos*, pinta á los ojos de los jueces el dolor de su madre, que aguarda, con ansiedad, el resultado de un proceso que puede privarla de sus últimos recursos é impedirle casar á su hija única; los conjura en nombre de sus mujeres, de sus hijos, de todos los bienes que poseen; después termina con una conclusión flemática, como si quisiera hacerse perdonar por haber hecho derramar lágrimas.

Nadie, en Roma, pensó nunca en censurar á Cicerón su sensibilidad patética; Esquino se la echa en cara á Demóstenes; pone de manifiesto el tono lastimero de la voz, las muestras de un dolor á sus ojos hipócrita, en todo caso ilegal. A Esquino le hubiera agradado ver aquí la ley triunfante y obligar al defensor de Ctesifonte á que rompiese uno de los resortes de su elocuencia. Demóstenes, lejos de abdicar, usó contra Esquino de todo su derecho á lo patético, pero con una vehemencia de emoción de un carácter particular. Esquino es conmovedor á la manera de Racine, Demóstenes á la manera de Corneille. Lo patético, por lo general, nace en él de la elevación de sentimientos; eleva el alma por una especie de exalta-

ción del espíritu; transporta á fuerza de generosidad moral y de razón. Esa pasión intensa, renovada sin cesar en el fondo de su corazón, parece ignorarse á sí misma; hasta tal punto es sincera é ingenua. «A pesar de la pasión que me arrebató, comprendo que va á faltarme el agua, y que me extravió en discursos y recriminaciones que ocuparían sesiones enteras (*Antidosis*).» El autor de la oda *Sobre la toma de Namur* nos habla también de la «docta y santa embriaguez» que le transporta. Demóstenes ni tiene conciencia de sus transportes ni los busca.

Esquino presta á Demóstenes esta interrogación patética: «Cuando os pregunte, atenienses, en dónde refugiarme, etc....» Más adelante: «Cuando al final de su discurso, llame á su lado para que le defiendan á los cómplices de su venalidad...» Nada de esto hay en el discurso de la *Corona*. Esquino simuló prever esos arranques oratorios para procurarse la ventaja de sacar partido de ellos y poner en torno de la tribuna las sombras de Solón, de Aristides, de Temístocles: «¿No pensáis que los guerreros muertos en Maratón, en Platea, que las mismas tumbas de los antepasados gemirían, si el hombre que confiesa haber trabajado contra Grecia, de concierto con los bárbaros, fuese coronado?» El acusador de Ctesifonte desarrolla con calor esta prosopopeya, el párrafo de efecto final. Demóstenes se contenta con indicar una ó dos en ocasión oportuna, y deja á la imaginación de los oyentes el cuidado de caldearles. Cuando Midias, rodeado de sus hijos, os pida que lo absolváis, figuraos verme entonces aparecer escoltado por las leyes y vuestro juramento, y pidiéndoos, suplicándoos que os pronunciéis en su farsa.» «Ahora bien; considerad, reflexionad lo justa que sería la indignación de esos ilustres muer-

tos, si hubieran tenido de algún modo el sentimiento de lo que hacemos hoy» (*Contra Leptino*). La reflexión se une aquí muy estrechamente á la emoción, y esta alianza da bastante bien la medida de lo patético en Demóstenes. Sus prosopopeyas son de una sobriedad tan ática que podrían hallar puesto en un alegato. La que da fin al discurso contra Macartatos, y en la que Sositea evoca, en nombre de un niño, todas las muertes de la familia de Bouselos, es la más larga y la menos tranquila de las de nuestro orador. Demóstenes conoce mejor que nadie las fuentes ordinarias de lo patético, pero desdeña acudir á ellas. «La verdadera elocuencia se burla de la elocuencia» (Pascal).

Lo patético en él es muy rara vez enter necedor. Dad á Esquino este asunto: cuadro de la desolación de la Fócida arruinada. Podrá, si gusta, poner en esa descripción todos los movimientos de la sensibilidad más conmovedora. Otro es el acento del alma de Demóstenes; descubre á los atenienses la causa de la catástrofe de la Fócida, é interrumpe su exposición con este grito: «¡Espectáculo cruel y lastimoso del que recientemente fueron testigos forzosos nuestros ojos, en nuestro viaje á Delfos; casas destruidas, baluartes derribados, comarca despoblada de jóvenes; pobres mujeres, débiles niños en corto número, ancianos que dan compasión! Ningún lenguaje podría igualar los males que afligen hoy á ese país; y sin embargo, os oigo decir á todos que en otro tiempo el voto de ese pueblo sobre la reducción de los atenienses á la esclavitud fué opuesto al de los tebanos. Luego si vuestros antepasados volvieran á la vida, atenienses, ¿cuál sería su voto, su sentimiento respecto á los autores de la ruina de la Fócida? No lo dudo; después de haberlos lapidado con sus manos, seguirían creyendo puras

esas manos. ¿No es vergonzoso, en efecto, no es el colmo de la vergüenza, que un pueblo cuyo voto protector nos salvó en otro tiempo, haya sufrido, por culpa de nuestros diputados, una suerte contraria, y haya experimentado ante nuestros ojos indiferentes dolores que no conocieran jamás los otros helenos? ¿Quién, pues, es la causa de esos males? Quién fué el autor de tales imposturas? ¿No es él? Sentimiento de la dignidad nacional, indignación contra la ingratitud, odio al traidor Esquino, he aquí las verdaderas fuentes de lo patético de Demóstenes, más bien que la descripción de los infortunios de la Fócida, ó tal otro objeto propio para excitar la piedad.

La naturaleza de la lucha que sostiene, porque la vida pública está para él «llena de combates y de sufrimientos diarios», y su propio carácter lo quieren así. La elocuencia de Demóstenes es la imagen de su carácter; tiene algo de ruda. Dionisio de Halicarnaso atribuye esta especie de rigidez á una escrupulosa imitación de la manera de Tucídides. El origen de ella hay que verlo más bien en un alma cuya energía confina con la dureza. Demóstenes no hubiera podido aplicarse la frase de Antígono: «Estoy hecho para amar, no para odiar.» Su palabra incisiva sabe mejor acusar que defender; Hermógenes la encuentra de una acritud acerba; Esquino, de una amargura mordaz; para el gusto del acusador de Ctesifonte, Leodamaso el acarnio, no tiene menos fuerza que Demóstenes y es más agradable.

Esta falta de agrado no excluía el ingenio en nuestro orador. ¿Hubiera sido ateniense si no lo hubiese tenido? «Un día que deseaba arengar en plena asamblea de ciudad, el pueblo no le quería oír, y entonces dijo que no quería más que contar un cuento; oyendo

esto el pueblo, le dió audiencia, y Demóstenes comenzó de esta manera: «Cuentan que hubo un hombre que alquiló un asno para ir de esta ciudad á Megara. Cuando llegó el medio día, como quemara el sol, el propietario y el alquilador querían ponerse á la sombra del asno; decía el propietario que había alquilado el asno, pero no su sombra; á lo que replicaba el otro que había alquilado todo el asno.» Dejó aquí el cuento empezado, y pasó á tratar de otros asuntos. El pueblo le llamó la atención y le rogó que concluyese. ¡Cómol —exclamó— ¡queréis oirme contar la fábula de la sombra y el asno, y no queréis oir hablar de vuestros asuntos de importancia!»

Se encuentran muestras del ingenio de Demóstenes en varios pasajes de sus escritos, en ciertas delicadezas de estilo intraductibles, en donde se sorprende el arte de los áticos en jugar, si así puede decirse, con los diversos matices de la palabra, en pasar de lo propio á lo figurado, en regalar al espíritu con finezas de pensamientos y de lenguaje, con una mezcla de ironía delicada y de picante sutileza. A veces el gusto ateniense no retrocedió ante el juego del vocablo, si se le ha de llamar por su nombre. Aristófanes lo prodiga; los oradores de Atenas lo aventuraban con gran circunspección; querían que el juego de palabras, el equívoco, respetase siempre á la ley de la urbanidad. De ordinario desdeñan esos entretenimientos sospechosos y los evitan, hasta allí donde se presentan del modo más natural. Esquino, dice Demóstenes, daría algo de su *sangre* antes que de su *discurso*; y, á su vez, el acusador de Ctesifonte: «Ese hombre tiene sobre los hombros, no una *cabeza*, sino una especie de *renta*.» Pocos oradores modernos hubiesen resistido á la tentación de reemplazar las frases de los dos ora-

dores por éstas: daría algo de su *sangre* antes que de su *ingenio*; no tiene una *cabeza*, sino un *capital*. Un comentador, sintiendo ver que Esquino carece en esta ocasión de ingenio á la francesa, borra la palabra *renta* y la sustituye por *capital*: es demasiada bondad. A estas dudosas ingeniosidades, los áticos prefieren los dardos del gusto del de Gorgias: «Una golondrina se ha llenado de inmundicia»; el sofista alza los ojos y dice: «Eso no es digno, Filomeles»; como si hubiera dicho: «Eso no está bien, princesa.»

A pesar del ingenio que mostraba á veces, Demóstenes se distinguió pcco en las bromas. Es, á juicio de Cicerón, un acabado modelo de urbanidad; pero parece haber ignorado el humorismo picante de Lisias y de Hipérides. Sus salidas, según el autor de la quinta de las cartas atribuidas á Esquino, no hicieron reír nunca más que á Ctesifonte. También Quintiliano se muestra dispuesto á juzgarlas de la misma manera: «Demuestran claramente que ese género de gracia no le desagradaba, pero que la naturaleza se lo negó.» El autor de la *Institución oratoria* tiene derecho á triunfar aquí y á decir que Roma aventaja á Atenas, tanto en lo humorístico como en lo patético conmovedor (*miseratione et salibus vincimus*). Los griegos pueden consolarse de tal inferioridad; vale más carecer del talento de hacer reír que abusar de él; y, además, ¿tenía mucho valor la risa en la tribuna de Atenas? Los atenienses no tenían ninguna necesidad de que se les excitase para reír.

Las bromas de Demóstenes son algo toscas (como las chanzas de Alceste sobre la caída del soneto de Oronto y el lugar de que es digno) y hasta ásperamente sarcásticas.—Esquino es un ingrato al atacar á Demóstenes, porque Demóstenes le hace reír. Sin

los ciudadanos abnegados que combaten al macedonio, ¿qué ingresos tendrían los oradores asalariados por aquél?—«¡Demóstenes me reprende!—le dice un día Démade;—es el puerco que regenta á Minerva.—Esa Minerva, el otro día, en el pueblecillo de Colyttos, fué sorprendida en adulterio.» Demóstenes retó á los cómplices de Filócrates á que acudieran á justificarse en la tribuna; ninguno compareció, bajo diversos pretextos. ¿Cuál fué el de Frynón? «Tiene un yerno en Macedonia.» El tal Frynón envió á Filipo á su hijo, un bello adolescente. Los atenienses usaban frecuentemente de eufemismos. Un jurisconsulto, Tourreil, llamaba á un embargo un *cumplimiento timbrado*, y á un salario un *agradecimiento monetario*. Así, los asalariados de Filipo eran en Atenas los *huéspedes*, los *amigos* de aquél. Los aduladores, familiares de Dionisio, que vivían de su mesa, cuando no sucumbían á sus caprichos, se llamaban *artistas*, gentes hábiles. Los sicofantes eran «curadores de negocios públicos y privados». Los ladrones, bandidos ó piratas, se declaraban dulcemente «hombres que trabajan por adquirir»; preciso es que todo el mundo viva, y la pobreza es una circunstancia atenuante: «La necesidad imperiosa confunde todas las ideas sobre lo que está permitido y prohibido»; esta indulgencia, testimoniada por Demóstenes al necesitado Caridemo, es una concesión oratoria. De ordinario ve las cosas y los hombres tales como son; llama á un gato un gato, y á Filócrates un...

Hasta sus elogios tienen algo de rudeza. Uno de sus colegas de embajada en Macedonia exaltó, en la tribuna de Atenas, las cualidades maravillosas de Filipo. Demóstenes se burla ante Filipo de estos rasgos de tanta adulación: «No he alabado vuestra belleza: lo más bello de los seres, es la mujer; ni vuestro talento

de bebedor, éste es el elogio de una esponja; ni vuestra memoria, éste es el mérito de un sofista, traficante de palabras.» Su franqueza, algo áspera, es una de las quejas de Esquino contra él, tiene la rusticidad de un bárbaro, la del Gran Rey, al escribir á los atenienses con la delicadeza de un Turcareto coronado: «No os daré oro; no me lo pidáis; no lo tendréis.» Sus brusquedades provocan «ante los diputados de toda la Grecia una explosión de risas poco común». Interrumpe á las gentes con grandes gritos; es un beocio digno de simpatizar con ese pueblo grosero. ¿Hay que asombrarse de esto?; es escita (campesino del Danubio) por parte de madre, no es ateniense.

Rara vez la ironía de Demóstenes se encuentra bastante libre de pasión para ser humorística; sus sonrisas no son maliciosas, sino contraídas, son casi gestos. Otro en su lugar hubiera castigado con mano ligera la suficiencia ridícula de Midias y su celo siempre intempestivo. ¿Está el peligro en el mar? Midias hace que le sustituya el egipcio Pánfilo. ¿Va á entablarse la lucha por tierra? Midias corre á la asamblea y promete ruidosamente fletar un trirreme; siempre se encuentra en donde no está el peligro. Se hace nombrar hiparca, y no puede asistir á una procesión sin perder el estribo, y por añadidura su caballo es prestado.—En vez de divertirse alegremente á costa de aquel majadero, Demóstenes le prodiga los epítetos de cobarde, execrable; sustituye la burla por los insultos. El autor de la *Moral á Nicomaco* permite al magnánimo la ironía despreciativa. Tal es, por lo general, la de Demóstenes. Horacio jugaba con el corazón humano, burlándose dulcemente de sus debilidades; Juvenal combate los vicios con rigor; la misma diferencia separa á nuestro orador de los autores áticos

en el empleo de la ironía. La de Demóstenes es, sobre todo, indignada y virulenta: «Evidentemente, Esquino, estas desgracias te afectan, y los tebanos te inspiran compasión, á ti que tienes tierras en Beocia y que labras los campos de que fueron despojados; y yo me alegro, puesto que mi cabeza fué reclamada, inmediatamente después, por el autor de estos desastres.»— «¡Oh cabeza criminal!, con tus discursos has desgarrado, ultrajado los grandes hechos de nuestros abuelos, arruinado todos nuestros asuntos, y esos mismos discursos te han hecho rico y personaje arrogante. Antes de haber abrumado de males á la República, confesaba su profesión de escribano y el agradecimiento que debía á vuestros votos, y sus maneras eran modestas. Pero después de sus innumerables crímenes, frunce las altaneras cejas, y si le dicen: *Ahí va Esquino, el antiguo escribano*, se encoleriza al punto, se siente ofendido; se presenta en la plaza pública arrastrando el manto, con las mejillas infladas, con el majestuoso paso de Pitocles. Miradle convertido en uno de esos huéspedes y amigos de Filipo, que quieren desembarazarse de la democracia y tratan á nuestra constitución de un mar locamente tempestuoso, él que antes saludaba con tanta humildad á la mesa de los pensionistas del pueblo.»

La ironía es un resorte que gustan de manejar los trágicos. En éstos, unas veces es desdeñosa, como en los labios del Nicomedes de Corneille; otras amarga, como en los del Orestes de Racine. Demóstenes da á la suya una especie de acritud dolorosa. El ex comediante Arquías halagaba á Demóstenes con dulces palabras: Deja tu asilo, te llevaré á Antipater, no te hará ningún daño.—Desde el lugar en que estaba sentado, Demóstenes le mira: «Arquías, nunca me con-

moviste en la escena; tus bellas promesas no me conmoverán tampoco hoy.» Arquías, irritado, amenaza: «Ahora hablas como un inspirado, sobre el trípode macedonio (el macedonio es su oráculo); hace un momento representabas una comedia.» Comedia trágica digna de un Collot d'Herbois ó de un Saint-Just (¿no es el nombre mismo de este personaje una cruel ironía?). Camilo Desmoulins dijo de aquel joven sectario de aspecto reservado: «Lleva la cabeza como una custodia.»—«Yo haré que lleve la suya como un San Dionisio.» Frase fría como el filo del hacha, y que el hacha justificó.

III. Quien quisiera poner de manifiesto en Demóstenes las expresiones enérgicas, cuyo efecto es poner el asunto ante los ojos, tendría que transcribirle casi por entero. El rigor nace á menudo en él de la concisión: «En cinco días solamente, Esquino soltó sus mentiras, vosotros le creisteis, la Fócida las conoció, se entregó, pereció.» Nace también de la imagen que pinta y comunica el movimiento y la vida. En el discurso *Contra Macartatos*, dice que al principio pensó ofrecer á las miradas de los jueces un cuadro genealógico de los descendientes de Agnias; «pero como no todos, sobre todo los que están más lejos de mí, hubieran podido verlo, me veo obligado á trazarlo de viva voz y dirigirme á todo el tribunal á la vez». Los discursos de Demóstenes son otros tantos cuadros parlantes; abundan en ellos las pinturas vivas, los relieves salientes. Los retóricos aficionados á buscar modelos de hipotiposis tenían en él un buen caudal. Por lo demás, la energía parece haber sido la cualidad común de los áticos del período macedónico. «Las hipérboles, dice Aristóteles, convienen á la juventud, á la cólera; los oradores de

Atenas usan muy frecuentemente de ellas.» A falta de ardor juvenil, las pasiones excitadas por las luchas políticas, en tiempo de Filipo, bastaban para sugerir figuras atrevidas. Ya en ático puro, Lisias no tenía temor de escribir en una oración fúnebre: «Justo es que Grecia *se arranque los cabellos* sobre la tumba de los bravos que perecieron en Salamina, puesto que la libertad se sepultó con ellos.» Un contemporáneo de Demóstenes, Esión, podía permitirse esta frase: «Los atenienses han «derramado» su ciudad en Sicilia.» Hegesipo les aconsejaba que exterminasen á los partidarios de Filipo, «si tenéis el cerebro en la cabeza y no en los talones». Démade dice que gobierna los restos de la República. La noticia de la muerte del Conquistador conmovió á Atenas: «Atenienses, Alejandro no ha muerto, porque el olor de su cadáver llenará el mundo (Démade).» Se censuraba á Hipérides una moción ilegal: «No soy yo quien hace tal proposición, es la batalla de Queronea.—¿No veías las leyes que te la vedaban?—Las armas de los macedonios, ocultándolas con su sombra, me las quitaban de la vista.» Demóstenes «se compone de palabras... arrancadle la lengua; no será más que una flauta sin boquilla (Esquino)». La mayor parte de las expresiones de Demóstenes, citadas por Esquino, no se encuentran en sus arengas; son, por lo general, frases improvisadas que deben á su mismo vigor el privilegio de haberse grabado en el recuerdo de su rival.

Cicerón permite al orador expresiones casi poéticas (*verba prope poetarum*). Aristóteles, menos indulgente, censuró, como poéticos, buen número de términos que el mismo escrupuloso Isócrates hubiera, sin duda, aceptado. No quiere que se diga: «La filosofía es el baluarte de las leyes.» «Sembraste la vergüenza, re-

cogiste la desgracia.» Así Voltaire, en un momento de mal humor contra J. J. Rousseau, veía un ejemplo «de los excesos de la extravagancia» en que caen «los espíritus medio ingeniosos» por «la manía de singularizarse», en esta imagen: «Yo cultivaba la esperanza y la veo marchitarse todos los días.» El autor del *Diccionario filosófico* es más ático aquí que lo hubiera sido Demóstenes. En éste son numerosas las figuras poéticas, y las toma, sobre todo, de las escenas de la naturaleza.—Pitón, audaz, lanza contra la asamblea las oleadas de una impetuosa elocuencia. Sin el despertar de los tebanos, el esfuerzo de la guerra hubiera caído sobre Atenas como un torrente de invierno. ¿Sufre un revés la ciudad? Al punto Esquino sale de su reposo, como se alza un vendaval repentino. El ataque de Filipo es «una granizada que azota las cosechas». «Este decreto (de alianza con Tebas) disipó el peligro que envolvía á la ciudad como una nube.» Cicerón ha señalado este mérito de la elocución de Demóstenes: «El empleo muy frecuente de las figuras de pensamiento es, á los ojos de ciertos críticos, el mérito principal de su elocuencia, y lo cierto es que apenas se encuentra en él un pasaje en el que el fondo de las ideas no se produzca bajo una forma saliente; por lo demás, nunca es orador el que sabe dar á todos, ó por lo menos á cada pensamiento, una expresión viva, un aspecto luminoso.» Demóstenes debe el relieve pintoresco de su estilo á la vivacidad de su imaginación, y también al genio mismo de su lengua materna, expresiva y llena de color. Los griegos la hicieron á su imagen, y la manejaban como un pincel.

El atrevimiento de las imágenes de Demóstenes no siempre halló gracia ante Esquino; señala algunas

que solamente podía justificar la viveza de la improvisación. «¿No recordáis sus palabras odiosas, increíbles? ¿Cómo pudisteis jamás sufrirla con paciencia, oh hombre de hierro? Os decía en la tribuna: *Están podando la República; han cortado los sarmientos de la democracia; han roto los nervios de los asuntos; estamos empaquetados, cosidos en sacos; nos atraviesan la parte posterior como con larderas*, ¿de quién son estas expresiones, ó más bien estas monstruosidades de lenguaje?» Cicerón censuró imágenes menos atrevidas: «La muerte del Africano privó á la República de su virilidad (*castratam*); Glaucia, el excremento del Senado (*stercus curiae*)», y, sin embargo, alegó á favor de Demóstenes circunstancias atenuantes. Es fácil, dice, tomar en frío una palabra de fuego y trocarla en irrisión, cuando las almas inflamadas de los oyentes han tenido tiempo de extinguirse; pero ¿no tienen su excusa esas temeridades de lenguaje en el calor apasionado del debate? Plinio el Joven, gran inteligencia atento en sus cartas á seguir á Cicerón paso á paso, recordó este pasaje del *orador*. Justifica algunas de sus expresiones «infladas y violentas», según Lupericio, pero «atrevidas, llenas de envidia, sublimes», según su autor. Alega el ejemplo de Homero, de Esquino, de Demóstenes, y señala la «deslumbradora grandeza» de las frases que el acusador de Ctesífonte censurara. Los fragmentos de Demóstenes citados por Plinio merecen, en efecto, tal elogio; pero ¿quién se atreverá á tributarlo á la comparación evidentemente poco ática de las larderas?

Nuestros escritores franceses no han dejado escapar nunca tales frases; sin embargo, no pecaban por exceso de escrúpulos. También ellos sentían la fuerza de las comparaciones familiares: «La naturaleza, que es

la sola buena, es completamente familiar y llana» (Pascal).

Demóstenes emplea bastante á menudo la antítesis en sus discursos; la antítesis concurre á la brevedad poniendo con rapidez frente á frente dos ideas que la clepsidra no siempre permitía desarrollar; así, en el discurso *Por Apolodoro* hay dos antítesis que le resumen vivamente. Las antítesis de Demóstenes no tuvieron nunca nada de las *falsas ventanas* dibujadas para la simetría: «lo que temo, no es que Filipo esté vivo, sino que hayan muerto en el corazón de la República el odio contra los prevaricadores y el ardor para castigarlos». La antítesis de las cosas ó el contraste es uno de sus procedimientos favorecidos. Establécese un paralelo casi continuo, en los discursos de la *Embajada* y de la *Corona*, entre el nacimiento, la educación, la familia, la vida privada y pública de los dos adversarios. La luz viva y clara del Atica dió á los atenienses el gusto del relieve luminoso. Demóstenes sabía á este respecto la fuerza de los contrastes y no disimulaba su designio de aprovecharse de ella: «Comparad mi conducta con la de ellos; la luz brotará de este paralelo.»

Terminaremos estas observaciones sobre la elocución de Demóstenes con la cita de una página que reproduce alguno de los rasgos de la fisonomía expresiva de su elocuencia.—¿Qué importa, dicen, la pérdida de Serrio, de Dorisco? Dejad que se acumulen esos despojos insignificantes; al final se elevarán á un «total» desastroso. ¿Creéis hacer un buen negocio comprando la paz al precio de tales concesiones? «Temo que un día, al igual de los imprudentes que se procuran á costa de grandes intereses un bienestar pasajero, y se ven en seguida despojados hasta de su patri-

monio, pagaremos nosotros también cara nuestra indolencia; y que, por haber sacrificado todo al placer, nos encontramos más adelante en la necesidad de ejecutar muchas cosas duras, á las que nos negábamos antes, y temblemos por el suelo mismo de nuestra patria... Necesitáis, atenienses, sacudir esa pereza desde hoy. Ved, en efecto, hasta dónde ha llevado ese hombre su arrogancia; ni siquiera os deja la elección entre la acción y el reposo; amenaza, profiere, dicen palabras insolentes. Incapaz de contentarse con lo que ha cogido, se rodea cada día con un nuevo baluarte de conquistas, y mientras que nosotros contemporizamos inmóviles, nos acecha, nos rodea por todas partes.

¿Cuándo, pues, atenienses, cuándo cumpliréis con vuestro deber? ¿Qué esperáis?, ¿un acontecimiento?, ¿la necesidad? ¿Pero qué otra idea puede formarse uno de lo que pasa ante nuestros ojos? Yo no conozco, para hombres libres, necesidad más apremiante que el deshonor. ¿Queréis, decidme, estar siempre yendo de un lado para otro de la plaza pública, preguntándonos: ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué más de nuevo puede haber que un macedonio vencedor de Atenas y dominador de Grecia? «¿Filipo ha muerto?—no, está enfermo.» Muerto ó enfermo, ¿qué os importa? Si le ocurre una desgracia, no tardaréis en crearos otro Filipo, con la vigilancia que aportáis hoy á vuestros asuntos.

IV. La luz falta á medias, algunas veces, en la disposición de los planes de Demóstenes; la exactitud del método es una de las superioridades de los modernos sobre los antiguos. Los devotos de la antigüedad tenían que realizar una ardua tarea, en tiempos de Carlos Perrault, cuando trataban de probar que la

Iliada y la *Odisea* no dejan nada que desear en cuanto á la composición. Los admiradores inteligentes de Homero podían alegar la diferencia de gustos entre las edades antiguas y la nuestra; y en efecto, una tragedia moderna dispuesta como el *Ajax* de Sófocles no se libraria de la critica. Para nosotros, ese drama concluye á la muerte del héroe; los griegos escuchaban con placer los cuatrocientos versos (más de la cuarta parte de la tragedia) que sobreviven al verdadero desenlace. Sin duda les chocaba, igualmente, menos que á nosotros, la poca claridad de la composición de tal obra de Demóstenes. ¿Cuál es, en sus detalles, el plan del discurso de la *Corona*, el de la *Embajada*, sobre todo? Los críticos han discutido esta cuestión; al examen de las opiniones diversas emitidas en este debate, sustituiremos un cierto número de observaciones indiscutibles, sugeridas por una lectura asidua del orador.

¿Se podía alegrar un artista tan perfecto como Demóstenes de verse privado de las obras maestras trabajadas con un cuidado celoso de una de las formas esenciales de la belleza literaria, la del orden? No se puede admitirlo, sobre todo cuando se le ve tan atento en regular simples períodos. Cada una de las piedras cuya reunión ha de constituir el edificio oratorio, está tallada por Demóstenes con un arte admirable. Este mismo arte preside á la formación de los grupos nacidos de su ensambladura; gracias á esta sabia estructura, el grupo, ó desarrollo parcial, parece en sí mismo un discurso breve que tiene en principio, su medio y su fin; es un cuerpo organizado y completo. ¿De dónde procede que el organismo de la obra total llame menos la atención y que sea bastante difícil desarticlarla?, es que aquí el método ordinario cede el paso á

un arte superior, que se sale de las reglas convenidas para alcanzar efectos que la regla no enseñará nunca. Los modernos buscan en el *Pro Corona* un plan trazado con arreglo á las prescripciones de los retóricos ó los consejos de Buffón, y no lo encuentran: ¿de quién es la culpa? A veces, en cambio, descubren entre ciertas partes de la obra lazos misteriosos que no existen: ¿es responsable de esto el orador? No siempre ha entregado su secreto á dichos retóricos; á éstos incumbe sorprenderle. No siempre hay en Demóstenes un plan regular; hay siempre una disposición sabia, justificada por un designio pensado y calculado, no sobre la observancia de las prácticas corrientes, sino sobre el efecto que se ha de producir. Así, los artistas á quienes se debe la maravilla del Partenón, permitían á las columnas desviarse de la perpendicular; reducían ciertas partes de la ornamentación del monumento; disminuían progresivamente los intervalos, alteraban la rigidez rectilínea de las superficies, á fin de producir ciertos efectos de perspectiva; la línea recta no es siempre el camino más corto para conducir al término del arte. Demóstenes, como los arquitectos atenienses, usó de los planos oblicuos y de las curvaturas; tenía derecho á hacerlo.

Las grandes composiciones del género deliberativo no están constreñidas á la misma exactitud que las obras del foro. Un abogado ateniense estaba obligado á seguir un orden sencillo y claro; solamente con esta condición podía el cliente confiarlo fácilmente á su memoria. De otra parte, un dibujo pequeño, fácil de abarcar con una ojeada, necesita estar cuidado con más exactitud en sus líneas que un vasto cuadro rico en episodios, y cuya sabia complejidad está destinada á producir un poderoso efecto de conjunto. Los gran-

des lienzos requieren que no se les examine de demasiado cerca; los dibujos menudos deben poder exportar la curiosidad indiscreta de la lupa. El discurso político es más bien para oído que para leído. El lector, dueño del tiempo y de sí mismo, quiere saborearlo todo con descanso y darse cuenta de todo; analiza sus impresiones y las cualidades de la obra; se detiene en ella para penetrarla mejor. El oyente, con menos exigencias, no pide más que ser convencido y arrastrado; necesita, sobre todo, movimiento, acción, efectos sensibles y repetidos. Ahora bien, estos efectos redoblados se los producirá la rica sucesión (aunque sea libremente llevada) de los argumentos y de las pasiones de que se compone la masa del discurso político. Si se consigue probar y conmover, sin seguir un plan de una regularidad irreprochable, el triunfo del orador absuelve al escritor. Un panadero preguntaba si había que hacer la masa dura ó blanda: «¿No se puede hacerla buena?»—«Demóstenes, dice Ulpiano, no sigue un método dado, sino el más ventajoso.» Si triunfa mi método, ¿para qué exigir más? El buen éxito corona la obra.

A creerles, Esquino y Demóstenes pronuncian á veces discursos «confusos, embrollados»; los dos oradores dirigen esta crítica precisamente á los pasajes de sus arengas en que son más claros, demasiado claros, sin duda, para el gusto del adversario. Es una táctica para los jueces: quieren persuadirles de que no han entendido bien al orador, precisamente cuando le han comprendido perfectamente. No les creamos, pues, por su palabra. Esquino (y en este punto se hace justicia) no deja de oponer el orden, la claridad de sus discursos, á la confusión premeditada y artificiosa de Demóstenes. Anuncia una exposición luminosa de las

iniquidades de su enemigo; quiere «que no cueste ningún trabajo seguirle». En efecto, el plan del discurso *Contra Ctesifonte* está claramente trazado y seguido con fidelidad. El informe *Contra Aristócrato*, uno de los más notables discursos políticos de Demóstenes, es igualmente irreprochable en este concepto. De ordinario, sin embargo, su procedimiento es menos metódico que el de Esquino, de Hipérides ó de Isócrates; indica una idea, y la deja; más adelante vuelve sobre ella, y la desarrolla; anuncia una prueba, y difiere darla; comienza un contraste, y se detiene á la mitad. Señala él mismo el plan que dice querer seguir, y no lo sigue (*Contra Timócrates*, segunda parte). Demóstenes traza fuertes líneas generales, que dividen el asunto en sus partes esenciales; pero lo que llena los intervalos está dispuesto sin orden riguroso. En ocasiones, recapitula los agravios enunciados, los hechos demostrados. Estos altos jalones indicadores del camino ya recorrido y del que falta por recorrer, no son superfluos. El orador deja con bastante frecuencia su camino para meterse, á derecha ó izquierda, por senderos en los que no pierde el tiempo y el trabajo, porque le llevan al fin; pero en vez de la línea recta, son rodeos y movimientos de ir y venir, semejantes á los de una libre improvisación. «Pero hablemos del derecho de invitación (al festín del Pritáneo); por poco me olvido de este punto, uno de los más importantes de mi causa.»

Si á veces es difícil seguir á Demóstenes en las sinuosidades de su plan, no lo es nunca señalar la idea madre de sus discursos. Cada uno de ellos se inspira en un pensamiento dominante, alma de la composición entera. Así, el discurso de la *Corona* se encuentra por entero en las líneas siguientes: «Mi carácter no

se ha desmentido nunca; en los asuntos de la ciudad he concedido mayor valor á los derechos de la mayoría que al favor de los ricos; en los de Grecia he preferido, á los dones y á la amistad de Filipo, los intereses comunes á todos los helenos.» Esta unidad del pensamiento capital y de la impresión comunicada constituye la verdadera unidad del discurso. Demóstenes, orador obstinado, tenaz, procura no parecerlo. Insiste en las pruebas determinantes, pero no seguidamente; las deja y las vuelve á tomar. Una vez que ha impuesto al oyente sobre lo que desea, sabe mantenerse en el asunto sin fatigarle con repeticiones monótonas; por el contrario, se esfuerza en disimular la persistencia de sus medios bajo la variedad de las formas y la habilidad de los entrecruzamientos. Sus planes no forman una cadena, sino una red que no hubiera desaprobado Vulcano.

La composición de Demóstenes se parece al orden disperso de la táctica militar. No es la disposición regular del regimiento que desfila, marchando simétricamente, son todas sus partes en su puesto reglamentario. Sus exordios, como se ha visto, no tienen nunca la tonalidad con que se engalanan los discursos aparatosos. Narración, confirmación, refutación, toman parte en la contienda como fuerzas irregulares, sin método preciso; la peroración se encuentra en todas partes á la vez, como un buen general animándolo todo con su presencia. Toda la arenga es una legión desparramada en tiradores que avanzan, retroceden, oblicuan á derecha, á izquierda, según los accidentes del terreno y las necesidades de la lucha. Todos los argumentos, soldados diseminados, concurren á la misma acción, combaten al mismo enemigo, obedecen á un mismo pensamiento director; pero ¡cuánta distan-

cia hay de este orden á la parada! La observancia escrupulosa de las reglas del arte se subordina aquí á las necesidades de la acción. El arte verdadero, el único necesario, es el de vencer.

La libertad de los planes de Demóstenes depende de una causa personal, del genio del orador; y de causas generales, los hábitos tradicionales de la elocuencia de los áticos. Les eran familiares las disgresiones (á pesar de que la ley prohibía apartarse del asunto), pero sobre todo las reputaciones anticipadas. La composición del discurso de Esquino *Contra Ctesifonte* nos parece irreprochable, salvo alguna que otra longitud debidas, en la segunda parte, al procedimiento dicho. En general, los discursos cambiados entre Esquino y Demóstenes son ataques y réplicas, ó réplicas y dúplicas á la vez. Los han arreglado después del debate, según los medios empleados por el adversario. Estas adiciones, á menudo considerables, son otros tantos sobrecargos embarazosos; perturban la economía del discurso primitivo y perjudican á la sencillez y á la claridad de la composición. Dos obras unidas no pueden tener la homogeneidad armoniosa de una obra solo.

Preguntaban á Demóstenes: ¿cuál es la primera cualidad del orador?, la acción.—¿Y la segunda?, la acción.—¿Y la tercera?, también la acción.—Prueba esto, sobre todo, que Demóstenes hubo de sufrir mucho con las imperfecciones de la suya. ¿No estimaba Corneille como las mejores de sus obras las que más le habían costado, es decir, precisamente las menos espontáneas y las más enrevesadas de «intriga»? La acción, «la elocuencia del cuerpo» fué durante mucho tiempo defectuosa en Demóstenes; de aquí los fracasos que le descorazonaron al principio. «Yo soy, de

todos los oradores, el que se fatiga más; casi he agotado mis fuerzas en hacerme á la elocuencia, y con esto no puedo hacerme agradable al pueblo. Marineros ignorantes, borrachos, ocupan la tribuna, son escuchados, y á mi me desdeñan.» El comediante Sátiro conocía la causa del mal y le enseñó el remedio. Le hizo vacilar, después recitó el verso de Eurípides. A Demóstenes le llamó la atención el efecto tan distinto que producían en sus labios y en los de su amigo; vió el poder del arte de la declamación, y á fuerza de una lucha tenaz, consiguió adquirirla, sin corregir, sin embargo, esa acción de cierta impetuosidad, objeto de las críticas de Esquino.

En Roma, un orador se permite los más vehementes ademanes; puede tocar el suelo sin herir el gusto de los inteligentes. El ático Esquino, asiduo concurrente á la palestra, censura á su rival por no haberla frecuentado; Demóstenes hubiera adquirido en ella la ligereza mesurada, la proporción armoniosa de los movimientos, esa gracia y dignidad de las actitudes tan apreciada por los griegos. En lugar de esto, ha conservado el hábito de los modales bruscos y arrebatados; no sube á la tribuna, salta; no se presenta á la *ecclesia*, se lanza. No esperéis de él que tenga la mano bajo el manto, á ejemplo de Pericles, tranquilo en la tribuna y erguido como la estatua de Atenea. Deja á Solón esa actitud, imagen de la moderación de los antiguos oradores; él prefiere ademanes desarreglados como su conducta. En la tribuna, se arroja á la derecha, á la izquierda; se mueve como una fiera.

En su *Discurso de recepción*, en la Academia francesa, Buffón pinta con vivos colores la elocuencia de acción que «habla al cuerpo», y la que, nacida del pensamiento y del alma, habla al alma y al espíritu.

Demóstenes, dueño de las dos elocuencias, unió el arrebatado de la acción al de la convicción razonada y apasionada. Representáoslo en la tribuna, animado de indignación contra un miserable acusador, lleno de elevados pensamientos y de sentimientos generosos debidos al recuerdo de los antepasados, entregado, en fin, á lo patético de los gestos y del discurso, y podréis tener una idea de los transportes que provocaban en un pueblo sensible pasajes como el que sigue:

Tal fué el principio, el primer fundamento de la reconciliación de Atenas y Tebas, ciudades que, hasta entonces, habían impulsado aquellos hombres á la enemistad, al odio, á la desconfianza... En cuanto á mí, llevo la confianza hasta decir: si se puede hoy indicar un partido mejor ó siquiera otro que el que yo abraza, me confieso culpable. Si, si se descubre hoy una medida cuya ejecución hubiera sido entonces más ventajosa, mi deber, convengo en ello, era no ignorarla. Pero si no la hay, si no la hubo nunca, si ahora mismo no se puede presentar otra alguna, ¿qué debía hacer el consejero? ¿No era el caso de elegir el mejor de los proyectos realizables que se ofrecían? Esto es lo que yo hice, Esquino, cuando el heraldo preguntaba: «¿Quién quiere aconsejar al pueblo?» y no: «¿Quién quiere censurar lo pasado?», ó «¿Quién quiere garantizar lo por venir?» En tal momento, tú permaneciste sentado y mudo en nuestras asambleas; yo subí á la tribuna, hablé. Pero si no dijiste nada entonces, dínos hoy, por lo menos, qué otra cosa debía haber dicho, qué ocasión favorable desperdicié, á qué alianza, á qué gestión debí llevar más bien á los atenienses.

«Pero ¿qué digo? Siempre se abandona lo pasado; nadie hace de él, en parte alguna, un asunto de deliberación; solamente lo por venir ó lo presente requiere

los consejos de un ministro. Entonces amenazaban peligros á la patria; otros ya fundaban en ella; examina mi conducta en medio de la crisis, y no calumnies los acontecimientos. Porque, si la Divinidad decide del éxito de las empresas, la discreción del consejero se manifiesta por el consejo mismo. No me imputes como un crimen que Filipo haya vencido: el resultado del combate dependía de los dioses, no de mí. Pero respecto á que yo no tomase todas las medidas que podía sugerir la prudencia humana, á que no pusiera en la ejecución rectitud, celo, ardor superior á mis fuerzas; á que mis empresas no hayan sido gloriosas, dignas de Atenas y necesarias, demuéstramelo y ven en seguida á acusarme. Si el rayo estalló más fuerte que nosotros, que todos los helenos, ¿qué podía yo hacer? Un armador no ha omitido nada para la seguridad de su nave; la ha provisto de cuanto parecía deber preservarla; pero viene una tempestad y rompe por completo los aparejos: ¿se acusará á aquel hombre del naufragio? Yo no gobernaba la nave, diría; y yo no mandaba el ejército, yo no era dueño de la Fortuna; al contrario, la Fortuna es la dueña de todas las cosas.

»Razonemos, pues, Esquino, y abre los ojos. Si tal ha sido nuestro destino cuando los tebanos combatían con nosotros, ¿qué hubiera pasado si no hubiesen sido nuestros aliados y si los auxiliares de Filipo, en favor de lo cual agotó ese orador toda su elocuencia? La batalla, entablada á tres jornadas del Atica, puso la ciudad en peligro; ¿qué hubiera sucedido si se llega á perder en nuestro territorio? Pero un día, después dos, luego tres, nos ofrecieron muchos medios de salvación. Sin este respiro... Pero no conviene hablar de las desgracias de que nos ha preservado alguna di-

vinidad tutelar, y esa alianza que fué el baluarte de Atenas y de la que tú eras acusador.

»Todos estos detalles se dirigen á vosotros, jueces, y á cuantos fuera de este recinto nos rodean y me escuchan. Porque para ese miserable bastaba con algunas palabras claras y precisas. Si cuando Atenas de liberaba, tú solo, Esquino, leías en lo por venir, debiste desde luego revelarlo. Si no lo prevías, tú eres responsable de la misma ignorancia que los demás. ¿Por qué, pues, acusarme, cuando yo no te acuso? En dicha circunstancia (no digo nada aún de las otras) fui mejor ciudadano que tú; porque me entregué á lo que parecía ser el interés común, sin retroceder ante ningún peligro personal, sin pensar siquiera en ello, y tú no diste ningún consejo mejor, pues en otro caso no hubieran seguido el mío, y no prestaste en tal ocasión ningún servicio. Al contrario, lo que hubiera hecho el hombre más depravado, más hostil á su patria, lo has hecho tú después del suceso. Al mismo tiempo que Aristrates en Naxos, Aristotaos en Thasos, esos implacables enemigos de nuestra República, citan á juicio á los amigos de los atenienses; en Atenas, Esquino acusa á Demóstenes. Sin embargo, el que espía los infortunios de Grecia para beneficiarse con ellos, merece que perezca y no tiene derecho á acusar á nadie; y el hombre que se aprovecha de las mismas circunstancias que los enemigos del Estado, no puede amar á su patria. Todo lo prueba en ti: tu vida, tus actos, tus discursos, tu silencio. ¿Se trata de un asunto que interesa á la ciudad? Esquino calla; ¿ocurre un revés, una desgracia? Esquino habla. Así, en un cuerpo atacado por alguna dolencia, las fracturas y luxaciones despiertan.

»Pero puesto que insiste tanto sobre el aconteci-

miento, voy á aventurar una cosa que tal vez parecerá extraña. En nombre de Júpiter y de los dioses, que no se asombre nadie de mi atrevimiento, sino considerad con benevolencia lo que voy á decir. Aun cuando lo por venir se hubiera revelado á todos, aun cuando todos lo hubieran previsto, aun cuando tú, Esquino, lo hubieses declarado, publicado con tus gritos y vociferaciones, tú que no abriste la boca, aun en ese caso Atenas no debía desistir del camino que siguió, por poco que pensase en su gloria, en sus antepasados, en la posteridad. Hoy, en efecto, parece haber fracasado en una empresa, suerte común á todos los hombres, cuando la Divinidad lo ordena así. Pero entonces, si después de haberse estimado digna de mandar en los otros, hubiese abdicado de ese honor, la hubieran acusado de haber entregado toda la Grecia á Filipo. Si hubiese abandonado sin combatir lo que nuestros abuelos adquirieron á costa de tantos peligros, ¿quién no le hubiera menospreciado, Esquino? Porque el desprecio no hubiera recaído ni sobre la República ni sobre mí. ¡Y con qué ojos, por Júpiter, miraríamos á los extranjeros que vienen á Atenas hoy que las cosas han llegado al punto en que las vemos, y que Filipo ha sido nombrado jefe y amo absoluto, si otros hubieran combatido por nosotros para impedir esa vergüenza, y esto cuando jamás en el pasado prefirió Atenas una seguridad sin gloria á peligros honrosos! ¿Quiénes de los helenos; quiénes de los bárbaros ignoran que los tebanos, y los lacedemonios antes que ellos, en el apogeo de su poder, y el mismo rey de Persia, hubieran permitido con alegría, con gratitud á nuestra República que conservase sus posesiones, que las aumentase á su antojo, con tal de que consintiera en obedecer, en dejar á otro el imperio de

Grecia? Pero, por lo visto, las tradiciones nacionales y el genio propio de los atenienses de entonces les hacían rechazar semejante conducta como intolerable, y nadie, en ningún tiempo, pudo jamás persuadir á Atenas para que se uniera al poder injusto, y hacerse esclava para vivir segura. Combatir por la preeminencia, y el honor, y la gloria con desprecio del peligro, he aquí lo que ha hecho en todos los tiempos; y estas máximas son á vuestros ojos tan bellas, tan propias de vuestro carácter, que reserváis vuestros más magníficos elogios á aquellos antepasados vuestros que las practicaron, y con razón. ¿Quién no admiraría, en efecto, la virtud de aquellos hombres capaces de abandonar ciudad y patria, de retirarse á sus galeras antes que rendirse? Al autor de este consejo, Temístocles, le eligieron general; á Cyrsilos, que propuso someterse, le lapidaron, y vuestras mujeres á la suya. Porque los atenienses de entonces no buscaban ni un orador, ni un general que les asegurase una servidumbre feliz; no querían la vida, si no podían vivir en libertad. En efecto, cada uno de ellos se creía nacido, no solamente para su padre y para su madre, sino también para la patria. ¿En donde está la diferencia? El hombre que se cree nacido para sus padres solamente esperará la muerte del destino, de la naturaleza; el ciudadano que se cree nacido también para la patria morirá gustoso antes que verla esclava, y los insultos y los ultrajes impuestos á una ciudad dominada le serán más espantosos que la muerte.

»Así, pues, si me atreviera á decir que soy yo quien os ha animado á tener sentimientos dignos de vuestros antepasados, nadie tendría derecho á reconvenirme. Pero declaro que esas hermosas resoluciones os pertenecen, y digo que antes de mí la República estaba

animada de esos pensamientos generosos; solamente añadido que, en todo lo que ha hecho, una parte también corresponde á mis servicios. Sin embargo, Esquino acusa mi administración entera; os irrita contra mí, me señala como el autor de vuestros peligros, de vuestras alarmas; quiere privarme de una corona, honor de un momento, pero es para arrebatáros á vosotros los elogios de todo el porvenir. Sí, si al condenar á Ctesifonte declararéis con ello que mi política no ha sido la mejor, parecerá que habéis faltado y no que hayáis sucumbido á la ciega malignidad de la suerte. Pero no, atenienses, no, vosotros no habéis podido faltar al desafiar los peligros por la libertad y la salvación de todos; lo juro por aquellos de nuestros antepasados que fueron los primeros en afrontar la suerte en Maratón, por aquellos que lucharon en la batalla de Platea, por los que combatieron por mar en Salamina, en Artemisio, y por los otros muchos valientes que descansan en los monumentos públicos. La ciudad, juzgándolos á todos dignos del mismo honor, les dió sepultura igual, y no solamente á los afortunados y vencedores. Fué justicia porque todos se portaron como bravos; pero su suerte fué la que la divinidad asignara á cada uno.

»Y tú, hombre execrable, miserable escriba, á fin de arrebatarme la estimación y la benevolencia de los atenienses, has hablado de trofeos, de combates, de hazañas antiguas, recuerdos de los que la causa no tenía necesidad alguna. Pues yo, que acabo de exhortar á la República á mantenerse en el primer puesto, ¿qué sentimientos, histrión de tercer orden, debía aportar á la tribuna? ¿Los de un consejero de bajezas?, la muerte hubiera sido mi justo castigo. Vosotros tampoco, atenienses, debéis juzgar con el mismo espíritu

las causas particulares y las causas públicas. En los asuntos que aporta la vida de cada día, tened en cuenta las leyes y los hechos particulares; ¿se trata de una decisión del Estado? Tened presentes los principios de vuestros antepasados, y que al entrar en el tribunal para juzgar sobre un interés público, cada uno, con el bastón y la tesera (símbolos de su cargo) crea que lleva el genio de Atenas, si piensa que su deber es realizar cosas dignas de ella. Pero este homenaje tributado incidentalmente á las hazañas de vuestros antepasados, ha hecho que omita algunos derechos y algunos hechos; vuelvo, pues, á tomar mi relación en donde la dejé.»

Tal es el desarrollo que Demóstenes llama el *paradoxis* de su discurso. Por dos razones no le hemos separado del marco que le dió el autor. Ese juramento inmortal, más honroso para Demóstenes, según el cardenal Duperrón, que si el orador hubiese resucitado á los guerreros cuyo recuerdo evoca, no es un trozo elo-
cuente puesto brillantemente al final del discurso, como la prosopeya de Esquino. Es una digresión, una especie de paréntesis no premeditado y que brota espontáneamente del alma del orador. Cicerón, Mirabeau lo hubieran, sin duda, reservado para la peroración; Demóstenes, artista profundo, se guardó de ello. Este rasgo da una idea de la sabia economía de sus grandes discursos. Además, aislar el apóstrofe á los héroes de Maratón, es debilitarlo. Hay que llevarle, como lo hace el mismo orador, y marcar la progresión del *crescendo* sublime, cuyo trueno es el punto culminante. Después de esta descarga, el orador se calma gradualmente. Demóstenes parece obedecer á la impresión que le gobierna, como las olas del mar obedecen á la fuerza que las eleva y las aplana. En

realidad, permanece en plena posesión de su genio; pareciendo que sigue dócilmente los movimientos de su alma, los dirige. Júpiter relampaguea y truena á su antojo: lo mismo le pasa á Demóstenes, olímpico también, pero no á la manera de Pericles, porque deja estallar una vehemencia de pasiones, de palabras y de acción que Pericles ignoró. Tiene los arrebatos de un león que salta bajo el hierro que le ha herido; invoca á todos los dioses, á todas las diosas del Atica, y á Apolo Pítico, contra el devoto impuro que se atreva á tratarle de sacrílego. Interrumpe una cita para lanzarle una imprecación fulminante; le llena de desprecio: «¡Que los dioses, que los atenienses aquí presentes te pierdan miserablemente, miserable, mal ciudadano, mal actor!»

Cuando Dionisio de Halicarnaso leía una página de Isócrates, sentía como la impresión de un aceite limpio que se deslizaba dulcemente al través de su oído. Creía oír, impasible, la armonía tranquila de un canto espondeáico al estilo dorio. ¿Coge un discurso de Demóstenes? El entusiasmo se apodera de él. Se encuentra agitado, en todos sentidos, por las pasiones diversas que dominan al corazón humano; experimenta los transportes de los sacerdotes de Cibele. En tiempos de Plutarco, él veía en el Pritáneo, «entrando á la derecha», un retrato de Demóstenes con la espada al cinto. Esta espada llameaba en manos de Demóstenes en la tribuna; es el atributo del rey de la elocuencia, como en el primer círculo del *Infierno*, de Dante, consagra el mando de Homero, «el poeta soberano».

V. Demóstenes indicó, en diversas ocasiones, la eficacia de las precauciones y de las costumbres oratorias: «Sobre oyentes mal dispuestos, la elocuencia,

impotente, se quiebra.» Por eso las observaba siempre con cuidado. El interés de Atenas le imponía el deber de no decir verdades «á rienda suelta», de no herir nunca «como un sordo». Ataca el *teoricón*, pero no de frente; quisiera destruir aquel abuso sin lanzarse inconsideradamente sobre la espada de la ley que lo protege: el valor en los griegos no excluyó nunca á la prudencia. A la manera de los sermonarios de la corte de Luis XIV, felicita á veces á los atenienses por cualidades de que están completamente desprovistos. Atenas era la patria de los celos, de la ingratitud y del ostracismo. Demóstenes parece olvidarlo, y sazona sus consejos con elogios, que está deseoso ver merecer. «Si confirmáis la ley de Leptino, se atribuirá la supresión de las inmunidades á la envidia. Ahora bien; es, de todos los vicios deshonorosos, el que principalmente hay que evitar. ¿Por qué, atenienses? Porque la envidia es la señal segura de una mala índole, y el envidioso no puede alegar ninguna excusa que le haga obtener perdón. Por lo demás, no hay vergüenza de la que nuestra República se halla más distante que de la envidia, porque le repugnan todos los géneros de bajeza. ¡Cuántas pruebas lo atestiguan! Ved: sois los únicos que honráis á los bravos con funerales públicos y elogios fúnebres, en los que celebráis sus hazañas. Esta costumbre caracteriza á una nación apasionada por la virtud é incapaz de envidiar á los que á aquélla deben su recompensa. Vosotros concedéis también, en todo tiempo, los mayores honores á los vencedores de esos combates gímnicos, en los que se entregan coronas. Estos honores no pueden extenderse sino á un reducido número de afortunados: sin embargo, no estáis celosos de ellos, no los escatimáis nada. Añadamos que jamás Atenas apareció vencida

en generosidad, pues hasta tal punto la grandeza de sus dones aventaja á los servicios recibidos. Todos estos rasgos, atenienses, son pruebas de justicia, de virtud, de magnanimidad. No arrebatéis, pues, hoy á nuestra patria lo que, en todos los siglos, constituyó su gloria; y, por ayudar á Leptino á ultrajar personalmente á algunos ciudadanos que le desagradan, no quitéis á la ciudad, á vosotros mismos, la hermosa reputación, que fué siempre patrimonio de ella. En este combate judicial, creedlo, no se trata de otra cosa que de saber si la dignidad nacional debe conservarse pura, digna de su pasado, ó si la hemos de ver degradada, aniquilada.» Demóstenes alaba á Atenas por su aversión á la envidia; sin embargo, la irritación de esta pasión era uno de los medios más seguramente empleados por sus oradores: ella les inspiraba la inyectiva, la calumnia contra el adversario, y les imponía á ellos mismos una obligación estrecha: la modestia.

La modestia es un pudor que, por lo general, conocieron poco los antiguos. «Yo soy el piadoso Eneas, cuya gloria ha publicado la fama más allá de los astros.» A quien le pregunta su nombre y su raza, el hijo de Venus, desconocido en Libia, se ve obligado á repetir los ecos de aquella fama suprasideral. Por su vanidad ingenua, Cicerón era digno de vivir en los tiempos heroicos. Justamente orgulloso de un consulado, del que en su entusiasmo poético hacía datar el nacimiento mismo de Roma, el vencedor de Catilina quiere, por confesión propia, cantar sus alabanzas en todos los tonos, en prosa y en verso (*Ad Atticum*, I, 19). Isócrates, tímido retórico, se alababa con intrépida seguridad; se preciaba de haber eclipsado, en el *Panegrico*, á sus predecesores, y vencido y descora-

zonado desde luego á todos sus rivales. El autor de la *Antidosis* podía impunemente hacer al lector las confidencias de su orgullo; quieras que no, le hubiera sido preciso, en la tribuna, imitar la discreción de Demóstenes.

El discurso de la *Corona* es una apología; el orador comprende los peligros: «Me veré obligado frecuentemente á hablar de mí; me esforzaré en hacerlo con la mayor reserva posible. Cuando las circunstancias me impelan á ello, justo es imputar la falta á quien ha suscitado este debate.» En el examen, tan honroso para él, de su administración, se oscurece lo más posible: «Envié contra Filipo las flotas que salvaron al Quersoneso y á Bizancio y á todos nuestros aliados. De aquí, para vosotros, elogios, fama, honores, coronas, acciones de gracias, testimonios gloriosos de gratitud por vuestras mercedes. Demóstenes desea ser coronado en el teatro en interés mismo de Atenas: «¿No sirve la proclamación en el teatro á los intereses de quienes la conceden? Todos los testigos de esta recompensa se ponen del lado de la patria, y alaban menos el mérito de quien la recibe que la gratitud de quien la da.» A medida que el orador avanza en la justificación de su ministerio y se hace dueño de las simpatías del auditorio, se atreve á ser menos reservado; pero ¡cuánta circunspección todavía! «¡Cómo!—se dirá—¿tienes sobre los otros tal superioridad de fuerzas y de ánimos que tú solo bastas para todo? No digo eso; pero era tal, á mis ojos, la magnitud del peligro de la República, que me parecía que debía excluir toda reflexión de seguridad personal y pedir solamente que un ciudadano atendiese á todo sin descuidar nada... Por eso me coloqué en todos los puestos.» En el momento en que los jueces van á pronunciar la sentencia, el

orador quiere hacer que se olviden los movimientos de orgullo, aunque legítimo, que se le hayan podido escapar, y no se prevale más que del mérito de haber sido «ciudadano honrado».

Los espíritus mezquinos son inclinados á la envidia; todo les parece grande. Los atenienses tenían un alma elevada; los celos no penetraban por ese postigo; nacían de un vivo sentimiento de la igualdad. Vecina de la emulación, la envidia debía producirse fácilmente en una ciudad en la que todos tenían los mismos derechos, las mismas ambiciones, y en la que nadie era ni bastante alto ni bastante bajo para no ser susceptible de despertar sentimientos envidiosos. El ciudadano designado á la envidia por el esplendor de una gloria singular tenía un solo medio de hacérsela perdonar por sus compatriotas; era el de asociarlos á ella. El orador del discurso de la *Corona* usó de este artificio y fué absuelto.

La misión del orador era difícil en Atenas; todos podían charlar cuanto se les antojase, excepto el consejero sincero. «La franqueza es un derecho común en nuestra ciudad, hasta el punto de que lo habéis hecho extensivo á los extranjeros y á los esclavos. Aquí el esclavo es más libre en su lenguaje que el ciudadano en las demás repúblicas; pero esa libertad la habéis desterrado por completo de la tribuna.» Eufreo revelaba á los oritanos las maniobras del macedonio; los asalariados de Filipo encarcelaron á Eufreo, como perturbador de la tranquilidad pública. El pueblo, en lugar de matarlas á palos, insultaba á sus víctimas, las «arrastraba por el lodo». Apenas transcurrido el año, Filipo llegaba al pie de las murallas, la proscripción y el asesinato diezaban á la ciudad subyugada; las predicciones de Eufreo estaban justificadas. La suerte

de Eufreo no desalentó á Demóstenes; para otras eran los discursos que enriquecen á sus autores y pierden al Estado. Los demagogos se rebajan ante la multitud, dispensadora de dones, para dominarla y gozar. «¿Qué deseáis?, ¿qué secreto se ha de proponer?, ¿qué se ha de hacer para complaceros?» Demóstenes, como verdadero amigo, en vez de adular, reprende. El pueblo de Atenas, «tutor en otro tiempo de la libertad común», ha sido bien bajo. A merced de su molicie, juzga de su fuerza por su gordura, del vigor de la República por la abundancia de los mercados. Las plazas rebosan provisiones de todo género; todo lo que halaga á los sentidos se da allí vista desde diversos puntos de Grecia; pero en cuanto á las provisiones esenciales, hacienda del Estado, abnegación de los aliados, desinterés en los cargos públicos, calor en la guerra, «hay una indigencia digna de irrisión».

—«Sí, amigo mío, los asuntos exteriores van mal, ¡pero qué prosperidad en el interior!—¿Qué pueden presentarme en apoyo de ello?, almenas blanqueadas, caminos reparados, carreteras, bagatelas... Pero dirigid una mirada á los administradores de esas pequeñeces; los unos han pasado de la miseria á la opulencia, los otros de la oscuridad al esplendor; algunos se han construido casas de mayor magnificencia que los edificios públicos. En fin, cuanto más ha bajado la fortuna del Estado, tanto más ha crecido la de los hombres. ¿En dónde está la causa de estos desórdenes? En otro tiempo el pueblo, atreviéndose ir á la guerra, era el amo de sus gobernantes, el dispensador de todos los bienes. Todo ciudadano se estimaba feliz con recibir de manos de aquél un honor, una magistratura, alguna merced. Hoy sucede lo contrario. Los gobernantes son los dueños de los bienes, todo se hace por

ellos, y á vosotros, pueblo, os cortan los nervios, os mutilan en vuestras riquezas, en vuestros aliados; os habéis convertido en comparsas, que no sirven más que para hacer bulto; podéis daros por satisfechos si esos hombres os distribuyen el óbolo del teatro, si os divierten con procesiones religiosas, con banquetes sagrados; y, para colmo de cobardía, cuando os dan lo que es vuestro, lo agradecéis como si fuera una gracia. Os tienen aprisionados en vuestras murallas, os amordazan, os enjaulan y os manejan á su antojo. Ahora bien; ¿animarán nunca la juvenil fiereza y la generosa audacia á hombres hechos á una vida mezquina y humillada?»

El poeta de los *Caballeros* había ya expresado los mismos pensamientos con mayor vigor todavía: la comedia ha gozado siempre del privilegio de fustigar riendo. El general Demóstenes anuncia al vendedor de morcillas, Agorácrites, el oráculo que le llama á suplantarlo á Cleón en el favor del pueblo.—«*Demóstenes*: Felicidad, riqueza, poder, hoy no tienes nada; mañana lo tendrás todo, jefe de la dichosa Atenas.—*Agorácrites*: ¿Por qué no me dejas que lave mis tripas y venda mis morcillas, en lugar de burlarte de mí?—*Dem.*: ¡Oh imbécil! ¡Tus tripas! ¿Ves esas gradas llenas de pueblo?—*Ag.*: Sí.—*Dem.*: Serás el amo de todos; el amo del mercado, de los puertos, de Pnyx; tendrás á tus pies al Senado, podrás destituir á los generales, cargarles de cadenas, encarcelarlos, y celebrarás orgías en el Pritáneo.—*Ag.*: ¿Yo?—*Dem.*: Sí, tú. Pero todavía no ves claro; súbete á tu puesto y mira todas esas islas que rodean á Atenas.—*Ag.*: Lo veo; ¿y qué?—*Dem.*: ¿Esos almacenes, esas naves mercantes?—*Ag.*: Sí, sin duda.—*Dem.*: ¿Hay un mortal más afortunado que tú? Vuelve el ojo derecho ha-

cia Caria, y el izquierdo hacia Calcedonia.—*Agorá-crites*: ¿Acaso es una felicidad el ponerse bizco? *Demóstenes*: No; pero tú vas á traficar con todo eso.—*Aristófanes* vuelve á la carga en las *Avispas* contra los derrochadores y los que engañan al pueblo. «Esas gentes sacan á los aliados talentos y talentos con amenazas é intimidaciones. Y tú te contentas con las migajas de tu propio poder... Por premio de tantas fatigas por tierra y por mar, ni siquiera te dan una cabeza de ajo para que la comas con tus pececillos, y, sin embargo, tú eres su amo.»

La comparación entre Demóstenes y Aristófanes redundará aquí por completo en alabanza del orador. Demóstenes abre los ojos al pueblo sobre las malversaciones y los procedimientos de corrupción de sus gobernantes; su fin es quitarles todo crédito, restablecer el orden en la administración y las virtudes cívicas en los corazones. Aristófanes amotina al pueblo bajo contra los detentadores del poder público, sin tratar de hacerle mejor. Quiere que dejen de hartarse los concusionarios, intrigantes ahitos de los fondos del Estado, con el único fin de que el pueblo se harte á su vez. ¿Pide él, en efecto, que la riqueza pública sirva para la prosperidad de Atenas? No, sino para el goce universal. «Si quisieran ellos asegurar el bienestar del pueblo, nada les sería más fácil. Tenemos mil ciudades que nos pagan actualmente tributos; que ordenen á cada una de ellas que sostengan á veinte atenienses, y nuestros veinte mil ciudadanos no comerán sino liebre, no beberán sino la leche más pura; y coronados siempre por guirnaldas—en medio de perfumes suaves, como la exención del servicio militar—gozarán de las delicias á las que les dan derecho el gran nombre de su patria y los trofeos de Maratón.

(*Avispas.*) Demóstenes no entiende de esta manera el papel de censor público; libre de la pasión de partido, no flagela á tal categoría de ciudadanos en beneficio de otra; hace el proceso de la ciudad entera. No excita las bajas codicias, sino los sentimientos generosos. Las audacias de Aristófanes no tenían peligro; hiere á los demagogos con sus dardos, resguardándose tras la avidez envidiosa de la multitud; emplea el lenguaje que constituirá más adelante el crédito de los amigos de Filipo: ¡viva la paz á toda costa y la buena carne barata! Demóstenes arrostra el resentimiento de los atenienses; se designa á sí mismo como blanco de los golpes de aquéllos, cuando les hiere para curarlos.

El pueblo ateniense es contentadizo. Sabida es la manera con que un día despidió á la Asamblea Cleón: «Dejemos para mañana los asuntos, ciudadanos; me espera en casa un sacrificio; tengo que obsequiar á unos huéspedes.» Estratocles anuncia una victoria y anima á los atenienses á que la celebren con un sacrificio de acción de gracias. Después de la fiesta se entera el pueblo de que la victoria ha sido una derrota; se incomoda: «¿De qué os quejáis? ¿No os he proporcionado una diversión durante tres días?» El pueblo es más paciente que los reyes; la democracia, desacreditada por Aristófanes, tiene, sin embargo, algo de bueno: sufre las reprimendas bajo la forma más dura. «Pega, pero escucha», decía Temístocles á Euríbiades; los atenienses escuchan sin pegar. Un pueblo, por lo general benévolo, no invoca la autoridad con que se cubren los reyes. Permite que prevalezca la autoridad de la razón animosa; los consejos más duros no afectan á su majestad. La Fontaine aconseja al que frecuenta la Corte del león que no sea

Ni bajo adulator, ni demasiado sincero,

y que responda algunas veces á lo «normando». Con el león popular, Demóstenes, en caso de necesidad, desdeñaba los halagos, no tenía nada de cortesano. No se atreven á decir la verdad á los príncipes; á veces no la merecen. Los buenos ciudadanos se la dicen á los pueblos; pero ¿quieren siempre aprovecharse de ella?

VI. Esquino exaltaba á los antepasados para denigrar mejor á Demóstenes; Demóstenes celebraba la Atenas de Temístocles y de Milcíades, á fin de elevar la Atenas de su tiempo á la altura del de aquéllos. Este paralelo, dice, está lleno de enseñanzas; esos grandes recuerdos nacionales, si no quedan estériles, bastarían para levantar la fortuna de la ciudad. Demóstenes los tiene siempre presentes en el pensamiento; porque «toda arenga dirigida á una ilustre República debe parecer superior al orador y medirse, no por la importancia de un solo ciudadano, sino por la majestad de Atenas». Fiel á su máxima, Demóstenes sostuvo siempre la causa del honor de su patria. Adversario de los políticos, cuyos consejos tendían á alterar el carácter nacional, trabajó por conservarle su pureza desde el discurso contra Séptimo (355), hasta el día después de Queronea, en que se «extinguió el sol de Grecia». No habla á sifurios, á citurios ó á gentes de esta especie, sino á un pueblo al que su gloria obliga á pretensiones elevadas, á viriles designios. Ceder ante Filipo, cuando la dignidad de los antepasados se yergue ante los ojos de los atenienses para obligarles á la emulación de las virtudes antiguas, ¡antes morir que dar semejante consejo! «Tenemos que dar el ejemplo de los armamentos, después convocar, coligar, instruir, excitar al resto de Grecia. He aquí lo que

conviene á la dignidad de Atenas. Imaginarse que Calceis ó Megara salvarán á la patria común, mientras que vosotros rehusáis los trabajos, es un gran error; bastante tendrán que hacer esas ciudades con salvarse ellas. A vosotros incumbe esa tarea; vuestros antepasados os han conquistado y transmitido ese honor á costa de numerosos y gloriosos peligros.»

Toda la tierra, decía Pericles, es la tumba de los bravos; su recuerdo, grabado en las estelas, está confiado á un monumento más duradero todavía, á la admiración de las generaciones futuras. «Sed los émulos de aquellos héroes; pensad que la felicidad está en la libertad, la libertad en el valor, y no retrocedáis ante los peligros de la guerra.» Demóstenes, heredero político de Pericles, habla á los atenienses el mismo lenguaje con más autoridad. No se trata ya de disputar la preeminencia á una ciudad griega rival, sino de salvar contra el extranjero la libertad de los helenos. La elevada opinión que un pueblo tiene de sí mismo, es uno de los elementos de su fuerza. Demóstenes mantiene estos altivos sentimientos en el corazón de sus contemporáneos; quiere sostenerlos en su propio nivel elevándolos por encima de los otros hombres; ellos fueron dignos en otro tiempo de mandar; que se muestren dignos hoy de no servir.

El magnánimo tiene la pasión del honor, «busca las cosas bellas y sin fruto antes que las cosas útiles y fructíferas». Esa grandeza de alma fué la de Atenas. Con todos sus oradores, y algunos de sus poetas, Demóstenes pone de relieve la generosidad hereditaria que, desde Edipo y los Heráclidas, ha hecho de la ciudad de Minerva el refugio de los oprimidos. Mientras que Tebas votó por la destrucción de Atenas en manos de Lisandro, y que Lacedemonia asoló sin piedad

á la ciudad vencida (405), como en otro tiempo saqueó á Platea (427); Atenas, después de Leuctres, impidió á los tebanos que aniquilasen á la enemiga secular de Atenas, Esparta. Esta magnánima misión, sostenida siempre con brillo, hizo de las guerras médicas la página más bella de su libro de oro. En medio de un egoísmo casi universal, Atenas permaneció fiel á los intereses helénicos; en este punto, conoció envidiosos, no rivales. Siglo y medio después, fué un «espectáculo vergonzoso y digno de piedad» ver á Grecia solicitar las mercedes de un príncipe macedonio del que, con otras costumbres, hubiera podido hacer su cliente, y á las ciudades disputarse con envidia el favor del monarca que las oprimía. Demóstenes no pudo evitar esa vergüenza á Grecia, pero se la evitó á su patria. A pesar del debilitamiento de las virtudes antiguas, supo mantenerla digna de ella, y él á su vez no degeneró de los antepasados á quienes celebraba. Plutarco atribuye á Teofrasto este juicio singular: «Demóstenes está al nivel de su ciudad, Démado está por encima de ella»; Démado, del que Antipater decía que no era más que lengua y vientre: lengua venal, vientre insaciable, cuya avidez se quejaba el macedonio de no poder satisfacer. Si Plutarco ha referido exactamente la frase de Teofrasto, tal juicio, aun restringido á la elocuencia de los dos personajes, no puede por menos de sorprender en un filósofo que debía entender de *caracteres*.

Atenas contaba con más de un ciudadano que hablaba de las imperfecciones de la Constitución, y alababa la de Esparta con detrimento de la de Atenas, cosa bastante común; quéjase uno de los defectos de su gobierno; no se perciben sino las buenas cualidades de los gobiernos vecinos. Leptino, hostil á las inmunidades, alegaba que Lacedemonia no otorgaba

semejante recompensa. Esta es la ocasión para Demóstenes de juiciosas reflexiones sobre la imitación de las costumbres extranjeras. En efecto, cada pueblo tiene su carácter, por lo tanto, sus costumbres, sus leyes. Cada sistema político tiene sus ventajas, á condición de que todos los reglamentos concurren al mismo fin y se inspiren en el mismo espíritu. Tal ley buena en un país resulta mala en otro, si en vez de encontrar leyes aliadas y simpáticas, se ve fuera de su centro como entre extranjeros. En Esparta, la recompensa del mérito es la participación en el poder del Senado; en Atenas, será una corona la exención de las cargas públicas, la hospitalidad del Pritáneo. «Las cosas están bien ordenadas, tanto aquí como allí.» Porque, en un Estado aristocrático, el compartir la autoridad es una prenda de concordia entre los mejores llamados á gobernar la ciudad; en donde gobierna el pueblo, las recompensas que otorga deben mantener la emulación de la virtud sin atentar al principio de la soberanía popular. «En general, á lo que me parece, antes de alabar las leyes y las costumbres de las otras ciudades y censurar las vuestras, habría que probar que son más felices que vosotros. Pero puesto que, gracias á los dioses, los asuntos públicos, la concordia y todo lo demás es en vosotros más floreciente, ¿por qué desdeñar vuestros propios usos y correr tras los ajenos?» Menos imitadores de sus vecinos que imitados por éstos, los atenienses estaban orgullosos de la originalidad de su constitución, imagen de la originalidad de un genio. Así, tenían razón al mantener entre su genio y sus leyes el concierto que facilita la ejecución de aquéllas y garantiza su duración. No se hace bien y constantemente sino lo que se hace siguiendo el carácter natural propio.

A Demóstenes no se le ocultan los defectos de la constitución democrática, pero no quiere que se invoque el abuso para proscribir el uso. ¿Qué institución humana no da acceso al abuso? Fácil es engañar al pueblo (*Contra Leptino*); ¿es esta una razón para declararle incapaz? Al geómetra incumbe elegir el geómetra, al piloto elegir el piloto. Tal era una de las máximas favoritas de Platón, insinuando que solamente á los filósofos pertenece gobernar á los hombres. A Aristóteles le agrada poco esta opinión; si los individuos aislados no valen lo que el sabio especialista, todos reunidos valdrán más ó tanto por lo menos como él. (Nadie ha tenido nunca más talento que Voltaire, á no ser el mundo entero); y, además, en muchos casos, el artista no es el mejor apreciador de su obra. El arquitecto estará contento de la casa que ha construido; el padre de familia que la habita podrá estarlo menos. «El mejor juez de un festín no es el cocinero, sino el comensal.» Reconozcamos, pues, la competencia de las mayorías, «si no las compone una multitud degradada». Una de las ventajas indiscutibles del poder de la mayoría, es que no se la verá nunca obrar conscientemente contra su interés. Por el contrario, el interés del monarca y el de los súbditos es diferente (*segunda Orintiana*).

Esquino animaba á Filipo á que subyugara á Atenas, mostrándole los puntos flacos de aquella democracia; sin embargo, el orador que entregaba al invasor las llaves de la plaza era el mismo que, á propósito de la codicia desenfrenada de Timarco, veía el colmo del crimen en un atentado contra la libertad. «He aquí la pasión que llena las guaridas de los bandidos, que embarca á los piratas en ligera nave, que impulsa á asesinar á los ciudadanos, á servir á los ti-

ranos, á derribar la democracia», lo que, según Herodoto, es «la acción más inicua, la más criminal que se pueda cometer entre los hombres.» Al tributar homenajes á la libertad, los griegos le pagaban una deuda de gratitud; porque su grandeza desde la expulsión de los Pisistrátidas era obra de aquélla. Le debían también haber rechazado á los bárbaros y merecido que se les proclamase nacidos para mandar á aquellos «esclavos de nacimiento». El imperio era, á los ojos de los helenos, el lote legítimo del mejor; Atenas pretendió dominar sobre el resto de Grecia, ambición que, compartida con igual razón por las otras grandes ciudades, fué para la nación fuente de incurables males.

En este concepto, Demóstenes no juzgó á sus conciudadanos con imparcialidad: «Vuestro buen natural os impulsa á no engrandeceros, á no usurpar la dominación; pero impedís que otro se apodere de ella; si la sorprende, volvéis á quitársela. En fin, os esforzáis en poner obstáculos al ambicioso que codicia el imperio, y en llevar á todos los pueblos á la libertad.» Atenas llamaba á todos los pueblos á la libertad porque se fortificaba ella misma haciéndose aliados de los gobiernos populares. ¿Pero no abusó jamás de la hegemonía, y la misma duración de su autoridad no fué para ella una de las causas de su derrota por Lisandro? No fueron las artes de Atenas, ni siquiera sus placeres, los que la perdieron en su lucha con Esparta, sino el peso de una tiranía intolerable para sus aliados, y la altivez de pretensiones que no siempre justificaban su prudencia política ó sus virtudes. Atenas reinó sobre Grecia durante setenta y tres años; Lacedemonia durante veintinueve. Tebas, después de Leuctres, recogió su herencia. Ninguna de las tres ciudades supo merecer el conservarla. Los tebanos se hi-

cieron insoportables por su orgullo de advenedizos. Dueño de la acrópolis de Atenas, Lisandro, vestido de sacrificador como ministro de las venganzas divinas, inmoló con sus manos al general ateniense Filocles, señal del degüello de los tres mil prisioneros. Atenas fué, relativamente, más humana en el uso de sus derechos de guerra, pero ¡cuántos crímenes cometió sin embargo! Al diezmarse, alternativamente, las ciudades preponderantes prepararon el camino al macedonio. Bajo pretexto de velar con cuidadoso celo por el mantenimiento de una especie de equilibrio helénico, sacrificaron la concordia, es decir, la fuerza nacional, á la pasión de la igualdad.

Nadie sufrió nunca, decía Demóstenes, que la ciudad investida de la hegemonía abusara de su poder, y todos hoy dejan á Filipo despojar, mutilar á Grecia, á su antojo. «Los helenos pudieron sufrir con la dominación de Esparta y con la nuestra; pero, por lo menos, sus injustos amos eran hijos de Grecia. Nuestras faltas podrían compararse con las disipaciones de un hijo legítimo de opulenta casa: se le censura, se le acusa, pero no se sabría desconocer su cualidad de hijo, ni sus derechos á la herencia de que abusa. Pero que un esclavo ó que un hijo supuesto pierda ó disipe una fortuna ajena, ¡cuánto más irritante, oh Hércules, y digna de cólera sería semejante conducta á los ojos de todos! ¡Y no son tales sentimientos los nuestros respecto de Filipo y de los despojos de ese hombre que no es griego, que ningún lazo le une á los griegos, que ni siquiera es un bárbaro de ilustre origen, sino de esa miserable Macedonia, en la que ni siquiera se podía comprar antes un buen esclavo!»

Sí, Macedonia era despreciada antes de Filipo; Filipo era débil y pequeño al principio; pero se hizo

grande á favor de las divisiones en que la familia helénica derrochó sus fuerzas, y gracias á las desconfianzas de las ciudades oprimidas durante mucho más tiempo y más imperiosamente por Atenas que por ninguna otra. El yugo de Filipo, hábil político, no asustaba á ciudades fatigadas por dominaciones extranjeras, tanto más insoportables cuanto que la comunidad de origen y la igualdad de derechos excitaban unos celos más envenenados. Demóstenes se indigna de ver á un bárbaro usar impunemente de licencias negadas en Grecia á griegos; no puede sufrir la idea de que Atenas sea nunca capaz, tras una larga y gloriosa supremacía, de abdicar del protectorado sobre los helenos. Estos sentimientos de patriota se comprenden, pero ¿tiene igualmente derecho á asombrarse de la semi-indiferencia de los pueblos testigos de un conflicto entre dos amos de los que el más temido no era el extranjero? En las mejores épocas de la historia griega, el sentimiento nacional no fué unánime. ¿Qué tenía que suceder después de más de un siglo de luchas intestinas, de heridas recíprocas, de cansancio y de postración moral? Atenas salvó á Grecia de los bárbaros; fué recompensada con la soberanía consentida por el mundo helénico; pero abusó de su poder, y el día en que se vió frente á Filipo, se encontró sola. Su heroísmo en el presente, su egoísmo en lo pasado, concurrían á hacer el vacío en torno de ella. A última hora Tebas le tendió la mano, pero era demasiado tarde. El resto de Grecia, ó se vió en la precisión de aceptar la ley macedónica ó la aceptó sumisamente. Rara vez los pueblos tienen una suerte diferente de la que merecen, y, á despecho de la fatalidad, excusa fácil, son, como los individuos, los primeros autores de su buena ó mala fortuna.

CAPITULO VII

LAS JUSTAS ORATORIAS EN LOS DEBATES POLÍTICOS DE ATENAS

«Atenas ha instituido luchas de agilidad y de fuerza, de elocuencia y de ingenio; atiende á toda clase de talentos y concede valiosísimos premios.» (ISÓCRATES, *Panegírico*.)

I. El hombre individual cambia de costumbres y de gustos, según las edades; el hombre universal, que representa á la humanidad, cambia de inclinaciones y de espíritu, según los países y los siglos. Anotar la fisonomía propia de cada raza y colocar las obras de las diversas edades en el medio que las vió nacer, tal es el principio de la crítica histórica. Harto descuidado por los antiguos y sus escrupulosos imitadores del siglo XVII, ese principio se ha impuesto, desde el siglo XVIII, á todo crítico celoso de la justicia y de la verdad. Fuera de esto se puede «murmurar», según la expresión de Pope, pero criticar, jamás. Fieles á este método, busquemos en el espíritu artístico y en ciertas disposiciones morales de los griegos la inteligencia exacta de su elocuencia.

En los discursos de la *Embajada* y de la *Corona*, la

lucha de Demóstenes contra Esquino se confunde, en ciertos respectos, con su lucha contra Filipo. Aquí, el orador se dedica á desenmascarar al diputado prevaricador; allí, vencido por Filipo y sus aliados de la agora, designado al odio público como autor de irreparables desastres, se glorifica de haber sido el alma de la lucha en que sucumbió la patria; y mientras que su adversario, justificado en apariencia por Queronea, quiere humillar y perder á su rival, éste, confundiendo su causa con la de la ciudad, establece entre el ministro de Atenas, la misma Atenas y los antepasados una solidaridad que obliga á los atenienses á optar entre la justificación de Demóstenes ó la condenación de los héroes de Maratón. Demóstenes aboga tan bien por su causa y la del honor nacional, que el pueblo proclama, para confusión de Esquino, que el inspirador de Queronea merece bien de la patria. Jamás hubo espectáculo tan imponente como el de un pueblo vengándose de sus vencedores con una protesta magnífica del derecho contra la fuerza, del deber contra el interés. Nunca tampoco honró la tribuna política obra oratoria más bella. He aquí la parte saliente de la lucha de Demóstenes contra Esquino y de los dos discursos en que se manifestó con mayor brillantez; pero, sin incurrir en la censura de rebajar tan grandes obras y achicar á unos colosos, está permitido considerarlos bajo todos sus aspectos. Demóstenes no es solamente un consejero público animado contra Esquino por un odio patriótico, es también su rival en elocuencia. En él, el artista se une al ciudadano; y en esta grave y generosa figura, ciertos tonos de pasión y algunos rasgos particulares permiten reconocer, al lado del ministro de Estado, al hombre y al ateniense. Con mayor razón se ve al émulo y al artista aparecer

en primer término en Esquino, que fué siempre mucho más orador que ciudadano.

Los oyentes de Demóstenes son artistas enamorados del lenguaje bello; los tienen en tan alta estimación, que para impulsarles á entregarse á Filipo, Esquino no se olvida de alabar la elocuencia del macedonio. Escuchan á sus oradores como á virtuosos; asisten á los debates de la tribuna como se haría á un concierto para deleitar por igual á los oídos y á la inteligencia. Los discursos panegíricos, dice Isócrates, en los que se discuten los intereses de las ciudades ó los de toda Grecia, tienen, por confesión de todos, una gran analogía con las composiciones rítmicas y musicales, y producen el mismo placer al oyente. El pueblo, dice el autor del *De Oratore*, es muy sensible á la armonía. «Que en un verso se le escape al poeta una sílaba de más ó de menos, y todo el teatro protesta.» Por el contrario, en el foro, la asamblea aclama con delectación el empleo de un afortunado *dicoreo*. La ciudad de Minerva era más delicada aún en este concepto. Los atenienses apartaban su atención de las razones más sólidas para burlarse de una fórmula de juramento inusitada ó de una falta de pronunciación en el acento. Un movimiento de hombros poco elegante, un ademán brusco ó mal ajustado á las palabras, una expresión insólita excitaba los rumores de Pnyx; no se necesitaba más para las chanzas y las risas. En la tribuna, y hasta delante de un modesto tribunal, el orador ateniense está como en escena: debe satisfacer de todo punto las exigencias artísticas del auditorio. La virtud agrada más revelada por la belleza del cuerpo. Por la misma razón, las imperfecciones físicas, en Atenas, deprecian la elocuencia y comprometen su éxito. Pellison abusaba, á lo que dicen, del permiso

concedido á los hombres de ser feos; Paris era más indulgente que Atenas. Sócrates es tal vez el único heleno al que los atenienses hayan perdonado su fealdad; aun así, es posible que se hubiera salvado de la cicuta al tener la belleza de Alcibíades.

Los pleiteantes de las causas civiles de Demóstenes carecen, á veces, de las seductoras ventajas prodigadas á este favorito de los atenienses; éstos se excusan de la mejor manera posible. Si el exterior deja que desear en ellos, son, sin embargo, buenas personas. «Mi figura, dice Apolodoro, es poco agradable; mi acción, precipitada; mi voz, ronca; lo sé, atenienses. No soy de aquéllos á quienes ha favorecido la fortuna. Estos defectos, que chocan, me han perjudicado más de una vez, pero...» Esto no le impide valer más que su adversario Estéfano y tener razón en contra de él. Nicóbulo reclama de Panténetos una suma de dinero que le prestara; el deudor trataba de pagarle con burlas: le llamaba zanquilargo, como si el buen derecho se midiese por la longitud de las piernas. «En cuanto á mi tipo, á mi manera de hablar, jueces, os hablaré con toda franqueza; me conozco, sé mi defectos...; la única ventaja que me reportan es la de desagradar á algunos ciudadanos. ¿No es esto una desgracia para mí? ¿Pero es esta una razón para que, si presto dinero, no me lo devuelvan, y todavía se me quiera imponer una multa? Seguramente que no... Cada cuál, á lo que me parece, es tal como la naturaleza le hizo. Destruir su obra, es imposible. En otro caso, todos nos pareceríamos.» Mi adversario es feo, luego no tiene razón. Mi acreedor tartamudea, luego estamos en paz. Estas deducciones abusivas son temidas por los pleiteantes feos, y les obligan á cándidas excusas.

Entre los espectáculos que hacían de Atenas un lu-

gar encantador, no había ninguno que se deseara más que las luchas de elocuencia, verdaderas fiestas del espíritu, en las que el sentimiento del arte borraba con harta facilidad el de lo justo. Los atenienses gustaban de esta diversión como buenos inteligentes, sin cuidarse mucho de la causa misma. Esquino echa de menos los tiempos pasados, alabados por su padre Atrómetos, anciano de noventa y cinco años, en que los jueces estaban más atentos que hoy. «Nada más ridículo, por el contrario, que lo que sucede en nuestros días. El escribano lee el decreto del acusado; los jueces, distraídos, escuchan esa lectura como un detalle extraño, como una canción.» En otro tiempo, los mismos heliastas pedían que se leyesen y releyesen ante ellos las leyes y los decretos llamados á regular las sentencias, como en la arquitectura sirve el nivel para comprobar si cae una pared á plomo. Los oyentes de Esquino y Demóstenes gustan, sobre todo, de los trozos bellos de elocuencia que impiden la distracción. En cuanto al asunto mismo del proceso, queda á menudo en la sombra. El acusado tiene interés en halagar esa disposición del tribunal; aparte la atención del punto capital, se lanza de buen grado sobre digresiones agradables. Poco á poco la clepsidra se agota, declina el día, «y se levanta la sesión sin haber castigado á ninguna de las dos partes». He aquí cómo, con desprecio del juramento de los heliastas: «Dictaré sentencia sobre el asunto del debate», el proceso de la *Embajada* quedó sin resultado.

A tales oyentes se veía obligado á agradar, ante todo, el orador, obligación impuesta á Demóstenes más imperiosamente que á otro alguno; puesto que tenía que luchar contra Esquino, rudo contrincante provisto de todas las seducciones de la elocuencia, unidas á

las ventajas físicas, y apoyado también por la secreta complicidad de las debilidades de los atenienses. Demóstenes no debía descuidar, por consiguiente, ninguno de los recursos de su arte para cautivar á un pueblo artístico y triunfar, por el encanto de la dicción tanto como por la solidez de los argumentos, de las repugnancias de ciudadanos innobles, poco dispuestos á la abnegación viril que el austero deber reclamaba de ellos. Demóstenes indicó más de una vez la necesidad de cautivar á los atenienses para salvarlos. ¿Qué hacer para llevarles á disposiciones favorables? No solamente manejar con habilidad los recursos oratorios, sino cautivarlos, sobre todo, con el atractivo irresistible del lenguaje bello. Justamente convencido del valor de las palabras para guiar á los hombres, y sobre todo á los atenienses, Demóstenes quería ser un orador consumado, tanto por amor al arte como por patriotismo; dependía de ello la salvación de la República. De aquí el cuidado de Demóstenes en penetrar en el corazón de sus conciudadanos por aquel camino fuera del cual el orador estaba condenado á extraviarse. De aquí los estudiados retoques de los trozos que estimaba más adecuados á producir una fuerte impresión artística y moral; de aquí repeticiones contrarias á nuestros hábitos modernos, y ante los que no retrocedía la ingenuidad ática. De aquí, en fin, el negarse á afrontar la tribuna sin preparación; medianamente dotado de la prontitud de imaginación necesaria á la improvisación, Demóstenes temía entregar nada al azar de la inspiración y comprometer con un desfallecimiento posible la autoridad de una palabra necesaria al bien del Estado. Así, Demóstenes se preparaba en el recogimiento estudioso del gabinete á ser persuasivo en la tribuna; subía á ella provisto de todas sus armas,

seguro de sí, dueño de antemano de oyentes delicados y difíciles de satisfacer, pero poco rebeldes á dejarse arrastrar por quien supiera hacerles gustar á la vez los sentimientos generosos y los goces del arte.

Entre el número de las virtudes más apetecibles, ponían los griegos la virtud *agonística*,preciado componente de la estatura, de la velocidad y de la fuerza. Esta virtud, uno de los elementos de la felicidad, causaba la admiración de los helenos en los grandes juegos de Grecia. Píndaro celebraba, como los más gloriosos de los mortales, á los corredores y pugilistas coronados en Olimpia. Ella hacía sus delicias en el teatro, en donde los poetas cómicos y trágicos les ofrecían dos espectáculos igualmente gustados: el de combates de pasiones y combates de razonamientos. La virtud agonística brillaba de igual suerte ante los tribunales, testigos de lucha de esgrima, en la que se rivalizaba en vigor y agilidad de ingenio. Esquino y Demóstenes usan á veces de comparaciones que asimilan sus debates á las luchas gimnásticas. Vesconti menciona dos estatuas, de Lisias y de Isócrates, representados como atletas, emblema de la analogía de las luchas de la arena con las de la tribuna y el foro. En los ataques cuerpo á cuerpo del género judicial, los antagonistas hallaban ocasión de poner en práctica la definición de la fuerza corporal dada por Aristóteles: «La fuerza es la facultad que tiene un hombre de mover á otro á su antojo; ahora bien, no puede moverle sino tirando de él, ó empujándole, ó levantándole, ó haciéndole doblar, ó derribándole. El hombre fuerte será, por consiguiente, fuerte por todas estas facultades ó por algunas.» Esquino y Demóstenes sobresalieron en esta fuerza en sus informes y en aquellos de sus discursos mixtos que pertenecen á la

vez á la elocuencia política y á la elocuencia del foro, la cual se presta maravillosamente á las habilidades de todo género. La idea de concurso, de lucha, es una de las ideas esenciales del espíritu de los griegos; se la encuentra en sus escritos á cada momento. Así, Demóstenes compara la guerra entre Atenas y Filipo á una lucha cuyo premio serán las plazas de la Calcídica y de Tracia. Las ideas de un pueblo son el reflejo natural de sus costumbres. La vida del ateniense era un perpetuo ejercicio de emulación. Atenas tenía concursos de fuerza, de velocidad, de ingenio, de belleza; ofrecíanse recompensas á los que sobresalían en cualquiera de aquellas cualidades.

Esta afición de los griegos á la agonística tenía su origen en el espíritu de emulación y en un vivo amor á la gloria. La gloria, he aquí su pasión dominante, su única ansia, en opinión de Horacio (*praeter laudem nullius avaris*). El atleta Timantes, al llegar á viejo, se ejercitaba en tirar al arco, porque el amor de la gloria no envejece. Un viaje le obliga á suspender sus ejercicios; á su regreso, siente que sus fuerzas se han debilitado; enciende una hoguera y se arroja á las llamas. Ha perdido su vigor y la esperanza de vencer, se estima indigno de vivir. El rapsoda Nicerato, obligado á abandonar la palma de la declamación en Pratys, no llevó la cosa tan á lo trágico, pero desde entonces se dejó crecer el pelo y no se cuidó para nada de su persona. Recibir una corona en el teatro el día de las tragedias nuevas, no ya de todo el pueblo, ambición excesiva para la generalidad de su *dama*, de su tribu, tal es en Atenas el sueño de los más modestos. Los ciudadanos acomodados emancipan á sus esclavos con ostentación; en cambio, gustan la alegría de que los proclame el heraldo, en presencia de todos los

griegos. Los estrategas codician también esta gloria popular. Caridemo, Diótimo proporcionan á los jóvenes reclutas ochocientos escudos. Nausicles sostiene á su costa dos mil soldados. ¿Cuál será la mayor recompensa de estos sacrificios patrióticos? Una corona en las Panateneas. Los oradores no podían ser menos sensibles al brillo de un homenaje público, y el medio para ellos de alcanzarlo, era vencer en las luchas de la inteligencia.

II. Sus debates políticos se transforman á veces en justas oratorias; la elocuencia deliberativa confina entonces con el género *epidictico*. A los ojos de Demóstenes, el acusador de Ctesifonte no piensa seriamente en obtener justicia de pretendidos delitos, sino solamente en hacer gala de su talento. En efecto, en sus duelos más encarnizados en apariencia, á veces los griegos persiguen, al lado de una venganza personal, un triunfo literario. Quieren herir cruelmente á su adversario, pero con arte. Entregados con ardor á una lucha apasionada, Esquino y Demóstenes tratan de aplastarse uno á otro bajo el peso de la recriminación de la ciudad, pero abrumarse también, á la faz de toda Grecia, con su superioridad oratoria. Así es que se toman tiempo para entregarse á esos lances académicos. En 344, Demóstenes deja de presentir la acusación contra Esquino, pero el ataque directo y formal no lo intenta hasta 342, á los cinco años de la embajada en cuestión. Demóstenes atribuye esta demora á un motivo honroso, al deseo de no perturbar con debates intempestivos á la República, que contiene con Filipo: «Tengo lo suficiente para despertar vuestros recuerdos. ¡Evitadme, grandes dioses, el examen riguroso de estas perfidias! Contra ningún culpable,

aunque mereciese la muerte, quisiera comprar un castigo á costa del peligro y de la desgracia de todos.» A su vez, Esquino no pronuncia su arenga contra Ctesifonte hasta 330. Ciertamente es que desde 338, al día siguiente de Queronea, atacó la moción del amigo de Demóstenes, pero los informes se aplazaron hasta... ocho años después. ¿Por qué este considerable aplazamiento?

Esta es una de las objeciones favoritas de Demóstenes; insiste sin cesar en ello, á fin de edificar á los jueces sobre la buena fe de su enemigo.—Si yo era culpable, ¿por qué no denunciarme en el momento mismo del delito? «¿Qué se habría de pensar de un médico que, no habiendo ordenado á su enfermo durante toda la enfermedad, viniera, después de la muerte, en las ceremonias del novenario, á detallar á los padres los remedios que le hubieran curado?» En medio mismo de los acontecimientos, no te hubieras atrevido á acusarme; la evidencia de los hechos, la indignación pública te hubiesen en seguida confundido. Hoy, el momento le parece favorable para insultarme «como desde lo alto de una tumba», y para hacer la corte á Alejandro.—A las censuras terminantes de Demóstenes, Esquino replica con la exposición de bellos sentimientos, y sobre todo con injurias: «A raíz de la batalla, no tuvimos tiempo para pensar en tu castigo; enviados en embajada, trabajábamos por la salvación de la patria. Pero, no contento con la impunidad, solicitas recompensas, entregas Atenas á la irrisión de Grecia. Entonces me levanto, y te acuso... Mi silencio, Demóstenes, era debido á la sencillez de mi vida. Contento con poco, no deseo enriquecerme por caminos vergonzosos. Así, yo hablo ó me callo tras madura reflexión, y no á capricho de profusiones ruinosas. Pero tú, pa-

gado, permaneces mudo; una vez gastado el oro, gritas. No hablas ni á tiempo, ni según tus convicciones, sino por orden de quien te paga.» Al lado de estos motivos mentirosos ó sinceros, hay otro, no confesado, pero poderoso. Si los adversarios difieren las hostilidades durante años, es con el fin de asegurarse mayores probabilidades de victoria; no hay para ellos ningún peligro en la demora. Así, en vez de denunciar al enemigo el día en que esta gestión fuera de mayor utilidad para la República, se espía pacientemente el momento más favorable para la humillación de un rival; es asunto de oportunidad; la oportunidad se convierte aquí en auxiliar del artista. Demóstenes tenía buenas razones para no equivocarse, y descubría el secreto de su adversario diciendo: Esquino ha querido acusarme á su hora, á su comodidad; «hasta hoy no entra en lucha; sin duda se imagina, á lo que parece, que habéis venido á asistir á un combate de oradores y no á examinar la conducta de un ministro; á juzgar las bellezas de un discurso, y no á pesar los intereses del Estado».

El mismo Demóstenes rindió algunas veces culto á las preocupaciones oratorias. Ultrajado por Midias en sus funciones, preparó contra el insultador numerosas memorias. Por confesión propia, meditó largamente, escribió con el mayor cuidado el informe en el que reclama venganza. Apela al pueblo contra el impío con toda la vehemencia de que el odio y el derecho son capaces. Después, una vez terminada su obra, la deja en cartera. Su deseo, á lo que parece, era más bien escribirla que pronunciarla. Autor de un discurso lleno de amargura y de hiel, folleto virulento en el que jura ser inexorable, Demóstenes, desarmado de pronto, envaina la espada; acepta un acomodo, y Midias

queda libre. Este imprevisto desenlace autoriza esta conclusión: la ley violada, la religión ultrajada, la seguridad pública amenazada no eran las únicas preocupaciones del autor de la *Midiana*. Al lado de la satisfacción de un daño, puso una satisfacción de amor propio; se ejerció en esa obra maestra de invectiva, por odio á Midias y por amor á la gloria; quiso infligir á su enemigo el castigo de una póstuma diatriba y dejar á la posteridad un monumento imperecedero de su elocuencia.

Para llevarse la palma en las luchas del foro, no hay artificio que no empleen los adversarios: usan de astucias; se lanzan los epítetos de sofistas, de monos, de zorros, de malignos. Demóstenes, dice Esquino, es una verdadera flor de harina capaz de cernerse por las cribas más tupidas; gira, cambia á cada momento. Esquino se desliza entre los dedos de su antagonista y sale, burlándose, de los peores pasos. Es «hábil en todo», es «hombre que sirve para todo». El Panurgo de Rabelais practicaba sesenta y tres maneras de procurarse dinero; la más honrada era robarlo. Los campeones de la tribuna griega echan mano de todo; disimulaciones, invenciones de todo género, alteración de fechas, de hechos, de textos, toda arma es legítima si ayuda á vencer. La verdad, la rectitud, el respeto de sí mismo y de los otros importan poco; el triunfo tiene derecho á una absolución universal. ¿No dejó escapar el grave y religioso Píndaro esta frase: «Hay que hacerlo todo para triunfar de un enemigo»? En su definición de la fuerza, en la que hace una enumeración perfecta de las maneras de mover á un hombre, Aristóteles no dice nada de un movimiento proscrito en los juegos públicos, pero muy en honor ante los tribunales, la zancadilla. Filipo la practicaba contra las ciu-

dades griegas; los luchadores de la arena judicial y política no tenían ningún escrúpulo en emplearla. De aquí las agilidades de su argumentación capciosa y las estratagemas que se censuran, aunque todos recurren á ellas.

La alegría de un orador ateniense estriba primeramente en tener razón ó parecer tenerla en buen lenguaje, en seguida en deleitarse con los bellos discursos lo más á menudo, el mayor tiempo posible. Con Demóstenes, dice Esquino, es difícil poder colocar una palabra; Esquino, replica Demóstenes, no es hombre que ceda la palabra á nadie: «Daría parte de su sangre antes que de su discurso»; alusión á la clepsidra que mide el tiempo al orador. La emulación de los dos adversarios se halla á menudo próxima á la envidia; la de Demóstenes parece «hiperbólica» á Esquino. Tal vez lo fuera, en efecto. Unas veces pinta á su adversario como orador incomparable, hombre de Estado prodigioso, regodeándose en medio de los aplausos de la asamblea, y bajando de la tribuna «con gran majestad»; otras son alusiones malignas á las prendas físicas y á ciertas superioridades de su rival. Demóstenes se negaba á improvisar; Esquino estaba siempre dispuesto. Demóstenes no dejaba nunca que se apagase su lámpara; trazaba lenta, laboriosamente su surco; Esquino parecía ignorar el trabajo de la lima y era elocuente en abundancia. Demóstenes exagera de intento esa facilidad envidiada y la compara á un río que se precipita en torrente. Demóstenes felicita á Esquino por su excelente memoria; á él le faltó en una circunstancia cruel. Esquino sabe declamar largos párrafos «de un tirón»; tiene la pronunciación clara, la voz armoniosa y sonora; una y otra son viciosas en Demóstenes. Este pone, en varias ocasiones, de mani-

fiesto esas cualidades de Esquino. Aquella admirable declamación le recuerda sus largos y penosos esfuerzos para corregir una respiración entrecortada y las faltas de pronunciación; de aquí irónicos elogios, impregnados de envidia.—Esquino está muy bien dotado para el oficio de actor trágico; sabe accionar con dignidad, envolverse á lo Solón. Es «una bella estatua», ¡y qué pulmones! Jamás los tuvo mejores ningún pregonero público. Sus dos hermanos son también portavoces distinguidos; es un talento de familia.

La potencia de la voz era una cualidad que agradaba mucho á los antiguos. Cicerón apreciaba su valor, á juzgar por este pasaje de las *Verrinas*: «¡Qué voz, qué pulmones, qué vigor podrían sostener el esfuerzo necesario á la acusación de ese solo atentado!» Pulmones de hierro (*ferrea vox*) eran auxiliares indispensables ante las multitudes tumultuosas del Foro y del Pnyx. El día en que arengó á los *Diez mil* en Arcadia, Esquino debía sentirse con los pulmones bien sólidos. Aun en las salas de nuestras asambleas modernas, una voz débil puede comprometer, en días de tempestad, la victoria del orador. Necesita un órgano capaz de hacerse dueño del tumulto y de los oídos. Mirabeau tenía una voz acariciadora en el diapason de la seducción, «horriblemente resonantes en los acentos de furor». ¿Hubiera sido en el mismo grado y tan constantemente dominador de la Constituyente, sin la ayuda de aquel formidable trueno? «En los ejercicios públicos, el que posee estos tres dones: la fuerza de la voz, la armonía, el ritmo, se lleva el premio. Hoy, en el teatro, los comediantes lo alcanzan sobre los poetas; del mismo modo en las justas políticas, el orador dotado de una acción bella obtiene los votos.»

El encanto de la voz, elemento principal de la ac-

ción, debía ejercer una seducción muy poderosa sobre la organización musical y artística de los atenienses, para que Demóstenes persiguiese á la de Esquino con tan tenaces sarcasmos. Se burla de ella en toda ocasión; podríamos decir que la rechaza, pues hasta tal punto parece un argumento en favor de su rival y un instrumento de victoria. Demóstenes, dice Esquino, tiene la voz aguda; se ve obligado á templarla con esfuerzo. La de Esquino, verdadera voz de «sirena», merece que el orador de la *Embajada* abogue contra ella como se ataca á un adversario temido. «Si le estrecháis, no sabrá qué decir; no le servirá de nada hacer que resuene su voz y haberla ejercitado. La voz; parece que es necesario tocar también este asunto. Me dicen que Esquino, muy orgulloso de la suya, se alaba de subyugaros por un efecto teatral. Ahora bien; esto sería á mis ojos, atenienses, la más asombrosa inconsecuencia. Cuando desempeñaba las desgracias de Tyestes y de los troyanos, le silbasteis, le echasteis de la escena, le apedreasteis casi, le obligasteis, en fin, á que renunciase hasta á los terceros papeles; y cuando ya no es el cómico en la escena, sino el político encargado de los más graves intereses de la patria, á la que ha originado innumerables calamidades, ¡bais á dejar que os cautivase su hermosa voz! No, lejos de vosotros tan tonta contradicción. Pensad que hay que considerar el timbre de la voz, cuando se trata de probar á un pregonero público, pero que el mérito de un diputado, de un ciudadano que ha pretendido tomar parte en la gobernación, se cuida por la integridad, por la grandeza de los sentimientos cuando obra en vuestro nombre, por el amor á la igualdad en medio de vosotros... La elocuencia, la voz ó cualquiera otra prenda semejante, junto con

la probidad y la emulación en la virtud, deben ser para vosotros todos una causa de alegría, un motivo de aliento. ¿Pero se encuentran estas dotes en un malvado, en un hombre venal, incapaz de resistir á un poco de oro? Cerradle la tribuna; no le escuchéis sino con sentimientos amargos y hostiles. En efecto; la perversidad, que se engrandece cerca de vosotros, se vuelve contra el Estado. ¡Ved los peligros que ha suscitado á la República lo que constituye el orgullo de Esquino!»

El despecho más disimulado que estas cualidades de Esquino inspiraban á Demóstenes, fué probablemente avivado por una contrariedad humillante para nuestro orador. Más de una vez el espíritu de emulación impulsó á Demóstenes á luchas indirectas contra oradores á quienes felicitaba y de cuyos triunfos parecía regocijarse. En el informe escrito en nombre de Androiles contra Lácritos, «discípulo de Isócrates, y no hay más que decir», se cree encontrar un recuerdo del sentimiento que Demóstenes experimentó de joven por no haber podido pagar á aquel maestro famoso lecciones dadas á elevadísimo precio. «En cuanto á mí, por Júpiter soberano y por todos los dioses, jamás tuve celos de los sofistas ni censuré á nadie porque diese dinero á Sócrates. Sería una locura de mi parte pararme en tales cosas.» Se detiene, sin embargo, á denigrar y ultrajar un arte que, según él, enseña á negar los préstamos y á pagar con mentiras á los acreedores. Si tal parece haber sido la viveza de los sentimientos de Demóstenes respecto á oscuros rivales, ¡mal debió ser su dolor el día en que en una justa oratoria fracasó, á lo que parece, en presencia del rey de Macedonia! La malquerencia de Esquino, pintor de esta escena, es evidente; pero deja, sin embargo, que

se entrevea la verdad. Los diputados deliberaban sobre el lenguaje que se había de emplear delante del príncipe; Demóstenes promete «abrir fuentes de elocuencia inagotables, coser la boca» del rey de Macedonia. Dada audiencia, Demóstenes, el más joven de los embajadores, «según nos dice», es invitado á hablar el último. «Todos estaban atentos, contaban con palabras de una fuerza irresistible; porque sus magníficas promesas (como supe después) habían llegado hasta Filipo y sus cortesanos. En esta disposición de todos los oyentes, aquel león de la tribuna tartamudea, muerto de miedo, un exordio tenebroso, da algunos pasos en el asunto; después, de repente, se calla, se desconcierta y acaba por no encontrar ya la palabra. Filipo, al ver su confusión, le anima, le dice que no debe imaginarse que ha experimentado la desgracia de un actor en el teatro; le invita á que recuerde poco á poco y tranquilamente lo que tenga en la memoria y á que continúe. Pero una vez turbado y el hilo de su escrito perdido, no pudo reponerse, y volvió á caer tras nuevos esfuerzos. Como ya no se decía nada, el introductor nos hizo retirar... Los funcionarios de Filipo nos llaman otra vez. Una vez que entramos y nos sentamos, el príncipe se puso á responder brevemente y por orden á cada uno de nuestros discursos. Se detuvo, sobre todo, en el mío, y con razón, puesto que, en mi sentir, yo no omití nada de lo que debía decirse, y varias veces pronunció mi nombre. A Demóstenes, que tan ridículo papel hizo, no le dirigió una palabra, que yo sepa; así es que el hombre se sofocaba de despecho.» Demóstenes no quiso darse bajo el peso de aquel fracaso; una segunda audiencia le dejaba esperar el desquite; esta vez solicitó hablar el primero, pero sin mucho mayor éxito, según

Esquino. El fecundo y hábil orador se olvidó de todos los puntos importantes, dijo lo que hubiera debido callar y omitió lo que convenía decir. Afortunadamente, Esquino estaba allí; llenó las lagunas del discurso vulgar y ridículo de Demóstenes é hizo olvidar las impertinencias del mismo.

III. Así, pues, en la misma presencia del invasor, los ministros de Atenas, investidos con sus poderes, responsables de su salvación, se acuerdan de sus rivalidades oratorias, se obstinan en sus pasiones menudas de émulos en el buen hablar. ¿Hay que asombrarse de encontrarles como artistas rivales en sus debates privados? Están casi tan atentos en la apreciación de sus palabras como en la de sus actos. Una vez Demóstenes alabará la brevedad de Esquino, más á menudo le criticará por lato, ó bien dejará escapar una confesión, involuntario homenaje tributado á un talento que «arrebató á todos los atenienses». Esquino ridiculizará la acción vehemente de Demóstenes, su costumbre de rascarse la frente en el momento de tomar la palabra; se burlará de sus gestos, «como si la salvación de Grecia dependiera de una palabra, de un ademán». Epiloga sobre una expresión, sobre una metáfora; se entretiene en hacer de maestro de retórica en el proceso de la *Corona*, en medio de la discusión más grave que se hubiera sostenido nunca ante un pueblo cuyo mismo honor se ventilaba. ¿Qué significa eso de «arrancar» la alianza de la paz, por decir «separar»? ¿No es ese un término tan desagradable como el hombre que se lo permite? Demóstenes se precia de haber «provisto nuestra ciudad de murallas de bronce y acero». ¡Cuánto orgullo, y qué lenguaje tan soberbio! ¿Es de buen gusto decir

«La Pitia filipiza»? Este modo de hablar, irreverente, es de un mal educado. Esquino á su vez:—Usa grandes frases, apóstrofes enfáticos que huelen á teatro: «¡Oh tierra, oh sol, oh virtud!» Se acuerda, es cierto, de su oficio de actor trágico, para tomar el tono majestuoso de Radamante cuando se es Esquino; ¡qué impertinencia! En otra parte, Demóstenes escribe una página de crítica literaria, artística y hasta teatral, á propósito de los yámbicos del *Fénix* de Eurípides y de una estatua de Solón. Por momentos el proceso de la *Embajada* se convierte en un asalto de erudición poética. Esquino declama versos de Solón y trata de sacar de ellos argumentos contra Demóstenes. Demóstenes le devuelve el golpe, y cita otros versos de Solón sobre el amor del oro y la venalidad; á un fragmento de Eurípides replica con un fragmento de Sófocles; á literato, literato y medio. Esquino quiere destruir por adelantado el efecto de una cita de Homero, á la que debe recurrir un estratega defensor de Timarco: «Vas á hablarnos de Aquiles, de Patroclo, de Homero y de otros poetas, como si nuestros jueces fuesen ignorantes; te das importancia, afectas una erudición vanidosa que pretende humillar al pueblo. Vamos á demostrar que tampoco nosotros estamos desprovistos de letras y de conocimientos. Puesto que citan á los sabios y recurren á las sentencias expresadas en los versos de aquéllos, dirigid conmigo los ojos, atenienses, á poetas filósofos que, según confesión de todos, unían el genio á la virtud. Ved cómo distinguen una afección modesta y bien regulada de la intemperancia de un libertinaje injurioso.» Y Esquino hace que lea el escribano (seguro esta vez de que le escuchen), después comenta él mismo pasajes de la *Iliada* y Eurípides, «poeta muy moral».

Los oradores atenienses usaban de un derecho reconocido al invocar el testimonio de los poetas. Los antiguos poetas de Grecia fueron á la vez sus teólogos y sus maestros de moral. Solón fué estadista, poeta y filósofo. Homero y Hesíodo eran como los libros sagrados. Esquino apela á la Fama para establecer la indignidad de Timarco. ¿Cómo repudiar el testimonio de aquella cuya divinidad consagraron los versos de Hesíodo? Demóstenes se refiere á Orfeo, representante de la Justicia ante el trono de Júpiter, y encargado de vigilar las acciones de los mortales. Entre los considerandos de su decreto de alianza con Tebas alega recuerdos de Edipo y de las Heráclidas. Esquino invoca á Teseo y á sus hijos para sentar ante Filipo que Antipópolis fué, desde su origen, una tierra ateniense. En tiempos de Tiberio, los efesios trataron de demostrar ante el Senado, en favor de los privilegios de su templo, que en Efeso, y no en Delos, nacieron Diana y Apolo. Las leyendas de los griegos formaban parte de sus archivos; los oradores sacaban de ellas argumentos y usaban de los poetas con más autoridad que Cicerón en sus obras de filosofía. El escritor latino les pide, sobre todo, galas; los oradores de Atenas sacan de ellos documentos oficiales propios para convencer y cautivar.

El acusador de Timarco y de Demóstenes es un literato que en ocasiones transforma su requisitoria en una obra de arte agradablemente adornada. El más brillante y el más fiel imitador de los oradores griegos, Cicerón, hace lo mismo en la segunda acción contra Verres, coleccionador famoso, probable antepasado de sir Elgín. Aunque protestando de ser conocedor y de interesarse por bagatelas, el orador del *De signis* escribe un alegato, en el que ciertas partes se

parecen á una amalgama de folleto político y de fragmentos de una revista sobre el Museo de los antiguos ó sobre una exposición artística. Por los ultrajes prodigados en la *Pisoniana* á un enemigo al que llama furia, monstruo, bestia, asno, cerdo castrado, etc., parece que Cicerón arde en deseos de hacerle pedazos; no hay nada de esto; su odio es más refinado. «Nunca he deseado su sangre.» ¿Qué desea, pues? Su deshonor. «Si á ti y á Fabricio os crucificaran, no tendría tanto placer al ver que desgarraban vuestros cuerpos como el que tengo al ver cómo se desgarran vuestras famas.» Hay algo más espantoso que ser crucificado: es el que le pongan á uno en la picota de la historia después de su muerte y ser maldito y humillado en vida. Pisón no se libró de tal castigo: «Pisón, deshonorado, despreciado, condenado á las alarmas, á las angustias de los culpables y temblando; he aquí lo que he querido ver, y lo he visto.» Los tormentos de los infiernos, las furias, las llamas, las teas encendidas que atormentan á los condenados son cosas de teatro. El verdadero suplicio es la locura de los criminales, el delirio de los Oreste y los Athamas: es el horror que inspiran á los otros y á sí mismos.—Al lado de ese rasgo, que recuerda á Esquino y Lucrecio, se encuentra otro sobre la impasibilidad del sabio en medio de las más espantosas torturas. Encerrado en el foro de Fálaris, dice «que aquello es grato», y que «no se encuentra en modo alguno conmovido». A propósito de esta concepción epicúrea, digna de las más vigorosas paradojas de los estoicos, el autor diserta sobre el verdadero carácter de la doctrina de Epicuro, sobre el exacto sentido de la máxima del placer; y, cosa singular, la crítica filosófica del orador de la *Pisoniana* aventaja en precisión y sinceridad á la del filósofo

del *De finibus*, en la que Cicerón refuta el epicurismo algo á lo abogado. En otras partes hay reminiscencias poéticas de los versos de Enio ó las imprecaciones de Tyestes. Cicerón se olvida de Pisón para hacer obra de erudito y filosofar. Debe, dice, su elocuencia á los paseos de la Academia más bien que á los laboratorios de los retóricos; la invectiva contra Pisón tiene, en efecto, pretensiones filosóficas, un tono sentencioso y moral. Pero la filosofía y la moral, confesémoslo, no se encuentran siempre allí en buena compañía. Más le hubiera valido al autor ser moralista menos grave y hombre más fino, tener menos erudición filosófica y más delicadeza. Cicerón siguió la tradición griega, mezclando las preocupaciones literarias con el fondo del asunto. De aquí un extraño contraste entre la grosería de los insultos y la cultura del escritor, pero también una especie de atenuación de su falta. El cuidado que pone en apartarse de su cólera para poner de manifiesto su inteligencia nos demuestra que no es, en el fondo de su corazón, tan venenoso como dice.

Los miramientos artísticos, que casi nunca abandonan á los oradores griegos, se concilian mal con los gritos de muerte que repercuten en sus invectivas. Reclaman con pasión la cabeza de su adversario; no les hagáis caso. Se ejercitan en diatribas cuya elocuencia heredó de la poesía yámbica. El poeta yámbico muerde, el folletista desgarrar, el *lackista* gime: es un género. Ni el uno es tan melancólico, ni el otro tan malo como pudiera creerse. El último no tiene nada de sanguíneo; es de Atenas, la ciudad humanitaria por excelencia, que rechazaba de sus fronteras el hierro, las piedras, la madera, culpables de homicidios inconscientes, y castigaba á un areopagita por

haber matado á un gorrión que se refugió en su seno. También los oyentes eran demasiado artistas para ser jueces severos. El proceso de la *Embajada* quedó sin sanción. Los dos adversarios se hirieron uno á otro dolorosamente; los atenienses los consideraban en paz. Los jueces, satisfechos con aquel cambio de invectivas y deleitados con las bellezas de la elocuencia, se retiraron contentos sin pensar en castigar. El desenlace del proceso de la *Corona* tampoco fué más riguroso. Demóstenes se dedicó á exagerar, Esquino á atenuar las consecuencias de una condena para el amigo de Ctesifonte. «No temáis nada por Demóstenes: si se ve privado de una corona, premio de sus heroicas virtudes, ese Ajax magnánimo no se matará de desesperación.» No sabemos lo que hubiera hecho Demóstenes repudiado por los atenienses: Esquino, desaprobado, no pensó en ahorcarse. Derrotado en una justa oratoria en la que, á sus ojos, se trataba menos de la virtud que de la elocuencia, toma tranquilamente su partido ante aquel fracaso y se retira á Rodas, cediendo el puesto á su rival. A los cuarenta y ocho años de edad, dice un escritor del siglo XVII, la señora de Montbazón era aún tan hermosa que eclipsaba á la señora de Roquelaura, la más bella de la corte y que no tenía sino veintidós años. Un día se encontraron juntas en una reunión; la señora de Roquelaura se vió obligada á retirarse. Las grandes damas del siglo de Luis XIV se sometían al imperio de la belleza; el de la belleza del espíritu fué también reconocido y respetado por el adversario de Demóstenes.

Milón, condenado á ir á saborear los higos de Provenza y el pescado de Marsella, podía llevar á su destierro crueles resentimientos y formar proyectos de venganza. Esquino no pensaba en semejante cosa;

no perturbó su corazón. Sin duda al brillante orador le molestó su derrota, pero le quedaba el objeto de su culto, la elocuencia. El desterrado voluntario, sin pagar los mil dracmas á que la ley le condenaba, continuó viviendo en el goce de su arte; abrió, á lo que dicen, una escuela, en la que gustaba, más vivamente que nunca tal vez, las delicadezas del lenguaje bello al enseñarlas. Deleitaba á sus discípulos y á si mismo con la lectura de sus discursos, hasta con la de aquel bajo cuyo esfuerzo sucumbió. Después de haber oído la acusación de Esquino, exclamaban los oyentes: «¿Y cómo con semejante discurso no triunfasteis?»—«Esperad»—replicó el maestro—y les leyó la réplica de Demóstenes. La admiración de los oyentes fué enorme: «¡Pues qué sería si hubierais oído á la bestia misma!»

En vez de avergonzarse con la aplastante refutación de Demóstenes, la declama en público, la ensalza. Artista ante todo, encuentra en ella la realización de un arte perfecto; la aprecia como inteligente, desinteresado. Clésides es conocido por un cuadro injurioso para la reina Estratónica. Como esta princesa no le recibiese muy dignamente, la pintó retozando con un pescador, del que se decía que estaba muy adelantado en los favores de aquélla. Expuso el cuadro en el puerto de Efeso y huyó á toda vela. La reina prohibió que se quitase el cuadro «á causa de la extrema semejanza de los retratos». El acto de esta reina artista es el de Esquino revolcado en el fango por Demóstenes y aplaudiéndole. Esta manera de enaltecer él mismo una obra que le denigraba, inspiraba á Laharpe un profundo asombro: «No concibo, lo confieso, cómo tuvo el valor de leer á sus discípulos el discurso de Demóstenes. No es un crimen el ser

menos elocuente que otro; pero ¿cómo confesar, sin avergonzarse, que se le ha demostrado el ser un calumniador y un mal ciudadano? Una de las ventajas de la crítica histórica es prevenir ó atenuar esta clase de sorpresas. No se comparte la del autor del *Liceo*, cuando se ha considerado en las obras de los dos émulos, al lado de la enemistad política y particular, la influencia de las preocupaciones artísticas y los caracteres de una justa oratoria.

CAPITULO VIII

LA INVECTIVA EN LA ELOCUENCIA GRIEGA

«Es natural en todos los hombres prestar oído á las invectivas y á las acusaciones... Un hábito pernicioso os hace conceder toda licencia al que quiere calumniar, y preferís el placer de escuchar injurias al interés del Estado.» (*Discurso de la Corona.*)

I. Los antiguos ignoraban la libertad de la prensa, pero practicaban la libertad de la injuria. Para los oradores, las saturnales y su licencia de lenguaje duraba todo el año. La libertad de la tribuna griega igualó la del teatro cómico: hasta duró más tiempo. El legislador obligó á la comedia á moderar sus audacias (*Ad Pisones*, 281); las de la elocuencia no se contuvieron nunca. Los desbordamientos de la comedia antigua merecieron, con justicia, que los reprimiese la ley. Jamás los *Yámbicos*, de Arquiloques, tuvieron tanta hiel como los libelos de Aristófanes contra Hipérbolos y Cleón: es un desenfreno de ultrajes, una oleada de insultos, la embriaguez de la cólera. Los *Caballeros* nos ofrecen más de una vez el espectáculo, menos divertido para nosotros que para el pueblo de

Atenas, de dúos de injurias, que recuerdan las audacias de las fiestas de Príapo y de Baco. De igual suerte en el Pnyx, y ante el tribunal, los oradores vomitan uno contra otro la calumnia y el ultraje, sin gusto ni medida. Por ambas partes se ve el mismo encarnizamiento, la misma violencia.

En vez de calmar el furor de la disputa, el coro la excita; irrita á Cleón y á Agorácrites, uno contra otro, como á dos gallos. El *Coro*: «Muerde, desgarrá á tu enemigo, arráncale la cresta, no descanses hasta haberle triturado... ¡Pega, pega al malvado que ha sembrado la confusión en las filas de los caballeros, á ese ladrón público, á ese antro de rapiñas, á ese Caribdis devorador, á ese malvado, á ese malvado! No me canso de repetir ese nombre, porque es malvado mil veces al día. Vamos, pega, empuja, derriba, ódiale como le odiamos nosotros, atúrdele con tus golpes y tus gritos... Pégale con toda tu fuerza, tritúrale á coces y bocados. —¡Oh vigoroso luchador! ¡Oh corazón intrépido!, tú eres el salvador de la ciudad, de nosotros todos. ¡Cómo expresarte mi alegría y alabarte dignamente!» Aristófanes es aquí un comentador cruel de la elocuencia ateniense. Agorácrites y Cleón, lo sentimos por la tribuna griega, hacen pensar á veces en Demóstenes y Esquino. Esta asimilación está justificada por el estudio de sus informes, considerados como libelos. Señalemos, desde luego, las causas que han hecho posible la semejanza.

La primera es la inferioridad de la delicadeza moral de los antiguos. Los oradores de Atenas y de Roma se inspiraban poco en la grandeza de alma del Justo de Platón. «Deja que las gentes te desprecien cuanto les plazca, y hasta, ¡por Júpiter!, sufre pacientemente que te peguen de la ignominiosa manera que has dicho (en la mejilla); porque el mal no representa

nada si verdaderamente eres un hombre honrado y practicas la virtud» (*Gorgias*). Al perdón de las injurias, virtud recomendada por los mismos paganos y difícil en todo tiempo, los antiguos preferían, por lo general, la venganza. «Sé querer á un amigo, pero sé devolver odio por odio. Atacaré á mi enemigo de improviso, siguiendo los rodeos de los senderos oblicuos.» Aristóteles, en el análisis de las pasiones que fomentan la elocuencia, no olvida la cólera y el placer gustoso de entregarse á ella. La cólera, dice, implica la resolución de vengarse, la esperanza de lograrlo y la alegría de vengarse por adelantado con el pensamiento; «y se saborea entonces en la imaginación un goce parecido al de un sueño». Cicerón declara haber deseado á menudo males á Pisón; los dioses inmortales han atendido mis votos. La humillación de Pisón le llena de alegría: «¡Qué satisfacción para mí, qué placer, qué goce!» *Hizo mucho bien á sus amigos, mucho daño á sus enemigos*; tal es el epitafio más honroso de los grandes personajes; tal es el elogio envidiado por las ciudades. Pericles lo otorga á los antepasados de los guerreros, cuya oración fúnebre pronuncia.

En la República romana, en la que durante mucho tiempo dominó la aristocracia, la libertad satírica veíase templada por el temor de perecer á palos.

Dabunt Metelli malum Naevio poetae.

Los Metelo dieron una paliza á Nevio el poeta. Más adelante, en París, recibiría también una paliza otro poeta, Arouet, no de manos del Metelo—caballero de Rohan—sino de sus lacayos; esto era delegar los palos. Los héroes de Homero no delegaban en nadie el cambio de injurias groseras. Despojado de su cautiva,

Aquiles trata á Agamenón de desvergonzado, de perro; va á sacar la espada; Minerva, la de los ojos azules, le contiene.—«Nada de violencias, Aquiles, pero puedes hartar tu corazón de ultrajes.» Aquiles, con el beneplácito de la sabia diosa, reanuda su andanada: «Borracho, que tienes el descaro de un perro y el corazón de un ciervo, rey comedor de pueblo, etc.» Entre reyes estaban permitidas estas familiaridades. Pero que á un villano, Tersites, se le ocurriera decirles verdades mortificantes, y unos vigorosos golpes con el cetro (el bastón heroico), aplicados sobre sus espaldas hasta hacerle sangre, recordaban al insolente el respeto á los poderosos. Cetro y bastón fueron ignorados de la democracia de Atenas. Allí Diógenes, por todo cumplido, invitaba á Alejandro á que no le quitase el sol. Tal vez hubiera sido menos reservado de no haber sido filósofo.

Los oradores, en Atenas, eran más cómicos que filósofos en sus invectivas; el derecho de difamación era ilimitado. Una ley de Solón protegía á los muertos contra la maledicencia, pero no á los vivos. Cerrar la boca al que insulta, hubiera sido atentar á una de las prerrogativas de la Constitución democrática. El autor del *Elogio fúnebre*, atribuido á Demóstenes, señala en las democracias la ventaja de favorecer á lo que nosotros llamamos informaciones parlamentarias. La oligarquía, el despotismo sobre todo, gusta poco de ellas, ó las hace inútiles. El culpable se arregla con el amo, y su falta queda ignorada ó impune. «Pero en una democracia, una de las cosas bellas y justas á las que el sabio debe firmemente adherirse es la libertad de publicar la verdad con franqueza y sin trabas. El autor de una acción vergonzosa no puede seducir á todo un pueblo; es humillado por el que pone de manifiesto la

verdad ignominiosa, humillado por el placer que los testigos experimentaban al escuchar al acusador.» Este privilegio del gobierno popular se indica también en el discurso *Contra Androcio*: «Solón sabía que el gobierno más hostil á los ciudadanos impuros es aquel en el que se permite á todos que acusen las infamias de aquéllos. ¿Cuál es ese gobierno?, el democrático..., porque en una oligarquía se prohíbe acusar á los jefes, aunque en vida aventaje en maldades á la de Androcio.»

La Grecia feudal de Homero se hubiera felicitado de conocer en ese punto la libertad democrática de Atenas. Por orgullo y audacia, el rey de los reyes ha arrebatado á Briseis. Grandes y pequeños, nadie encuentra qué decir. Solamente un aqueo censura públicamente aquella violencia; ¿y cuál es aquí el defensor del derecho contra la fuerza? Tersites. En plena asamblea atacan á Agamenón, por lo cual Ulises le trata de insolente y le hace llorar á golpes. Los griegos aplauden esta hazaña de Ulises, la más bella á sus ojos; y á la vista de las heridas y de las lágrimas de Tersites, «se ríen á más no poder». El ejército no prevé los males que va á desencadenar sobre él la cólera del hijo de Tetis, y que el triunfo del acusador Tersites le hubiera evitado.

Atenas hubiera agradecido al adversario de Agamenón una invectiva útil al Estado. Sus oradores, sin embargo, hacían mal en insultar á capricho, cuando les hubiera bastado tener razón para salvar la ciudad. Un panegirista de las *Máximas* de la Rochefoucault, M. Esprit, autor de un libro sobre «la falsedad de las virtudes humanas», ha hecho, en lo tocante á las formas, el proceso de la antigüedad. «De todos los hombres, únicamente los cristianos son verdaderamente

cortesés.» Tal vez el autor va un poco lejos; en nuestros días, ciertos publicistas, poco enamorados también, como Esprit, de las virtudes puramente humanas, han escrito páginas que exhalan los perfumes de Roma, pero no de la Roma evangélica. Sin embargo, en suma, en este sentido como en todos los demás, la ley del progreso se ha impuesto, la moral social se ha perfeccionado con el tiempo; los arrebatos de la libertad democrática, tolerados en Roma y en Atenas, se condenan por la ley y la conciencia pública en las repúblicas modernas, menos democráticas que las antiguas, pero más cultas.

Nausicas acusa á los feacios de ser aficionados á la «maledicencia amarga» y á los «dichos insultantes». El ateniense merece la misma censura. El espectáculo de una disputa mezclada de invectivas le agradaba tanto como una pelea de codornices, sobre todo si había la salsa del escándalo. Jóvenes y viejos acudieron presurosos al proceso de Timarco, como cierto público codicia hoy las audiencias á puerta cerrada. El pueblo de Atenas es de los que prefieren una buena frase, aunque sea injuriosa, á un amigo. Quería á Demóstenes; sin embargo, permite á Esquino que le insulte, como Filipo, dice nuestro orador, no permitiría á Demóstenes que insultase á Esquino en su presencia. Los trágicos no se olvidaban de satisfacer á ese gusto del público ateniense. El *Ajax* de Sófocles termina con una larga disputa, á menudo injuriosa. Teucer trata en ella á Menelao de «loco», de «ladrón de votos». Llega Agamenón, la escena se prolonga y se agría. Teucer, picado por los calificativos de «buey», «esclavo», «bárbaro», humilla á Agamenón recordándole sus títulos de familia.—Tu padre Atreo sirvió á su hermano Tyestes el abominable festín en que se comió sus pro-

pios hijos; tu madre, una cretense, fué sorprendida en adulterio y arrojada á las olas como pasto de los peces, etc... Ante Ulises, que llega por fin á apaciguar la querella, Agamenón se excusa por haber negado al principio la sepultura á Ajax: «No es fácil á un rey ser justo.» No piensa en excusarse de sus violencias de lenguaje. Los espectadores, lejos de sorprenderse, se lo agradecen.

A estas causas generales, añadamos algunas particulares relativas á las costumbres de la elocuencia y á la organización judicial de Atenas. Al transformar sus discursos en folletos, los oradores atenienses hacían digresiones útiles á su causa; apartaban la atención del juez del punto capital, difícil algunas veces de establecer, y al mismo tiempo se granjeaban la complacencia de aquéllos halagándoles uno de sus gustos más pronunciados. Aristófanes, con la esperanza de denigrar á un enemigo detestado, derramaba á manos llenas la sal gruesa sobre un auditorio abigarrado, en el que todas las condiciones, todas las categorías, se confundían en un teatro único. Su musa, sublime y chocarrera, unas veces agita con Iacos la sagrada antorcha de los iniciados; otras, Xantias (*Las ranas*) ensucia voluntariamente sus alas con el fango del arroyo. De igual suerte, el orador ateniense, al hablar ante una asamblea no escogida, sino popular, se olvidaba á menudo de la dignidad de un arte impregnado en otro tiempo de la gravedad de la filosofía moral; se acordaba de los instintos de un pueblo burlesco, envidioso, amigo del ultraje, dispuesto á vengarse así de los talentos superiores y poderosos. Al lado de los movimientos de la mayor nobleza, no temía lanzar invectivas desvergonzadas.

En Atenas, el derecho de iniciativa del ministerio

público se extiende al público entero; todo ciudadano puede entablar contra otro una acción criminal. Esta disposición de la ley, alabada como una prerrogativa feliz del gobierno democrático, favorecía la delación, fomentaba la enemistad. Los sicofantes esperaban obtener una parte de la fortuna del condenado; en todo caso, satisfacían su odio. Además, la decisión del proceso no se confiaba á algunos jueces graves y penetrados de sus funciones, ni siquiera á un jurado poco numeroso y escogido, sino á una multitud (á veces de mil quinientas personas) ignorante de las leyes y accesible á todas las pasiones populares; multitud ciega y parcial que toma asiento en el tribunal por los óbolos y se indemniza de las miserias de su humilde condición, hiriendo aquellos á quienes envidia ó á los que se cree con derecho á odiar. Esta raza de jueces irritable y rencorosa, está armada de un dardo siempre dispuesto á herir. Así, ¡de qué manera acaricia el acusado á aquel amo terrible! Los más elevados se prosternan ante él, «les quitan las motas, les limpian el calzado» (*Avispas.*) Los más poderosos mendigan su demencia y ¡ay de aquel que le hubiera herido en otro tiempo!

Figuraos un recaudador que caiga en aquel aviso; ¡qué desquite se va á tomar el pueblo! Así fué la suerte del pobre Euxiteo. Es, sin embargo, un personaje bien modesto; su madre, vendedora al menudeo, hubo de ponerse de nodriza, y él mismo vendió cintas en el mercado. Pero ha sido recaudador, y recaudador honrado; obligaba al pago á los arrendatarios de los bosques sagrados, obliigó á la restitución á los espoliadores del Tesoro público. Acusado, tiene que temerle todo. El caso de Androcio es peor aún; fué perceptor, y su acusador es Demóstenes.—Androcio, abu-

sando cobardemente de la situación precaria en que se encontraban, ha molestado á dos cortesanas, Sinopis y Fanostrata; las ha embargado el mobiliario; ¿pretende vengarse en ellas de los ultrajes de los libertinos que, en vez de pagarle por sus complacencias, le han pegado? Androcio, perseguidor implacable, obliga á los pobres á esconderse bajo la cama, á pasar por el tejado á la casa del vecino; tirano más insoportable que lo fueran nunca los Treinta, fuerza el domicilio de los ciudadanos, ó le transforma en cárcel. He aquí, á la vista del pueblo soberano, los procedimientos de un magistrado, ardoroso en perseguir á los inocentes, cuando sus infamias lo declaran incapacitado para toda función pública; porque se sabe que está «manchado por los excesos más irritantes, audaz, orgulloso, ladrón, bueno para todo menos para ejercer un cargo en una democracia». Prescindimos de otras acusaciones más severas. ¡Juzgad si, ante un monarca de la calle necesitado y vengativo, sería bien acogida la invectiva y eficaz la difamación!

La ley ateniense obliga á todo ciudadano á defenderse en persona ante los tribunales. A menudo el cliente, inhábil en la elocución, va á pedir un alegato al logógrafo; pero tanto uno como otro tienen buen cuidado en disimular su extraño recurso. El autor del informe lo redacta con el espíritu y la pasión del cliente; el cliente lo pronuncia con el acento sincero de un resentimiento propio, y reclama venganza con el ardor del ultrajado. El pleiteante ó el acusado, en los modernos, no toma la palabra en la audiencia. Aunque lo desea, no tiene la satisfacción de hablar contra el magistrado autor de la requisitoria. El acusado griego trata de justificarse atacando al acusador. Si el logógrafo, sustituyendo al cliente, comparece en la barra

y ataca directamente al adversario, procura demostrar, por la animosidad de su ataque, que persigue á un enemigo particular. Cuando más violento sea su discurso, menos se creerá que tomó la defensa ajena por dinero. El abogado moderno hace protestas de su imparcialidad desinteresada; el logógrafo, de su enemistad personal ó á veces de sentimientos completamente contrarios; Hipérides cree útil confesar, ante el arcópago, que es el amante de Friné, cliente suya.—Con mayor razón el verdadero interesado no trata de ocultar sus afecciones propias.

El logógrafo registra la vida entera del adversario y le ultraja sin piedad. Tales ultrajes son la excepción en labios de nuestros abogados. Scapín aconseja á Argante que se libre de los enojosos riesgos de los pleitos. «Aunque no se tuviera más que soportar las tonterías que dicen delante de todo el mundo los abogados, preferiría dar trescientas pistolas antes que pleitear.» Tales tonterías no son nada al lado de las invectivas griegas, y si nuestros abogados difaman en ciertas causas, por ejemplo, en las separaciones de cuerpos, estas difamaciones de la vida privada son, sobre todo, en ellos argumentos, excusas á favor de sus clientes. El griego insulta por insultar; quiere deshonorar á su enemigo, denigrarle con el desprecio público, á fin de provocar más seguramente la sentencia condenatoria del juez, y esto con un espíritu de venganza y de enemistad real ó simulada, pero siempre profesada abiertamente. El logógrafo tiene tantos nuevos miramientos cuanto que, por lo general, su discurso está puesto en labios de otro. Retrocedería tal vez ante ciertas calumnias articuladas á cara descubierta; las injurias anónimas desprecian todo pudor.

Los tribunales atenienses no se alababan de senten-

ciar con arreglo al derecho estricto; por lo general ignoraban la ley, y, si se ha de creer á Esquino, quien en su cualidad de escribano, fué frecuente testigo de la distracción indiferente de los jueces, se cuidaban medianamente de aprenderla. Por su parte, los oradores apelaban á la pasión de tan buen grado como á la legalidad. Necesitaban, para vencer, animar á los jueces de prevenciones favorables ú hostiles; á este fin, el abogado á veces no retrocedía ante verdaderas infamias, por ejemplo, la de un hijo ultrajando públicamente el honor de su madre con la esperanza de perjudicar al testimonio de un hermano del que le parece oportuno hacer un bastardo. A tales individuos, la simple invectiva inspiraba pocos escrúpulos; así es que la empleaban sin miramientos. A falta de argumentos se empleaba el insulto, y el procedimiento salía bien á menudo. Hipérides, Dinarco, Estratocles, acusadores de Demóstenes en el asunto de Harpales, persiguen al «paciente» con cargos ajenos á la cuestión y ultrajes de todo género; pero nada de hechos precisos, de pruebas concluyentes. Se dispensan de lo que puede aportar la convicción; parece que el acusado está convicto de antemano. ¿Qué se necesita á menudo para arrastrar á un tribunal popular? pasiones ó razonamientos apasionados cuyo fondo patético disimula la pobreza ó la carencia de las pruebas. Las demostraciones rigurosas no eran más necesarias á los atenienses que á Swift, cuando quería sublevar á los irlandeses contra Wood y en moneda menuda de cobre, en un folleto mal razonado, pero en el que la pasión y el arte triunfan de la verdad y del derecho.

Los logógrafos atenienses distinguen con cuidado la *convicción* de la *invectiva*. Esto en la teoría; en la

práctica las confunden. A veces la invectiva estaba como impuesta al orador, cuando trataba de establecer la indignidad de un proyecto de ley. Una ley de Solón vedaba la tribuna á los ciudadanos de costumbres infames y á los disipadores de su patrimonio. Androcio ha propuesto un decreto ilegal, Diodoro lo ataca. A sus ojos, Androcio es dos veces culpable; primero por haber presentado una moción contraria á las leyes; después por haberla presentado cuando la indignidad de su vida le prohibía igualmente someter al pueblo una proposición, siquiera fuese regular. Androcio censuraba al acusador por engañar con imputaciones desprovistas de pruebas á un tribunal encargado de entender en un proceso que nada tenía que ver con lo que alegaba Diodoro. Demóstenes, autor del informe que presenta Diodoro, replica que no se sale de la cuestión, y que sus pretendidos insultos son pruebas. Un tribunal moderno vería en la difamación del acusado una maniobra extraña á la causa. En ciertos casos, en Atenas, denigrar era argumentar; el libelo era una demostración que desarmaba, envileciéndole, al adversario á quien sus costumbres prohibían hasta tener razón. La ley sobre la integridad era, por lo tanto, muy favorable á la invectiva; siempre era fácil, en una ciudad de costumbres relajadas, atacar la vida privada de un adversario político; ¡es un sofisma de amor propio tan corriente declarar malo á aquél cuyos actos lastiman nuestras pasiones ó nuestros intereses!

Los modernos consideran el valor de una moción, no las costumbres de quien la formula; miran, no de donde viene, sino lo que es. A veces los griegos se negaron á distinguir el personaje político del hombre privado, como si un ciudadano de malas costumbres

no pudiera emitir una opinión útil. Sócrates declaraba incapaz de administrar bien el Estado al hombre incapaz de gobernar bien su casa (*Memorables*, III, 4). «Los asuntos de un particular son menos numerosos que los asuntos públicos; he aquí toda la diferencia.» Este prejuicio socrático parece ser un eco de la ley de Solón, que comenta Esquino en estos términos, contra Timarco: «En el pensamiento del legislador, el que ha administrado mal á su familia no tratará mejor la cosa pública; es imposible que el mismo hombre sea un particular vicioso y un buen magistrado, y no conviene dejar que suba á la tribuna á un orador más cuidadoso de poner orden en sus discursos que en su vida.» Así, atacar la vida privada no es solamente un derecho, sino un deber, es una prueba eliminatoria conveniente á la ciudad. Con ello, «las enemistades personales redundan en bien del Estado», según la frase consagrada en Atenas. Desgraciadamente los oradores, abusando de la ley de la indignidad, alternaban en virtud saludable; hartos á menudo se aprovechaban de ella la elocuencia libelista y los resentimientos privados más que el Estado.

II. En las causas puramente civiles, la invectiva conservaba siempre algo de la moderación del género ático. Demóstenes, en el discurso *Contra Formio*, pinta á Apolodoro bajo colores poco gratos; pero sus censuras son miel al lado de los ultrajes prodigados en las causas públicas ó criminales. En éstas, vida privada, vida pública son igualmente la presa del acusador; ningún dique, ningún respeto de las conveniencias las protegen. El ultraje en la tribuna parece ser una de las formas de la vida política, como una de las formas de la elocuencia; los violentos y los discretos lo em-

plean igualmente. Inútil es que el sabio Plutarco declare tales excesos indignos de un hombre de Estado y más ofensivos para el que insulta que para el insultado; parecía difícil á las democracias antiguas privarse de ese abuso de la libertad, y los personajes de Atenas preferían aun la humillación pasajera del insulto al ostracismo. Tales ultrajes hoy provocarían conflictos sangrientos; en Atenas los sufrían con una especie de resignación filosófica. Por lo demás, los golpes recibidos no eran jamás mortales, y se consolaban con la esperanza de devolverlos oportunamente. Mordiendo, mordidos; ultrajando, ultrajados; tal era la condición común, suavizada por la facilidad de los desquites y el sentimiento de la igualdad.

Así Glaucetes, Menálopos, Androción, Timócrates se conmovieron menos tal vez que el lector moderno ante las injurias puestas por Demóstenes (*Contra Timócrates*) en boca de su cliente Diodoro. Aristogitón, uno de esos impasibles que no se ruborizan nunca, podía recibir, sin abrumarse, los asaltos del acusador. Una de dos; ó Aristogitón cometió los delitos imputados, y en tal caso el autor de tales actos era capaz de sufrir la descripción de los mismos; ó era inocente, y entonces la odiosa exageración de su enemigo se destruía por sí misma y quedaba sin efecto ante un auditorio incrédulo. Aristogitón ha dejado á su padre en la cárcel; el anciano muere; su excelente hijo se niega á enterrarle, y hasta intenta un proceso contra los que, á expensas de él, cumplieron con aquel deber; pega á su madre; ha vendido á su hermana para la exportación. Una mujer, Zobia, la recoge; la lleva ante los magistrados y trata de vender á su bienhechora. Encarcelado, roba á otro recluso un billete de valor (¿una letra de cambio?) y por añadidura le come la nariz.

Con arreglo al hombre privado, juzgad al ciudadano: «Nadie en Atenas tiene tantos ni tan grandes vicios. ¿Por qué, pues, conservarle? Es el perro del pueblo, dicen algunos; sí, pero uno de esos mastines que, en vez de morder á los lobos, se comen las ovejas de las que pretenden ser guardianes. ¿A qué orador ha llevado á los tribunales desde que ha reaparecido en la tribuna? A ninguno, pero sí á muchos simples particulares. Dicen que hay que matar al perro que ha probado una vez la carne de los corderos. Matad, pues, cuanto antes á Aristogitón; no os presta, atenienses, ninguno de los servicios de que se alaba; todos sus designios son perversos y criminales... Avanza por la plaza pública como una víbora ó un escorpión, con el aguijón preparado; se arrastra hacia uno y otro lado, acechando una desgraciada víctima para herirla con sus calumnias, ú ocasionarla algún daño, ó intimidarla para explotarla... Salvaje, vagabundo, enemigo de toda sociedad, ignora las dulzuras del trato cortés y de la amistad, y todos los gustos de las personas honradas. Merodea, escoltado por los monstruos con que los pintores rodean á los impíos en el Hades: la Imprecación, la Calumnia, la Envidia, la Sedición, la Discordia. He ahí el malvado á quien los dioses infernales, lejos de serle misericordiosos, relegarian entre los impíos, ¡y vosotros, no contentos con perdonar á ese culpable entregado á vuestra justicia, le concederíais, con la impunidad, los favores negados á los bienhechores del Estado!

«Si un cáncer, una úlcera corrosiva ó algún otro mal ha triunfado de los remedios, los médicos le que-man ó extirpan con el hierro. De igual suerte vosotros todos arrojad de Atenas á esa bestia incorregible, sin esperar á que os hiera. Tal vez á ninguno de

vosotros os haya mordido nunca una víbora ó una tarántula, y os deseo que no os muerda jamás. Sin embargo, á la vista de esos animales, os apresuráis á matarles; del mismo modo, atenienses, en cuanto veáis al reptil lleno de hiel y de veneno llamado sico-fante, no esperéis á que os muerda, y sed siempre los primeros en herirle.»

Esquino no trató mejor á Timarco; y, sin embargo, declara usar con él de una moderación clemente. Podría entregar su infancia al oprobio; renuncia á ello generosamente: hay prescripción; la quiere olvidar como los actos de los Treinta, anteriores al arcontado de Euclides. ¡Pero de qué manera se indemniza con la adolescencia y la edad viril del acusado! No citaremos nada de esa requisitoria, cuyo cinismo iguala al de la vida del personaje. La *Midiana* es más abordable; ofrece el carácter particular de un informe tribunicio, y recuerda las arengas de los plebeyos sublevando la cólera popular contra la insolencia de los Apio. Cicerón enseña á su discípulo á excitar la pasión de la envidia, «la más penetrante de todas». Los oradores sediciosos de Tito Livio no manejaron nunca ese resorte con más arte y vigor que el autor de la *Midiana*. «¿Lo diré, atenienses? Entre los ricos y nosotros, masa del pueblo, no existe ni igualdad, ni derecho común; no, no existe nada de esto. Ellos obtienen todos los aplazamientos que desean antes de comparecer, y sus crímenes llegan al tribunal rancios y fríos. Pero entre nosotros, el autor de una falta ligera es juzgado en el acto. Ellos tienen testigos presurosos por venir á prostituirse á sus órdenes, y todos los sinágoras vuelan ante ellos para acusarnos; y á mí, ya lo veis, algunos ciudadanos me han negado hasta una declaración verídica... He aquí por qué os

reunís. Demasiado débiles aisladamente contra ciudadanos orgullosos de sus amigos, de sus riquezas, de mil recursos, adquirís con vuestra unión una fuerza superior á cada uno de ellos y refrenáis su insolencia.

»¿En dónde está su magnificencia? ¿En dónde sus magistraturas onerosas y sus gloriosas larguezas? No lo veo, á menos que se califique así su palacio de Eleusis, que ofusca á todas las casas de alrededor; los dos caballos blancos de Sicione son los que conducen á su mujer á los misterios de Ceres ó á otras partes, según su capricho; los tres ó cuatro esclavos de que se hace seguir cuando se pavonea en la plaza pública, hablando de sus copas preciosas, de sus vasos, de sus ricos frascos, en voz bastante alta para que le oigan los transeuntes. ¿Qué ventajas sacáis, ciudadanos, de la opulencia de Midias, de su lujo fastuoso? Lo ignoro, pero veo los ultrajes que, orgulloso de su oro, lanza sobre la multitud y sobre los primeros que encuentra...»

«Sólo rico, sólo elocuente, ese enemigo de los dioses no ve en los demás sino seres impuros, mendigos, gentuza. ¡Qué no hará ese soberbio ser si es absuelto!... Desde el día en que fué condenado por primera vez, Midias declama, invectiva, grita. ¿Se trata de una elección? Midias de Anagironte se pone en primer término; es el hombre de negocios de Plutarco y está en la confianza de los secretos, no cabe en Atenas. Ahora bien; en todos sus actos no hay otro móvil evidentemente que demostrar que la sentencia del pueblo no le ha afectado; no la teme, ni al proceso que la seguirá. Pensar que es un envilecimiento demostrar que os teme, hacer ostentación de desafiaros, ¿no os merecéis, atenienses, diez veces la muerte? Sí, se imagina que no podréis pronunciaros sobre su suerte. Rico,

audaz, altanero en sus sentimientos, altanero en su lenguaje, violento, desvergonzado, ¿cuándo os apoderaréis de él, si se os escapa hoy?

» Aunque fuese inocente de lo demás, los discursos con que os persigue, las circunstancias en que los pronuncia merecerían, en mi sentir, el castigo más riguroso. Ya lo veis; se anuncia una nueva feliz para la patria, de la que todos debemos alegrarnos, y nunca se ve á Midias entre los que felicitan al pueblo y comparten su gozo. Pero ocurre uno de esos reveses que todos hubieran querido evitar, y es el primero que se levanta, sube en seguida á la tribuna, insulta á la desgracia de los tiempos, y, triunfando del silencio á que os reducen la trieteza y el infortunio, exclama: «También vosotros, atenienses, sois gentes raras; no marcháis á la guerra, os negáis á contribuir y después os sorprenden vuestros malos éxitos. ¿Pensáis que contribuiré por vosotros y que vosotros gozaréis de mis larguezas? ¿Me creéis dispuesto á equipar navés para que vosotros no las tripuléis?» He aquí cómo os ultraja y descubre en toda ocasión la acritud y la malquerencia que en su corazón anidan secretamente contra el pueblo. Pues bien, atenienses, cuando, para engañaros y seduciros, emplea los gemidos, las lágrimas, los ruegos, respondedle á vuestra vez: «También tú, Midias, eres un hombre raro. Prodigas el insulto, te niegas á reprimir la violencia de tus manos, y luego te sorprendes de ser víctima de la maldad. ¿Piensas que nos inclinaremos bajo tus golpes y que nos pegarás impunemente?, ¿que nuestros votos te perdonarán y persistirás en sus violencias?»—Demóstenes atribuye á Midias, envenenándolas con un acento de altivo desprecio, las palabras que más de una vez honrarán á nuestro orador. Se las

censura, como un día Esquino se las reprochará á Demóstenes, y con el mismo designio de excitar contra un censor animoso el resentimiento popular, Demóstenes hace aquí el elogio de Midias, sin quererlo.

«Suponed, oh jueces, nuestros votos rechazan tal suposición y no se realizará, pero suponed á esos hombres amos de la República con Midias y consortes. Un simple ciudadano, procedente del pueblo, culpable haría uno de aquéllos de una ofensa cualquiera, mucho menos grave que la de Midias á mí, comparece ante un tribunal compuesto de tales jueces; ¿pensáis que obtendría perdón ó el derecho de defenderse?; ¿creéis que le harán gracia?; ¿que escucharán la súplica de un hombre del pueblo?, ¿no se apresurarán más bien á exclamar?: «¡El envidioso!, ¡el miserable! ¿se hace el insolente cuando debía estimarse dichoso de que se le permita vivir?» Tratadle, pues, atenienses, como ellos os tratarían; no os deslumbren sus riquezas, su crédito, sino considerad lo que sois vosotros. Ellos tienen grandes bienes, en cuya posesión nadie les perturba; que á su vez no os perturben en la seguridad, cuyo goce asegura la ley á todos los ciudadanos.»

En otros términos: sed para ese rico lo que los ricos serían para vosotros, despiadados, injustos.—He aquí una manera ejemplar de defender los derechos del pueblo y abogar por la igualdad. «Yo pido que la absolución ó la condena no dependa de la voluntad de tal ó cual, sino que el acusado, según que los hechos le protejan ó le abrumen, encuentre aquí la sentencia que merece. Tal es el espíritu de la democracia. (*Embajada.*)» Así hablaba el acusador de Esquino. El acusador de Midias parece entender de otra manera los deberes democráticos. Impulsa al odio de los ciudada-

nos unos contra otros, á la iniquidad de las represalias preventivas; atiza el fuego de los rencores y envidias populares, y cuando ve al auditorio exasperado, puesto en el diapasón en que su pasión personal ha querido colocarle, no se olvida de decirle, en el momento que va á pronunciarse la sentencia: «Persistid en los sentimientos que os animaban en este momento»; hasta tal punto teme que el odio encendido se enfríe y la venganza se le escape!

Demóstenes, hombre de Estado, se esforzaba en mantener el equilibrio entre las diversas clases de la ciudad. Les hablaba con una autoridad que justificaba una abnegación imparcial. Un resentimiento personal inspiró al hombre privado recriminaciones dignas de un demagogo sedicioso. ¿Qué de particular tiene que los sicofantes ganaran su causa ante un tribunal preparado de aquella manera, si Demóstenes se rebaja á manejar, como aquéllos, las pasiones más mezquinas; si amotina á los pobres contra los ricos, á los pequeños contra los grandes? La *Midiana* no se pronunció; en el sentido que decimos, ni siquiera se debiera haber escrito. Veamos, sobre todo, en ella un monumento notable de las licencias de la elocuencia ateniense y un ejemplo ilustre del poder de la costumbre sobre las almas mejor templadas. Hay que denigrar, hacer á toda costa odioso al adversario para que sea condenado ante el pueblo. Demóstenes se somete á la costumbre y no quiere derogarla; el daño que hace á sus enemigos, sus enemigos se lo ocasionan todos los días. ¿Por qué Demóstenes no habrá de insultar á Midias, cuando Esquino convocó á toda Grecia ante los heliastas para insultar á Demóstenes?

Esquino, según Demóstenes, no suscitó el debate de la *Corona* sino para tener una ocasión brillante de

arrastrarle por el lodo. La violencia y el encarnizamiento de Esquino parecen justificar esta sospecha. El sentimiento de Esquino es no ver compartida por los atenienses su virtuosa indignación: «Tal es vuestra disposición respecto de Demóstenes; el hábito os ha cegado sobre la enumeración de sus crímenes. Es preciso cambiar, atenienses; es preciso que os indignéis y castigéis, si queréis salvar los restos de la República.» El orador va á hacer lo posible para inspirarles tales sentimientos: «Si hay en algún rincón del mundo un género de perversidad en el que no haya sobresalido Demóstenes, pido la muerte.» He aquí declaraciones ricas en promesas, y si el acusador no las mantiene, no es por falta de buena voluntad. ¿Ataca al hombre?; señala sus costumbres disolutas, su desprecio por todos los afectos de familia. Su hija, sabido es lo que ha llorado; su esposa, id á preguntar á Cnosio el caso que ese digno esposo hace de ella. Un vicio, dicen, cuesta más de sostener que dos hijos. Demóstenes, que no tiene hijos (legítimos), trabaja en alimentar sus vicios. Arruinado pronto, se vende á los clientes, logógrafo infiel, asalariado y engañador de las dos partes. Este enemigo de los tiranos se ha vendido á Filipo, á Alejandro, sin dejar de insultarles para ocultar mejor su juego, como todos saben; ¡no hay una sola parte de su cuerpo, incluso la lengua, que no la haya vendido, y se las da de Aristides! Midias le abofetea en público; ¡feliz encuentro! Demóstenes pasará la cuenta de esos «puñetazos». El dinero no sabe nunca mal, aun aquel que se espera sacar de un primo, Demómeles de Peania, haciéndose con sus propias manos unas incisiones en la cabeza.

Hombre público, Demóstenes hará las cosas en grande. Antes se contentaba con casar á los huérfa-

nos ricos, con despojar á las pupilas, y hasta á un infeliz desterrado, Aristarco. En adelante, ese «cortador de bolsillos» va á meter mano en la Hacienda de la República, á *distraer* en su provecho los tributos de los aliados, á apropiarse las liberalidades de los pueblos extranjeros. ¿No está convicto del robo de los setenta talentos ofrecidos por Darío, cuando nueve de esos talentos hubieran bastado para la salvación de los tebanos, cuyo infortunio le ha arrancado tantas lágrimas? ¿No ha escamoteado toda una escuadra de sesenta y cinco naves? Tal hombre, volviendo á su oficio de sofista, tendrá pcco mérito en que le salgan bien sus prestidigitaciones oratorias. Así, ¡qué insidiosa habilidad, qué perversa perfidia hay en sus discursos! ¿Se olvida el perjurio que «necesita cambiar de oyentes ó de dioses»?—«Tersites moderno» por la insolencia de sicofante, lo es también por la cobardía. Valiente en palabras, desertor en el combate, hábil en decir bien, impotente para hacer bien, ese hipócrita, manchado por todos los vicios, afecta la virtud. Se ha contaminado con dos asesinatos. Violador de los derechos más sagrados, persigue á sus huéspedes ante lo criminal y los hace condenar á muerte. Acusa á los otros de versatilidad, «ese desertor á quien se ha olvidado de marcar el hierro candente», ese «bruto indigno del nombre de hombre». Los foragidos más famosos de Grecia, Euribates, Frinondas, eran personas corrientes al lado de él. ¿Qué tiene de asombroso si la maldición afecta á su naturaleza impura y á su impiedad, ha arruinado á la patria y provocado los inauditos desastres que han conmovido al mundo entero?

Esta muestra suavizada de las tabletas de Esquino da una idea de las violencias de la acusación é inspira poca confianza en la inocencia de Esquino. Te inco-

modas, luego no tienes razón. Demóstenes tocó con la aguda punta de un estilete la secreta llaga. El herido grita; incapaz de justificarse, insulta. «Ultimamente, ya lo sabéis, en la reciente asamblea del Pireo, en la que negasteis una misión á Esquino, gritaba que me acusaría de alta traición, y lanzaba sus clamores acostumbrados. Esto era el preludio de discursos prolijos, de largos debates; sin embargo, bastaba con algunas sencillas palabras, dos ó tres quizá, tales como un esclavo novicio hubiera podido encontrar. «Atenienses, la cuestión es bien rara; me acusa de crímenes de los que es cómplice; dice que he recibido dinero y él lo ha recibido con nosotros.» Ahora bien; Esquino no ha dicho nada de esto, no ha abierto la boca, nadie le ha oído hablar así. En vez de esto amenazaba. ¿Por qué?, porque su conciencia de culpable le hacía temblar como un esclavo ante la revelación de sus atentados. Lejos de inclinarse de aquel lado, su pensamiento huía de él, rechazado por su conciencia. Pero se encontraba libre y á sus anchas en la carrera de la injuria, de la invectiva.»—Aquí también Esquino se vende, sus violencias se vuelven en contra suya. «He visto hombres, dice, atraerse el odio por haber hablado demasiado claramente de las maldades ajenas.» No es la claridad de Esquino la que le difama en nuestro espíritu, es el exceso mismo de su rabia.

En varias ocasiones, Demóstenes se queja de la «crueldad» de Esquino. Esta crueldad se muestra bastante en la amargura y habilidad envenenada de sus invectivas. Nunca hubo orador más diestro en pintar sentimientos y acciones bajo colores odiosos, en halagar con detrimento de su enemigo los bajos instintos de la multitud. Así es que los términos con que Demóstenes caracteriza el odio insultante de Esquino no

tienen nada de fuertes. Esquino le mancha de lodo, vomita sobre él «la antigua hez, la espantosa mezcla de su corrupción y de sus iniquidades». Se comprende que, desgarrado por unos dientes tan venenosos, Demóstenes se creyera en el deber de invocar dos veces, en el exordio, á todos los inmortales; parece que sus protecciones reunidas no serán demasiado para salvarle.

III. Demóstenes se declara «no amigo de la invec-tiva por naturaleza». No lanzaban sus labios las injurias por gusto, pero si no era amigo de los libelos, era, en ocasiones, muy capaz de ellos. Ya hem os hecho observar la sensibilidad impresionable de Demóstenes; Esquino le compara á una mujer por la viveza de la pasión. Ahora bien, toda alma sensible es fácilmente vengativa. Boileau decía al tierno Racine, tan poco tierno en sus epigramas y en sus contiendas con Nicole (con motivo de las cartas intituladas *Los Visionarios*): «Si hubierais hecho sátiras, las hubieseis hecho más mordientes que yo.» Las almas más accesibles á las impresiones afectuosas lo son algunas veces á las emociones contrarias; su sensibilidad las condena á ser siempre afectadas profundamente. Así, Demóstenes, naturaleza nerviosa, muy fácil á las lágrimas, parecía más capaz que los flemáticos de resentimientos penetrantes. Se ve esto en lo que le hirió el ultraje de Midias; después de muchos días, la herida le arde aún. «He sido insultado por un enemigo en ayunas, por la mañana, con intención de ultrajar, y no entre los vapores del vino, en presencia de gran número de ciudadanos y de extranjeros... No es el golpe, es la afrenta lo que excita la cólera. El hombre libre al que le pegan no se indigna por tal violencia, pero se indigna

de que le peguen con insulto. Varias circunstancias han podido acompañar al golpe, algunas de las cuales, atenienses, ni siquiera podrían ser expresadas por el que lo recibió. El gesto, la mirada, el tono de un hombre que pega para insultar, que pega por odio, que pega con el puño, que pega en la mejilla, he aquí lo que conmueve, lo que pone fuera de sí á hombres no habituados á ser cubiertos de cieno.»

Las bofetadas que le dió Esquino á los ojos de toda Grecia, no podían serle menos dolorosas. Obligado á defenderse, Demóstenes no quiere abandonar la tribuna dejándole la menor ventaja. Le devolverá, pues, ultraje por ultraje «con la mayor moderación posible», limitándose «á lo estrictamente necesario». Esquino le ha trazado el camino. Ha pretendido demostrar que la fortuna privada de Demóstenes ha precipitado á la ruina á la fortuna pública: Demóstenes mostrará que vale más que Esquino y que es mejor nacido, y que por todos conceptos la condición de su vida entera ha sido más digna que la de su acusador. Se adivina el alcance de la antítesis. La vida entera de Esquino será envilecida; y no solamente Esquino, sino que también los suyos serán denigrados. Este procedimiento, justificado aquí por circunstancias particulares, era, por lo demás, familiar á la elocuencia griega; maltrataba á los parientes, amigos, defensores de la parte adversa. No siempre se esperaba al nacimiento del personaje para denigrarle; se adelantaban á la cuna.—Mídias nació, ¿quién lo ignora?, oculta, misteriosamente, á la manera de cierto héroe de tragedia. Su madre, apenas nacido, le quería hacer justicia por adelantado; mujer de gran talento, le vendió, otra le compró. ¡Qué insensata!, ¿no podía por el mismo precio hacer una compra mejor?... Y así

por el estilo. Aristófanes no maldice á sus enemigos hasta la cuarta generación, pero los persigue (así á Lamacos y Cleónimes) en sus hijos. La elocuencia griega no es más misericordiosa. Esquino, que, sin embargo, trató á Demóstenes de «bastardo de armero», no podía denigrar á gusto á los padres de aquél (su padre «era libre, no hay que mentir»); se remonta, pues, hasta la abuela, «una bárbara» y á un antepasado materno, un tal Gylón, «condenado á muerte como traidor». Demóstenes teme, dice, dar sobre la familia de Esquino detalles muy dignos del personaje, pero indignos de su acusador. Sin embargo, los da, y hasta los prodiga sin gran cuidado de su propia dignidad.

Es lamentable ver la obra tan bella del discurso de la *Corona* llena de groseros ultrajes que repugnan á la delicadeza moderna. Se pasarían á Demóstenes sus burlas respecto al padre de Esquino, el esclavo *Tromés* (el Temblón) transformándose á sí mismo en *Atrómetos* (el Intrépido). Labruyère ha puesto de relieve estos ennoblecimientos silábicos, cosas que también usaban los griegos. ¿Pero es digno encarnizarse con Glaucotea, la buscona del arroyo, la bohemia que se casa todos los días? El mismo Aristófanes no ultrajó hasta ese punto á la verdulera que hizo dar á Atenas de Eurípides el sofista. Esquino hizo desfilas á su familia ante el tribunal llamado á juzgar el proceso de la *Embajada*. Desfila también en el discurso de Demóstenes, pero bajo las maldiciones de un enemigo que le escupe al rostro. ¿Qué se ha hecho de la grandeza de alma del magistrado patriota inspirándose en la tribuna, en la majestad de Atenas? Al oír á Esquino y Demóstenes, se creería uno transportado de los Propileos á la plaza del mercado. Una vendedora recono-

cía al extranjero Teofrasto en su acento. El acento de los dos antagonistas continúa siendo ático, sin duda; pero encuentra sitio el aticismo verdadero en invectivas tomadas, á lo que parece, de los barrios bajos del Pireo?

Dejemos de lado lo que nuestro orador debiera él mismo omitir, y citemos solamente una página que es digna de él: «Pero tú, augusto personaje que insultas á los demás, compara tu suerte con la mía. Criado en la miseria, serviste con tu padre en casa de un maestro de escuela; hacías la tinta, limpiabas los bancos, barrías la clase; oficio de esclavo, no de niño libre. Luego de joven, leías el libro de magia á la madre, y la ayudabas en sus operaciones quirománticas. Por la noche, ponías á los iniciados una piel de cervatillo, llenabas las copas, los frotabas con cebada y arcilla; los levantabas después de la purificación y les hacías decir: *He huido del mal, he encontrado el bien*, muy satisfecho con gritar mejor que nadie; esto, lo creo; ¿no pensáis, en efecto, que con una voz tan poderosa serían sus rugidos inimitables? De día, te paseabas al frente de aquella brillante compañía, alzando las serpientes por encima de la cabeza y gritando: *¡Evoé, Saboé!* y bailando al canto de: *Attés hyés, Attés hyés*; las viejas le saludaban con el nombre de jefe, de príncipe de la tropa y otros títulos tan magníficos. Te daban de salario galletas, tortas, panes tiernos. ¿Quién no le proclamaría, en verdad, feliz, y no envidiaría semejante suerte? Más adelante le inscribieron entre los ciudadanos de su distrito; el medio no importa. Inscripto al fin, elegiste en seguida el mejor de los empleos, el de escribano y criado de los magistrados de poca categoría. Dejaste ese empleo después de haber hecho en él lo que censuras á los otros, y ¡por Júpi-

ter!, lo restante de la vida no ha borrado tan brillantes comienzos. Te pusiste á sueldo de esos comediantes famosos, Simylos y Sócrates, apodados los lastimeros, los quejumbrosos. Actor de los terceros papeles y merodeador, cogías higos, uvas, olivas en el terreno ajeno, como si hubieses comprado la cosecha. En estas excursiones recibiste aún más golpes que en el teatro, en donde tus semejantes y tú teniais que defender vuestra vida. Porque los espectadores os habían declarado una guerra sin tregua ni cuartel, y en la que numerosas heridas te han dado el derecho de tratar de cobardes á los que no han corrido los mismos peligros.

»Pero dejemos de lado aquello de lo que se puede acusar á la indigencia, y abordemos los vicios de la naturaleza. En los asuntos públicos (porque también se te ocurrió un día mezclarte en ellos), la política de tu elección fué tal, que en las prosperidades de la patria vivías como una liebre, temeroso, temblando, viendo siempre pendiente de tu cabeza la expiación de los crímenes de que te acusaba la conciencia. En el día de nuestras desgracias, tu aplomo ha asombrado á todos. Ahora bien, ¿qué castigo merece de manos de los que sobreviven aquel á quien tranquilizara la muerte de mil ciudadanos? Muchas otras cosas tendría que decir de él, las callaré. Me creo en el deber de no revelar todas las vergüenzas é infamias con que está ese hombre manchado, sino solamente aquellas de las que puedo hablar sin mancharme á mí mismo. Compara, pues, tu vida con la mía, Esquino, con calma, sin acritud, y pregunta á estos ciudadanos cuál hubiera elegido cada uno de ellos. Tú enseñabas las primeras letras, yo frecuentaba la escuela; tú iniciabas á los demás, yo era iniciado; tú figurabas en los

coros, yo se los ofrecía al pueblo; tú eras escriba, yo orador; tú eras histrión subalterno, yo espectador; tú fracasabas en la escena, yo silbaba; en el gobierno has servido en todo al enemigo, y yo en todo á la patria. Pero abreviemos el paralelo: hoy mismo en que se trata para mí de una corona, mi vida es reconocida pura de todo reproche; tu suerte es la de ser juzgado como calumniador y corres el riesgo de verte obligado á renunciar á tu oficio, si no obtienes la quinta parte de los sufragios. Ya lo ves, Esquino, lo afortunado de tu vida te da derecho á acusar la mía con desprecio. Vamos, demos lectura á los testimonios de los cargos públicos que he desempeñado; y tú, dinos los versos que recitabas tan mal:

Vengo de las sombrías orillas de los puertos de la noche

y:

Sabed que á mi pesar anuncio desgracias;

y... ¡Que los dioses, que todos nuestros jueces te exterminen como mereces, mal ciudadano, mal actor!—Escribano, lee los testimonios.»

Demóstenes no se encuentra tan libre, como dice, de pasiones personales; se adivina esto en el mismo cuidado que tiene de defenderse de ellas y lanzar sobre su adversario la sospecha de tales sentimientos. En tiempos de la guerra de Anfisos, Demóstenes quería, sin duda, revelar las maniobras de Esquino; le cerraron la boca: «Sospechan algunos que quiero formular contra él, por enemistad personal, una acusación quimérica.» La mutua animosidad de los dos oradores no era, en Atenas, un secreto para nadie. El informe *Contra Teócrines* hace claramente alusión á

ella: «Abierta la causa, un hombre juró que el acusado (Demóstenes) estaba enfermo; y, sin embargo, Demóstenes corría por todas partes atacando á Esquino.» Hay que suponer que no siempre fué el celo del bien público el único móvil de los ataques de Demóstenes á Esquino, pero por lo menos tuvo sobre él la ventaja de la probidad. Un día los atenienses querían obligarle á que acusara á un ciudadano; se negó, y como el pueblo murmurase, dijo: «Atenienses, os daré siempre mis consejos, aun cuando no los queráis; pero nunca haré el oficio de sicofante aunque lo deseéis.» Demóstenes rechaza en Esquino á un sicofante y con más dignidad de la que tuvo el agresor.

Así es que lo que consuela de los ultrajes prodigados ó devueltos por Demóstenes á su enemigo es la idea de que, en suma, el aliado interesado de los macedonios es poco digno de estimación. No se le perdonaría haber insultado á las humildes profesiones de Esquino y á su familia necesitada, si no tuviera el derecho de estigmatizar al ciudadano. Demóstenes vengaba á la República y á las personas honradas al vengarse á sí mismo. Así no se podría decir, al escuchar su voz indignada, qué sentimiento domina en él, si el odio á Esquino ó el amor á Atenas, hasta tal punto está mezclado su ardor en combatirle de animosidad personal y de patriotismo. La mezcla casi continua de estas dos pasiones, que parecen el alimentarse una de otra, da á sus invectivas un acento generoso que las eleva por encima de un vulgar libelo. Cuando presenta al diputado prevaricador tratando con Filipo sobre una ciudad á la que él y los suyos debían tanto, su discurso une el tono de una requisitoria agriada por resentimientos privados al de una reprobación solemne dirigida por la patria. «Cinco ó seis

días después los fócidos son destruidos; Esquino ve consumarse su negocio como un negocio corriente. Dercylos anuncia á la asamblea del Pireo que la Fócida ha dejado de existir; ante esta noticia, atenien-ses, cumplís con vuestro deber, lloráis á los infortunados; asustados por vosotros mismos, decretáis el transporte de las mujeres y los niños afuera de los campos, el armamento de los fuertes, la construcción de una muralla protectora del Pireo, la celebración en la ciudad de la fiesta de Hércules. Mientras tanto, ¿qué hace en Atenas el sabio, el hábil, el sonoro Esquino? Sin mandato del consejo ni del pueblo marcha de embajador cerca del autor de tales males; no tiene en cuenta ni la enfermedad atestiguada por juramento, como pretexto de su dimisión, ni la elección de su sustituto, ni la muerte con que la ley castiga semejante crimen, ni el evidente absurdo de atravesar Tebas y el ejército tebano, dueño de toda la Beocia y la Fócida, después de haber dicho que los tebanos habían puesto precio á su cabeza; marcha olvidándose de todo, descuidándolo todo, pues hasta tal punto le atrae y le llena de vértigo el salario...

>Olvidaba que la salvación de la patria es nuestra salvación; que en esta patria pudo su madre, merced al oficio de iniciaciones y purificaciones y al dinero de las prácticas, criarle á él y á sus hermanos; que aquí vivía miserablemente, pero al fin vivía, su padre, maestro de escuela; que aquí también, escribas subalternos y criados de todos los magistrados, hicieron dinero; que, por último, elegidos por vosotros escribanos públicos, estuvieron dos años mantenidos en el Tholos (morada de los pensionistas del Estado), y que él salió de esta misma patria de embajador. No ha tenido en cuenta ninguna de estas mercedes, y lejos de

proveer á la prosperida² de este país, le ha arruinado; ha usado de todas las maniobras posibles para entregarle al enemigo...

»Y con esto ¡hablas todavía, te atreves á mirar de frente á tus conciudadanos! ¿Piensas, acaso, que no saben lo que eres?, ¿los crees tan olvidadizos ó descuidados en este punto?... Su venalidad, he aquí lo que él llama amistad, hospitalidad. *Me acusa de ser amigo de Alejandro*, decía hace poco. ¡Acusarle yo, á mí vez, de esa amistad! No soy tan insensato; á menos que á los segadores y á otras gentes asalariadas se las tenga que llamar huéspedes y amigos de quien les paga. En efecto, ¿con qué título honrado y legítimo Esquino, el hijo de Glaucotea, la tamborilera, podría ser el huésped ó el amigo de Filipo ó ni siquiera conocido suyo? No lo concibo, pero sí veo que has cobrado de él para entregarle los intereses de los atenienses que nos escuchan. Mercenario de Filipo ayer, mercenario de Alejandro hoy, tal es el nombre que le damos, yo y todos estos ciudadanos. Si lo dudas, interrógales, ó más bien yo voy á hacerlo por ti:—«¿Qué os parece, hombres de Atenas? ¿Esquino es huésped de Alejandro ó mercenario suyo?... ¿Oyes lo que dicen?»

¿Es el odio á un enemigo ó el amor á la República lo que da á Demóstenes la facundia impetuosa con que abrumba á su adversario bajo el peso de sus razonamientos y de su virtuosa cólera? «Y el diputado culpable de tantas acciones vergonzosas y todas contra vosotros, va de un lado para otro, diciendo: «¿Qué os parece de Demóstenes que acusa á sus colegas?» Sí, ¡por Júpiter!, quieras que no, te acuso después de las perfidias que has tramado contra mí durante todo el viaje, y puesto en la alternativa de parecer cómplice de estos crímenes ó acusarte. ¿Pero yo, colega tuyo?,

no, no. Tu misión fué criminal, la mía se consagró al bien del Estado. Tu colega es Filócrates; los colegas de Filócrates, fueron Frimón y tú. Os unían la misma conducta, las mismas miras. «¿En dónde están nuestras mesas, nuestras comidas, nuestras libaciones comunes?», exclama en todas partes ese trágico, como si la ruptura de esos lazos fuera obra del justo y no del perverso. Vió que todos los pritáneos participan diariamente de los mismos sacrificios, de las mismas comidas, de las mismas libaciones. Los buenos no imitan por ello á los malos; sino que si descubren entre ellos á un culpable, le denuncian al consejo y al pueblo. Libaciones, ceremonias sagradas unen á los estrategas y á casi todos los cuerpos del Estado. ¿Conceden por ello la inviolabilidad á los miembros prevaricadores?; ni mucho menos. León acusa á Timágoras, su colega de embajada durante cuatro años... ¡Conón, el ilustre personaje, acusa á Adimanto, estratega como él. ¿Quiénes de ellos rompía, Esquino, los símbolos de la confraternidad? ¿Eran los traidores, los diputados infieles, los que aceptaban presentes ó sus acusadores? Evidentemente eran los que violaban, como tú, no solamente compromisos particulares, sino los compromisos sagrados con la patria.»

¿Cuál es, en vuestro concepto, el ateniense más desvergonzado, el menos cumplidor del deber, el más cínicó? Seguro estoy de que todos designarán á Filócrates. ¿Cuál es el orador dotado del órgano más poderoso, y capaz de decir todo lo que quiere con la voz más clara, más sonora? Esquino, diréis. ¿Quién es aquél al que esos hombres acusan de falta de audacia ante las multitudes, y de una timidez que llamo discreción? Yo. En efecto, por mi parte, nunca hay impertinencias enojosas, ni violencias de tribuno para

vosotros. Sin embargo, siempre que en las asambleas se trata de la embajada, me veis acusar siempre á esos diputados, decirles cara á cara: «Recibisteis oro, vendisteis todos los intereses de la República.» Ninguno de ellos ha desmentido nunca mis palabras, ni ha abierto la boca, ni siquiera se ha presentado. Ya veis; ¡los ciudadanos de frente más endurecida, de más vigorosos pulmones, son en este punto vencidos por mí, el más tímido de todos los oradores, el menos poderoso por la voz! ¿A qué obedece esto?; á la fuerza de la verdad, á la flaqueza, afecta á la conciencia de su traición. He aquí lo que quebranta su audacia, encadena su lengua, les cierra la boca, les aprieta la garganta, les obliga á callar.» ¿No es lamentable ver que un orador capaz de tales arranques recurra á la invectiva? ¿Para qué injuriar al enemigo cuando se tienen fuerzas para aniquilarle?

IV. La violencia de las invectivas griegas nos hierre; á los atenienses les impresionaba medianamente. El hábito de ser, en una ciudad de costumbres ligeras, testigos ú oyentes de las más graves flaquezas morales, les había embotado la sensibilidad. En ciertas materias estaban hechos á no asombrarse de nada. Solamente eran capaces de conmoverlos trazos muy virulentos; el libelista se veía obligado á pegar fuerte, á transformar su pluma en hierro candente. Ved en qué tono habla Aristófanes de moral á sus conciudadanos: *El Injusto*: «Joven, sigue mis lecciones, y podrás satisfacer tus pasiones, bailar, reir, no avergonzarte de nada. ¿Te sorprenden en adulterio?, recuerda al marido el ejemplo de Júpiter; siendo un simple mortal, ¿vas á ser más fuerte que un dios?—*El Justo*: Y si empalan á tu discípulo, ¿cómo podrá probar que no es

crapuloso desenfrenado?—¿Y qué mal hay en ser crapuloso?—¿Hay algo peor que semejante fama?—¿Y qué dirás si te derrotó también en este punto?—Tendré que callarme.—Pues bien, responde: ¿qué son nuestros abogados?—Crápula.—Bien dicho. ¿Y nuestros oradores políticos?—Crápula.—Reconoces, pues, que has dicho una tontería. ¿Y qué son en su mayor parte los espectadores?, mírales.—Ya los miro.—¿Y qué ves?—¡Por los dioses!, casi todos son crápula. A ese lo conozco por tal, y á ese y á aquel otro que lleva el pelo largo.—¿Qué tienes que decir?—*El Justo*: Estoy vencido. Libertinos, en nombre de los dioses, recibid mi manto. Paso á vuestras filas.» Esquino censura á los oyentes de Demóstenes por haber tolerado monstruosas expresiones: «¡Sois de hierro!» Las moralidades de Aristófanes prueban mejor todavía hasta qué punto tenían dura la epidermis.

Con respecto á las injurias, los antiguos eran en general más pacientes que nosotros. Un ciudadano insulta á Focio que hablaba en público; el orador se interrumpe, y cuando el hombre ha acabado de insultarle, reanuda su discurso imperturbablemente: «Os he hablado ya de la caballería y de las tropas pesadamente armadas; me resta hablar de las tropas ligeras.» Durante todo el día un insolente estuvo injuriando á Pericles en la plaza pública, sin que este último le contestase una palabra ni dejase de despachar sus asuntos. Por la noche Pericles se retira tranquilamente á su casa, seguido siempre por el insultador con la injuria en los labios. Al llegar á la puerta de su casa, Pericles llama á uno de sus esclavos y le dice: «Toma una antorcha y acompaña á este hombre á su casa.» Juliano el *Apóstata* (palabra muy dura; á esta cuenta, ¿por qué no aplicársela también á Enri-

que IV?), Juliano, en Antioquía, ciudad frívola y burlesca, oyó que las gentes se mofaban de sus maneras austeras y de su larga barba filosófica. En lugar de un edicto vengando la majestad imperial públicamente violada, Juliano replica con el *Misopogon*: conviene á los pueblos tener emperadores ingeniosos. El duque de Montausier quería enviar á los maldicientes á murmurar al río; con este sistema, los ríos del Atica se hubieran pronto cegado. Los atenienses, más tolerantes, veían en la invectiva un ejercicio de tribuno; se recreaban con ello como con una diversión y no les afectaba gran cosa.

Demóstenes insistió sobre la indigencia de la familia de Esquino. Esta manera de denigrar la precaria condición de las personas no se comprende bien al lado de la pasión de los atenienses por la igualdad democrática. La ley permitía acusar á quien censurase á un ciudadano ó á una ciudadana por dedicarse al comercio al menudeo. Jamás, en Atenas, la oscuridad de la posición ha cerrado al pobre el acceso á los empleos públicos. No se echa en cara á nadie su pobreza, sino la indolencia en el trabajo (Tucídides, II, 37). Aristófanes señala el mismo hecho á su manera pintando á la República en manos de los tenderos y artesanos. Cuando se mofa de Esquino que barre la escuela, de sus hermanos escribas subalternos ó pintores de tamboriles, Demóstenes comprende que costea un escollo. «En nombre de Júpiter y de los otros dioses, que no se me acuse de falta de razón. Lo reconozco, es carecer de sentido el ultrajar la pobreza ó glorificarse de haber sido criado en la abundancia.» Llamado más de una vez, como logógrafo, á defender á gentes modestas, tuvo siempre cuidado de hablar de los pobres con simpatía y presentarles como dignos de compasión.

«La pobreza obliga á las personas libres á oficios serviles y bajos que deberian atraer sobre ellos la conmiseración y no perderlos. Que la pobreza no sea la muerte civil, jueces; ya ella es un mal bastante grande.» Todo este discurso *Contra Eubúlides* es un alegato conmovedor en favor de las profesiones humildes y de los necesitados. ¿Por qué, pues, no se inspira en tales sentimientos en sus diatribas contra los parientes de Esquino?; porque, en primer lugar, las declamaciones del acusador sobre la pretendida mala fortuna de Demóstenes, le obligan á lanzarse sobre la de su adversario; y porque además sabe que con todo su amor á la igualdad, la multitud ateniense no deja de acoger, aunque sea á su costa, los prejuicios favorables á la riqueza. Lo mismo hará más adelante el pueblo de Cápua. La plebe sublevada maldecía de sus senadores y amenazaba con enviarlos al suplicio. ¿Se trata de reemplazar aquellos nobles odiosos?; la muchedumbre responde con gritos de desprecio al escuchar los nombres de los plebeyos propuestos para sucederlos.—Ese es un desconocido, ese un perdido;—no se quiere oír hablar de semejantes individuos, y, por último, se resignan á quedarse con los senadores perseguidos antes.

El Filocleón de las *Avispas*, al advertir que por equivocación ha absuelto al acusado, se desmaya. Este rasgo no da una idea muy favorable de la clemencia de los jueces atenienses. Demóstenes, hombre de Estado, dice á sus oyentes: «Sed temibles en los combates; en los tribunales sed humanos.» El mismo orador, ante el tribunal, opone la serenidad de los antepasados á la negligencia de los contemporáneos respecto á los peores criminales; trata su humanitarismo de simplicidad. Vuelve contra Esquino las palabras

del acusador de Timarco: «No esperemos nada de una ciudad sin nervio contra los culpables, de un gobierno en que el perdón, los ruegos, tienen más fuerza que las leyes. No tengáis piedad ni de la edad avanzada de la madre de Timarco, ni de sus hijos, ni de nadie; no veáis más que una cosa; si relajáis las leyes y el gobierno, no encontraréis nadie que se apiade de vosotros.» Los jueces son siempre demasiado complacientes á gusto del acusador ateniense; quisiera infundirles un corazón de piedra para la piedad. ¡A galeras!, exclama Perrín Dandín en toda causa. «¡A muerte!» Tal es la fórmula consagrada en Atenas en las causas criminales, con variantes más ó menos elocuentes: «Al suplicio con ese pirata cuyas correrías oratorias asolan la República.» (Esquino.)

Los atenienses no tomaban al acusador completamente en serio, y con razón; porque el mismo orador se hacía pocas ilusiones sobre el alcance de sus gritos de muerte y sobre el resultado del debate. Demóstenes pide la cabeza de Esquino, cabeza criminal. ¡Matadle!, «no una vez, sino tres veces». Es digno «de los últimos suplicios». Después de haberse mostrado tan sediento de sangre, al final del discurso se calma; ve y dice las cosas más seriamente. No habla ya de suplicio real, sino de muerte civil, muerte metafórica que solamente privaba al condenado de sus derechos de ciudadano (*diminutio capitis*). Su última frase ni siquiera precisa ninguna pena. Pide simplemente el castigo de su adversario. Tales tergiversaciones pueden atribuirse á un motivo particular. El proceso de la *Embajada* no era, propiamente hablando, una acusación formal de alta traición, sino una petición de cuentas. Ahora bien; en esta clase de causas la pena, no determinada por la ley, se dejaba á la discreción

del tribunal. De aquí, en parte, la indecisión del orador sobre la pena que había de solicitar, y no vagas conclusiones. Pero la razón dominante de la contradicción en que incurre á sabiendas es la cuasi certeza de no obtener la sanción capital reclamada. Conoce la indiferencia moral de sus oyentes, y les halla más dispuestos á gastar el placer malsano de escuchar los ultrajes devueltos á Esquino, que á compartir contra él los resentimientos patrióticos del orador. Demóstenes perseguía en Esquino á un enemigo particular y á un enemigo público. ¿Qué personal queja tenían contra él los atenienses? No amaban bastante á su patria para odiarle.

El acusador de Teocrines pone de manifiesto las enemistades fingidas de los oradores que, después de haberse desgarrado en el tribunal, van á comer en compañía tras la audiencia y á repartirse los beneficios (Aristófanes los compara á los que cierran de modo que cuando uno empuja el otro tira). Tales defensores no vacilan en descargar ó recargar las tintas, según las circunstancias; el interés del cliente, el de ellos sobre todo, les hace á cada momento cambiar de lenguaje. Este es, en los antiguos, uno de los puntos débiles de la elocución judicial. Demóstenes, logógrafo, no supo sustraerse á él; ensalzó ó pisoteó á los mismos personajes, según que fueran sus adversarios ó sus clientes. Piénsese lo que se quiera en este concepto de las costumbres del foro ateniense y de la indulgencia que las sostenía, jamás la elocución política pretendió gozar de la misma tolerancia. Las contradicciones del orador no tienen excusa allí donde el respeto del interés público impone sentimientos honradamente personales y sinceras convicciones. Si el ardor de Demóstenes en denigrar á Esquino puede, en

cierto modo, ser disculpado por nosotros, es por la constancia y la sinceridad de su odio. La fuente de éste permaneció siempre viva; Demóstenes nos la descubre por completo con entera franqueza: «Odio á esos hombres porque, en la embajada, los he reconocido perversos y enemigos de los dioses, porque en venalidad, atrayendo recto desagrado sobre la diputación entera, me ha privado de honores personales.»

Esquino no confesó jamás su odio contra Demóstenes, porque no podía decir los motivos sin condenarse. Le odiaba por espíritu de venganza (porque Demóstenes le había desenmascarado), y por efecto de la envidia que los hombres honrados inspiran á quienes no lo son. Sus difamaciones dejan traslucir la impotencia de su mala fe. Al hombre del que hace un sumidero de infamias, no se atreve á compararle con ninguno de sus contemporáneos, por la sencilla razón de que sabe que es superior á ellos. Se ve, pues, reducido á buscarle rivales en el pasado, cuyo elogio no ha molestado nunca ni á panegiristas ni á oyentes. Diserta con energía y dignidad sobre la prodigalidad de las recompensas públicas, proposición indiscreta que desalienta á los buenos sin corregir á los malos. ¿Pensáis, atenineses, que para ganar la corona en las Panateneas ó en los otros juegos, quisiera ejercitarse un atleta en el pugilato ó en cualquier otro combate penoso, si se concediese aquélla, no al más digno, sino al más intrigante? Nadie la querría. Pero como el premio es raro y difícil de conquistar, y la victoria gloriosa é inmortal, hay hombres que, de buena voluntad, consagran sus cuerpos al peligro y sufren las más rudas fatigas. Ved, pues, en vosotros á los jueces de la lid en donde combate la virtud cívica. Si concedéis las recompensas á un reducido número, á los más dig-

nos y con arreglo á las leyes, numerosos atletas se disputarán el premio de la virtud. Si recompensáis al primer ambicioso que llegue, pervertiréis los mejores caracteres.

«Voy con mayor claridad aún á demostrar lo justo de mi razonamiento: ¿cuál os parece hombre de más corazón, Temístocles, que mandaba la flota victoriosa contra el persa en Salamina, ó Demóstenes, el desertor? ¿Milciades, vencedor de los bárbaros en Maratón, ó ese cobarde? ¿He de nombrar á los que trajeron de Filé al pueblo fugitivo y á Aristides el Justo, sobre nombre un poco diferente de los de Demóstenes? Pero, por los dioses del Olimpo, que es una profanación á mis ojos nombrar el mismo día á ese monstruo de perversidad y á aquellos grandes hombres. Que cite en su discurso á uno solo de aquellos que fuese coronado por un decreto. ¿Era entonces ingrato el pueblo?; no, era magnánimo, y sus ciudadanos sin corona eran dignos de la República. Ponían en gloria, no en el texto de un decreto, sino en el recuerdo de una patria cuyos bienhechores fueran, recuerdo que, desde aquellos tiempos hasta nuestros días, subsiste aún y subsistirá eternamente.»

Esta página elocuente desarrolla una gran verdad moral y política; pero Esquino hace de ella una aplicación injusta y malévolá. Demóstenes tiene derecho á refutarle así: «Has recordado á los grandes hombres del pasado y has hecho bien. Pero no es justo, atenienses, abusar de la afeción que tenéis á la memoria de aquéllos y ponerlos en parangón conmigo, que vivo entre vosotros. ¿No es sabido que la envidia ataca más ó menos á los vivos y que siempre el odio respeta á un enemigo muerto? Tal es la ley de nuestra naturaleza; ¿y se va á juzgarme hoy con la vista

puesta en los que nos precedieron? No, no habría en ello ni justicia, ni paridad. Se me ha de comparar contigo, Esquino, ó con cualquiera de tus semejantes, con contemporáneos nuestros. Considera si es más digno, más útil para Atenas que los servicios de nuestros antepasados, servicios inmensos sin duda y superiores á todo elogio, hagan olvidar y despreciar los servicios recientes, ó querer y honrar á todo ciudadano consagrado á la patria. Y ciertamente que se me permita decir que, si se examina de buena fe mi vida política, se reconocerá la conformidad de mis principios con los de aquellos hombres á quienes elogias, y la semejanza de la conducta con la de sus calumniadores. Porque también aquellos tiempos vieron á gentes perversas que, para denigrar á los vivos, exaltaban á los muertos, mezquina envidia imagen de la tuya.

»Dices que yo no tengo nada de aquellos ilustres ciudadanos; ¿pero os parecéis tú, Esquino, ó tu hermano, á cualquiera de los oradores de hoy?; no, ni uno solo. Haz el favor, hombre de bien (te evito otros nombres), de comparar á los vivos con los vivos y los talentos entre sí, como se hace con los poetas, con los bailarines, con los atletas. Filamnón, inferior, sin embargo, á Glaucos de Caristo y á algunos luchadores de otros tiempos, no salía de Olimpia sin corona; como era superior á sus antagonistas, le coronaban, le proclamaban vencedor. Del mismo modo, Esquino pónese frente á frente de los oradores de nuestros días, de ti, de quien tú quieras; no retrocedo ante nadie. Mientras que se permitía á la República elegir los consejos más saludables, y á todos los ciudadanos rivalizar en celo patriótico, á mí es á quien se vela proponer las mejores soluciones; todo se hacía por mis decretos, por mis leyes, por mis embajadas. Ninguno de

vosotros se presentó nunca ante el pueblo sino para perjudicarlo. Después de los acontecimientos (¡que los dioses no nos lo hayan evitado!), cuando no se buscaba ya consejeros fieles, sino esclavos dóciles, traidores presurosos á recibir salarios contra la patria, aduladores del extranjero, entonces tú y los tuyos aparecis-teis y brillasteis en primer término. Yo valía poco, convengo en ello; pero deseaba más que vosotros el bien de mi patria.»

Merece indulgencia el libelista que responde á la provocación de un libelo, sobre todo si tiene derecho á invocar la bondad de su causa. El discurso de la *Coro-na* une, á los ardores de una filípica contra Esquino, la dignidad de una arenga nacional. Las invectivas de Esquino no tienen excusa; calumniaba á Demóste-nes, y, al insultarle, perseguía una victoria, deseada por los macedonios.

CAPITULO IX

LA ELOCUENCIA GRIEGA DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA VERDAD Y DE LA MORALIDAD

«El triunfo es grato, aun alcanzado por la mentira.» (SÓFOCLES, citado por Plutarco.)

«La sinceridad del talento le engrandece.» (PÍNDARO.)

I. Al lado de la ley de la transformación de las especies, señalada por la ciencia, hay otra más saliente todavía: la de la persistencia de los caracteres esenciales de los géneros y de las razas. El galo de nuestros días es, bajo ciertos aspectos, el galo de Julio César. Del mismo modo, los helenos contemporáneos de Filipo habían conservado el tipo original de los griegos de la guerra de Troya. La cultura de los siglos la había suavizado, no borrado. Uno de sus rasgos es el espíritu de engaño y de ficción mentirosa. «El bravo abuelo» de Ulises, como Homero le llama, Autólicos, aventajaba á todos los hombres en el arte del robo y del perjurio. Debía esta cualidad eminente, recompensa de sacrificios piadosos, á Hermas, el dios de la invención y de la elocuencia. Ulises fué digno de tal antepasado. Sabido es con qué naturalidad el rey de Itaca teje artificiosas mentiras. «Yo odio, dice

Aquiles, tanto como á las puertas del Hadas, al que oculta un pensamiento en su mente y expresa otro.» Ulises, á quien el hijo de Tetis declara este sentimiento, reproduce la fórmula con una variante expresiva: «Odio tanto como á las puertas del Hadas al que miente, cediendo á la pobreza.» No odia en absoluto el fingimiento, sino al miserable que vive de ficciones, como la epopeya. Si el mendigo Iros miente por unas tripas de cabra, comete una falta. Pero si se trata de preservar de la codicia ajena las riquezas de que Ulises está cargado, y un momento embarazado, á su regreso del país de los feacios, la mentira es legítima. ¡Y cuánta fertilidad hay en las ficciones de Ulises! Bien hábil sería quien le aventajase en toda clase de astucias, incluso entre los inmortales. Minerva tributa este homenaje á su héroe favorito, y cuando Ulises (todo mentiroso es desconfiado) se obstina en disimular ante ella: «Dejemos estas habilidades—le dice la diosa;—ambos somos maestros en engaños; no luchemos, y hablemos francamente.»

Héroe destinado, á lo que parece, á sufrir siempre, como Hércules, pero superior al sufrimiento, y dotado de un valor que las olas de la adversidad no pueden sumergir, el rey de Itaca llega por estos caracteres á la grandeza épica. Se encuentra solo, sin recursos, contra adversarios numerosos y decididos. Su astucia profunda, que es su sola arma, encuentra una excusa en la necesidad y en la legitimidad del fin perseguido: recobrar sus bienes y vengar la hospitalidad ultrajada. Sus mentiras son, por lo tanto, completamente naturales. Pero Ulises es también un artista. No le basta engañar, quiere agradar; se entretiene con el poeta en recitar versos á Minerva, á Eumea, á los pretendientes, con una fecundidad de variantes,

en las que palpita el deseo de justificar una alta reputación y halagar uno de los gustos más vivos de los oyentes. La lección que se desprende de la catástrofe sangrienta de la Odisea es solemne. Parece, pues, que no solamente en las grandes escenas de la expiación, sino también en las diversas peripecias que le preparan, todo debería ser grave; los detalles deberían participar del carácter poco alegre del desenlace. Si Homero hubiese concebido así su obra, hubiera dado pruebas de un arte estudiado, de un justo sentimiento de la conveniencia dramática y de la armonía de los colores. En cambio, hubiese sido menos ingenuo y menos verdadero. Al lado del drama terrible que desarrolla ante nuestros ojos, el poeta ha pintado la vida y el espíritu de la raza griega al natural. He aquí cómo, por una especie de contradicción con la grandeza trágica y moral del asunto, se encuentra, en las narraciones engañosas del héroe, una exuberancia de fantasía que prueba que el rapsoda y Ulises, complaciéndose en estos juegos, obedecen á un instinto de raza.

A despecho del tiempo y de la filosofía, los helenos han conservado siempre ciertos restos de las disposiciones nativas. En vano el odio á la mentira impulsaba á Platón á proscribirla bajo sus más inocentes formas y á desterrar de su República el arte imitativo por excelencia: el de la poesía épica y dramática. Las sentencias lanzadas contra la hipocresía de Homero y de Esquilo servían más bien para sorprender que para corregir á la nación de la que el hiperbólico Juvenal (III, 100) dirá un día que toda ella se componía de comediantes. Los moralistas de Grecia hablaban como Aquiles; Ulises continuaba siendo el modelo de los hombres de acción. Sabidas son las estratagemas

políticas (manejos muy próximos de la doblez), á las que recurrió Temístocles para servir á los intereses de Atenas y á los suyos. Demóstenes lamenta que «el hombre más ilustre de su siglo» no pudiera restablecer las murallas de Atenas mediante una lucha franca, sino con ayuda de un «engaño». Los oradores de Atenas no compartieron jamás, en el ejercicio de su arte, los delicados escrúpulos del autor de la *Septimiana*. Si Grecia osó mucho en política y en la historia, no fué más tímida en la elocuencia.

Entre los procedimientos de ilusión empleados por los áticos, algunos eran casi inocentes. A pesar de la ley, que los prohibía salirse del asunto, gustaban de distraer al tribunal, á fin de despertar ó burlar su atención. Parábolas, apólogos, rasgos cómicos, historietas, chistes, no se descuidaba nada de lo que podía divertir á los jueces; quien se ríe está desarmado. «No se hubiera sacado más partido de un ateniense aburriéndole que de un lacedemonio divirtiéndole.» Algunas veces se usaba de medios más serios en la apariencia, y los oráculos, hasta en una causa civil, venían á ofrecer su apoyo á la confirmación. Los oradores políticos apelaban de buen grado á esos argumentos divinos, fraude piadoso, á menudo eficaz sin duda, puesto que solamente el buen éxito podía sostener su empleo. Herodoto (I, 60), á propósito de la aparición en Atenas de una Minerva apócrifa, se asombra de que los atenienses, pueblo tan inteligente, hayan caído en un lazo tan grosero. Tendíaseles á menudo el lazo de los oráculos. Aristófanes, poeta amigo de los antiguos prejuicios, hizo que se rieran de aquél, pero sin desarraigarle.

Entre los procedimientos humanos, la retórica enseñaba, en primer término, el de aumentar ó repetir

los objetos, artificio natural á la pasión, y excusable cuando no es un sofisma de amor propio inconsciente. Por lo demás, es á menudo tan equitativo presentar á los hombres y las cosas bajo sus diversos aspectos, como útil conocer lo fuerte y lo débil de aquéllos; ni el absoluto ni la perfección se encuentran aquí abajo. La retórica está en su derecho al apoderarse de la complejidad natural del alma humana y de la verdad y aprovecharse de ella. El poeta Simónides se negaba á celebrar la victoria de un tiro de mulas; le repugnaba empuñar la lira para cantar á *semi asnos*. ¿Era una añagaza para obtener por sus versos un precio más elevado? Se aumentó la suma; el poeta cantó sin escrúpulos: «Salud, hijas de las yeguas, de pies rápidos como la tempestad.» Sin embargo, observa Aristóteles, «también eran hijas de los asnos».

Cada cual, según el caso, ve las cosas por un cierto lado. Los mismos focios son abrumados por Esquino, dulcemente tratados por Demóstenes; su sacrilegio se convierte en «acción no equitativa». El inocente Timarco es muy de compadecer: «¡Que en la flor de la edad, á un ciudadano distinguido por su figura y que, no previendo á qué sospechas expone la belleza, haya llevado una conducta algo ligera, le acusa Esquino de prostitución!» El autor del *De oratore* (II, 72) recuerda, no sin cierta satisfacción, su arte en exagerar ó atenuar las partes débiles ó ventajosas. Esquino y Demóstenes practican este método, sin confesarlo. Los tres talentos dados al Estado por el amigo de Ctesifonte se reducen, en labios del acusador, á cien minas. Demóstenes fué aún menos reservado. Las faltas, motivo del destierro de Alcibiades, eran pecadillos al lado de los atentados de Midias. Alcibiades mutiló los Hermes, impiedad digna de rigor; ¿pero no es más

grave que esa mutilación el derrocamiento de todas las cosas sagradas, crimen manifiesto de Midias, agresor de Demóstenes? Alcibiades abofeteó á Taureas en sus funciones de coregio: «pero era un coregio que pegaba á otro coregio». Entre colegas, esas vivezas no tienen, por lo visto, consecuencias... Quien quiere probar mucho, no prueba nada; el arte indiscreto se hace traición, y la exageración inspira desconfianza al juez, como el bebedor desconfía de los vinos con mezclas. Los griegos sobresalían de toda suerte de falsificaciones; pero aquí el fraude es transparente y denuncia al falsificador.

II. Pascal creía en los testigos que se dejan degollar; no siempre hubiera sido prudente en Atenas dar crédito á los testigos que ostentaban sus heridas. Ulises, disfrazado de mendigo, completó el disfraz cubriéndose de «manchas vergonzosas». Pisístrato, gran admirador de Homero, y sin duda también del hijo de Sísifo, se hiere á sí mismo y hiere á sus mulas (que no pueden declarar), y se lanza á la agora; acaba de librarse con gran trabajo de una tentativa de asesinato; ¡que te dé una guardia el pueblo!—Y el pueblo, engañado, se la concede. Fieles á una tradición convertida en clásica, los atenienses, por codicia ú odio, se laceraban con sus manos; uno ruega á un médico que le dé unos cortes en la cabeza, otro se la lastima él mismo; serán otras tantas pruebas contra el adversario.

Quien se desfigura así el rostro, para vencer á un antagonista ó sacarle dinero, no vacilará en desfigurar la verdad. Un personaje moderno, por confesión propia, usaba de su imaginación cuando le faltaba la memoria. Los áticos son también poco escrupulosos, y la verdad exacta no les preocupa gran cosa. En la

Antídosis y el *Panatenaico*, Teócrates hace sobre un mismo hecho dos afirmaciones contradictorias: aquí los tebanos rechazaran, allí concedieran la sepultura á los argeos. ¿Creéis que el retórico se muestra perplejo? «No vayáis á pensar que no me doy cuenta de que digo aquí lo contrario de lo que escribí en otra parte. No creo que ninguno de los que pudieran hacer esta observación sea tan poco ilustrado ó tan mal intencionado, para no estimar que he dado una prueba de cordura al hablar entonces de una manera y hoy de otra. Tengo lo que acabo de decir, por bien dicho y completamente oportuno.» (En la época en que compuso el *Panatenaico*, Atenas y Tebas, enemigas seculares, combatían á Filipo de concierto. De aquí una retractación favorable á útiles aliados.) Teócrates hacía esta confesión con una desenvoltura instructiva á la edad de noventa y siete años. ¿A qué aguardaba para ser serio? Aunque viva tres edades de hombre, el ateniense continúa siendo ligero, y su ligereza es burla de la verdad.

No son más afectos á ella los oyentes; entre éstos y el orador queda siempre sobreentendido que el arte y el triunfo importan ante todo, y que conviene aceptar las afirmaciones más categóricas á beneficio de inventario. La mentira forma parte del derecho de la defensa; es el arma natural de los acusados: «Ya lo sabéis, desde que existen hombres y procesos, á ningún culpable se le ha condenado nunca por confesión propia. Se emplean el descaro, las negativas, las mentiras; se forjan pretextos, se hace todo para escapar al castigo.» Esta observación ingenua de Demóstenes no solamente confirma el adagio de que «no hay asunto que no tenga defensa», sino que recuerda el empleo que los oradores griegos hacían diariamente de toda

suerte de ficciones. El interés y la retórica conspiraban en ensalzarlas.

Aunque reservando los derechos de la moral, que admite solamente las causas justas y los argumentos fundados en la verdad, Aristóteles no teme entrar en el detalle de las reglas de la retórica, de la mentira. Quiere enseñar no á servirse de ella, sino á refutarla. El motivo es laudable, y el orador, convenimos en ello, hecho para alegar el pro y el contra por todos los medios, no será necesariamente por esto un hombre indigno. «Es preciso, decía San Francisco de Sales, tener las riquezas en nuestra bolsa, no en nuestro corazón.» Solamente con esta condición no envenenan nuestra alma, del mismo modo que á un farmacéutico no le perjudican los venenos que tiene en su farmacia. Así también, sin duda, el orador podrá guardar recetas malsanas en su mente, para descubrir las en caso de necesidad, sin admitirlas en su estimación. Desgraciadamente, el retórico, tan bien instruido en el manejo de estas armas prohibidas, se verá fácilmente tentado á servirse de ellas. Huid de la mentira; pero he aquí una receta para mentir de *incógnito* y con provecho. ¿No es esto exponer al discípulo á la tentación? ¿Es seguro que distinguirá la teoría de la práctica, como hay que distinguir en Aristóteles al preceptor que habla en su nombre del sabio, entregado por entero á su genio analítico?

El filósofo, fríamente, disecciona los vicios del espíritu y del corazón humano; expone su corrupción, sin soñar siquiera que se le puede acusar de corruptor, y la pureza de sus intenciones le cierra los ojos sobre los peligros de su obra. Todo es sano para los sanos, decía madame de Sevigné; la proposición corolaria es igualmente cierta. Ahora bien; ni la retórica ni la

política de Aristóteles han instruido siempre á personas perfectamente honradas. Más de una vez el Estagirita expresó en términos conmovedores la simpatía del hombre por el hombre y la belleza moral de la filantropía. Esto no impide formular en dos ocasiones, á título de argumento, este precepto, digno de Maquiavelo: «Es un insensato el asesino del padre que deja la vida á los hijos.» En otro lugar indica los motivos que se pueden alegar para alabar al *perro* (animal admitido en el cielo, en el zodiaco), ó al *ratón* (*mus*, radical de misterios). Aristóteles ni era copista ahora, ni depravado antes; indica los instrumentos adecuados para tal ó cual tarea, sin detenerse á juzgarlos; inventaría sin apreciar. No hay lugar aquí para censurar, sino para lamentarse. Aristóteles se hace pocas ilusiones sobre la virtud humana. «En general, dice, los hombres hacen el mal cuando pueden hacerlo.» La multitud, según él, es incapaz del bien y de educación. ¿Por qué el autor de estas sentencias, severas hasta la injusticia, no previó el abuso que la malicia humana podía hacer de análisis curiosos, harto desinteresados?

El foro ateniense justificaba, y con creces, el término de *malicia* aplicado por Aristóteles á la elocuencia judicial, y la poca estimación de que eran objeto los abogados. La profesión de logógrafo era necesaria en Atenas; se hubiera sentido mucho su falta, y despreciaban á quienes lo eran. Una de las injurias que cambian los oradores, es la de logógrafo. Tal descrédito tenía varias causas: la desconfianza de un arte poderoso, que prometía la victoria hasta á las malas causas; el carácter de venalidad afecto á una institución que se transformaba pronto en oficio; la moralidad justamente sospechosa de sus procedimientos pro-

fesionales ú oratorios. Demóstenes, hablando en su nombre ó en nombre de los clientes, se expresa muy modestamente sobre el poder de su elocución; trata de disimularla, por miedo de despertar la desconfianza del tribunal. El adversario se encarga de desenmascarar esa falsa modestia. Guardaos, pues, de las habilidades de Demóstenes: mágico consumado, hace de las cosas todo lo que quiere con ayuda de las palabras; su elocución es el triunfo escandaloso del prestigio. Esquino, á su vez, en medio de los ultrajes ignominiosos de que está cubierto, se indigna, sobre todo, al oír que se compara la suya con la melodía de las sireras (cosa mejor que ninguna para perjudicarle en el ánimo de los oyentes). ¿Es tolerable que un logógrafo, lleno de palabras y de frases «artificiosas», acuse á otro de saber manejar el lenguaje? ¿No es sabido que Demóstenes inicia á la juventud en los fraudes de la retórica, y los ejecuta él mismo con el descaro de un charlatán que se ríe á escondidas de la credulidad de su público? De vuelta á su casa hay que ver cómo el habilidoso individuo se alaba ante sus discípulos de la destreza de sus escamoteos. (*Contra Timarco.*)

Los atenienses hacían gustosos el oficio de defensor retribuido, pero desaprobándolo como ilegal. Isócrates siguió al principio las prácticas de los logógrafos; citado á menudo ante los tribunales como violador de la ley que prohibía el empleo de los artificios en las causas, renunció á escribir discursos y se limitó á componer tratados de retórica. También la profesión de retórico era considerada sospechosa como todo contrabando, y sus productos, harto á menudo adulterados, sofisticados, eran ávidamente buscados en secreto y repudiados públicamente. Pobres como su suelo,

los griegos se hacían soldados, ó logógrafos, ó piratas, mercenarios de la pluma ó de la espada. La opinión pública era más indulgente para los piratas del mar que para los de los tribunales. En el mismo discurso (*Contra Aristócrates*), Demóstenes perdona á Caridemo, necesitado en su juventud, que robará con su bergantín á los aliados de Atenas, y denigra á los retóricos como una plaga de la patria; recuerda las imprecaciones del heraldo contra el orador que tienda un lazo á los consejos de la nación ó á los heliastas.

Ni los códigos humanos, ni las amenazas divinas, tenían fuerza para reprimir un mal cuya extensión permiten medir las leyes draconianas de Platón. ¿Se prueba un embrollo en un abogado?, suspensión temporal. ¿Reincide?, la muerte. ¿Se ha hecho reo de codicia?, la muerte. El logógrafo deberá defender siempre la buena causa y gratuitamente. Teopompo decía de Atenas, que era un hormiguero de poetastros báquicos, de marineros, de vagos, de sicofantes, de testigos falsos y de ujieres mentirosos. «Préstame tu testimonio», era ya una frase proverbial en Grecia. Se necesitaba haber sufrido tres condenas como falso testigo para incurrir en infamia. La justicia ateniense se rodeaba, bajo este aspecto, de precauciones de mal augurio. El acusador en materia de homicidio, ante el areópago, prestaba juramento en pie, rodeado por despojos consagrados de un carnero, de un cerdo, de un toro, inmolados con arreglo á ciertos ritos; pronunciaba sobre él, su familia y su raza, imprecaciones extraordinarias y terribles. «Este aparato temible, dice Demóstenes, no basta, sin embargo, para que se le crea.» Esta cándida afirmación permite apreciar el grado de confianza de los jueces en los juramentos ordinarios. «Aun cuando un perjurio me

hubiera asegurado la condenación de mis perseguidores, no la hubiese querido á tal precio; respeto demasiado los tribunales, y la protección de los dioses me es más preciosa que todas las alegrías de la venganza.» Esta protesta es de rigor; así lo exigen las costumbres oratorias, muy diferentes aquí de las verdaderas costumbres.

Un cliente de Demóstenes, Crysipo, escucha dos testimonios de Lampis, el uno ante el tribunal, el otro ante un árbitro. Como este último testimonio es contrario á su causa, lo rechaza con esta distinción: «Jueces, no es lo mismo declarar en falso ante vosotros que ante un árbitro. En el primer caso, en efecto, amenaza al testigo falso una gran cólera y venganza; en el segundo, es apenas un delito que no ofrece peligro (*Contra Formion*).» Calístrato invoca en su favor este singular argumento: «Olimpiodoro niega que yo sea asociado suyo; la prueba de que lo soy está en que, en una circunstancia memorable, le ayudé ante los tribunales con un falso testimonio.» Y el honrado demandante recuerda todas las mentiras de Olimpiodoro y de sus testigos. «Todo esto estaba concertado entre nosotros.» Nuestros intereses eran, pues, comunes evidentemente; luego estábamos asociados...» Y, en efecto, eran dignos de estarlo. He aquí una manera singular de abogar por su causa y de recomendarse á los jueces.

El género deliberativo, dice Aristóteles, es más noble que el judicial. No le costaba mucho trabajo serlo, en tales condiciones, y sin embargo, confesémoslo, si lo fué en Atenas, lo debió á la elevación de los asuntos familiares de la elocución política más bien que á la pureza de los medios empleados por los oradores. La tribuna, al confundirse continuamente con

el foro, tomaba de éste sus pasiones y sus más sospechosos procedimientos de discusión. Si las *Filípicas* de Demóstenes fuesen el único monumento de su elocuencia política, la gloria del orador no hubiera alcanzado la altura á que le llevaron sus debates con Esquino; pero la del hombre no hubiese perdido nada. Aquellas arengas, solamente impregnadas de patriotismo, son verdaderas y generosas, y dignas de recibir por epígrafe las palabras con que Tucídides calificó al hombre de Estado. El resto de su obra (sin hablar del logógrafo), no ofrece en el mismo grado la alianza de la belleza artística y de la belleza moral. Frente al macedonio, Demóstenes es el modelo eterno de los oradores y de los ciudadanos. Frente á su rival Esquino, sigue pareciendo el primero de los oradores; pero se revela como abogado ateniense y lleva el sello de costumbres detestables consagradas por los hábitos de la ciudad: en todo tiempo (Voltaire la sintió y confesó) fué difícil no aullar con los lobos.

III. Los atenienses asistieron con demasiada asiduidad á las escuelas de los sofistas, para no haber contraído en ellas hábitos difíciles de desarraigar. Se les dijo, y poco faltó para que gentes hábiles lo probaran, que por la virtud del discurso, si no en sí mismas, las cosas son lo que parecen ser; todo es opinable, todo es posible; en lugar de pruebas convincentes, de razonamientos perentorios, usemos, pues, si es preciso, de conjeturas plausibles, de probabilidades especiosas. Así, el orador argumentará sobre un rumor público, realmente propagado ó forjado por él, sobre presunciones desfavorables para el adversario. ¿Por qué Aristión no sería el emisario secreto de Demóstenes ó Alejandro? La calumnia es un poco fuerte, pero

la palabra es muy poderosa también. Lo esencial es, á fuerza de habilidad, hacer verosímil lo que menos es. Esquino quiere establecer que Demóstenes ha sido cómplice de Filócrates, aserción bastante increíble, no se le oculta; pero no es esta, á sus ojos, una razón para renunciar. Los sofistas hacen aceptar el elogio que Busiris hace del polvo, de la fiebre: nos es más imposible acreditar la opinión paradójica de que el orador de las *Filípicas* es el amigo apasionado de los macedonios. ¿De qué sirve el discurso, sino para esclarecer las cosas oscuras, oscurecer las cosas claras, y dar á los objetos todos los aspectos que se quiera?

Según Quintiliano (II, 17), Cicerón se alababa de haber cegado de tal manera al tribunal, en el proceso criminal de Cluencio, que le redujo á no ver por más ojos que por los del orador. Los oradores de Atenas hubieran podido hacer á menudo semejantes confidencias. Quien no retrocedió ante el esfuerzo que se necesitaba para sostener el filipismo de Demóstenes, invención «muy próxima á la locura», puede atreverse á todo. Los atenienses son, por lo demás, excépticos; tienen sus razones para no creer en la virtud incorruptible de las gentes. Estas disposiciones animan á intentarlo todo sobre su indiferencia moral y su credulidad; y además, el auditorio de Pnyx no es el del areópago. Aquí Esquino ha visto á muchos informantes sucumbir, á pesar de su elocuencia y la autoridad de sus testigos; otras, sin testigos, y á pesar de un lenguaje inexperimentado, triunfaban: la venerable asamblea no se inclina ante los discursos bellos (*Contra Timarco*); ante los heliastas, la palabra puede reinar como soberana. Ahora bien, ¿ha detenido nunca el escrúpulo la ambición de reinar?

Señalábase la pena de muerte contra todo ciudada-

no que se apoyase en una ley falsa. En la práctica, el juez se veía obligado á prescindir de un rigor que, ejercido exactamente, hubiera podido diezmar rápidamente el foro y la tribuna. «Las leyes hacen las costumbres de un Estado.» Demóstenes hubiera podido añadir que las leyes sin las costumbres no tienen fuerza ninguna. Entre los atenienses eran mucho menos que entre los modernos la expresión y el fruto de las costumbres; y hasta en muchos puntos se avenían mal con ellas. A pesar de la amenaza del suplicio, se falsificaban á menudo, y hasta se forjaban los textos de las leyes y de los decretos. Esquino y Demóstenes se acusan mutuamente de falsarios, y con todo, apelan á los registros públicos, testigos irrefutables de los hechos incriminados. Esquino, sobre todo, los apostrofa con veneración: «Bella, atenienses, bella es la institución de los archivos públicos. Inmutables, no se doblan á las metamorfosis políticas, sino que permiten al pueblo que desenmascare, cuando guste, á los hombres que, tras una administración criminal, se disfrazan de repente de ciudadanos virtuosos.» ¿Es esto una ironía, ó hay que admitir que la colección de las leyes atenienses, llena de disposiciones contradictorias, era un arsenal en el que cada cual podía encontrar las armas que necesitara? Esta explicación no bastaría á esclarecer las contradicciones evidentes de varias de las afirmaciones de los dos adversarios. Así, Demóstenes se alaba de su integridad en las mismas circunstancias en que, según Esquino, estaba convicto de haber escamoteado una escuadra más poderosa que la que venció á los lacedemonios en Naxos. El cuerpo del delito no es, sin embargo, de un fácil disimulo. Demóstenes acusa á Esquino de haber intentado el proceso de Ctesifonte mucho tiempo después de

los acontecimientos, mientras que antes «no le había acusado ni perseguido nunca». Esquino le da un mentís formal, y recuerda diversas circunstancias en las que no solamente acusó, sino que convenció con brillantez á Demóstenes de sacrílego, de corrupción y de robo. ¿A quién creer? Seguramente uno de los dos es un embustero descarado. Tal vez lo fueran ambos, alternativamente, y merecen la calificación de oradores de mala ley, aplicada por el acusador de Timócrates á los falsificadores de las leyes.

El arte de mentir parece que sobresalió mucho entre los oradores griegos. Inventan los hechos, después las pruebas de estos hechos; el encadenamiento es lógico. No basta edificar una impostura; hay que afianzarla sólidamente. La verdad se sostiene por sí misma; la contraverdad nunca tiene suficiente apoyo: «Este hombre, prestidigitador inimitable, incapaz de decir la verdad, ni aun por equivocación, tiene un método completamente original. Un hablador ordinario, cuando miente, se guarda de expresarse con claridad y precisión, por miedo de ser confundido. Demóstenes se burla de la verdad como un fanfarrón de imposturas. Miente con juramento, con terribles imprecaciones contra sí mismo. Después, cosa nunca vista, lo anuncia intrépidamente; á personas que nunca ha visto, las cita por sus nombres... No es bastante alegar como reales hechos falsos; indica el día en que se realizaron. Forja el nombre de un testigo de su invención; mimo maravilloso, engaña á los oyentes imitando el lenguaje de la verdad. Embustero, doblemente digno de vuestro odio más vivo, puesto que es perverso y falsifica los caracteres de la probidad.»

¿Qué pensar de esta acusación de mentiras descaradas y de perjurios? Fidias, dice Esquino, parece ha-

ber hecho la estatua de Minerva para proporcionar á ese hombre una fuente de perjuros y de beneficios. En la escena cómica, los atenienses se burlaban de sus dioses; en la tribuna hacían lo mismo, y la ligereza pública aseguraba al orador y al poeta una impunidad igual. Las imputaciones de Esquino turban al crítico; Ulpiano, más mesurado, le apesadumbra. Acusa á Demóstenes de arreglar á su guisa las historias que refiere, por ejemplo, la de Glaucetes (*Contra Timócrates*). En estos casos, el orador no deja nunca de apelar á la notoriedad pública en apoyo de sus invenciones. Este es un modo de convencer á cada oyente de que será, en cierta manera, vergonzoso para él, desconocer ó poner en duda lo que se imagina que es el único en ignorar. Demóstenes pone de manifiesto este artificio en el alegato *Contra Beotos*: «Lo que ignore uno de vosotros, que no lo dé como conocido por el vecino, sino que pida una prueba clara del hecho alegado.» La observancia de este concepto hubiera á veces molestado á los oradores políticos, pero conocían la ligereza de sus oyentes y sabía que con ellos era fácil componérselas.

Así como hay mentiras piadosas (Francisco de Sales las permite á su devota en interés de Dios), hay mentiras oratorias. Los griegos escribieron tratados sobre el arte de hacer reír; para componerlos sobre el arte de desfigurar la verdad, no hubieran faltado ejemplos ni en Roma ni en Atenas. Cicerón recomienda sazonar las cosas con mentirillas: *Est mendaciunculis adspergendum*. A veces no son mentirillas, sino anécdotas desarrolladas á placer. Quintiliano, maestro del abogado romano, le aventaja en este punto: redacta el Código de las «narraciones falsas»; expone la teoría de los «colores». ¡Y con qué previsora solicitud! No

te olvides, dice á su discípulo, que todo mentiroso debe tener buena memoria. Sobre todo no vaciles, cuando haya que mentir, en mentir obstinadamente. A fuerza de repetir una misma cosa, concluirás por hacer que la crean, y, ¿quién sabe?, tal vez llegarás á convencerte tú también de ellas. Sin embargo, la urbanidad romana no llegó jamás á la audacia de los áticos, y nada en la elocuencia latina, hasta en la más deliberada, iguala al episodio novelesco de la cautiva de Olinto.

«Filipo, después de la toma de Olinto, celebraba los juegos Olímpicos. A la fiesta, reunión solemne, invitó á todos los artistas dramáticos. Mientras que los obsequiaba y distribuía coronas á los vencedores, quiso saber por qué el actor Sátiros, allí presente, era el único que no pedía nada. ¿Sospechaba que era codicioso? ¿Le creía indispuerto con él? Sátiros, según dicen, respondió que no tenía necesidad de ninguna de las cosas que los otros pedían; sin embargo, solicitaría con gusto una gracia de Filipo, la más fácil de conceder de todas; pero temía una negativa. El príncipe le invita á que hable, y, en un transporte de generosidad, se compromete á acceder á todo. «Apolófanes de Pydna, dice Sátiros, era mi huésped y mi amigo; murió asesinado. Sus parientes, temiendo por las hijas, niñas todavía, las llevaron á Olinto como á un asilo seguro. Ya han llegado á la edad núbil; y desde la toma de la ciudad son cautivas tuyas. Te lo ruego, dámelas. Pero voy á decirte el uso que haré de tu presente, si lo obtengo. Lejos de sacar ningún provecho de esas jóvenes, las dotaré, las estableceré; no permitiré que sufran ningún tratamiento indigno de mí y de su padre.» Estas palabras excitaron entre todos los invitados tales aplausos y aclamaciones, que Filipo,

conmovido, concedió el presente. Sin embargo, aquel Apolófanes había sido uno de los matadores de Alejandro, hermano de Filipo.

»Con este banquete de Sátiros comparamos otro banquete, el de vuestros diputados en Macedonia, y ved si se parecen en nada. Invitados á casa de Jenofrón, hijo de Fedimos, uno de los Treinta, acudieron á ella; yo no fuí. Cuando llegó el momento de beber, Jenofrón hizo entrar á una olintiana de gran belleza, pero noble y púdica, como al final lo demostró. Aquellos hombres empezaron por invitarla dulcemente á que bebiera y tomase unas golosinas, como Iatrocles me lo contó al día siguiente. Pero poco á poco los comensales se enardecen; la ordenan que se siente á la mesa y que cante. La mujer, que ni quería ni sabía cantar, se defiende con turbación. Esquino y Frinón declaran que aquella negativa es un insulto y que es intolerable que una cautiva, nacida en un pueblo reprobado del cielo, muestre altivez. «Que venga un esclavo; que traigan un látigo.» Llega el servidor, provisto de correas; y como la mujer se lamentaba y resistía, por orden de los bebedores, muy fáciles de irritar, la desgarró la túnica y la llenó la espalda de correazos. Fuera de sí por el dolor y un tratamiento semejante, la mujer corre á arrojarse á los pies de Iatrocles. Si él no la hubiese amparado, la desdichada hubiese perecido en aquella orgia; porque la embriaguez de ese miserable es terrible. Contábase este hecho en la asamblea de los Diez Mil, en Arcadia. Diofantés lo ha traído aquí; yo le obligaré á que lo atestigüe; se ha hablado mucho de él en Tesalia y en todas partes.»

He aquí una narración patética, cuyos detalles son expresivos: Sátiros tuvo la gloria de obtener de Fili-

po la gracia de las hijas del que dió muerte á un hermano de Filipo.—Los diputados van á comer á casa de uno de los descendientes de los Treinta, opresores detestados de la ciudad.—Esquino y Frinón (ya se conoce á Frinón) desempeñan el papel principal en aquella odiosa orgía.—Al día siguiente, un hombre honrado, amigo de Demóstenes, se lo contó.—Este escándalo se ha conocido en toda Grecia.—Pero, sobre todo, ¿qué pensar de un embajador ateniense capaz de deshonorar á su patria con tales violencias y celebrar la ruina de los olintianos, mientras que la dignidad, la abnegación por la amistad y la hospitalidad, la generosidad más noble, más delicada, se encuentran en un comediante? ¿No es abrumador el paralelo para Esquino? «Y ese impuro, con la conciencia manchada por tales acciones, se atreverá á alzar los ojos ante vosotros; ¡y vendrá ahora, con su voz resonante, á ensalzar su vida! Es cosa que me indigna.»

Lo que debe indignar aquí es la audacia del narrador. Entre el arte y la mentira, el intervalo es pequeño; la seducción de un contraste injurioso impulsó á Demóstenes á la calumnia. Si se ha de dar crédito á la réplica de Esquino, debió Demóstenes pensarlo dos veces para insinuar tales mentiras al lector con mayor habilidad aún que la que tuvo para hacerlo ante los jueces. El discurso de Esquino da, en efecto, de una parte de dicha narración una versión completamente distinta; los nombres de los personajes, los hechos aparecen cambiados: «Vosotros recordáis, sin duda, los abominables artificios de retórico que Demóstenes promete enseñar á sus jóvenes discípulos, y de los que ha usado hoy contra mí. Le habéis visto derramar lágrimas, gemir por Grecia, alabar al comediante Sáticos por haber pedido á Filipo en un banquete la liber-

tad de algunos de sus amigos prisioneros, y empleados en trabajar la tierra de las viñas del príncipe. Partiendo de aquí, y alzando con esfuerzo su voz aguda y criminal, presentaba este irritante contraste: un hombre que desempeña los Carión y los Xantias se ha mostrado tan generoso y magnánimo, y yo, el consejero de una gran República, yo que daba consejos á los Diez Mil en Arcadia, no he podido reprimir mi insolencia. Exaltado por el vino en un festín que daba *Xenodocos*, uno de los cortesanos de Filipo, *arrastré por los cabellos*, y, provisto de un látigo, azoté á una cautiva, á una mujer. Si le hubieseis creído, ó si Aristófanes hubiera confirmado sus mentiras, hubiese yo sucumbido, inocente, bajo una denigrante acusación.»

El arte consumado es el que se oculta; en la primera versión, Demóstenes marcó el contraste; en la segunda, deja al lector el cuidado de hacerlo. Para dar mayor fuerza y más amenidad á la relación, lo embellece con nuevos colores. A los obreros de las viñas de Filipo sustituye las hijas de un huésped de Sátiros. Estas vírgenes núbiles vienen aquí para servir de contraste con la cautiva olintiana indignamente maltratada por Esquino.

Demóstenes, concediendo un gran valor á su invención del banquete, trataba, según Esquino, de consagrarle con el falso testimonio de un supuesto pariente de la olintiana imaginaria: «Ved cómo preparaba desde hacía mucho tiempo esta acusación. Uno de los extranjeros residentes en Atenas es el olintiano Aristófanes. Fué recomendado á Demóstenes, cuya elocuencia le habían alabado. A fuerza de atenciones y de halagos, Demóstenes quiso convencerle para que presentara un falso testimonio contra mí. Si consentía en comparecer ante los jueces y suscitar la indignación de és-

tos declarando que yo había ultrajado, en la embriaguez, á una cautiva pariente suya, Demóstenes le prometía quinientos dracmas desde luego, y otros quinientos después de la declaración. Aristófanes contestó (él mismo lo ha referido) que su destierro y su precaria situación actual había sugerido á Demóstenes la idea de una especulación no torpe; pero que se engañaba por completo respecto á su carácter; él no haría nada semejante.—Para establecer la verdad de lo que digo, voy á presentar como testigo al mismo Aristófanes. Llama á Aristófanes de Olintia y lee su declaración. Haz comparecer también á Dercilos, hijo de Autocles, y á Aristides, hijo de Euflatos. Ellos oyeron lo dicho de labios de Aristófanes y me lo han referido.» He aquí á Demóstenes confundido á su vez. ¿Pero son sólidos todos estos andamiajes de declaraciones? ¿Es seguro que la tentativa de seducción imputada á nuestro orador y la invitación al perjurio no sean ahora invenciones de Esquino? Con tales costumbres oratorias, toda suposición es posible, toda afirmación es discutible. El embarazo en que tales mentís solemnes, tales protestas jurídicas sumen al lector, es precisamente el objetivo de aquellos hábiles. ¿En dónde está el engañador? El juez lo ignora, vacila, su conciencia está turbada; perdona ó se niega á castigar. Cuando se ha llegado á esto, todo está consumado; la elocuencia ateniense se felicita de haber realizado su obra.

Sin embargo, esta vez parece que Demóstenes se excedió. Forzó los resortes de su arte; el instrumento se rompió en sus manos. «He experimentado, dice Esquino, ante la acusación que acabo de oír, primero un gran temor, después la mayor indignación, luego la alegría más dulce que jamás haya gozado. He temblado, en efecto, y este pensamiento me turba toda-

vía, ante la idea que algunos de vosotros me desconociesen, fascinados por insidiosos y pérfidos contrastes; me encontraba convulso, fuera de mí, mientras que Demóstenes me acusaba de ultrajes cometidos en la embriaguez sobre una mujer libre, sobre una olintiana. Pero me regocijé cuando le rechazasteis ese agravio; creo haber recibido en ese momento la recompensa de una vida modesta y pura.»

El adagio: *Se non è vero, è ben trovato*, absuelve siempre al poeta; á menudo el orador ateniense obtuvo tal favor otorgado por un pueblo más cuidadoso de que le diviertan ó le halaguen que de que le instruyan. Pero aun así, no hay que traspasar ciertos límites. Según Ulpiano, Eubulo, al llegar á aquel pasaje del discurso de Demóstenes, grita á los atenienses: «¡Cómo!, ¿dejaréis emplear al orador semejante lenguaje?» Los jueces entonces se levantaron y dejaron al orador. Esto último parece poco verosímil. Los atenienses hubieran dado una prueba de delicadeza moral si hubiesen levantado la sesión. Pero la cosa es dudosa. Diariamente escuchaban mentiras tan grandes y no tan bien dichas. La relación del acusador podía descubrir «al detestable sicofante», según la expresión de Esquino; ¿pero no temió el mismo Esquino que lo fuerza y la amenidad de aquel cuadro arrebatase á los oyentes hasta convencerlos? Sin duda se contentaron con acogerlo con una sonrisa incrédula, pero sin indignarse tanto. Sabemos que son muy delicados y sensibles, pero no en las cosas de pura moral. Silban una falta de pronunciación, se irritan ante un solecismo, y los toleran muy raros en la conducta. El sentido moral dimana en ellos del sentido estético. Aman en el bien una de las manifestaciones de lo bello; son virtuosos, cuando lo son, porque primero eran artistas. Demós-

tenes conocía su ciudad y la medida de lo que podía soportar. Pero lo que se toleraba al común de las gentes no se hubiera debido tolerar á Demóstenes.

Se concibe en un ateniense una mentira oratoria arriesgada para ilusionar á la multitud, como en Aristófanes una broma popular para divertir al pueblo. Pero una calumnia estudiada, circunstanciada, tras meticulosos retoques, y esto cuando se la ha visto desaprobada por la actitud incrédula del tribunal, tal desprecio de la verdad pasa de todos los límites. Demóstenes siente escrúpulos; suprime un detalle demasiado violento: *arrastrada por los cabellos*. Pone el látigo, no ya en manos de Esquino, sino en las del esclavo; pero conserva y envenena lo demás. Debe suponer que su fábula, que no engañó á los jueces, tampoco engañará al lector, y persiste en ella. Persiste en su ficción, sin hacerse ilusiones, por amor exclusivo al arte. Tal atrevimiento confirma con el candor. Demóstenes ha quitado de sus discursos ciertas metáforas que nosotros, menos áticos que Esquino, hubiéramos tal vez perdonado, y pule y repule con cariño calumnias que deshonoran á su autor.

IV. En el 33.º *Diálogo de los muertos*, de Fenelón, Demóstenes confiesa dignamente sus faltas en compañía de Cicerón. «La elocuencia es muy buena en sí misma; solamente puede ser malo el uso que se haga de ella, como el halagar las pasiones del pueblo ó satisfacer las nuestras. ¿Y hacíamos otra cosa en nuestras amargas declamaciones contra nuestros enemigos, yo contra Midias ó Esquino, tú contra Pisón, Vatinio ó Antonio? ¡Hasta qué punto nos hicieron ofender á la verdad y á la justicia nuestras pasiones y nuestros intereses! El verdadero uso de la elocuen-

cía es poner en claro á la verdad, y persuadir á los otros de lo que les es verdaderamente útil, es decir, la justicia y las otras virtudes. Esto es lo que hizo Platón, al que ninguno de los dos imitamos.» Platón excluía á Homero de su República coronándole de flores. Más riguroso con los oradores, los expulsaba sin corona. El arte de éstos envileció de tal manera á Atenas, que Platón le negaba hasta el nombre de arte. No era para él sino una habilidad, fruto de la práctica y de la experiencia. La elocuencia debería ser la aliada de la dialéctica y enseñar la verdad; persigue lo verosímil. Debería trabajar en curar á las almas, en fortificarlas con la legislación y la justicia; en vez de ofrecerles una «gimnástica», una «medicina» saludables, las corrompe con el «tocado» del sofisma, hábilmente disfrazado por la «cocina» de la adulación (*Gorgias*).

Tal elocuencia envenenada merece las sentencias despreciativas del filósofo y las burlas insultantes de los cómicos. ¿No parece, en efecto, que el arte de los sofistas, así entendido, más que para honrar á los tribunales, sirve para proveerlos de acusados? Harto dichosa sería la sofística si se contentase con medir las veces que una pulga salta, la longitud de sus patas. Pero tiene miras más elevadas: pretende confundir el bien y el mal; lo *mío* y lo *tuyo*. Enseña á no pagar las deudas, á «escamotear» los bienes ajenos. Así habla el poeta de las *Nubes*, y los oradores mismos, buenos jueces en su propia causa, no le tratan con mayor respeto. Son los primeros en difamarse, llenando sus alegatos de maledicencia mutuas; indicar al cliente de quién son los abogados anónimos, lo mezquino de su arte, la revelación de sus malas prácticas. El espectáculo de los abusos del arte que él mismo enseñaba no es tal vez extraño á esta salida de Isócrates: «De-

bemos nuestra salvación á los tebanos, como ellos nos deben la suya.» Si entendiéramos nuestros intereses, nos pagaríamos recíprocamente para celebrar asambleas, puesto que entre dos pueblos, el que se congrega más á menudo, es el que mejor trabaja para el otro.» Isócrates no tiene razón al hacer á las asambleas populares responsables de los inconvenientes de la palabra. No es la reunión, en consejo de la nación, lo que la compromete, sino la deslealtad de los oradores que, encargados de instruirla, la engañan. La elocuencia ennoblece ó degrada al orador; afianza ó quebranta al Estado, según el uso que se haga de ella. Toda arma defensiva puede convertirse en instrumento de muerte en manos infieles.

Esquino denigró á Timarco con un aserto de autoidad que puede ser algo distinto de una falsificación hábil. Tenía, ciertamente, en aquella causa una ventaja sobre su rival: acusaba á un infame, al que las circunstancias obligaban á Demóstenes á defender. La elección de Timarco, como futuro coacusador de Esquino, era imprudente. Esquino se aprovechó hábilmente de esa falta, estableciendo la cuestión previa de la indignidad del personaje. Las amistades de los oradores de la época macedónica eran á menudo más políticas que sinceras. El autor de la *Gran moral* (II, 13) piensa en esos lazos del interés cuanto permite al hombre honrado ser amigo del malo. «El malo, si es agradable, es amigo como agradable; y si es útil, es amigo como útil.» A pesar de estas distinciones, hay personas á las que lo mejor es no querer de ninguna manera. Demóstenes hubiera debido ser más circunspecto y no tratar con los Timarco. En otro concepto también, él se faltó á sí mismo. Los oradores de Atenas merecen harto á menudo la sospecha de sentimientos

análogos al de Celso: «La recompensa del abogado no es una buena conciencia, sino la victoria.» Estas flaquezas, corrientes en los oradores contemporáneos de Demóstenes, son, sobre todo, lamentables y salientes en él: genio obliga. El hombre y el polemista en Demóstenes son, pues, muy inferiores al orador de las *Filípicas* y al ciudadano. Si él se atrevió á comprometerse hasta ese punto, sin pensar que el porvenir no tendría para él la complaciente indulgencia de Atenas, ¿qué no debían permitirse los oradores vulgares? Demóstenes era, después de Focio, el orador más honrado de su tiempo; ¿qué se ha de pensar, entonces, de los otros?

Quintiliano (XII, 1), defendiendo la máxima de Catón: «El orador es un hombre honrado, hábil en hablar»; quiere responder á esta «objección unánime del público». «¿Cómo?, ¿no fué orador Demóstenes? Sin embargo, pasa por haber sido un mal hombre. Siento que mi respuesta va á levantar tempestades, y pide precauciones oratorias. Diré, pues, en primer lugar, que las costumbres de Demóstenes no me parecen de tal manera reprensibles que sea preciso dar crédito á cuanto sus enemigos han acumulado contra él, sobre todo si considero su noble conducta política y su memorable fin.» La equidad ordena aquí que se separe al hombre privado del hombre público, y que se imite al Estado, que mira los servicios y no las virtudes. «En cuanto al examen de la dignidad, añadiré sin vacilar: un Estado y un particular no deben proceder de la misma manera, porque los puntos de vista son diferentes. Como particular, cada uno de nosotros considera qué hombre es digno de su alianza, de sus relaciones; ciertas leyes, ciertas opiniones deciden del asunto. Pero una unidad, un pueblo, recompensa á

cualquiera que le sirva y le proteja. Se determina, no por el nacimiento y la reputación, sino por el hecho. ¡Pues qué!, ¿habíamos de dejar que nos ayudara cualquiera en momentos de angustia, y, una vez prestado el servicio, interrogáramos á nuestro bienhechor acerca de sus títulos? Tal proceder no sería justo.» El honrado Plutarco hace observar que, si se hubiera dado muerte á Milcíades cuando ejercía la tiranía en Quereonea; procesado á Cimón, culpable de incesto; expulsado de Atenas á Temístocles, á causa de su vida licenciosa, se hubiesen perdido las batallas de Maratón, de Eurymedón, de Artemisio, con las que los atenienses sentaron los fundamentos de la independencia helénica. Plutarco quiere establecer con esto que á Dios y á los hombres se les debe alabar por diferir el castigo de los culpables. Los filósofos *políticos* del Liceo hubieran sacado de estas líneas otra conclusión.

Las malas acciones son censurables en absoluto, pero el bien que hace al Estado el ciudadano debe eclipsar al mal moral que el hombre no virtuoso se hace á sí mismo. «En la república perfecta, dice Aristóteles, la virtud cívica debe pertenecer á todos, puesto que es la condición indispensable de la percepción de la ciudad; pero no es posible que todos posean la virtud del hombre privado.» La unidad de virtud es tan imposible como la unidad de empleo en los coros, en los que es preciso que haya figurantes y no exclusivamente corifeos. La virtud cívica y la virtud privada pueden encontrarse reunidas en un mismo sujeto, magistrado á la vez hábil y virtuoso. Pero si no lo están, conviene estimar, sobre todo, aquella que más importa al interés del Estado. Para las funciones de general, la experiencia es preferible á la probidad, porque la probidad se encuentra más fácilmente que el ta-

lento militar. Convendría pensar de otra manera, si se tratase de elegir al tesorero público. «El objeto más importante, como ya lo hemos repetido á menudo, es hacer que la parte de los ciudadanos que quiere el mantenimiento del gobierno, sea más fuerte que la que desea su caída.» «La ciudad puede y debe emplear, y hasta estimar á un hombre malo, si es útil.» Un buen cuchillo, es un cuchillo que corta.

Demóstenes fué menos honrado que Focio; ¿quién se atreverá á decir que Focio fué un ciudadano más importante que Demóstenes? Demóstenes sirvió mejor que aquél á Atenas y á la causa eternamente sagrada de la dignidad nacional. Atacado por la contagiosa enfermedad de su tiempo, presenta algunas lamentables máculas. Pero ante el extranjero siempre se fortaleció su alma. Permaneció elevado y puro en el cumplimiento del deber cívico y en la santa lucha contra el invasor. En suma; ese Demóstenes es el verdadero, el que la posteridad conoce y al que tiene derecho á admirar. La virtud por excelencia, la justicia, consiste en perseguir el bien de sus semejantes: «Muchas personas pueden ser virtuosas en lo que les concierne individualmente, y son incapaces de virtud en lo que concierne á los otros... El hombre más próximo á la perfección, no es el que emplea su virtud por sí mismo, sino el que la emplea por otro, cosa siempre difícil.» Le será perdonado mucho á Demóstenes porque amó apasionadamente á su patria. Antes que el triunfo de Antonio y de Octavio le hubiese impulsado á dudar de la virtud, Bruto, otro mártir de la libertad, colocó el busto de Demóstenes entre las imágenes de sus antepasados.

CAPITULO X

I. DEMÓSTENES MORALISTA.—II. RELACIONES ENTRE LA JUSTICIA Y LA POLÍTICA.—III. EL SENTIMIENTO RELIGIOSO EN DEMÓSTENES.

I. Demóstenes moralista.

«Estas máximas no están solamente en las leyes; se encuentran entre aquellas leyes no escritas que la naturaleza misma ha grabado en el corazón del hombre.»—*Discurso de la Corona.*)

Diversos testimonios antiguos de un valor muy discutible, hacen de Demóstenes un discípulo de Platón. Esta tradición de la educación platónica de nuestro orador parece haber nacido en las escuelas de filosofía, interesadas en reivindicar á tal discípulo. Nueve ciudades se disputaban á Homero; nada tiene de particular que la filosofía dispute á la retórica la gloria de haber inspirado al autor del apóstrofe á los héroes de Maratón, arranque envidiable, en efecto, y que Chateaubriand, por su parte, ha querido atribuirlo á la religión. Según Cicerón, Demóstenes fué el «oyente asiduo» del jefe de la Academia. El autor del *Orator*,

creo encontraba la prueba en las cartas de Demóstenes. Cierto es que las cartas atribuidas á Demóstenes, y que se suponen escritas (salvo la quinta) durante su destierro, expresan pensamientos elevados y generosos; pueden, en suma, no parecer indignas de un discípulo de Platón. Pero una de esas mismas páginas encierra conceptos que, en boca de Demóstenes, serían su propia condenación. El autor exhorta á Heracleodoro que preste su apoyo al acusado Epitimos, en vez de perseguirle con encarnizamiento: «Sé que estás formado en una escuela sinceramente ajena á la codicia, á las prácticas desleales de las malas pasiones y que tiende en todo al soberano bien, á la suprema justicia... Un discípulo de Platón, pongo por testigos á los dioses, que se atreviera á mentir y á mostrarse malévoló con un solo hombre, sería muy culpable.» El filósofo de *Gorgias* no hubiera desaprobado al orador de las Filípicas, ni aun al del discurso de la *Corona*; pero hubiera, sin duda alguna, enviado al polemista y al logógrafo á las oficinas de los sofistas. Si Demóstenes fué discípulo de Platón, lo fué en ciertas circunstancias, como Voltaire fué discípulo de los padres jesuitas.

Si Demóstenes no siguió las lecciones de la Academia, aprovechó la lectura de los diálogos platónicos. Se reconoce esto (tomamos los términos de Cicerón), en la majestad de su estilo (*granditate verborum*). Quintiliano (XII, 10), refutando á los oradores indiscretos, á cuyos ojos la frialdad y la sequedad son títulos para la reputación ática, recuerda, con razón, que ni Lisias, ni Andócido, enseñaron á Demóstenes la sublimidad política de sus arengas. El discípulo de Iseo aventaja aquí á su maestro y va á inspirarse en fuentes más cálidas y más profundas. Pericles recibió de

manos de la filosofía sus armas mejor templadas. Del mismo modo, Demóstenes debe al estudio de la obra platónica, una cultura general, cuyo sello lleva manifiestamente el orador del deber. Puede, por lo tanto, verse en él, bajo este aspecto, á un discípulo de Platón. Ir más allá sería una exageración refutada pronto por varios de sus discursos. Los filósofos *políticos* de la nueva Academia y del Liceo, he aquí sus maestros más frecuentemente escuchados. Cicerón atribuye la mayor parte de la elocuencia de Demóstenes á la filosofía, ¿pero á qué filosofía? A la excéptica Academia amiga de las controversias contradictorias. ¿Es esto ser verdaderamente filósofo? Demóstenes no lo fué más que el amigo de Atico, pero, como éste, ganó mucho con practicar los escritos filosóficos.

El estudio asiduo de Tucídides, los hábitos tradicionales de la elocuencia griega, la gravedad de las circunstancias y la del carácter de Demóstenes, contribuyeron, tanto como las lecciones de filosofía, á imprimir á su elocuencia una gravedad moral de poderoso efecto. «¿Por qué, Leptino, no hemos de pensar en lo por venir?—Porque, por Júpiter, nos encontramos lejos de la previsión de semejantes conjeturas.—¡Ojalá que pudiéramos estarlo siempre, atenienses! Sin embargo, somos hombres; guardémonos de palabras y de leyes que podrían despertar á Nemesis. Esperemos la felicidad, pidamósela á los dioses, pero pensemos también en la ley común á la humanidad. Lacedemonia no hubiera creído nunca verse en el estado en que se encuentra (su derrota en Leuctres la puso á los piés de Tebas); y Siracusa, esa antigua democracia que impuso tributos á Cartago, que dominaba en todos los pueblos circundantes, que venció las flotas de Atenas, no preveía que un escriba solo, un

siervo, á lo que dicen, le impondría el yugo de la tiranía (Dionisio el antiguo). ¿Hubiera imaginado el Dionisio de nuestros días que con una barca y un puñado de soldados, expulsaría Dión al amo de tantos trirremos, de tropas extranjeras y de ciudades? Sí, no hay duda de que lo por venir está velado á todos los hombres; causas pequeñas operan grandes revoluciones. Preciso es, pues, moderarse en la prosperidad y precaverse para lo por venir.» Los acontecimientos debían confirmar las reflexiones morales del joven orador, y hasta sobrepasarlas con mucho. ¿Podía, en 355, prever que un hombre de Pella destruiría la independencia helénica, que un adolescente macedonio, en menos de ocho años, sometería todo el Oriente á su imperio?

Más adelante, testigo de los reveses que poco á poco encaminan á la ciudad de Minerva á su ruina, Demóstenes se arma contra los desfallecimientos públicos apoyándose en los desastres mismos que los han provocado. Exhorta á Atenas á que saque su salvación de su adversidad: «Os han hecho, atenienses, una descripción fiel, pero no debéis dejaros consternar por la desgracia. Reflexionad que el desaliento no es ni ventajoso para la crisis presente, ni digno de vosotros; lo que es digno de vuestra gloria es considerar que vuestro deber está en reparar el daño por vosotros mismos. Si la elevada idea que tenéis de Atenas no es una ilusión, es preciso que os mostréis superiores á los otros hombres en medio de vuestros reveses. Mis más vehementes deseos hubieran sido que semejantes acontecimientos no hubiesen consternado á la ciudad, y que la fortuna apartara de ella tanta desdicha. Pero si la cosa tenía que ser, si el destino lo había resuelto, estimo ventajoso que los sucesos se hayan desarrollado

de esta manera. En efecto, la Fortuna tiene cambios rápidos; pasa fácilmente de un campo á otro. Las derrotas, obra de la cobardía, son las únicas constantes en su estabilidad. Creedme, vuestros mismos vencedores no ignoran que, si queréis, si este fracaso os despierta, no es posible decidir aún si este suceso les es favorable ó adverso. Si el triunfo les embriaga, su victoria puede cambiar muy pronto en vuestro favor. Porque cuanto más confiado sea su desprecio, más rápida será su caída... Ninguno de vosotros, atenienses, ha pensado tal vez por qué la adversidad es mejor consejera que la dicha. La razón está en que el hombre feliz no teme nada; no se cree amenazado por los males que le anuncian; al contrario, el infortunio nos pone ante la vista las faltas de que ha sido el fruto, y nos hace, para lo por venir, cuerdos y prudentes.

En el proceso de la *Corona*, Esquino empequeñece el debate, Demóstenes lo engrandece; no habla bajo la inspiración de pasiones personales poco dignas, sino en nombre de la dignidad moral. El estoico Panceio le felicitaba por sentar en la mayor parte de sus discursos que «solamente lo bello es elegible» y preferible en sí. En efecto, Demóstenes se atreve siempre á presentar á los atenienses la imagen de una virtud austera y laboriosa. Exige de ellos que prefieran lo *honrado* difícil y hasta desgraciado, á lo *útil* agradable, pero deshonroso. Una buena causa debe ser sostenida, aunque esté condenada á perecer; la necesidad más imperiosa es la del honor. «Si un dios (porque un mortal no podría garantizar tan graves intereses) os asegurara que, permaneciendo tranquilos y dejando que los asuntos sigan su curso, no veríais que al fin Filipo cayese sobre vosotros, aun en este caso, por Júpiter y por todos los dioses, sería ver-

gonzoso, indigno de vosotros, del poder de Atenas y de las hazañas de vuestros antepasados, que sacrificáis á vuestra indolencia la libertad de la Grecia entera; y en cuanto á mí, preferiría antes morir que daros semejante consejo. Sin embargo, si otro es de este parecer y os convence, pues bien, que sea, no os defendáis, dejadlo todo en el abandono. Pero si nadie abraza este sentimiento; si todos, por el contrario, sabemos que cuanto más le dejemos engrandecerse tanto más fuerte y temible será el día en que haya que combatirle, ¿con qué esperanza nos sustraemos á ello? ¿Para qué estas dilaciones? ¿Cuándo nos decidiremos, atenienses, á cumplir con nuestro deber?—Por Júpiter, cuando sea necesario.—Pero lo que se puede llamar la necesidad del hombre libre, no solamente está presente, sino que ya ha pasado hace mucho tiempo. En cuanto á la del esclavo, hay que rogar á los dioses que os preserve de ella. ¿En qué difiere de la otra? Para el hombre libre, la mayor necesidad es el temor de la deshonra, y no sé, en efecto, que se pueda imaginar nada más imperioso; pero para el esclavo son los golpes, los castigos corporales. ¡Ojalá que no la conozcáis nunca! Y hasta me repugna hablar de esto.» ¡Arriba los corazones!, era el grito del patriota y la divisa del orador.

Demóstenes conocía, como Aristóteles, las dolencias de la multitud ateniense; pero mientras que el filósofo las condenaba sin apelación, el orador político trabajaba por combatirlas. «Como la muchedumbre vive sólo de pasiones, persigue solamente los placeres que le son propios y los medios de procurárselos; se apresura á huir de las penas contrarias. Pero de lo bello, del verdadero placer, ni siquiera se forma idea, porque nunca los ha gustado. ¿Qué discursos,

me pregunto, qué razonamientos podrían corregir á esas naturalezas groseras? No es posible, *ó por lo menos no es fácil*, cambiar, con el solo poder de la palabra, hábitos sancionados desde hace mucho tiempo por las pasiones.» Al final de su carrera, se dice que Demóstenes experimentó el desaliento que inspiraba la sentencia demasiado rigurosa del moralista. Pero su vida política entera desaprobó por adelantado semejante desaliento. La obra difícil de que habla Aristóteles la realizó Demóstenes; á fuerza de hablar del honor á los atenienses degenerados, hizo que lo volvieran á sentir. Al empujar á sus conciudadanos por los ásperos senderos del bien, sembraba de espinas su propio camino y marchaba á un precipicio casi seguro.—El hombre que afronta los negocios públicos con la esperanza de corregir á sus semejantes, se entrega como pasto de las «fieras»; perecerá antes de haber servido de nada á la República, inútil para los otros y para sí mismo (Platón).» Demóstenes desafió esta profecía y la desmintió á medias; si pereció en la demanda, Atenas le debió la salvación de su honor. En este concepto, jamás flaqueó ni varió. En otros puntos, sus sentimientos no siempre tuvieron la misma firmeza. A veces, en él el político sustituyó al moralista y le oscureció.

II. Relaciones entre la justicia y la política.

«La justicia..., ni la estrella de la tarde, ni la estrella de la mañana son tan bellas.»—(ARISTÓTELES: *Moral á Nicómaco*, V, 1.)

«El bien en política es la justicia, y la justicia es la utilidad general.»—(ARISTÓTELES: *Política*, III, 7.)

Uno de los argumentos desarrollados por Demóstenes con mayor fuerza contra Filipo, es la inestabilidad de todo poder fundado en la injusticia. Intérprete de la conciencia humana, el orador de la segunda *Olintiana*, al declarar ruinoso el edificio del poder inicuo, afirma lo que debería ser, para consolarse de lo que es. En otras circunstancias, Demóstenes ha unido á las consideraciones morales los consejos de la sabiduría práctica. Tras la consagración de lo bueno, única base de los triunfos duraderos, reclamó la unión de lo bueno y lo útil. La doctrina socrática, tan pura de intención, se inclina aquí á una exageración peligrosa. A los ojos del maestro de Platón, una cosa no es buena cuando no sirve para nada.—«*Aristipo*: Luego, ¿es una cosa bella también un *cesto de recoger basuras*?—*Sócrates*: ¡Sí, por Júpiter!, y un escudo de oro es feo si el uno sirve para su uso, y el otro no.» Este sentimiento tiene, por lo menos, el mérito de la claridad y de la franqueza, cualidad de que carece la paradoja estoica: *Lo bueno es siempre útil, es lo único útil*, teoría fundada sobre un equívoco, en el que se confunden la utilidad moral y la utilidad práctica.

Por ambas partes hay engaño; Sócrates y el Pórtico han falseado la verdad. Demóstenes se encuentra en el justo medio, al decir: «Hay siempre que tender á la justicia y practicarla; pero, al mismo tiempo, buscar los medios de identificarla con el interés.» El político se guarda de las especulaciones ideales, y tiene en cuenta la realidad de las cosas. Persigue á un mismo tiempo lo bueno y lo útil; ¿qué más se le puede pedir?

La divisa política de Hobbes era la frase de Plauto: «El hombre es un lobo para el hombre»; el estado natural es el bandidaje. Puesto que los hombres son inclinados por instinto á destruirse, necesitan un vigoroso déspota capaz de constituir el orden y la sociedad.—Aristóteles no ha visto con los mismos ojos la naturaleza humana. «El hombre, dice, es un ser sociable; la justicia es «lo que es útil á la mayoría», y así entendida constituye el bien político. El pensamiento de Demóstenes no es menos generoso que el del Estagirita. La justicia, á sus ojos, reside en la defensa de los oprimidos. Tal ha sido siempre, tal debe ser la política de Atenas. Los megalopolitanos (Arcadia) invocaban el socorro de Atenas contra Lacedemonia, á la sazón aliada suya. Esparta se apoyaba en esta alianza para disuadir á su rival de socorrer á la ciudad atacada. «Admiro á los que pretenden que, por nuestra alianza con Arcadia, se mostrará Atenas inconstante y pérfida. Pienso todo lo contrario, atenienses, porque nadie negará, se me figura, que Lacedemonia, y Tebas antes que ella, y últimamente Eubea, fueran salvadas y después recibidas como aliadas por nuestra República, siempre inmutable en un principio; ¿cuál es la libertad de los oprimidos? Siendo esto así, no somos nosotros los que hemos variado;

son los que se niegan á respetar los derechos de los pueblos. Se verá á los otros Estados cambiar incesantemente de política, con arreglo á sus interesadas miras, pero á Atenas, jamás.»

La protección de los útiles es una obligación tan imperativa, en opinión de Demóstenes, que hace de ella el criterio soberano de la justicia en las relaciones de Atenas con el exterior. Ella es, para él, la fuente del honor y el fundamento de la equidad. «Los hombres disponen como amos de sus acciones; pero nadie es bastante poderoso para dominar la opinión que los juzga, y se publica sobre el autor de un acto la apreciación á que ese acto haya dado lugar. Hagamos, pues, de manera que nuestra política se conforme con la equidad; establezcámosla sobre este principio; hagamos con los oprimidos lo que en la adversidad (¡que no nos alcance nunca!) quisiéramos que hicieran con nosotros (22.º *Exordio*).

En el discurso *Por la libertad de los rodios*, Demóstenes distingue la justicia social de la justicia internacional; pero, esta vez, se halla lejos de imponer á la última la obligación de la belleza moral. «Creo justo restablecer la democracia rodia; y justo ó no, cuando considero la conducta de los otros pueblos, el aconsejar ese restablecimiento me parece un deber. ¿Cómo esto? Porque si todos, atenienses, fueran celosos observadores del derecho, sería vergonzoso que fuésemos nosotros los únicos en apartarnos de él; pero, puesto que todos trabajan por violar la justicia impunemente, alegar nosotros el pretexto de la equidad para no emprender nada, ya no es justicia, es cobardía. En todas partes veo que la extensión de los derechos se mide por la magnitud de la fuerza... Las leyes, en una república, llaman á una igual participa-

ción de los mismos derechos á los grandes y á los pequeños; pero en el derecho público de Grecia, el más fuerte impone la ley al más débil.» Hace un momento, el orador partidario de Megalópolis ponía el derecho helénico, identificado para Atenas con la protección de los débiles, por encima del derecho estricto. Subordinaba la justicia absoluta á la justicia internacional, como sacrificaría un político moderno la exacta equidad al equilibrio europeo. El protector de la libertad rodía va más lejos, y demasiado lejos. Reconoce una moral social que depende de la equidad y una moral helénica, sometida á la ley de la fuerza. ¿Con qué fines? Quiere, dice, que todos los pueblos vean en los atenienses á los defensores de la independencia común. Vamos al fondo de su pensamiento: la supremacía de Atenas, campeón de la libertad helénica, realizará, para él, el reinado de la justicia en Grecia.

También Tucídides (VI, 89) puso ante los ojos de Atenas la obligación política y moral de erigirse en protectora de los Estados libres; es la manera más hábil y más segura para ella de combatir la preponderancia de la oligárquica Lacedemonia. Esta política concilia lo útil y lo bueno; Demóstenes celebra, á su vez, las ventajas y la magnanimidad de aquélla; pero, poco consecuente consigo mismo, después de haber dictado la ley del honor, viene á tropezar con una apología de la fuerza; no esperaba uno esta caída; ¿y qué excusa da? El espectáculo de la injusticia universal... Harto á menudo, en efecto, el ejemplo de la iniquidad afortunada, seduce; el perro de La Fontaine (VIII, 7) no resistió á ella. Se había hecho un collar con la comida de su amo, y la llevaba á la casa; un mastín le ataca; se entabla un gran combate.

Llegan otros agresores. El fiel depositario prevé su derrota; se decide á acomodarse á las circunstancias.

«Nuestro perro, viéndose muy débil contra todos ellos y que la carne corría un peligro manifiesto, quiso tener su parte; y muy juiciosamente, les dijo: No haya riña, señores; con un poco me basta; tomad lo restante. Dicho esto, se arrojaron todos sobre la presa, y cada uno sacó su correspondiente tajada.»

Así, ciertos congresos, en nombre de la justicia (distributiva), despedazan á una víctima en interés de la paz general. La máxima ateniense se encuentra entonces justificada: á cada cual según su fuerza, y no según sus derechos, porque á ninguno de los interesados le parece ventajoso el ser justo aisladamente.

Demóstenes distinguió una justicia social y una justicia internacional. ¿Hasta qué punto es legítima esa distinción, y si se admite, qué consecuencias se está en el caso de sacar de ella? En principio, la justicia no cambia de naturaleza al cambiar de escenario; que se aplique á individuos ó á grupos de individuos, á los ciudadanos de un solo Estado ó á varios Estados, permanece la misma en su esencia. El bien, según Kant, es lo que puede universalizarse impunemente. Siendo la justicia una y absoluta en sí, los principios de la justicia social deberían poder extenderse á la justicia internacional, y el derecho de los individuos, generalizado, convertirse en derecho de gentes. En el estado actual de Europa, esas dos justicias se observan muy desigualmente. La justicia social es respetada, en mayor ó menor grado, en todos los Estados; en ningún caso está autorizado el ciudadano para violarla, aun ante una violación cometida por otro en detri-

mento del primero. En efecto; si se admitiese el principio de las represalias, destruiría el orden social, cuyo mantenimiento es una salvaguardia de todos los intereses particulares mejor que la venganza ó la represión individual. El Estado está armado, para la defensa de sus miembros, de leyes que los protegen contra todo agresor eficazmente. Así, un contrato social obliga á cada pueblo aisladamente, y tiene suficientes sanciones. Por el contrario, todavía no se ha podido redactar un contrato internacional que se imponga á Europa en análogas condiciones de eficacia y duración. Tiene tratados, convenios temporales, harto semejantes á simples treguas. Carece de sanción capaz de prevenir los delitos, de reprimir y castigar las violencias. Si un Estado de Europa viola la justicia para perjudicarnos, ¿tenemos derecho á violarla también para asegurar nuestra defensa? Tal violación es lamentable, porque el mal siempre es mal, y nada lo modifica ni lo transforma en absoluto. ¿Pero no es excusable? El pacto temporal y precario que ligaba (suponiendo que existiese) á los Estados entre sí, se ha roto; al orden consentido, sucede la anarquía; á la ley diplomática, la ley de naturaleza. Pedir á la injusticia un recurso contra la injusticia, es anormal, inmoral, desde el punto de vista de los principios, pero lícito prácticamente, puesto que la necesidad lo exige. La ley civil prohíbe herir á nadie, y permite matar á un ascanio. Amenazado en su vida ó en su honor, que es una de las fuerzas vitales de las naciones, un Estado no conoce otra ley que la de su conservación, y no discute sobre los medios de asegurársela. Si no se defiende él mismo, ¿qué fuerza extranjera tendrá la misión y el poder de defenderle? Tal vez Europa conocerá algún día un arbitraje soberano,

justicia de paz universal, bastante fuerte y respetada para ventilar las querellas é imponer sus decisiones. El mundo helénico la ignoraba en tiempos de Filipo; tampoco las naciones modernas la conocen hasta hoy. Los príncipes más osados se han visto obligados, á veces, á respetar la ley, protectora común de los súbditos; la destrucción de la paz social y la pérdida de la corona hubieran tal vez castigado sus iniquidades. Contra un Estado vecino, si es débil, la violencia ofrece menos riesgos. Federico el Grande respetaba la herencia del molinero (esto era de derecho social) y robaba la Silesia (esta era su manera de entender el derecho internacional). En Berlín había jueces para un molino; ¿en dónde encontrarlos para unas provincias?

La lucha por la vida es una ley natural y generalmente legítima. Pero violar la justicia para defenderse, no es usar de la fuerza para la ruina de la justicia, ni adoptar la máxima: La fuerza vence al derecho. Demóstenes, testigo del triunfo de este detestable principio, quiso sacar de ello una razón para aplicarle: en esto cometió una falta. Estaba mejor inspirado cuando recomendaba á los jueces de la ley de Leptino que no se permitieran como ciudadanos lo que reprobarían como hombres. Ahora bien; si en las relaciones sociales es preciso que el derecho prevalezca sobre la pasión, ¿por qué querer que no sea lo mismo entre ciudades? Los Estados son como otros tantos particulares y deben tender, por respeto al derecho, al establecimiento de una asociación análoga á la que liga los miembros de cada Estado. Admitir la legalidad de la fuerza es impulsar á los individuos colectivos de que se compone la familia humana al régimen de la vida salvaje.

La idea del derecho fué, en general, débil entre los griegos. Atenas, agotados sus recursos, se lanza sobre una ciudad aliada, Oropos de Beocia, y la saquea por completo. «No fué por malhacer, sino por necesidad», tal es la conclusión moral que Pausanias (VII, 11) saca de este acontecimiento. Un predicador de moral que tiene la pretensión de ser grave, Isócrates, hace una elocuente disertación sobre la unión inviolable de lo útil y lo bueno. Después, cuando tiene que pronunciarse sobre las violencias de Atenas, he aquí la excusa con que las absuelve: «Los atenienses pensaron que entre dos extremos enojosos había que optar por maltratar á los otros antes que verse maltratados ellos mismos, y por dominar injustamente sobre los pueblos antes que dejarse dominar injustamente por Lacedemonia. Y todas las personas sensatas pensarán lo mismo; todo lo más, algunos moralistas, afectando cordura, hablarían y obrarían de otra manera.» Melos y Sciona tampoco conmueven la flema ingenua de Isócrates: «Nos acusan de haber subyugado á los de Melos, destruido á los de Sciona. A mis ojos, no es un indicio de nuestra tiranía el que á pueblos que nos hicieran la guerra, les castigáramos severamente; y, en cambio, una prueba de lo bien que gobernamos á nuestros aliados es que ninguno de los pueblos sometidos haya sufrido semejante tratamiento.» Isócrates se contenta con poco y se desdice amablemente.

La constancia de los pensamientos, sobre todo, la perfecta armonía entre la teoría y la práctica, serán siempre, sobre ciertos asuntos, raras entre los hombres. De ordinario, las retractaciones en la especulación lo son con detrimento de la moral; se piensa bien y se obra mal. A veces, los actos valen más que las palabras. Los escritos de Helvecio son de un cer-

do de Epicuro; su vida fué la de un sabio. Tales teorías han sufrido denegaciones provechosas para la verdad y el bien; el escepticismo especulativo de Kant, no atreviéndose á sostener sus precauciones ante la moral, abdica en su favor. Leibnitz cayó, de igual manera, en una feliz inconsecuencia. El autor de los *Ensayos de Teodicea* alaba á Dios por tolerar males particulares, virgen de un bien general. Porque el mal es á menudo la condición del bien: «El grano que se siembra está sujeto á una especie de corrupción para germinar.» He aquí, pues, al Creador autorizado para usar de la máxima: El fin justifica los medios, y goza del beneficio de la razón de Estado. ¿Habría que conceder el mismo privilegio á los hombres? ¡No lo quiera Dios! «La regla *Non esse facienda mala ut eveniant bona* se halla confirmada aquí. No se aprobará que una reina pretenda salvar al Estado cometiendo ni permitiendo un crimen. El crimen es cierto, y el mal del Estado es dudoso. Mas, con relación á Dios, nada hay dudoso, nada podría ser opuesto á la regla de lo mejor, que no sufre ninguna excepción ni dispensa.»—Así, pues, Dios tendrá siempre el derecho de perseguir lo mejor, aun con la ayuda del mal, porque sabe seguramente adónde va; el hombre no lo tiene; el mal que espera curar, el bien que se jacta de realizar son, igualmente, inciertos.—Y si la certeza sobre estos dos puntos se adquiriera, ¿se permitiría y hasta sería laudable el mal destinado á producir un bien discutible?—Lógicamente, Leibnitz no podría negarse á la afirmativa; pero la lógica no es siempre la cualidad dominante de los metafísicos. Leibnitz se contradice, pues, al negarse á someter al mismo principio moral á Dios y al hombre, y la prohibición que el teórico del *optimismo* hace al hombre de imitar en

esto á Dios, prueba que el sistema atribuido á Dios y el del autor son ambos muy discutibles.

Los filósofos que se ocupan de política, ó los políticos que aspiran á filosofar, difícilmente permanecen de acuerdo consigo mismos. Nada tiene esto de asombroso; los filósofos de profesión no lo son siempre más. Platón puso la justicia en el mismo número de las ideas soberanas que forman la aureola y la irradiación de las perfecciones de la Divinidad. Sin embargo, en su *República*, desconoce la justicia y la libertad hasta el punto de proscribir los derechos elementales del individuo, el instinto de la propiedad, los afectos naturales de familia. Los ahoga con el Estado «como algunas gotas de miel en una gran cantidad de agua». El genio más riguroso de la antigüedad no siempre se libró, si no de contradicciones formales, por lo menos de la divergencia de puntos de vista múltiples, aceptable cada uno en sí, en virtud de los medios y de las circunstancias, pero no fáciles de concertar.

El método de Aristóteles es diferente del de Platón. Platón permanece, por lo general, afecto á la especulación pura; siente, ó más bien, busca principios cuya fórmula es el objeto de sus *Diálogos*. Así, persigue la definición de la belleza, de la bondad, de la santidad, En el *Gorgias* examina, como filósofo, las relaciones entre la justicia y la elocuencia, y como la dialéctica le parece que es la única capaz de realizar la verdad y el bien, le inmola la retórica, que tiende solamente á lo verosímil y á la apariencia de lo útil. Aristóteles procede de otra manera: primeramente establece los principios; después, hechas estas reservas, da reglas acomodadas á la marcha corriente de las cosas. Afirma lo que debería ser; luego explica lo que es.

Así, en su *República*, empieza por lamentar, en

nombre de la verdad y de la justicia, que la humanidad haya suscitado un arte condenable en sí. Si los hombres fueran buenos, la elocuencia no le sería necesaria al orador, como no lo es al matemático y al geómetra. Pero los oyentes tienen un gusto pervertido; no se contentan con la demostración que prueba: vamos, pues, á hablar de la elocuencia y de los modos adecuados para hacer que seduzca.—La acción merece los desdenes de los espíritus sensatos; pero la muchedumbre la exige de sus oradores como de sus comediantes. Las cosas no son tales como deberían ser, sino que la necesidad se impone. Hay que respetar la ley. Sin embargo, he aquí artificios de razonamiento que sirven para negarlas, si os condenan; para confirmarlas, si os justifican. Según los casos, combatid á la ley escrita en nombre de la ley natural, ó á la ley natural en nombre de la ley escrita. Aplicad la misma táctica á los contratos y á los tratados.—La ciudad descansa en la igualdad y en la aplicación á todos de una ley común. ¿Deberán sufrirla también los grandes hombres? No. «Sería hacerles una injuria el reducirles á la igualdad común, cuando en mérito y en importancia política los ponen tan completamente fuera de comparación. Tales personajes son, puede decirse, dioses entre los hombres: nueva prueba de que la legislación no puede concernir sino á individuos iguales por su nacimiento y sus facultades. Pero la ley no está hecha para esos seres superiores; ellos mismos son la ley. Sería ridículo intentar someterles á la Constitución, porque podrían responder lo que, según Antístenes, respondieron los leones al decreto redactado por la asamblea de las liebres, sobre la igualdad general de los animales.»—La moral, considerada en sí, tiene principios inmutables. En las aplicaciones de

detalle es tan individual y oportunista como la medicina. Ya no es la regla de hierro, recta é inflexible; es la regla de plomo de Lesbos, que se amolda á los accidentes de la piedra y sigue sus contornos.

¿Se contradice el filósofo en sus diversas aserciones? Preferimos decir que se desdobra. Ve las cosas desde el punto de vista teórico; después desde el punto de vista práctico, en sus dos aspectos. El orador político no tiene que presentar así las dos caras de Jano: se atiene á la que le conviene. Omite las restricciones teóricas, y va derecho á la realidad de las cosas. Ahora bien; frecuentemente, la realidad, la necesidad política, se oponen á la verdad especulativa. Platón y Aristóteles, al aceptar la esclavitud, sufrieron ese yugo. Como la sociedad antigua descansaba en tal iniquidad, les era imposible á ellos pensar en quebrantarla en sus fundamentos. La organización política y social del Estado impedía á los antiguos ver la verdad sobre ese punto, ó, si la veían, decirla, y abogar por una causa cuyo triunfo, entonces imposible, debía ser posterior en muchos siglos al advenimiento del cristianismo.

Así, en los mejores filósofos, los principios y la aplicación de los principios, la moral absoluta y el interés político se concilian á menudo bastante mal. Los pueblos, se dice, serán felices cuando los reyes sean filósofos ó los filósofos reyes. Según esto, parecen condenados á no serlo nunca. Un rey puede ser filósofo en su fuero interno; es jefe del Estado en su consejo. Cuando por casualidad reina la filosofía, no gobierna. Un moralista teórico celebra con arrobamiento la justicia ideal contemplada en su esencia y en la perfección de su belleza absoluta: «¡Ni la salida ni la puesta del sol son tan dignas de admiración!» ...El éxtasis está vedado

al político. No contempla el mundo inteligible; trata de ver claramente el mundo real, y se esfuerza en atenuar la distancia infinita que los separa. Puesto que, por lo general, le está negado realizar el bien sin mezcla, limita su ambición á hacer el mayor bien que pueda, con el menor mal posible. Porque necesita, no atenerse á ideas, sino contar con hombres.

Observemos la diferencia del punto de vista de los antiguos y los modernos respecto á las diversas formas de la obligación moral. Los antiguos son ciudadanos ante todo; subordinan la moral á la política, y todos los deberes al deber cívico. De aquí el carácter propio del *De officiis*, de Cicerón, obra tan bella á juicio de San Cirano, que el piadoso solitario se asombraba de que hubiera podido ser inspirada á un genio puramente humano, antes de la ley de gracia. Ahora bien; esta obra es, sobre todo, un tratado de moral social. Cicerón coloca allí, en primer término, los deberes para con los dioses, y apenas hace mención de estos deberes en el resto de la obra. Es que los paganos no tenían necesidad de una moral religiosa especial, de preceptos exclusivamente relativos á las obligaciones para con la Divinidad; la servían al servir á su patria.

El Dios de los cristianos es el Dios de la humanidad. Las divinidades paganas carecían de ese carácter de universalidad. Ciertamente que Zeo extendía su imperio sobre el mundo no bárbaro entero, sin que estuviera afecto especialmente á tal nación ó cuál comarca particular. Pero, bajo él, los inmortales adoptaban de preferencia ciertos países. Tenían en la tierra un domicilio legal y á veces también moradas eventuales. Formaban parte integrante de la ciudad en la que estaban establecidos. Defender al Estado, era defen-

derles; la derrota del Estado entrañaba la derrota de ellos y los condenaba á la pérdida de su morada consagrada y al destierro. Eneas se lleva con él á sus dioses vencidos y va á buscarles una nueva patria. Así, mientras que en los modernos la fe religiosa puede no siempre estar en perfecto acuerdo con el sentimiento patriótico, en los antiguos el deber religioso y el deber cívico, lejos de contrariarse, se fortificaban uno á otro en beneficio de la patria.

Montesquieu recuerda el rasgo del persa Cambises, haciendo que sus soldados fueran precedidos de animales tenidos por sagrados entre los egipcios. Estos tuvieron «la estupidez» de no atreverse á tirar, y la ciudad sitiada fué tomada. «¿Quién no ve que la defensa natural es de un orden superior á todos los preceptos?» Así los juzgaban los antiguos. Estimaban el servicio del Estado como de más valor que la realización de tal ó cual bien moral particular. El bien público es el bien por excelencia; quien sirve virtuosamente á su país no necesita otras virtudes. A veces, la política moralista, su recuerdo de los principios de la filosofía, suaviza con una restricción el imperioso deber de sacrificarlo todo al interés del Estado: «Hay cosas infames y odiosas que el justo no hará nunca, ni aun para salvarle. Pero esta es una concesión hecha por fórmula á la idea del bien absoluto y á la máxima estoica de que solamente lo bueno es verdaderamente útil. Cicerón no ignoraba que la cordura del político no es la de Zenón; por eso censuraba á Catón que opinase siempre como en la ciudad ideal de Platón, y perjudicase á la República con esa estrecha inflexibilidad. Que la salud del pueblo sea la ley suprema; tal es, en suma, la máxima fundamental de la política y de la moral de la antigüedad.

El espiritualismo cristiano ha inspirado á los modernos una moral más delicada, y, en cierto modo, más personal que cívica. Tal príncipe cristiano ha podido poner en la misma línea el interés de su alma y el interés del Estado, á veces hasta sacrificar el interés del Estado á escrúpulos de conciencia. En 1259, por el tratado de Abbeville, Luis IX restituía, contra su voluntad, á Enrique III de Inglaterra el Limousin, el Perigord, el Quercy, el Agenois, una parte de la Saintonge. «Su conciencia le rémordía» de las conquistas hechas en Francia por sus abuelos sobre nuestros futuros adversarios de la guerra de los Cien años. Una vez emprendido este camino, ¿por qué el santo rey no fué hasta el fin? Una restitución parcial no era bastante. Lo lógico hubiera sido reducir el reino al dominio de Hugo Capeto.—A los ojos del moralista cristiano, la piedad es el todo del hombre, hasta en el trono, y no se confunde, como la piedad antigua, con el amor de la patria. El santo del cristianismo refiere todo á la salvación de su alma; el griego ó el romano de una virtud perfecta refiere todo á la salvación de la ciudad.

La antigüedad se interesa menos por el hombre considerado en sí que por el ciudadano, y le considera, sobre todo, desde el punto de vista de su papel en el Estado. La ciencia política es, á sus ojos, la ciencia *arquitectónica*. Por consiguiente, la justicia política (distinguida de la justicia doméstica y de la justicia civil) da al bien su forma más excelente. Recuérdese la definición peripatética de la justicia, lo que es útil á la mayoría. La de Platón, en la *República*, lleva igualmente el sello de un carácter eminentemente social, y no tiene nada de común con la definición: «A cada cual lo suyo.» Reside en una conveniente subor-

dinación de los tres elementos constitutivos del Estado: los filósofos que le gobiernan, los guerreros que le defienden, los artesanos, cuyo trabajo le sostiene. Esta justicia no tiene, pues, nada que ver con la igualdad de derechos ni con la libertad individual, cosas inmoladas por Platón á la pasión de la unidad; resulta de una cierta armonía, de un cierto orden necesarios, según el filósofo, á la buena constitución de la ciudad.

Las preocupaciones sociales, familiares á los antiguos, explican también la desproporción habida algunas veces entre los delitos ó los crímenes y los castigos; no consideran, sobre todo, el grado de inmoralidad de la falta, sino la medida del daño inferido al Estado. Platón condena á muerte al abogado que comercia con su palabra ó que defiende una mala causa; ¿de dónde nace esta severidad excesiva? Del deseo de curar á toda costa una de las llagas más envenenadas de la ciudad ateniense. El principio en que descansa nuestra justicia militar, en tiempo de guerra, es la *consecuencia* del delito ó del crimen cometido ante el enemigo. Condena á muerte al merodeador, á varios años de cadena al centinela vencido por el sueño. Aparte estas circunstancias particulares, la ley moderna establece la penalidad, no sobre las consecuencias posibles, sino sobre la intención. Así, no castiga como asesino al autor de un asesinato cometido en estado de embriaguez. Los antiguos estaban dispuestos á perseguir, no sobre todo la culpabilidad, sino el perjuicio causado. De aquí los procesos intentados hasta contra los objetos inanimados. Si una piedra mataba á un hombre en su caída, era juzgada en forma, condenada y arrojada fuera del Atica. Pitacos era autor de una ley que condenaba con doble pena los delitos perpetrados durante la embriaguez. Como

los delitos son más frecuentes en ese estado, la legislación tuvo en cuenta la utilidad general de la represión, con preferencia á la indulgencia relativa, debida á delito medio inconsciente. Así, el interés público parece en todas partes haber sido el inspirador, el guía de la moral política y privada de los antiguos.

La moral en sí es una é idéntica. Su esencia inmutable es el orden y la necesidad, para el ciudadano y el hombre particular, de regular á ella sus actos. Pero esta moral única encierra deberes múltiples y desiguales en dignidad. La determinación de esta jerarquía puede variar según los medios. El alma, cambiante y desigual en las manifestaciones de sus facultades en el niño, el hombre hecho, el anciano, es, sin embargo, la misma siempre en substancia. Así, lo bueno será la regla soberana, el alma de todas las acciones humanas. Sin embargo, el bien no se impondrá á todos bajo la forma de obligaciones semejantes. El político, cuya misión es proteger el orden social en el interior y la seguridad del Estado en el exterior, no debe sufrir el yugo de los mismos deberes que el particular, que no tiene que defender más que sus bienes y su dignidad moral. La política y la moral no se encuentran, por lo tanto, en contradicción, sino que, sometidas una y otra á un principio común, el bien, le realizan de diversas maneras, diversidad legítima, impuesta por la diferencia de las circunstancias y de los objetos.

En los Estados, cuanto menos concentrado está el poder político en un corto número de manos, tanto más susceptibles de una buena inteligencia son la política y la justicia. Un pastor que vela por su rebaño, tal es, según La Bruyère, «la imagen sencilla del príncipe, si es buen príncipe». Si no lo es, predica la

máxima de Fray Paolo: «La primera justicia del príncipe es mantenerse príncipe.» Este es el escollo del poder monárquico. En las democracias, en que la autoridad soberana ha pasado de uno solo á todos, también se encuentra fuera de su puesto el polo de la política. El interés y el deber están entonces de acuerdo para hacer que los mandatarios del soberano persigan el bien del pueblo, del que dependen, y cuyo interés se confunde con el de ellos. En estas condiciones, la justicia política moderna se acerca á la de las ciudades libres de la antigüedad, en las que se identificaba con la persecución de lo más ventajoso para la mayoría. Ahora bien, cuando los gobernantes y los gobernados están así unidos por la comunidad de intereses, y la dirección de la nación se confía á la nación misma, ¿quién no ve que los crímenes políticos y los desastres públicos son por necesidad mucho más raros? Aquí no hay maniobras dinásticas que comprometan la prosperidad nacional, ni diplomacia tenebrosa, ni intrigas de esas en las que el secreto del ministro no siempre es el *Secreto del rey*. La política de los parlamentos continúa siendo discreta; pero no puede ni quiere verse reducida á ocultarse; la luz de la libertad purifica.

En el ardor de la lucha, Demóstenes tuvo un momento en que perdió la visión distinta de la ley moral. Lo que más de una vez hicieron los filósofos para complacer á sus sistemas ó para ceder á las necesidades de los tiempos, el político lo hace en un arranque de indignación, ante la vista de la iniquidad universal. Soñaba para su patria la perpetuidad del poder honroso y de la independencía. A este precio parecía dispuesto á vender barata la equidad estricta. Empezar este camino es peligroso. Los que realizan los gol-

pes de Estado no dejan nunca de alegar la autoridad augusta del fin perseguido; se salen de la legalidad para entrar en el derecho; no pueden confesar que violan la ley para escapar á sus amenazas. Dios nos libre de excusar nunca la transgresión de la ley; pero hay aquí un criterio infalible para determinar la medida de la estimación que se debe al autor del atentado. Esta fórmula jurídica: ¿Quién se ha beneficiado? (*Cui bono fuerit?*) ¿Alegó el violador de la ley el bien público con la esperanza de alcanzar su propio bien? Declarémosle criminal. ¿Debla únicamente el Estado recoger los frutos del acto incriminado?; filósofos, sed indulgentes con el político; el Dios sumo que, al crear el mundo, hubo de quererle hacer lo mejor posible, le dejó, sin embargo, muy lejos de su propia perfección.

III. El sentimiento religioso en Demóstenes.

«El altar más bello, el más santo, es el corazón del hombre honrado.»—(*Contra Aristógiton.*)

«Sufre con valor lo que la Divinidad te envía.»—(*Discurso de la Corona.*)

En las épocas de crisis violentas en que el mal triunfa en los hombres, no es raro ver que espíritus selectos, turbados por los desórdenes morales de que son testigos, se interroguen ansiosamente sobre la Providencia. El epicúreo Lucrecio, espectador de los crímenes impunes del triunvirato, renegaba de los dioses y los sustituía por la ciega casualidad. Contem-

poráneo de Domiciano, el estoico Tácito dudaba algunas veces de la bondad de Júpiter, bondadoso y grande, y sentía la creencia en la fatalidad. ¿Cuáles fueron en este punto los sentimientos de Demóstenes en medio de los males de la invasión macedónica? El orador de las *Filípicas* habla siempre con admiración del poder de la fortuna: «La fortuna es dueña de todo; es el todo de las cosas humanas.» Pero una buena fortuna puede ser la recompensa de las acciones buenas. En el siglo de Aristides y de Milcíades, los atenienses, observadores fieles de la justicia en sus relaciones entre sí y con las ciudades griegas, merecieron llegar al pináculo de la prosperidad. Los dioses los protegen aun en su lucha contra Filipo. ¿Qué prueba más brillante de su benevolencia que la propicia ocasión ofrecida por el sitio de Olintia? Un dios amigo inspira al macedonio la insaciable codicia destinada á perderle al despertarse por fin á la ciudad. Sin que Atenas haya hecho nada para provocarlas, diversas circunstancias favorables se ofrecen por sí mismas. A la Providencia divina debe Demóstenes la sagacidad que le permite denunciar los planes del enemigo. La protección del cielo, con la abnegación del orador, fué el origen de la merced de la alianza tebana. «Voy á que os lean un oráculo de esos dioses que velan siempre mejor que los gobernantes por la conservación de la República.»

En otro pasaje, dice á los atenienses que tengan confianza en lo por venir: «Nosotros hemos sido siempre más justos y piadosos que Filipo.» ¿Por qué, pues, hasta ahora va mejor que nosotros? Esta objeción de los atenienses al orador, recuerda la de Luis XIV á M. de Meaux. El joven monarca conquistador de Flandes, invasor de Holanda, ha visto sus planes menos

equitativos coronados por el triunfo, y la victoria le abandona en la guerra de sucesión de España, cuando combate por la justicia y el derecho. La Providencia, respondía Bossuet, quería castigarle por haber amado con exceso la gloria del mundo, y probar dignamente su piedad. Si al injusto Filipo le va mejor que á nosotros, replica Demóstenes á sus contradictores, es porque se ocupa con más energía que vosotros de sus asuntos. «Veo que tenéis muchos más títulos que él á la benevolencia de los inmortales. Pero, confesémoslo, permanecemos inmóviles, inactivos. Ahora bien; el que no obra por sí mismo, no tiene ningún derecho á rogar á sus amigos, y menos todavía á los dioses, que obren en su favor.»

Los atenienses tardaban algo en apreciar el principio de la armonía entre el mérito y la felicidad. La adversidad les impulsa hoy á reclamar la equidad de la Providencia; antes de sufrir, no parecía que se cuidasen mucho de ella. «La justicia es lo que place al fuerte y le es útil (*Gorgias*).» Atenas profesó en otro tiempo esta doctrina públicamente. Al principio de la guerra del Peloponeso, cuando los corintios le reprochaban una egoísta ambición, sus oradores respondieron: «No hemos hecho nada que pueda causar asombro, nada contrario á la naturaleza humana, al aceptar un imperio que se nos ha ofrecido... No somos los primeros en obrar así, porque es una ley establecida en todo tiempo que el más fuerte domine al más débil... Un cálculo de interés os hace alegar máximas de justicia que no han impedido nunca á nadie que se engrandezca, cuando se presentó la ocasión de adquirir algo por la fuerza.» Este principio se invocó más abiertamente aún en la conferencia de los diputados de Atenas con los magistrados de Melos (417), para

desviar á la isla aquella de la alianza macedónica. Los atenienses lo decían: «Hay que atenerse á perseguir lo que es posible, y partir de un principio sobre el que estamos de acuerdo, y acerca del cual nada tenemos que criticarnos mutuamente; que en los asuntos humanos se somete uno á las reglas de la justicia, cuando se está obligado á ello por una mutua necesidad; pero que, para los fuertes, el poder es la sola regla, y para los débiles, la sumisión.» Los melienos: «Tenemos la esperanza, con la protección de los dioses, de no seros inferiores, al defender sagrados derechos contra la injusticia.» La réplica de los atenienses es curiosa; la fuerza es de derecho divino: «También creemos nosotros que no nos faltará el favor divino; porque no partimos, no hacemos nada contrario á lo que los hombres atribuyen á la divinidad y reclaman para ellos mismos. Pensamos, en efecto, que en virtud de una necesidad natural, los dioses, según la tradición, y los hombres, manifestamente emplean todos los medios para mandar, cuando son los más fuertes. No hemos sentado nosotros esta ley; no hemos sido los primeros en aplicarla; la hemos encontrado establecida y la transmitiremos á los que nos sigan, porque es eterna. Nos aprovechamos de ella, bien convencidos de que nadie, lo mismo vosotros que los demás, colocados en iguales condiciones de poder, no obrarían de otra manera.»

La fuerza, convertida en equidad, es una de las formas de la fatalidad; hay que resignarse á ella como á todas las cosas necesarias. «Mortales é inmortales, todos están sometidos al imperio de la ley, que con su mismo soberano establece y legitima la más extrema violencia.» En apoyo de este artículo de fe religiosa y moral, Píndaro alega el ejemplo de Hércules robando

los bueyes de Geryon. Así, un crimen *legal* no es un crimen; ahora bien; es una ley confesada por el cielo y por la tierra, que la fuerza justifica la iniquidad. En virtud de esta ley eterna, hereditaria en Grecia, Melos, culpable de fidelidad á Lacedemonia, sucumbió tras un sitio heroico. Obligada á rendirse á discreción, vió á las mujeres y á los niños reducidos á la esclavitud; y todos los meliosos en estado de empuñar las armas fueron condenados á muerte. Venganza atroz que, hasta en la misma Atenas, halló censores. «Nadie ignora que todos los hombres, hasta los que no se cuidan nada de la justicia, experimentan cierto pudor en no practicarla. Pero se alzan contra la injusticia, sobre todo cuando les ha herido personalmente.» Ese pudor faltaba á los atenienses de la guerra del Peloponeso. Ponían cínicamente de manifiesto iniquidades que la hipocresía romana veló siempre cuidadosamente; en la contienda con Filipo, se acordaron tardíamente de la justicia y de los dioses.

El pensamiento de Demóstenes parece, en general, indeciso sobre las cuestiones de moral religiosa. Grande es la dificultad para un pagano de concordar la moral con las opiniones recibidas respecto á los dioses, y conciliar la lógica de los sentimientos con el respeto de dogmas raros é ilógicos. Durante la lucha, Demóstenes se inclina á atenuar el poder del destino: necesita reaccionar contra las disposiciones de los atenienses, á imputarle todo y abandonarse cobardeamente á él. Una vez consumado el desastre, lanza toda la responsabilidad sobre el destino, y no ya sobre la incuria de la ciudad. Bossuet no es más consecuente cuando habla alternativamente de la predestinación de los príncipes y de la acción providencial cuyos objetos singulares son. Demóstenes puede vacilar ra-

zonablemente entre la fortuna ciega y los dioses. Porque la voluntad de los dioses es oscura, caprichosa, contradictoria. Antes de Salamina, la sacerdotisa Aristonia anuncia á los atenienses espantosas desgracias; poco después les da una respuesta favorable. ¿Cambió de parecer el dios, en algunos días, conmovido por la desesperación de los de Atenas? Hegesipo va á consultar el oráculo de Júpiter en Olimpia; después el oráculo de Apolo en Delfos; desearía saber si Febo será del mismo parecer que su padre. «Un dios» ha podido procurar una ventaja á los atenienses; otro dios, perjudicarles según sus afecciones particulares. En efecto; el orador declara haber experimentado «á menudo» el temor de que un genio maléfico trabajase por perderlos. A la guerra entablada bajo las murallas de Troya corresponde, según Homero, una guerra entre los inmortales. Tal vez los dioses se han dividido también en dos campos, favorable el uno á Grecia, el otro á Filipo. Los habitantes del Olimpo practican poco el desinterés de la gracia; no dan nada sin haber recibido; siguen gustosos la máxima del egoísmo. «Nada les fuerza á interesarse por los que no se cuidan de ellos.» (*Cyropedia*).

Así es, que la incertidumbre en que se encuentran los mortales de la naturaleza de las afecciones de los dioses para con ellos, y la inconstante fortuna que en su pensamiento se deriva de tales disposiciones divinas, les conducen insensiblemente á aceptar el predominio de la fortuna. ¿Quién decidirá de la victoria ó de la derrota del presunto dios protector de Atenas? Una causa desconocida de Atenas, y que la ciudad será excusable de asimilar al azar, porque para ella todo es uno.—Testigo entristecido de las victorias de Filipo, Demóstenes pudo vacilar á veces entre la cie-

ga fatalidad y la Providencia; pero salvo algunos momentos de incertidumbre dolorosa, nos parece imposible que aquel cuya muerte tuvo el sello de un sentimiento religioso tan profundo, no creyera en la justicia divina y en la recompensa de la virtud, como creía en su eficacia para asegurar el triunfo.

Si Demóstenes y Cicerón fueron grandes oradores, fué, en opinión de Chateaubriand, porque eran ante todo religiosos: «Tienen constantemente el nombre de los dioses en los labios.» No nos atreveríamos á afirmar que Cicerón los tuviese siempre en el corazón, ni aun cuando los invocaba en sus arranques más patéticos. Demóstenes, orador y político, más grave que el contradictor de Catón (*Pro Murena*), era dispuesto, por su carácter y las circunstancias, á fuertes impresiones religiosas. Es religioso en aspavientos; su piedad carece de prejuicios é hipocresías. Una sacerdotisa, Teoris, enseñaba á los esclavos á engañar á sus amos, y usaba de encantamientos para tales engaños: Demóstenes la hizo condenar á muerte. Su atrevida mano sabía, en caso de necesidad, penetrar en el santuario y apoderarse de los culpables que en él se guardaban. No era menos animoso en refutar los sofismas tomados de las casas santas por la mala fe. Leptino combate las inmunidades diciendo que no se puede, sin faltar á los dioses, dispensar á nadie de cargas mezcladas con sagradas obligaciones, argumento «muy pérfido». Demóstenes lo pondrá al descubierto: retirar las inmunidades á los ciudadanos que gozan de ellas, sería una injusticia que ningún pretexto religioso podría paliar. Es el colmo de la impiedad el tratar de legitimar una iniquidad en nombre del cielo; lo que la conciencia humana declara malo no puede ser bueno á los ojos de Dios.

¿Creía Demóstenes en los oráculos, en los augurios? Los maestros de retórica, en Atenas, enseñaban á usar de los augurios favorables, en virtud del adagio: *Busca lo ventajoso*, y á invalidar los augurios adversos. Demóstenes respetaba los oráculos de los que podía sacar argumentos en su favor; los omite ó se burla de ellos, cuando se les puede hacer hablar en contra de él. En ocasiones trata de que redunden en bien del Estado las opiniones religiosas de sus conciudadanos. Quien quiera obrar poderosamente sobre los hombres, debe serles superior y, al mismo tiempo, hablarles su lenguaje; hay que revestirse con el espíritu de sus oyentes para penetrar en él. Un mensajero especial le había informado de la muerte de Filipo antes de que la noticia se hubiese propagado por la ciudad. Demóstenes sube á la tribuna y refiere que acaba de tener un sueño, presagio cierto de una prosperidad próxima. Poco después llegó el mensaje oficial del acontecimiento predicho: los atenienses recobraron por un momento el valor y la confianza en el porvenir y en los dioses. Este artificio inocente, finamente burlado por Esquino, recuerda el de Pericles. El más hábil de los artistas que trabajaban en los propíleos de la Acrópolis, cae desde lo alto del edificio; los médicos desesperaban de su vida. Minerva se aparece en sueños á Pericles, y le indica un remedio que procuró al herido una pronta curación, prueba brillante del interés simpático de la diosa por las construcciones de Pericles. Estas ficciones no tienen nada de común con las supercherías de las que se hace un arma la ambición ó la pasión egoísta, por ejemplo, con la estratagema religiosa que se les ocurre á Megacles y Pisistrato para devolver al tirano su poder ó con la del héroe de la décima de las cartas atribuidas á Esquino.

Sócrates creía firmemente en la adivinación. Aristóteles parece haber admitido el principio, pronto á no aceptar todas las aplicaciones.—El famoso Epiménides de Creta (origen sospechoso para un adivino), no predecía, propiamente hablando, el porvenir; le presentía con ayuda de inducciones fundadas sobre acontecimientos realmente ocurridos, pero desconocidos de los demás. Esta observación particular se fortifica en el filósofo con la máxima de que los adivinos establecen sobre el pasado todo lo que dicen. Sin duda, Demóstenes acogía los augurios en la misma medida. Respetaba la adivinación, pero no á todos los que la profesan; discípulo de Tucídides, espíritu libre y viril como él, no piensa lo que piensa el vulgo. No es de la familia de los Eutifrón, sino de la de Pericles.

El sentimiento religioso, el más fuerte y el más elevado de todos, ha inspirado frecuentemente al alma su heroísmo, al genio sus obras maestras. El arte antiguo y el moderno le deben algunas de sus más bellas producciones: el Júpiter y la Minerva de Fidias; el Moisés de Miguel Angel; las vírgenes de Rafael. Ha dado á la escena francesa *Poliuto*, *Atala*, *Zaira*. Presidía todos los actos importantes de la vida pública de los antiguos. Se le encuentra fielmente reproducido en donde menos lo esperábamos: en medio de las farsas de Aristófanes. En la escena del proceso del perro Labes, apenas se inicia el rito religioso; al principio de la ceremonia judicial, el poeta se pone serio; Bdelycleon invoca á Apolo con una gravedad respetuosa y conmovedora. Sus palabras están impregnadas de la ternura de la piedad filial y de una simpatía misericordiosa hacia los desgraciados. La fe religiosa se mezclaba de igual suerte á la mayor parte de los actos de la vida privada. Los antiguos romanos no podían literalmen-

te dar un paso sin ir en compañía de un dios. Los dioses asisten al hombre aun antes de su nacimiento, y por cariño al hombre, ayudan á los seres inanimados en las diversas fases de su existencia.

El sentimiento religioso no podía abandonar á los antiguos en la tribuna. Los historiadores, los oradores latinos, demuestran que aquél fué una de las fuentes vivas de su elocuencia. Lo mismo ocurrió en Grecia. Estobeo conservó un fragmento de Eurípides, de una impiedad memorable: «¿Creéis que las iniquidades tienen alas para volar á la mansión de los dioses, que las inscriban allí en los registros de Júpiter y que éste los consulte para juzgar á los hombres? Pues no se bastaría para inscribirlo y juzgarlo todo. La justicia está aquí mismo, á nuestro lado, para quien sepa ver.» Jamás los oradores áticos se hubieran atrevido á insultar así á la conciencia pública. Antes bien, recuerdan á los oyentes el temor de la justicia divina. «Aunque vuestros votos sean secretos, no se escapan á los dioses.» (Demóstenes, *Embajada*.) Por lo general, el orador los invocaba al principio de su discurso, tradición á la que no falta Demóstenes. El discurso concluye á veces como ha empezado, por una invocación á la vez religiosa y patriótica. La religión del patriotismo y la religión misma (como ya se ha visto) se confundían en el corazón de los antiguos. Esta solidaridad se muestra en Demóstenes; Filipo es á sus ojos el enemigo de Atenas, del suelo y de los dioses de Atenas; ¡que estos dioses le aniquilen!

La divinidad en la prosperidad por los impulsos de la felicidad y del reconocimiento, pero más todavía en los reveses por el sentimiento de la humana debilidad y el efecto saludable del sufrimiento, está y estará siempre presente en el corazón del hombre. Es

difícil gobernar á los pueblos, sobre todo á los pueblos desgraciados, sin fortificarse con ellos en la creencia de la Divinidad. ¿Es, por lo tanto, sorprendente que el sentimiento religioso haya animado los discursos de un orador cuya vida fué una lucha contra el infortunio público, en medio de acontecimientos extraordinarios, «hechos para asombro del porvenir»? Demóstenes respetó á los dioses del paganismo más de lo que merecían; pero si esos dioses falibles son discutibles, la Divinidad no lo es. Obligado á luchar contra la fe interesada de los atenienses en la fatalidad, y á librarse de las contradicciones impuestas al moralista por la oposición entre la teología pagana y la moral sentida en el fondo del corazón, Demóstenes fué menos crédulo, más verdaderamente religioso que la mayor parte de sus contemporáneos. No tenía ni la pretensión ni la fuerza de sondar misterios eternamente impenetrables; pero quiso conciliar lo mejor posible la creencia en la suerte con la fe en una providencia equitativa. Concedió al destino su parte necesaria, reivindicando la eficacia de los consejos humanos y la obligación del deber.

«Hay para todos los hombres, atenienses, dos ventajas esenciales: la primera, es una estrella feliz; la segunda, menos importante que la primera, pero la mayor de todas las otras, la sabiduría de los consejos. Las malas leyes minan hasta las repúblicas que se creen más inquebrantables. En efecto, la fortuna de los pueblos no experimentaría vicisitudes si, en los momentos críticos, una buena política, buenas leyes, el concurso de las personas honradas, un examen atento de todas las cosas, los encaminaran á un estado mejor, y si, de otra parte, la negligencia de todos estos recursos no minara insensiblemente la prosperidad más estable en la apariencia. La prudencia en el

consejo y la vigilancia para no descuidar nada, elevan, por lo general, á los hombres á una brillante posición; pero les cuesta seguir los mismos procedimientos para mantenerse en ella...» En suma, que el hombre es el autor de su fortuna. Pero aunque estuviese sometido al poder del Destino, tiene un deber para consigo mismo que no puede declinar. «El hombre de corazón debe siempre ir adonde el honor le llama, cubriéndose con la esperanza como con un escudo y sufrir noblemente la suerte que la Divinidad le asigna.» Hombre de Atenas, si la fatalidad te fuerza, el deber te obliga; resignate á desfallecer.

CAPITULO XI

EL PROCESO DE LA CORONA

«Algunas veces Esquino carece de vigor, porque su palabra no es sincera.» (HERMÓGENES.)

I. El acusador de Demóstenes.

La actividad política, que fué el principal elemento de la vida de Atenas, no concluyó por completo en Queronea; expulsada del Pnyx, se refugió en las almas, que permanecieron libres. Las grandes crisis nacionales hacen que todos estén pendientes de los asuntos del Estado y avivan las pasiones políticas. Los mismos niños, en Atenas, se asociaban á ese movimiento de los espíritus. Repetíanse, en las escuelas, los nombres de los oradores asalariados de Macedonia ó de los huéspedes habituales de los emisarios del enemigo. Aprendíase también en ellas á pronunciar con respeto los nombres de los servidores de la República que permanecieron fieles á las esperanzas y á los dolores de aquélla. Puede juzgarse por esto del interés que provocó el proceso, hacía ya mucho tiempo esperado, de la *Corona*.

Esquino ha cuidado de señalar la importancia que

la opinión pública concedía al suceso. Se compromete á confundir á Demóstenes «á la faz de todos los ciudadanos que rodean el recinto del tribunal, de todos los helenos cuya curiosidad excita aquel juicio, la más numerosa multitud que, de memoria de hombre, haya acudido nunca á un proceso político». En efecto, el espectáculo era único y la coyuntura solemne. Los dos principales oradores iban á desplegar, en la más grave de las causas, los recursos de su genio y el calor de sus enemistades. En el surco de aquella justa, los dos adversarios debían discutir con sus actos la política de Atenas, agitar las cuestiones que habían apasionado á Grecia durante más de veinte años. Se trataba para los atenienses, según los términos de Esquino, de que los alabasen ó los silbasen los helenos; de que quedaran justificados de toda complicidad con un impío, violador de la paz general, ó envueltos en su infamia, y esto en vísperas de los juegos Píticos y de la asamblea de toda Grecia.

La apología de Demóstenes es su obra maestra, y á la vez la obra maestra de la tribuna y del foro. Esquino, digno rival de Demóstenes, dió pruebas de un talento maravilloso; pero á su arte le falta lo que consagra y lleva al colmo la admiración de los hombres: «el eco de un alma grande».

El acusador de Ctesifonte estaba condenado de antemano al reproche de desleal malignidad: «Un buen ciudadano no debe pedir á los jueces, congregados por intereses generales, que le sirvan en su cólera, en su odio, ni en ninguna de sus pasiones; no debe nunca subir á la tribuna animado por tales sentimientos. Lo mejor es no tenerlos en su corazón; pero si su natural se los impone, debe, por lo menos, suavizarlos, moderarlos. ¿En qué circunstancias, pues, el

político, el orador deberá desplegar toda su vehemencia? Cuando la cosa pública esté en peligro y el pueblo frente á sus enemigos; he aquí las ocasiones en que se presenta el generoso, el honrado ciudadano. Pero sin haberme jamás perseguido, ni en su nombre ni en nombre del Estado, por ningún delito público ó privado, venir hoy á acusarme, á propósito de una corona, de un elogio, agotarse sobre este asunto en largos discursos, es la muestra de un corazón venenoso, envidioso, de un alma baja, en la que no hay nada bueno. Declinar el combate conmigo, para caer sobre Ctesifonte, es el último exceso de la maldad.»

El mismo momento que Esquino elige para atacar á su enemigo es una prueba de la perfidia de su enemistad. Aun después del castigo ejemplar de Tebas, Demóstenes, y tal vez algunos otros ciudadanos, obstinados como él en el amor á la patria, pudieran conservar esperanzas. Sin embargo, cada año se había señalado por nuevos triunfos de Alejandro. Vencedor en Granica (334), en Iso (333), era dueño del Asia menor, de las costas del Mediterráneo, de Tiro, de Egipto. Esparta desafió al poder aquél, siempre creciente; esfuerzo magnánimo, pero estéril. Agis fué derrotado y muerto en Megalópolis (330). En Naxos, en Taxos, se perseguía á los ciudadanos hostiles á la hegemonía macedónica. Ya no era de temer ningún regreso de la fortuna en favor de Grecia. Esquino estalla entonces contra Demóstenes, y la intenta en regla un proceso, que había dejado dormir durante cerca de ocho años. La condenación del acusado parecía segura por la supremacía indiscutible ya de Alejandro. Iba á pronunciarse en la víspera de los juegos Píticos; ¡qué resonancia parecía reservada al triunfo de Esquino, á la humillación de su rival!

Esquino reclamaba contra Ctesifonte una multa de 50 talentos (278.000 francos, aproximadamente). Si se mide por esta suma el odio de Esquino, se le encontrará bastante fuerte. Animaba al acusador á arruinar á Ctesifonte en su fortuna, y á Demóstenes en su honor. «Si uno de los poetas, cuyas tragedias se representan después de la proclamación de las recompensas públicas, presentase en su obra á Tersites coronado por los griegos, nadie podría soportar semejante espectáculo. Porque Homero nos pinta á ese ridículo personaje como cobarde y calumniador. Y si vosotros coronáis al Tersites moderno, ¿creéis que no seréis el escarnio de Grecia?» Se jacta de que le dejarán pavonearse con su corona, en un teatro ilustre, ante los extranjeros y los helenos, en medio de los aplausos de las fiestas de Baco... Responded á esa pretensión indecente, denigrándolo.

El discurso de Esquino lleva el sello de la mezquindad de alma, que Demóstenes señala. Demóstenes gustaba de recordar á los griegos que en las guerras médicas, su patria, ávida, sobre todo, de gloria, gastó ella sola más hombres y dinero que toda Grecia: Esquino hace la cuenta de lo que ha costado la lucha contra los macedonios. Acusa á Demóstenes de haber hecho, de intento y por venalidad, que los gastos de la guerra hayan pesado sobre Atenas más que sobre Tebas, su aliada. Solamente Demóstenes es el autor de vuestros males y de los desastres de la patria. ¡Sacrificadle y os justificaréis! La bajeza de los sentimientos reales de Esquino refuta la nobleza de sus sentimientos oratorios. Respeto inviolable de la ley, abnegación á la cosa pública, necesidad de ofrecer una lección ostensible de moralidad á la juventud, amor de la concordia, homenaje á esta palabra, «la

más bella que se haya enseñado nunca», amnistía, veneración debida á los héroes antiguos, á cuyos manes indignaría la glorificación de Demóstenes; Esquino no omite ninguno de los pensamientos generosos ó de los arranques noblemente simpáticos con que puede engalanarse un orador. Pero es tal el vicio irremediable de la mala fe, que transpira siempre y hace traición á los más hábiles.

La de Esquino asoma en todo momento; la alianza con Tebas y Eubea ha sido el doble triunfo de la política de Demóstenes. Esquino ve en ella grandes males causados á los atenienses. La alianza con Eubea, comprada por Callias al codicioso Demóstenes, ha hecho perder á la República el tributo de esa isla; Demóstenes ha ganado en ello tres talentos. La alianza tan alabada con Tebas ha sido también el fruto de la avidez de aquél. Los tebanos pensaban en tratar separadamente con Filipo; Demóstenes se opone; no quiere que sean ellos los únicos en aceptar el oro del macedonio. Así, la envidia que le daba el pensamiento de una reconciliación lucrativa de los tebanos con Filipo, le decide á empujarles á la guerra; y su ruina está preparada con la nuestra.—La malicia de Esquino se vuelve contra él, al sugerirle imputaciones inverosímiles y contradictorias.—Cómplice primero de Filócrates, Demóstenes se convierte después en denunciador de aquél; estaba celoso de verle mejor pagado que él. Este aliado de Filócrates tenía, mientras tanto, según declara Esquino, un espía, Caridemo, cerca de Filipo. El mismo Demóstenes es culpable de un odio ciego contra los macedonios y mantiene con ellos inteligencias secretas. Se felicita de los peligros de Alejandro y descuida, de intento, el aprovecharse de ellos. Le censuran por *beotizar* y le imputan el sa-

queo de Tebas.—Tales calumnias sistemáticas desacreditan á su autor; toda injusticia y villanía está podrida por naturaleza y revela su corrupción por algún lugar (*Pro Corona*).

Un hombre llega un día á solicitar la ayuda de Demóstenes: decía que le habían insultado y pegado.—Amigo mío, no es cierto que le hayan pegado.—El cliente, alzando la voz: «¡Cómo, Demóstenes!, ¿que no me han pegado?»—«¡Oh!, ahora reconozco la voz de un hombre verdaderamente maltratado.» Este acento de sinceridad falta á Esquino. Por mucho que haga, su patética de retórico recuerda la escuela, pero no conmueve. La convicción, la verdad en la emoción excluyen el énfasis declamatorio: «¡Oh tierra, oh sol, oh virtud!, y vosotras, Inteligencia, Ciencia, por quienes discernimos el bien y el mal, yo he socorrido á mi patria, yo he dicho»; grandes frases sonoras, vanamente gritadas en tono trágico. Tan frío es el pasaje en el que antítesis estudiadas no logran excitar la indignación contra Demóstenes por celebrar la muerte de Filipo, á los siete días de la muerte de su propia hija, tono admirado por uno de los interlocutores de las *Tusculanas* y juiciosamente criticado por Plutarco.—«Ya que no hayáis podido ver con vuestros ojos la ruina de los infortunados tebanos, vedla con el pensamiento. Representaos una ciudad tomada por asalto..., etc.» Estos párrafos lastimeros son como escenas de melodrama; Esquino no perdona ni los temblores de la voz, ni los sollozos, y, sin embargo, nos deja fríos. Por hábil comediante que fuese... en la tribuna desempeñó mal su papel.

«Lo que más me ha llamado la atención en el curso de sus imputaciones y de sus mentiras, es que al hablar de las desgracias de la ciudad no ha derramado

una lágrima, no ha sentido en el fondo del corazón el dolor natural de un ciudadano abnegado y virtuoso. Pero ahuecaba la voz con aire satisfecho, gritaba á plenos pulmones; evidentemente creía acusarme y demostraba, á su pesar, que nuestras calamidades le inspiran sentimientos muy diferentes de los vuestros.» A Esquino le regocijaban estos desastres; eran otros tantos argumentos contra Demóstenes, y justificaciones de la sabia política del auxiliar de los macedonios. La elocuencia de Esquino dimana de la fecundidad de una imaginación fértil; tiene las habilidades y la impetuosidad del odio. Demóstenes saca la suya del fondo de su corazón; no afecta á la imaginación, sino á las entrañas. Se siente en su defensa el acento de un hombre honrado ultrajado. Gracias al papel político que le honrara, Demóstenes había de ser, hasta como orador, superior á su adversario.

Tal asunto ayuda á la elocuencia y obliga á ella; tal otro la hace singularmente meritoria. Un cliente muy comprometido es siempre difícil de defender. Ahora bien, nadie lo fué nunca más que Esquino en sus relaciones con Macedonia. De aquí su impotencia para presentar con solidez la justificación que Demóstenes reclama de él. Al principio, enemigo declarado de Filipo, se suavizó de repente; vió al príncipe, y el embajador hostil quedó en seguida desarmado. Esquino explica así su metamorfosis: «Me censuras mi embajada en Arcadia y mi arenga á los diez mil; me acusas de versatilidad, tú, esclavo fugitivo á quien se olvidó marcar el hierro candente. Sí, durante la guerra, animaba contra Filipo, en cuanto de mí dependía, á los arcadios y á los otros helenos. Pero viendo que un pueblo ayudaba á la República, que los unos esperaban con indiferencia el resultado de la lucha,

que los otros se unían á los macedonios contra nosotros, que en Atenas los oradores explotaban la guerra para proveer á su lujo diario, aconsejé á los atenienses, lo confieso, una aproximación con Filipo y una paz que crees hoy vergonzosa, tú que no has tocado nunca una espada; pero que á mí me parece más honrosa que una guerra.» En otros términos, Esquino siguió la corriente; no quiso tener razón contra todo el mundo. Lo que honra á Demóstenes es no haber seguido la oleada general.

Si quedan diez, yo seré el décimo,
y si no queda más que uno, ese seré yo.

Demóstenes, para justificar su conducta política, tiene que celebrar la de los antepasados, de quienes ha sido continuador. ¿Qué puede oponer á esto el partidario de la alianza macedónica, es decir, de la abdicación de la libertad helénica? Si exalta las virtudes de los antepasados, es para ponerlas de contraste con los pretendidos crímenes de Demóstenes, paralelo que acusa la mala fe del orador. De ordinario, tendrá que disimular mi pasado glorioso que habla contra él, ó burlarse de las alabanzas tributadas á aquél como de un vano lugar común. «Levantábanse oradores que ni siquiera trataban de decir una palabra para salvar la ciudad; pero me llamaban la atención sobre los Propíleos de la Acrópolis, nos recordaban el combate sostenido en Salamina contra los persas, las tumbas, los trofeos de nuestros abuelos.» Demóstenes, en la apología de su ministerio, que es la de los héroes de Maratón, es naturalmente magnánimo y elocuente. Por el contrario, la mayor parte de las bellezas del discurso de Esquino serán forzosamente bellezas ar-

tísticas; la belleza moral no hallará fácilmente puesto en ellas. Así lo quieren el espíritu del partido político del que es jefe y el carácter de la tesis que defiende.

Esquino, como orador, fué mejor dotado por la naturaleza que Demóstenes. No dependía más que de él ser el primer orador de Grecia; prefirió gozar de las ventajas afectas á la amistad de los macedonios. Demóstenes le arrebató la palma, á pesar de una inferioridad nativa, porque supo mantener la elevación de espíritu é inspirar los arranques de elocuencia que le han elevado por encima del pasado y tal vez del porvenir, en la generosidad del corazón. El discurso de la *Corona* es el último esfuerzo de la elocuencia ática; «realizar el ideal concebido en nuestra cuenta; no se puede soñar con nada superior». (*Orator*, 38.)

II. La piedad para con los dioses y la patria.

«Una mala acción cometida en nombre de los dioses, no es más excusable que si se apoyase en motivos puramente humanos.» — (DEMÓSTENES, *Contra Leptino*.)

Esquino comprendió la inferioridad de su causa, procuró remediarlo. Le hubiera sido difícil sacar partido contra Demóstenes de la piedad hacia la patria; quiso suplir esta falta con la piedad hacia los dioses. Esperaba atravesar con un arma divina á su adversario, reducido á socorros humanos. La táctica era hábil; el estado moral de Grecia en aquella época parecía prometerle una victoria. Cuando el cielo tiembla, el

hombre instintivamente alza los ojos al cielo. La frase de Tito Livio (V, 51) será cierta en todo tiempo: «La adversidad recordó á los romanos las prácticas religiosas». Breno, Anníbal, reavivaron el sentimiento del poder divino en un pueblo que debía su imperio á su piedad, según Bossuet; vencedores de los antiguos dioses de Roma, la obligaron á recurrir á divinidades nuevas, aunque fuesen una piedra negra. Lo característico de los grandes desastres es conmover la imaginación de los pueblos. Apenas salida de los males de la invasión alemana, Francia lo experimentó en 1870, como en otro tiempo Grecia cuando la guerra del Peloponeso. En medio de la pública angustia, solamente algunos espíritus escogidos resistieron á la reacción de esas violentas conmociones y conservaron la discreta firmeza de un pensamiento sereno. La masa de la nación estaba profundamente perturbada.

Este fenómeno psicológico se reprodujo en la época macedónica; Grecia, sometida á un hombre de Pella; el Oriente, conquistado por un macedonio de treinta años; la renovación repentina de la faz de la tierra, ¿cómo tan asombrosas revoluciones no habían de hacer que los espíritus se volvieran con más fuerza que nunca á la divinidad? ¿Qué otra mano sino una mano divina hubiera podido llevar á unas cuantas cohortes á tan increíbles triunfos? Estas preocupaciones religiosas se encuentran en el curioso alegato de Hipérides en favor de Euxenipo. Los atenienses habían repartido el territorio de Oropos entre las diez tribus de la ciudad. Hechas las particiones, se cayó en la cuenta de que el lote asignado á dos tribus estaba consagrado á Anfiraos. La piedad prohibía disponer de aquello sin el consentimiento del dios. Euxenipo, ciudadano de una edad y probidad venerables, recibió la

misión de ir, con dos compañeros, á pasar una noche en el templo de Anfiaraos. Euxenipo obedece, y al día siguiente anuncia que el señor del templo le ha significado en sueños el deseo de continuar en posesión de su territorio. Un ciudadano poco convencido de la sinceridad del soñador, le lleva á los tribunales, acusándole de haber inventado el sueño. Licurgo toma la palabra contra el huésped de Anfiaraos; Hipérides le defiende. He aquí, pues, una acción criminal establecida sobre un sueño y discutida seriamente.

Tales disposiciones de espíritu explican las páginas en que Diodoro describe los efectos de la venganza celeste, no solamente sobre los sacrilegos de Cirra, sino sobre aquellos que les secundaron ó se les acercaron; Filomelos se precipita desde una roca; á su hermano Ouomarco le crucifican. Failos muere de una consunción lenta y dolorosa (convirtió en moneda una parte de los tesoros sagrados). Falecos perece consumido en un incendio producido por fuego del cielo. Sus mercenarios son muertos ó hechos prisioneros; dos mil de estos últimos son vendidos, dos mil degollados como cómplices de un impío. La mujer de un jefe fócido llevó el collar de Helena; se ve castigada por una lubricidad sin freno. Otra se adornó con el collar de Erifil, se vuelve loca y perece en las llamas de su casa, incendiada por su propio hijo. Queronea debía más tarde castigar á Atenas, y Alejandro saquear á Tebas. «¡Así castigó la venganza divina todos los sacrilegios!» En cuanto á Filipo, «regresó á Macedonia, dejando á los griegos una elevada idea de su piedad y de su ciencia militar... Filipo, que por la ayuda prestada al oráculo de Delfos, y por su piedad para con los dioses, veía crecer de día en día su influencia, fué al fin proclamado jefe de toda Grecia y realizó así

el mayor imperio de Europa.» Diodoro, sin embargo, hizo á cuenta de Filipo la siguiente observación: «Habiéndose procurado así traidores en todos los lugares, y dando el título de huésped y de amigo á quien recibiera el oro que se le ofrecía, corrompió con sus perversas máximas las costumbres del género humano.» Justino, sin disimular tampoco la perfidia política de Filipo, hace también justicia á su piedad: «Sólo él castigó un sacrilegio que el mundo entero hubiera debido castigar. Así es que el vengador de la majestad de los dioses merecía ser casi el igual de aquéllos.»

Consultados en otro tiempo por Ificrates sobre el empleo que se había de dar á la rica captura de las ofrendas que Dionisio de Siracusa enviaba á Delfos y á Olimpia, respondieron los atenienses: «Vale más ocuparse del alimento de los soldados que de los asuntos de los dioses.» Había pasado el tiempo en que los atenienses se mostraban «impíos por mar y por tierra». La adversidad no les inspiraba la probidad piadosa que en otro tiempo honrara á Nicias; pero creían satisfacer á la divinidad sometiéndose á supersticiones tan raras, y á veces tan crueles, como las de los contemporáneos de la expedición de Sicilia.

Filipo, político perspicaz, vió muy pronto las ventajas que podía sacar de las prevenciones religiosas de los griegos. Hemos dicho ya con qué habilidad intervino en la primera guerra sagrada de la Fócida (saqueo de Delfos por Filomelos) y en la segunda cruzada contra Anfisa. Esquino, asociado de Filipo, no podía por menos de invocar también al cielo contra los adversarios del partido macedónico; invitábanle á ello los prejuicios populares y los recuerdos de su juventud. Nacido de padres pobres, vió á su madre ejercer, cerca del pueblo bajo, el oficio de iniciadora. Es-

tas prácticas religiosas eran una mistificación de los misterios oficiales de Eleusis, y tenían algo del juglarismo. Esquino desempeñó en ellas su papel. Era guapo, buen mozo; tenía una hermosa voz; esto era lo bastante para concurrir al buen éxito de las ceremonias maternas y hacer que afluyeran á la cesta mística tortas y pasteles. «El ánfora guarda por mucho tiempo el olor de que se impregnó en los primeros días.» Esquino, orador político, conservó las impresiones de su juventud. Iniciador ayudante, después actor, se preparó, con esta doble educación, al papel que se le ve desempeñar en el proceso de la *Corona*, y que le valió, de labios de Demóstenes, el elogio de que era un hábil comediante.

Aristóteles recomienda este artificio al déspota, deseoso de afianzar su poder: «El tirano debe ostentar una piedad ejemplar. Témesese menos la injusticia de parte de un hombre á quien se cree entregado al culto de los dioses, y se conspira menos contra él, porque se supone que es aliado suyo el cielo mismo. Preciso es, sin embargo, que el tirano no lleve la apariencia hasta una ridícula superstición.» Estas máximas son, tal vez, una alusión al rey de Macedonia; en todo caso, se aplican á él de todo punto. Al tomar en sus manos la causa de los dioses, Filipo ganó la suya. Esquino le ayudó, ciertamente, á ello. El día en que éste anunció en la asamblea del pueblo la condena, pronunciada á instigación suya, contra los locrios de Anfisa, por el consejo anfictiónico, exclamó Demóstenes: «Esquino, traes la guerra al corazón del Atica, ¡una guerra sagrada!» Esquino, después de la sumisión de Grecia, tenía pocos deseos de reivindicar semejante obra; le era más cómodo imputar la intervención desastrosa de Filipo y la ruina pública á la impiedad de

su rival:—Por tus consejos, Demóstenes, Atenas se negó á tomar «la hegemonía de la piedad», el protectorado de la religión. La defensa de los dioses, repudiada por ti, recayó en el rey de Macedonia; tú solo eres, pues, responsable de los triunfos de aquél y de las desgracias nuestras.

Considerado en su vida privada, Esquino es un epicúreo discreto. Pone de relieve la inocencia de sus costumbres y parece, en efecto, que no abusó en toda su amplitud de las licencias admitidas en su tiempo. Sin embargo, no permaneció ajeno á ellas. Un defensor de Timarco le censuraba por su severidad con aquel personaje: ¿es irreprochable el mismo Esquino, asiduo concurrente á los gimnasios? Lo que confiesa Esquino permite juzgar del asunto. No desaprueba ni los versos eróticos con que el adversario se permite divertir al auditorio, ni las injurias y los golpes que le valieran sus galanterías: «He amado, lo reconozco, y amo todavía; he tenido disputas y me he pegado, no lo niego. Pero amar á un objeto bello y modesto es la muestra de un corazón sensible y bien nacido.» Esquino cree poder cultivar esa forma de la filantropía y conservar el derecho de hablar, la ocasión llegada, como grave institutor de la juventud. Una vida fácil no excluía la piedad en los antiguos.

En otros conceptos también, el devoto Esquino se dejó ganar algunas veces por las máximas epicúreas. Suyas son estas líneas, imitadas tres veces por Cicerón, y dignas, en efecto, de un filósofo superior á los prejuicios: «No creáis, atenienses, que las grandes catástrofes tengan su origen en la cólera de los dioses y no en la perversidad de los hombres; ni que los malvados se vean, como sucede en las tragedias, perseguidos y castigados por las Furias, provistas de teas

encendidas: el amor desenfrenado del placer, la insaciable codicia, he aquí la Furia de los criminales. Ni el cuidado de su honor, ni el temor del suplicio los afecta; pero los fascina y los arrastra la esperanza del triunfo, el deslumbramiento de los goces. Esquino habla aquí como Lucrecio, y llegó á los horrores que el poeta detestó. ¿Cree verdaderamente en los motivos piadosos de que se arma contra Demóstenes? La mala fe, de la que abundan pruebas en su discurso, permite dudarle; lo que le anima es un pérfido cálculo.

La acusación de impiedad era una de las que tomó siempre en serio la frívola Atenas. Sabido es como, en el teatro, se divertía con sus dioses. Los modernos antes preferirían negar la divinidad que suponerla viciosa; los atenienses permitían que la difamación más burlesca penetrase en el Olimpo.—Escarneced, denigrad á los inmortales á vuestro antojo, pero no los neguéis, no les deis nuevos colegas sin el asentimiento del Estado. El areópago quemó á Protágoras sus libros y le desterró Diágoras de Melos fué puesto fuera de la ley; á Anaxágoras le encarcelaron; Prodicos de Ceos fué condenado á la cicuta, como Sócrates el *mediano* (según la alusión pérfidamente ingeniosa de Aristófanes). Ni las mismas mujeres eran respetadas. Fué preciso que Pericles conmoviera con sus lágrimas al pueblo para salvar á Aspasia. Un amante de Friné, Eutias, por codicia ó por despecho, acusó á dicha cortesana de introducir «un nuevo dios». La cliente de Hipérides no debió su salvación sino á un piadoso escrúpulo de los jueces: cuando la vieron tan bella experimentaron el temor de ofender al cielo, condenando á perecer á una sacerdotisa de Venus.

Como las susceptibilidades religiosas de Atenas

ofrecían argumentos terribles, Esquino, que quiere arrastrar al pueblo á que condene á Demóstenes, se hace pueblo y clama contra el impío.—Toda la vida de Demóstenes es la de un impío. Bajo pretexto de reparar las murallas de Atenas, ha destruido las tumbas públicas. Se atreve á acusar á los embajadores cuyas comidas compartió en el pritáneo: «A ese bárbaro... sacrificios, libaciones, fraternidad de la mesa, nada le detiene.» Ha entregado al suplicio á su huésped, el oritano Anaxinos, un honrado comerciante que traficaba incesantemente en Grecia para Olimpias: «A la sal de la mesa hospitalaria prefiere la sal de la patria»; Demóstenes se jacta de esta declaración descarada. Insulta á la Pitia, se burla de los oráculos, se ríe de que Alejandro venera las cosas santas. Aconsejó Queronea «á pesar de los presagios contrarios».—Estimaba por encima de todos los otros augurios el que profería Héctor: «El mejor augurio es combatir por la patria.» Nosotros abrazamos el partido del hijo de Príamo, condenado por el cielo á sucumbir bajo las armas divinas de Aquiles; Esquino se une á la causa del cielo, ultrajada por Demóstenes.

Las páginas en que se pone en juego esta máquina de guerra constituyen el punto capital de su arenga; el agresor se parapeta allí como en un fuerte inexpugnable; sigámosle:—Cirra, en el golfo de Crisa, en Fócida, fué, al principio, el puerto de mar de Delfos. Enriquecidos por las numerosas peregrinaciones hechas al templo de Apolo, los cirrenos habían excitado la envidia de las ciudades vecinas. Les acusaban de avaricia, de extorsiones con los extranjeros, piadosos visitantes del dios. En la primera guerra sagrada (590) Cirra fué destruida y su territorio consagrado á Apolo. Sin embargo, como se necesitaba un punto para

recibir á los huéspedes del santuario, los locrios de Africa, vecinos de Cirra, lo reconstruyeron y repoblaron. Las liberalidades de los fieles no tardaron en enriquecer á la ciudad que se levantara indebidamente de sus ruinas, y, renaciendo con la prosperidad la audacia, sus nuevos habitantes labraron una parte de los campos condenados por los anfictiones á la esterilidad. Tal fué el principio de la segunda guerra sagrada y de la intervención desastrosa de Filipo. Dejemos la palabra á su auxiliar voluntario ó imprudente, Esquino:

«Hay, atenienses, un llano llamado cirreno, y puedo llamarlo hoy puerto del *Sacrilegio* y de la *Maldición*. Esta comarca fué en otro tiempo habitada por los cirrenos y los cragálidas, pueblos sin freno, que no respetaban el templo de Delfos é insultaban á los anfictiones. Tal conducta indignó, más que á nadie, á vuestros padres, y, de acuerdo con los otros anfictiones, consultaron al oráculo del dios acerca del castigo que se había de imponer á aquellos pueblos. La Pitia respondió que se hiciese la guerra á los cirrenos y á los cragálidas de día y de noche, y que cuando la comarca hubiera sido devastada y los habitantes vendidos como esclavos, se consagrara aquella tierra á Apolo Pítico, y á Diana, y á Latona, y á Minerva-Providencia, para que permaneciera eternamente sin cultivo; que no cultivasen ellos tampoco aquel cantón, y que no lo dejaran hacer á nadie.

»Oído el oráculo, los anfictiones decretaron, á propuesta del ateniense Solón, hombre á la vez legislador hábil, poeta y filósofo, que se enviase un ejército contra los sacrílegos, con arreglo al oráculo del dios. Los anfictiones, después de haber reunido fuerzas suficientes, vendieron á los habitantes como esclavos, cega-

ron los puertos, arrasaron la ciudad y consagraron la comarca, de conformidad con el oráculo; á esto añadieron un juramento terrible: «No cultivarían ellos la tierra consagrada, y no permitirían á nadie hacerlo, y defenderían al dios y á la tierra consagrada con la mano, con el pie, por todos los medios.» No se contentaron con pronunciar este juramento; añadieron una imprecación y una maldición terribles. He aquí los términos de la maldición: «Si alguien infringe estas leyes, ciudad, particular ó pueblo, que sea sacrilego ante Apolo, y Diana, y Latona, y Minerva-Providencia.» Después hace votos porque la tierra les niegue sus frutos; que las mujeres no les den hijos semejantes á sus padres, sino monstruos; que su ganado no engendre con arreglo á la naturaleza; que sean vencidos en la guerra, en justicia, en las asambleas; que perezcan ellos, sus casas y su raza. Añade: «Que jamás sacrifiquen sin profanación á Apolo, á Diana, á Latona, á Minerva-Providencia, y que sus ofrendas sean rechazadas.» Para probar la verdad de mis palabras, lee la predicción del dios. Escuchad la maldición, recordad los juramentos que vuestros padres prestaron con los anfictiones.

«PREDICCIÓN:

No tomaréis ni destruiréis las murallas de esta ciudad hasta que las olas sonoras de la verde Anfitrita bañen el dominio del dios, á lo largo de una sagrada ribera.

JURAMENTO.

MALDICIÓN.

»A pesar de esta maldición, de estos juramentos y de esta predicción, cuya inscripción existe todavía, los locrios de Anfisa, ó más bien sus magistrados, hom-

bres sin ley, cultivaban el llano; habían construido y se habían establecido en el puerto maldito y consagrado, y exigían un tributo de aquellos que abordaban. Compraron á algunos *pilágoras* (oradores de Piles), enviados á Delfos, entre otros á Demóstenes. Vosotros le elegisteis pilágora; recibe mil dracmas de los anficios para no hablar de ellos en el consejo de los anfictiones. Además, se convino que le enviarían todos los años á Atenas veinte minas de ese dinero sacrilego y maldito, á condición de que sostendría en Atenas los intereses de los anficios por todos los medios. Desde entonces, más que nunca, su sino fué el de unir, en irreparables desgracias, á todos los que se le acercaban, particulares, príncipes ó repúblicos.

» Ahora bien; considerad la victoria que el dios y la fortuna han alcanzado sobre la impiedad de los anficios. En tiempos del arcontado de Teofrasto, siendo hieromnemón Diognates de Anafiste, elegisteis pilágoras al célebre Midias (por muchas razones quisiera que viviese aún), á Trasicles de Otón y á mí. Apenas llegamos á Delfos, el hieromnemón Diognates fué acometido por la fiebre; el mismo accidente había ocurrido á Midias. Los otros anfictiones se reunieron en consejo. Nos enteramos entonces, por los que querían mostrar sus simpatías á la ciudad, que los anficios, que se inclinaban á la sazón ante los tebanos y les demostraban un celo sin igual, proponían una resolución contra vuestra ciudad, pidiendo que se condenase al pueblo ateniense á una multa de cincuenta talentos, porque habíamos colgado del nuevo templo de Delfos, antes de su consagración, unos escudos de oro con esta inscripción tan legítima:

*Los atenienses sobre los medos y los tebanos,
ligados contra los helenos.*

»El hieromnemón me hizo llamar, y me rogó que fuese al consejo á defender á la ciudad ante los anfictiones: yo estaba ya decidido á ir. Comenzaba á hablar (había entrado en el consejo con cierta viveza, apremiado por la misma ausencia de sus colegas). De repente empieza á gritar un anficio muy insolente y, á lo que me pareció, desprovisto de toda educación; tal vez le impulsaba y le extraviaba alguna divinidad: «Ante todo, dice, ¡oh helenos!, si fueseis sensatos, ni siquiera pronunciaríais el nombre de los atenienses en estos días, sino que los echaríais del templo como á sacrilegos.» Al mismo tiempo, recuerda la alianza con la Fócida, de la que fué autor el famoso Crobeilos (Hegesipo), y se pone á acumular contra nuestra ciudad otras muchas intolerables acusaciones que yo no pude escuchar con sangre fría y cuyo recuerdo me es todavía penoso.

»Al escucharle, experimenté la más violenta irritación de mi vida. Prescindiré del resto de mi respuesta, pero se me ocurrió recordar el sacrilegio de los anfisios con la tierra consagrada, y desde el lugar en que estaba se la mostré á los anfictiones (el llano de Cirra está dominado, en efecto, por el templo, desde el que se le descubre por entero): «Veí, dijo, ¡oh anfictiones!, ese llano que cultivan los anfisios, y esas fábricas de vasijas, y esos establos que han elevado en él; veis con vuestros ojos que han reconstruido el puerto consagrado y maldito; veis, sin necesidad de testigos, por vosotros mismos, que perciben impuestos y sacan una renta del puerto consagrado.» Después, hice que se leyera ante ellos la predicción del dios, el juramento de los antepasados, el anatema, y protesté terminantemente con estas palabras: «Yo, por la salvación del pueblo ateniense, de mi propia persona, de

mis hijos, de mi casa, socorro, según el juramento, al dios y á la tierra sagrada, con la mano, con el pie, con la voz, por todos los medios de que dispongo; y desempeño á nuestra ciudad de lo que debe á los dioses. En cuanto á vosotros, ved lo que tenéis que hacer. Ahí están las costas sagradas; las víctimas están ante los altares: vais á implorar á los dioses para todos y para cada uno. Considerad con qué voz, con qué alma, con qué ojos, con qué audacia pronunciaréis las oraciones, si dejáis impunes á los culpables bajo el peso de la imprecación; porque sin equívocos, muy claramente, la imprecación indica las penas que deben sufrir los profanadores y los que les amparen; he aquí las últimas palabras: «¡Que jamás, dice, los que no castiguen á los culpables, sacrifiquen su profanación á Apolo, á Diana, á Latona, á Minerva-Providencia, y que sus ofrendas sean rechazadas!»

»Cuando después de estas palabras y otras muchas todavía, me retiré y salí del Consejo, hubo entre los anfictiones una agitación ruidosa y tumultuosa; ya no se hablaba de los escudos que habíamos colgado, sino del castigo que se había de imponer á los anfisios. Era ya atardecido, cuando se presentó el heraldo y anunció que los delfos de más de veinte años, esclavos y libres, habían de reunirse al amanecer, provistos de hoces y azadones, en el lugar llamado *Plaza de los Sacrificios*. Después el mismo heraldo anunció que los hieromnemos y los pilágoras, deberían reunirse en el mismo lugar para socorrer al dios y á la tierra consagrada: «Toda ciudad, dijo, que se abstenga, será excluida del templo, se la considerará sacrilega y bajo el peso de la imprecación.» Al día siguiente nos dirigimos por la mañana al lugar indicado, y bajamos al llano de Cirra; después, una vez destruido el puerto y

quemadas las casas, nos retiramos. Mientras tanto, los locrios de Anfisa, que habitan á sesenta estadios de Delfos, tomaron las armas y marcharon contra nosotros: si no hubiésemos corrido á refugiarnos en la ciudad de Delfos, nuestra vida estaba amenazada.»

Sería inexacto decir que la antigüedad no haya conocido las guerras de religión. Nunca los más famosos ligueros sintieron ni expresaron más enérgicamente el fanatismo religioso. Ciertos rasgos del pasaje citado recuerdan las durezas impasibles de los profetas de la ley antigua contra los enemigos de Jehová. «Coged á los hijos de los filisteos, rompedles las cabezas contra las piedras.» El autor de las *Veladas de San Petersburgo* no sentía lástima ante esas aberraciones inhumanas. Esquino, sin duda, las despreciaba en su corazón, pero quería vengarse de Demóstenes y las explotaba.

»Al día siguiente, Cotifos, que estaba encargado de someter á votación las cuestiones, convoca una asamblea de los anficiones... En esta reunión no hubo más que acusaciones contra los anfisios, elogios para nuestra ciudad. Por último, se decretó que antes de la próxima sesión se dirigirían hieromnemones á las Termópilas un día dado, llevando cada uno un decreto acerca de la pena que se había de imponer á los anfisios por su crimen contra el dios, contra la tierra consagrada y contra los anficiones.»

Atenas se disponía á asociarse á la reparación piadosa votada por la dieta anfictiónica. Demóstenes se opuso. «Esto era ordenaros el olvido del juramento formulado por vuestros abuelos, el olvido de la ana-

tema, el olvido del oráculo divino.» Todas las otras ciudades envían delegados á las Termópilas, «salvo una sola ciudad cuyo nombre callaré (Tebas, recientemente destruida por Alejandro), ¡y ojalá que su desastre no se repita en ningún pueblo de Grecia!» Rómpanse las hostilidades contra los anfisios. Atenas no toma parte, cuando los dioses le ofrecían en aquella expedición santa un mando que Demóstenes había vendido. Aquí, el orador desarrolla con majestuosa elocuencia el cuadro de las catástrofes extrañas que han sido la consecuencia del sacrilegio cometido por Demóstenes, con desprecio de los avisos del cielo.

«¿No nos lo advirtieron los dioses?, ¿podían enviarnos señales más funestas, á menos de hablar el lenguaje de los hombres? No; jamás vi ciudad más protegida por los inmortales, más arruinada por los oradores. ¿No bastaban, para ponernos en guardia, la señal aparecida en la celebración de los misterios y la muerte de los iniciados? ¿No os aconsejaba á este propósito Aminíades que fueseis prudentes, que mandaseis á Delfos á tomar consejo del dios? Pero Demóstenes se opuso: la *Pitia filipiza*, decía ese hombre groseramente impío, dejando desbordar la licencia de que le dejamos gozar. Por último, ¿no envió á nuestros soldados á una muerte segura, á pesar de los funestos presagios de los sacrificios? Y, sin embargo, se atrevía á decir que Filipo no había entrado en Atica porque los sacrificios le eran contrarios. ¿Qué castigo mereces, pues, calamidad destructora de Grecia? Si el vencedor se vió detenido en la frontera de los vencidos por tristes auspicios, tú que no supiste prever nada y lanzaste á nuestras tropas antes del oráculo del cielo, ¿qué mereces á cambio de las calamidades de la patria?, ¿una corona, ó el destierro?

»¿Pero qué hay aquí de extraordinario é inesperado que no haya ocurrido en nuestro tiempo? Nosotros no hemos vivido la vida de los hombres; estamos destinados á causar el asombro de la posteridad. ¿No es cierto que el monarca de los persas, el que atravesaba el Atos y encadenaba el Helesponto, el que pedía á los helenos la tierra y el agua, el que se atrevía á escribir en sus cartas: «Soy el amo de todos los pueblos desde el Levante hasta el Poniente», combate ahora, no ya para reinar sobre los otros, sino para salvar su propia persona? ¿Y no vemos nosotros que merecen esa gloria y el mando contra los persas los mismos que libertaron el santuario de Delfos? Pero Tebas, Tebas, esa ciudad vecina nuestra, ha sido arrebatada en un día de entre los helenos, suerte, sin duda, merecida (porque se preocupó poco del interés común), pero debida á un extravío fatal y á un delirio en que le encierran, no los hombres, sino los dioses. Los infortunados lacedemonios que no tuvieron parte en esa falta sino en los primeros tiempos, cuando la toma del templo, los que quisieron ser jefes de Grecia, obligados hoy á entregar rehenes y descubrir sus miserias, se encuentran á punto de rendirse á Alejandro; ellos y su patria sufrirán la suerte que fije ese príncipe, á merced de la moderación de un vencedor cuya cólera provocaron. Y nuestra ciudad, el único refugio de los helenos, á la que afluían en otro tiempo de toda la Hélada las diputaciones que esperaban de nosotros la salvación de sus ciudades, no lucha hoy ya por la preeminencia, sino por el suelo de la patria. Ahora bien; estos hechos han ocurrido desde la entrada de Demóstenes en la vida pública. Lo que dice á este propósito el poeta Hesíodo, es de una gran verdad. En un pasaje instruye á los pueblos y recomienda á

las ciudades que rechacen á los oradores perversos; citaré sus palabras, porque, si de niños aprendemos las máximas de los poetas, es sin duda para que de hombres nos aprovechemos de ellas:

«A menudo una ciudad entera sufre por un hombre perverso, que comete el mal y abriga negros designios, pero desde lo alto de los cielos el hijo de Kronos le impone un castigo severo: el hambre y la peste á su vez, y sus habitantes perecen. O bien es un gran ejército, ó los baluartes de la ciudad, ó las naves en medio de los mares lo que aniquila Zeo, el de la voz potente.»

»Si, rompiendo la medida de los versos, examináis su sentido, creeréis leer, á lo que pienso, no un pasaje de Hesíodo, sino una predicción que se aplica á la política de Demóstenes, porque fuerzas de tierra, fuerzas de mar y repúblicas han sido aniquiladas por efectos de esa política.»

En toda esta parte del discurso de Esquino, el tono es elevado, los pensamientos son grandes como las imágenes. Se creería oír á Bossuet hablando con majestad de esa Providencia que eleva ó humilla á los imperios, recompensa ó castiga á los poderosos de la tierra, según que combaten ó secundan sus designios. Pero, en medio de los solemnes párrafos de Esquino, se siente más bien el aparato que la emoción verdadera. En vano agota todos los recursos de su arte: el discurso se resiente siempre de la bajeza del corazón. Ahora bien; esta bajeza imprime á la elocuencia de Esquino una mancha que sus fingimientos sentimentales y religiosos no logran ocultar. La careta está bien ajustada, pintada con hábiles colores, y, sin embargo, al través de ella se ve de lleno al hipócrita. No le bas-

taba, sin duda, á Esquino haber sido el auxiliar de Filipo, y se convierte en auxiliar de la divinidad. El D. Juan de Molière, vicioso, sacrilego, interesa todavía; á partir del momento en que se hace un baluarte del cielo, se le mira con asco.

Siempre es cómodo hacer que intervengan los dioses, útiles aliados. Demóstenes sabía lo que pensar de sus augurios; buscaba en otra parte sus aliados: en su conciencia de buen ciudadano, en su odio al invasor y á sus cómplices. Referíase al pueblo congregado esta respuesta de la Pitia: «Todos los atenienses son de un mismo parecer, á excepción de uno solo.» Los partidarios de Filipo se la habían dictado, á fin de hacer odioso á Demóstenes. Solamente Esquino se hizo odioso haciéndose el intérprete de imposturas sagradas. Filóstrates le compara con un profeta formulando oráculos.—Nos parece que el oráculo y el orador ofrecen otra analogía distinta de la de dicción: la Pitia obedecía á menudo á otras inspiraciones que no venían del cielo.

Antes de la destrucción de la Fócida, Esquino pretextó una enfermedad (la enfermedad ha sido en todo tiempo un instrumento diplomático) para no ir de embajada á Macedonia. Una vez consumado el exterminio, Esquino, restablecido, vuela al lado del príncipe. Filipo festejaba con regocijos la ruina de la Fócida; Esquino asiste al banquete de celebración del vencedor, desvergüenza que debía más adelante repetir después de Queronea. «Al llegar al lado del rey, su conducta fué mucho más repugnante todavía. Todos los que estáis aquí reunidos os encontrabais, con Atenas entera, tan afectados por el espantoso desastre de la desgraciada Fócida, que suspendiendo el ejercicio de vuestro derecho hereditario á estar representados

en los juegos Píticos, no enviasteis representación alguna, y él se regalaba en los banquetes y en los sacrificios con los que Filipo y los tebanos celebraban los resultados de la guerra; tomaba parte en las libaciones y en las acciones de gracias del príncipe por la destrucción de los baluartes, de los campos, de las armas de vuestros aliados. Coronado de flores, como Filipo, cantaba con él el Pean, bebía por su prosperidad. En esto, su relación no puede diferir de la mía... Su conducta allí va á ser atestiguada por los diputados, sus colegas, testigos oculares que me lo han referido. Porque yo no era de la embajada, me negué... ¿Qué es lo que pensáis vosotros, atenienses, que pedían á los dioses, en sus libaciones, Tebas y Filipo? ¿No era la superioridad militar, la victoria para ellos y sus aliados? ¿No era lo contrario para los aliados de los fócidos? Luego, ese hombre se asociaba á los votos de Filipo, formulaba contra su patria imprecaciones que vosotros debéis hacer que recaigan hoy sobre su cabeza.»

He aquí cómo trata de justificarse Esquino: «Canté el Pean con Filipo, dice el acusador, después de la destrucción de la Fócida. ¿Qué puede probarlo manifiestamente? Fui, como mis colegas, invitado á un banquete de rúbrica que, con los diputados de Grecia, invitados como nosotros, no contaba menos de doscientos comensales. Sin duda, entre aquella multitud me distinguí claramente; no guardé silencio; canté, si se ha de creer á Demóstenes, que no estaba allí y no presenta el testimonio de ninguna persona presente. ¿Y cómo se distinguió mi voz, á menos que yo no entonara el primero, como en los coros? Luego si me callé, Demóstenes, tu acusación es mentirosa. Pero, si cuando mi patria estaba floreciente y á mis conciuda-

danos no les afligía ninguna desgracia, canté con mis colegas un himno en el que se honraba á la divinidad, sin ultrajar en nada á Atenas, hice una acción piadosa, inocente, y merezco que se me absuelva. Pero no, no soy digno de ninguna piedad; tú eres el hombre piadoso, tú el acusador de aquellos cuyas libaciones has compartido.» Esquino es lógico. Ha declarado piadosa la expedición de Filipo contra la Fócida; no puede haber impiedad en celebrar su triunfo. O Esquino es sincero en la expresión de su fe religiosa, y entonces, hay que confesarlo, la piedad ahogó en él el sentimiento patriótico y el sentido moral, ó finge sentimientos que no tiene. En ambos casos es de compadecer; porque ó su devoción falsa es un insulto á la Providencia, ó bien es piadoso á la manera de un francés, que por escrúpulos de conciencia hubiera deseado, en 1859, la ruina del ejército francés en Italia.

Demóstenes acusa formalmente á Esquino, de haber servido con deliberado propósito los designios de Filipo al provocar la guerra santa contra los anfisios: «Investido con la autoridad de Atenas, se presenta como pilágora entre los anficiones; y prescindiendo, descuidando todo lo demás, consume la obra para la que estaba pagado. Sus discursos especiosos, las fábulas que ensarta sobre la consagración del llano de Cirra, convencen á los hieromnemes, gentes sencillas, poco habituadas á los bellos discursos, y que además no recelan nada para decretar la visita del cantón. Los anfisios lo cultivaban como de su propiedad; él tenía una parte en el terreno sagrado... A instigación suya, los anficiones visitan la comarca; los locrios caen sobre ellos, los atraviesan á casi todos con sus flechas y se apoderan de algunos hieromnemes. De aquí el tumulto; todos gritan contra Anfisa; la guerra

estalla. Cotifos se pone al principio á la cabeza del ejército anfictionico; pero los unos no llegan á la cita; los otros acuden y no hacen nada. En la sesión siguiente, unos individuos comprados desde hacía tiempo, antiguos traidores de Tesalia y de otras partes, proponen la elección inmediata de Filipo como general. Habian elegido pretextos plausibles. Era preciso, decian, contribuir en común, mantener tropas extranjeras, castigar á los que no obedecieran ó nombrar á Filipo. ¿Para qué más palabras? Estas intrigas le hacen elegir como general. En seguida reúne fuerzas, simula una marcha sobre Cirra, deja sin más á cirrenos y locrios, y se apodera de Elatea. Si, al ver esto, no se hubieran reunido con nosotros los tebanos desengañados, todo el esfuerzo de la guerra, como un torrente, hubiese caído sobre Atenas. Se contuvieron pronto, gracias sobre todo, atenienses, á la bondad de algún dios, pero también, en cuanto dependia de un solo hombre, gracias á mí.»

Examinada detenidamente la relación que el mismo Esquino hace de la memorable sesión del concilio del que fué el héroe, confirma la verosimilitud de las imputaciones de Demóstenes. Buen número de detalles inspiran sospechas. Apenas llegados á Delfos, el hieromnemón y uno de los pilágoras, colegas de Esquino, caen enfermos con fiebres. ¿Es esto un accidente desgraciado ó una deserción calculada? ¿Al abstenerse, quieren dejar su libertad á Esquino, que tiene su plan, y evitar el asociarse á una responsabilidad temible? Unos anfictiones, amigos de Atenas, advierten á Esquino que los anfisios, por complacencia con los tebanos, son hostiles á Atenas, van á proponer que se decrete una multa de cincuenta talentos contra la República, á causa de una consagración injuriosa á

Tebas (?). Esquino corre á la asamblea á defender á su patria. Ahora bien, según Demóstenes, Anfisa no pensó nunca en presentar contra Atenas ninguna queja de esa naturaleza. Este es un «falso pretexto» que el embustero alega para justificar su arranque contra los locrios, cuya pérdida maquinaba. Mientras que Esquino justifica á Atenas, un anfisio, «llevado tal vez á este extravío por un dios», insulta á los atenienses y pide que se los arroje del templo como cómplices de los fócidos sacrilegos. ¿Es verosímil este hecho? ¿Acaso, por confesión de Esquino, no se oponen los anfisios á las tropas anfictiónicas, en favor de los habitantes de Cirra, pueblo de la Fócida?—Los ultrajes de aquel personaje encienden la cólera de Esquino; replica con una pintura patética del sacrilegio de Anfisa. Pronto se olvida la cuestión de los escudos, para no pensar más que en el castigo que se ha de imponer á los locrios. Así, pues, el apóstrofe elocuente, provocado por las injurias del anfisio, no fué un arranque premeditado, sino que le fué inspirado en el acto al pilágoras de Atenas por una indignación patriótica, digresión provechosa para Atenas y que debe agradecerle la República.—Esquino, al oír que denigraban á la ciudad, no pudo contenerse; jamás, en toda su vida, experimentó semejante enojo. El hombre hábil exagera su cólera á fin de explicar una explosión intempestiva de celo religioso, cuyas consecuencias han sido desastrosas para Atenas. Más adelante, Esquino, como bajo la impresión de las maldiciones divinas de que ha dado lectura, hace personalmente las paces con los dioses. Anima á los anficiones á que sigan aquel prudente ejemplo, á que juren guerra á muerte á los impíos. Aviva su fanatismo religioso; les pone la espada santa en la mano; es una bendición de los puñales.

En estas condiciones, el celo religioso de Esquino equivalía al delito de alta traición. Porque los atenienses no habían encargado á un pilágora que excitara al concilio anfictionico contra Anfisa, que desencadenase una guerra santa, ardientemente deseada por el enemigo. Esquino, diputado de Atenas en Delfos, no sirvió los intereses de Atenas, sino los de Filipo. Su piedad, aunque fuese sincera, no podría disculparle de un atentado público, origen de la toma de Elatea y de la ruina de su patria. Por mucho que «torture» la verdad, no podrá jamás «lavarse» de una traición que puso el colmo á sus iniquidades. Así habla Demóstenes, maldiciendo á aquella «cabeza impura». En el discurso de la *Embajada*, Esquino se indigna ante la idea de que los atenienses pudieran dejar impune á Demóstenes, cuando «hicieron perecer á Sócrates el sofista». Este torpe contraste es expresivo. El odio de Esquino contra Demóstenes se vela, como el de Meletos y de Anitos, con pretextos religiosos. Los resentimientos personales, he aquí el secreto de su piedad y el aguijón del fanatismo con que punza á Atenas, sin tener siquiera la triste excusa de compartirlo.

Esquino sembró de escollos el camino por el que Demóstenes se veía obligado á pasar para defenderse; esperaba verle tropezar con infernales máquinas de guerra cuyo contacto indiscreto provoca mortales explosiones. Tal es la necesidad para Demóstenes de justificar lo de Queronea y de hablar libremente de Alejandro todopoderoso. El orador despreció esta dificultad; se atrevió á sostener que, aun prevista, la derrota se debía afrontar en nombre del deber; no temió terminar un discurso lleno de sentimiento doloroso por la caída de Atenas, haciendo votos contra sus vencedores. Esquino le había tendido otro lazo,

todavía más pérfido; éste no podía desafiarlo Demóstenes.

Siempre es difícil acometer la justificación de actos ó de palabras declarados impíos. ¿Se replica que el acusador es un hipócrita que miente á su conciencia?, expónese uno á herir los sentimientos del pueblo juez, de oyentes sinceramente penetrados tal vez de las opiniones afectadas por el delator. ¿Se alega la probidad patriótica, la abnegación desinteresada de que se ha dado pruebas hacia el Estado?; esta apología, extraña á la cuestión, no refuta la acusación de haber faltado á los dioses. ¿Cómo establecer en la causa presente que las pasiones políticas, las codicias humanas se mezclaban en el anatema lanzado contra los fócidos, espoliadores de Delfos, ó contra los ansios, violadores de un campo sagrado? Demóstenes no puede combatir aquí á Esquino con armas iguales. Dando crédito á un verso de Homero, en el que se mencionan «los tesoros que encierra en su seno el pedregoso suelo del templo de Febo en la rocosa Pito», los lugartenientes del fócido Falacos, comenzaron á rebuscar en torno del hogar y del trípode de Delfos. Violentos temblores de tierra, signos manifiestos de la cólera divina, detuvieron á los sacrílegos. Demóstenes también debe temer las conmociones del terreno sacro en donde su enemigo le obliga á defenderse; se ve amenazado, por toda palabra imprudente, con el fuego del cielo. De aquí sus reticencias, sus rodeos; marcha sobre carbones encendidos.

¿Se trata de la primera guerra santa de Fócida (355)?, se excusa de no haber intervenido en ella como consejero responsable; no había entrado aún en la vida pública. Por lo demás, aun cuando hubiera estado animado de indulgencia hacia los fócidos, tales senti-

mientos habrían encontrado excusa en los ánimos de los atenienses. Atenas, en efecto, reconocía los «yeros» de los fócidos; pero era mayor el odio contra sus enemigos, los tebanos, que el sentimiento de reprobación por su sacrilegio, al que la desesperación impulsó á un pueblo arruinado, despojado de todo, de tierras, de mujeres, de niños. Su Apolo parecía impotente en protegerles; ellos pidieron víveres y armas al Tesoro de aquél en Delfos. La impiedad de aquellos habitantes, atacando en su desolación á la divinidad misma, hizo, según Justino (VIII, 1), más odiosos á los tebanos que los redujeron á tal extremo. Esparta les había enviado socorros; Atenas les había concedido su alianza. Demóstenes tenía excusa por no haber combatido en el corazón de sus conciudadanos impresiones que las circunstancias hacían bastante legítimas.

Esquino le acusa de haber atraído sobre Atenas el enojo de los dioses al disuadirla de que se asociara á la liga anfictiónica. A esta acusación, el orador no puede responder sin ambages que valía más socorrer á la patria que á los dioses. Le estaba vedada una justificación directa sobre el fondo mismo de la imputación; emplea paliativos, medios indirectos. No niega la impiedad de los violadores de un territorio consagrado; manifiesta dudas sobre tal consagración. A falta de apología rigurosa, declara que el adversario no podría presentar la suya. De acusado, se convierte en acusador; hace protestas, ante los dioses, de la rectitud de sus intenciones, de la pureza de sus actos. Invoca especialmente á Apolo Pítico, al dios que Esquino quiso oponerle sobre todo; le toma por testigo de la verdad de sus palabras, cuando acusa á Esquino de haber sido el auxiliar voluntario de los tiempo de Filipo, so pretexto de defender al cielo. Hasta sin haber

impulsado á la guerra santa, él, Demóstenes, es más digno de la protección del dios de Delfos que el religioso Esquino; tal es la impresión que Demóstenes quiere dejar en los oyentes; y, á este efecto, pone de manifiesto las inteligencias criminales de Esquino con los macedonios, en aquella maquinación contra Grecia:—Demóstenes ha desertado la causa del cielo — Esquino ha desertado la causa de la patria; el verdadero impío, la plaga de todos los helenos, es él.

III. Demóstenes, consejero maldito.

« Demóstenes ha abrumado con su mala suerte á los que trabajaban por vosotros... Se dijo amigo de Eutidico; Eutidico ha perecido.—(DINARCO.)

Esquino no se atrevió á decir á los atenienses: «Habéis delinquido en defender vuestra libertad contra Filipo.» Imputa la derrota de aquéllos á la influencia fatal de un consejero maldito:—Desde el día en que Demóstenes estipuló con la sacrílega Anfisa un pacto venal, todos cuantos se le han acercado se han visto, más que nunca, sumidos en males incurables. La maldición afecta á su persona ha triunfado de la buena fortuna de Atenas. Tebas, Lacedemonia, el Gran Rey, todos los enemigos de Macedonia han sucumbido; un político sacrílego les era simpático en su lucha contra el pueblo vengador de la Divinidad.—Esquino explotaba sin escrúpulo el prejuicio que había hecho de Demóstenes un hombre de desgracias. Seis años después, Dinarco, á ejemplo de Esquino, debía, en el proceso

de Harpales, poner de relieve los efectos desastrosos del contagio de aquel político fatal.

La fe en un destino bueno ó malo era una convicción profundamente arraigada de siempre en el alma de los griegos. Herodoto abraza tal sentimiento y le debe una de sus narraciones más conmovedoras, la de los infortunios de Adrasto el Maldito (I, 34). Aristóteles pone esta idea de la predestinación entre el número de los argumentos que se han de hacer valer en el discurso. Esquino insiste en ello tanto más cuanto que sabe que el adversario apenas puede refutarle con buen éxito. ¿Qué alegan, en efecto, para probar lógicamente que no está ligado á un sino fatal? Las apariencias estaban en contra suya; las ciudades asociadas por él á Atenas habían sucumbido como ella; los macedonios, los enemigos de toda su vida, estaban en todas partes triunfadores. Los sacrilegos, vanamente ayudados en sus manejos políticos, habían edificado al mundo con la resonancia de castigos ejemplares. Refutar testimonios tan admiradores, fortificados aún por los sentimientos supersticiosos de un pueblo asombrado de revoluciones que habían conmovido la tierra, era una difícil tarea. Demóstenes sostuvo el peso todo lo mejor que le fué posible.

«La deslealtad, la rastrera envidia aparecen en varios pasajes de su discurso, pero, sobre todo, en sus declamaciones acerca de la suerte. Yo considero en general, como completamente privado de sentido y de educación, al hombre que reprocha á otro hombre su suerte. Si el mortal que se cree más afortunado ignora si lo será hasta la noche, ¿se puede alabar uno de su propia felicidad é incriminar la desgracia de otro? Puesto que Esquino, en este punto, como en muchos otros, se expresó con extrema arrogancia, ved, ate-

nienses, considerad cómo mi lenguaje sobre la suerte es más verdadero y más humano. Yo considero como feliz la suerte de la ciudad (los oráculos de Júpiter en Dodona, de Apolo en Delfos nos lo han asegurado), pero como enojosa y dura la que pesa ahora sobre todos los hombres.

»En efecto, ¿quién de los helenos ó de los bárbaros no ha experimentado en nuestros días numerosas y grandes calamidades? Pero el haber abrazado el partido más honroso, y verse en una situación mejor que los mismos helenos, que se jactaban de asegurar su felicidad al abandonaros, es en lo que reconozco la buena suerte de Atenas... Si puedes, Esquino, presentarme bajo el sol un solo mortal, heleno ó bárbaro, que no haya sufrido con el poder de Filipo y de Alejandro, convengo en que mi suerte, ó, si quieres, mi mala suerte, ha sido la causa de todo. Pero si miles de hombres que no me han visto ni oído nunca han experimentado numerosas y terribles desgracias, y no hablo de hombres aislados, sino de ciudades, de naciones enteras, ¿cuánto más justo y más cierto es imputar esos males á un destino común, fatalidad desgraciada que ha arrastrado todo?... Si nosotros hemos fracasado, si no hemos logrado siempre lo que deseábamos, esta es la suerte de todos los hombres, y nuestra parte en la desgracia común. En cuanto á mi suerte particular y á la de cada uno, hay que buscarla en lo que nos es personal. Tal es el camino sencillo y recto, en mi opinión, y sin duda vosotros compartiréis mi sentimiento. Esquino pretende que mi destino particular influya sobre el destino de la República, es decir, un destino débil y oscuro sobre un destino feliz y grande; ¡cómo!, ¿puede ser esto?

Demóstenes no es desgraciado porque no ha sido

vencido: «Yo he vencido á Filipo, puesto que su oro no ha podido corromperme... Nunca Filipo ha triunfado de mí por la política ó por las armas, pero la fortuna ha triunfado de los generales y de las fuerzas de nuestros aliados.» Nadie tiene derecho á imputarle los reveses de Atenas; él no descuidó nada de lo que podía asegurar el triunfo. Pero la lucha era demasiado desigual; á las armas de los macedonios no podía oponer sino discursos, y los traidores paralizaban todos sus esfuerzos. Grecia ha sufrido, no por culpa de Demóstenes, sino por no haber contado con bastantes Demóstenes en su seno. Un Demóstenes por ciudad hubiera bastado para la salvación común, pero todas las ciudades estaban llenas de Esquinos. «No digáis, pues, atenienses, paseándoos por las plazas: Uno solo ha causado las desgracias de Grecia; no, no ha sido un solo hombre, sino un gran número de ciudadanos perversos, pongo por testigos á la tierra y á los cielos.» Tucídides (II, 37) alaba á los atenienses por respetar más que todos los otros las leyes que protege la sola sanción de la opinión pública. Una de ellas, á los ojos de Demóstenes, es no acusar á un desgraciado de infortunios de los que no es responsable. Esquino se hace un arma contra su enemigo del mal éxito de la lucha; falta á esa ley de delicadeza moral que prohíbe abusar de circunstancias enojosas contra un inocente. Demóstenes es desgraciado por haber fracasado; no ha fracasado porque era desgraciado. En vez de excitar el odio público contra él, Esquino debería respetar su dolor, y, si puede, compartirlo.

A pesar de la fuerza de sus razones y la elocuencia de sus quejas, Demóstenes no consiguió sin duda desvanecer la prevención de una mala suerte afecta á su persona. En sus consejos continuaron inspirándose los

atenienses después de Queronea. Sin embargo, por deferencia hacia un prejuicio que estaba en contradicción con la confianza obstinada de sus conciudadanos, el orador se abstuvo durante algún tiempo de firmar con su nombre los decretos que hacía adoptar. Ponia el de un amigo, Nausicles. Quería quitar todo pretexto á la desconfianza en lo por venir y apartar de la ciudad hasta la apariencia misma de una influencia nefasta, prueba conmovedora de cariño á la patria.

Sin aceptar el prejuicio de los atenienses sobre la fatalidad afecta á Demóstenes, á nosotros mismos nos llama la atención el carácter de una vida á la que pareció perseguir constantemente un destino enemigo. Este aspecto trágico se ofrece desde luego á quien mire con el pensamiento la ruda senda recorrida por el orador; y, desde luego, ¡qué contraste con la de Esquino! El amigo de los macedonios cantó el Pean en la mesa de Filipo tras la ruina de la Fócida; festejó el suceso de Queronea al lado del vencedor; y su vida se deslizó tranquila y grata entre la simpatía fructífera de los macedonios y la admiración artística ó la indiferencia moral de sus conciudadanos. Vivió feliz, honrado por la mayoría; solamente sufre una desgracia; provoca á Demóstenes á un combate singular en el que su odio queda burlado, su vanidad humillada. Se resuelve á un destierro voluntario, cuyos ocios divide entre el cultivo de la elocuencia y amistosas relaciones con Alejandro, hasta el día en que se extingue apaciblemente en Rodas ó en Samos.

A este cuadro opongamos el de la vida y muerte de Demóstenes. Privado en temprana edad del apoyo paterno, Demóstenes, á los veinte años, se ve obligado á disputar su patrimonio á infieles tutores. Con esfuerzos tenaces los arranca una pequeña parte. Tras una

juventud laboriosa, tenaz en su lucha contra imperfecciones naturales, llega á la tribuna; se burlan de él. Lejos de desalentarse, redobra la energía, triunfa al fin de sus defectos y obtiene los votos de los atenienses. ¿Qué fruto sacará de ello? Ha elegido el partido honrado, la defensa de los derechos helénicos; los talentos de Filipo, los vicios de Atenas, la debilidad de Grecia entera le oponen obstáculos que, apenas se encuentran medio vencidos, vuelven á erguirse ante él. Siempre en la brecha, lucha solo, con el honor nacional; siempre tiene razón y siempre es vencido; gastó su vida en empujar la roca de Sísifo. Después de Queeronea, se ve tratado como calamidad pública, detestado como sacrílego y maldito.

¿No es, en efecto, una condenación del cielo sembrar el bien y recoger el mal, aproximarse al fin sin alcanzarle nunca? La alianza de Tebas hizo que la balanza se inclinase por un momento en favor de Atenas; pero la fuerza superior del destino no tardó en romper contra ella todo equilibrio. La fatalidad parece burlarse de Demóstenes. A la muerte de Filipo (336), á la de Alejandro (323), se ilumina la vida del orador con rayos de esperanza para volver á sumergirse en una sombría incertidumbre. Los atenienses reaniman su alma tributando un brillante homenaje á su política patriótica (330); algunos años después (324), el areópago le condena por delito de corrupción. Le alcanza un destierro, más humillante que el de Esquino, si era culpable; mucho más doloroso, si era inocente. Su regreso es un triunfo que recuerda el de Alcibiades (327). Apenas transcurre un año, la derrota de Cranón echa una vez más por tierra todas sus esperanzas. Se encuentra constantemente lleno de decepciones y amarguras.

Menos probo que Nicias, pero ciudadano más esclarecido y más útil á su patria, es víctima de un infortunio más largo y punzante. Amigo de los placeres y del dinero que les procura, muy sensible á las heridas del amor propio, accesible por timidez á lamentables desfallecimientos, sus debilidades le entregan á la maledicencia, á las calumnias de sus enemigos, y conspiran con sus virtudes de ciudadano para hacerle sufrir. La virtud debe ser siempre gratuita; ¿por qué no es siempre inmune? Queronea, que constituye para nosotros un motivo excepcional de admiración, le sirve para que le acusen de parricida. En la época de su mayor crédito, hubo de sostener el peso abrumador de un estado rebelde por la fuerza de la inercia al impulso de consejos generosos; quebrantado por un último desastre, termina sus días como fugitivo, acosado por los enemigos de su patria, frente á dioses indiferentes ó impotentes. «La vida del hombre político es tan agitada como la del hombre de guerra.» Durante treinta años, Demóstenes sostuvo el combate contra Atenas y contra Macedonia. Vencedor de su patria, victoria harto tardía, no pudo encontrar en ella un apoyo bastante vigoroso para consumir más su obra rechazando el yugo macedónico.

Este desdichado destino y la firmeza de un alma que se doblegaba ante la desgracia, dan á la figura de Demóstenes una expresión trágica. Es raro que un Alfieri, por ejemplo, no se haya aprovechado de un tal drama. La obstinación inflexible de Demóstenes recuerda á Prometeo, á Filoctetes, á Electra. Odia al invasor como el hijo de Pean odia á los Atridas; como él, prefiere el dolor á la vergüenza de un acomodo. No se reconoce el derecho de perdonar, Clitemnestra mató á su esposo. «¡Hiere aún!», grita Electra á Ores-

tes. Los macedonios han dado muerte á la libertad helénica; Demóstenes gritará hasta su último aliento: ¡rebeldía y venganza contra los asesinos!

La pena es un bien, decía Antístenes. «La verdadera felicidad es obedecer á la sola voz del deber (Hiperídes).» En este concepto solamente, Demóstenes fué feliz toda su vida. Considerando las cosas con la elevación de sentimientos de que él mismo da ejemplo, fué feliz también en su muerte. Merecer más que ninguno el odio de los enemigos de su patria, ¿no era un fin más envidiable que el de Esquino, muriendo en la amistad de los macedonios y olvidado de Atenas; ó que el de Filipo, político de sabias intrigas, asesinado en una intriga de corte; ó que el de Alejandro, el nuevo Baco, el conquistador de la India, arrebatado por una orgía; ó que el de Dinarco, pagado de sus servicios por el verdugo de Polisperchón; ó que el de Démade, expiando el asesinato de su hijo muerto por Casandra entre los brazos de aquél, degollado después él mismo? El alma de Demóstenes encontró en sí mismo, en medio de las desgracias, el consuelo de los corazones viriles: la conciencia del deber cumplido. Entrevió otro, póstumo, pero soberano; la certeza de una inmortalidad honrada.

Se la hicieron presentir los testimonios de estimación de sus conciudadanos. En el proceso de la *Corona*, Atenas, comprendiendo que la causa de Demóstenes era la suya, quiso consagrar la gloria de su orador para compartirla. La República, decía Esquino, se parecerá á aquel á quien coronó; Atenas prefirió parecerse á Demóstenes más que á su acusador, y coronó con brillantez al adversario irreconciliable de los vencedores. La firmeza de su actitud después de Queronea permitió prever esta decisión. Se ha alabado la

constancia de Roma después de Cannes; en una situación todavía más desesperada, la frívola Atenas no fué menos vigorosa. Gracias á medidas enérgicas, la ciudad fué puesta en estado de defensa; los esclavos fueron emancipados; los indignos, restablecidos en sus derechos. Las sepulturas proporcionaron piedras para las fortificaciones, y los trofeos de los templos dieron sus armas. Demóstenes continuó siendo el alma de la resistencia; fué á sublevar á las ciudades aliadas, mientras que el pueblo, no teniendo razones políticas para tratar con miramientos á su Varrón, castigaba con la muerte á Lisicles, é impuso la pena capital á los emigrados. Filipo, frente á esta revolución tal vez inesperada, usó de generosidad y de prudencia.

IV. La elocuencia griega se extingue con Demóstenes.

«El día en que el hombre cae en la servidumbre, Júpiter, el de la voz potente, le arrebató la mitad de su virtud.» (*Odisea*, XVII, 322.)

Estipulada la paz, Atenas, á pesar de la división de los partidos, no dejó de luchar sordamente en la medida de sus recursos. Estaba sometida á la fuerza, no de corazón. En toda ocasión propicia, intentaba levantar la cabeza; perseguía á los agentes ó á los complacientes de Olimpia; dejaba toda libertad á los oradores hostiles á los senadores. «Al lado de las humeantes ruinas de Tebas», se atrevía, firmeza admirada de Tito Livio (IX, 18), á protestar contra sus amos y hasta burlarse de ellos. Alejandro quería ser dios, y

dios reconocido por los atenienses. El pueblo hubo de deliberar sobre la apoteosis pedida: «¿De qué especie, dice Licurgo, será ese dios al que no se podrá tributar culto sino á condición de purificarse al salir?» A propuesta de Demóstenes, la declaró que se atenía á los dioses adorados por los antepasados. Esta libertad al-tiva justificaba la estimación de Alejandro; expresó el deseo de que á su muerte se reservase el mando de Grecia á los atenienses; los elogios de éstos (él mismo lo declaraba) eran la recompensa, cuya esperanza estimulaba sus hazañas.

Cuarenta y dos años después de la muerte de Demóstenes (280), Atenas quiso consagrar con un acto público al reconocimiento debido á su memoria. Demócáres, sobrino del orador, hizo que se adoptase un decreto, en el que leemos estas palabras:

«Demóstenes sirvió al pueblo ateniense con sus mercedes, con sus consejos... Dió al Estado tres trirremes, trece talentos... Contribuyó con sus bienes para dar armas á los ciudadanos pobres y comprar trigo durante la escasez... Rescató varios ciudadanos hechos prisioneros por Filipo en Pydna, en Metona, en Olin-tia... A su costa restauró las murallas del Pireo... Con su elocuencia y su abnegación hizo que se aliaran con Atenas los tebanos, Eubea, Corinto, Megara, Acaya, Lócrida, Bizancio, Mesenia. Enviado de embajador cerca de nuestros aliados, les convenció para que proporcionaran más de quinientos talentos para los gastos de la guerra. Enviado cerca de los pueblos del Pelopon-eso, les distribuyó dinero para disuadirles de que en-viasen refuerzos á Filipo contra Tebas. Dió á los atenienses los consejos más prudentes y sostuvo la inde-pendencia nacional y la democracia mejor que ningun-

no de los oradores contemporáneos suyos. Desterrado por los autores de la oligarquía, cuando el pueblo hubo perdido su soberanía, murió en la isla de Calauria, víctima de su patriotismo... Perseguido por los soldados de Antípater, permaneció hasta el fin fiel á la democracia, y al acercarse la muerte, no hizo nada que fuese indigno de Atenas... El individuo primogénito de la familia de Demóstenes será sostenido en el Pritáneo, y en los juegos ocupará un puesto de honor... Se erigirá á Demóstenes, en la plaza pública, una estatua de bronce...»

En esta estatua se puso la siguiente inscripción: «Si tu fuerza, Demóstenes, hubiera igualado á tu genio, jamás el Marte macedónico hubiese mandado en Grecia.»

Atenas debía á su orador más aún de lo que decía. Mientras vivió, sostuvo el alma de su patria; la altivez de los sentimientos que le inspiraba, podía dejar alguna ilusión á Atenas sobre su triste condición. Cuando le faltó Demóstenes, no teniendo en sí misma la fuerza de erguirse bajo el yugo, se doblegó por completo y sufrió toda la influencia degradante de la servidumbre. Desde ese día era verdaderamente esclava, y su sentimiento lo dejaban ver bastante.

Siete ú ocho años después de la adopción del decreto en honor de Demóstenes, la misma Atenas votaba otro análogo en favor del sobrino de aquél, Demócáres. Este personaje recibió los mismos homenajes que su tío por haber testimoniado su abnegación por la cosa pública, pero en condiciones que las circunstancias y los hombres habían hecho muy diferentes. Entre el número de sus eminentes servicios se contaban fructíferas embajadas cerca de los reyes, en las que obtuvo dinero de Lisímaco, de Tolomeo, de Antípater.

Demócares fué buen administrador, demócrata fiel, afortunado mendigo. Ya en 305, Atenas dió la medida de su rebajamiento moral. Saludó con este himno sagrado la entrada en su recinto de Demetrio Poliorcetes:

«Sí; los más grandes y los más amados de los dioses se presentan en nuestra ciudad. He aquí que la ocasión propicia trae juntos á Demeter y á Demetrio. Vanse á celebrar los misterios temibles de Proserpina; él, alegre, como conviene á un dios, aparece bello y sonriente. Es un majestuoso espectáculo: todos sus amigos formando círculo, él en medio, como si los amigos fuesen estrellas y el sol él. ¡Oh hijo del muy poderoso dios Neptuno y de Afrodita, salud!, porque los otros dioses, ó están muy lejos, ó no tienen oídos, ó no existen, ó no se cuidan para nada de nosotros. Pero á ti te vemos presente, no de madera ó de piedra, sino en realidad; á ti dirigimos nuestros ruegos..., etc.»

«He aquí, añade Atenas, lo que cantaban los guerreros de Maratón, no solamente en público, sino en sus hogares, los que castigaron con la muerte la señal de adoración ante el rey de Persia y mataron miles de bárbaros.» Esta cantata cerril era el digno acompañamiento de las adulaciones con que abrumaron á Demetrio hasta repugnarle. Atenas nos ha transmitido los tristes testimonios: se erigieron altares á los íntimos del nuevo dios, templos á sus dos queridas. Así se prostituía ante un amo extranjero la ciudad, en la que se cantara durante mucho tiempo la canción popular de Harmodio y de Aristogitón, la ciudad heredada antes con los nombres de Pritáneo, hogar, baluarte, escuela de Grecia.

Al perder la libertad, dice Homero, el hombre pierde la mitad de su virtud. Grecia, despojada de su independencia, lo fué, al mismo tiempo, de su genio. La dominación macedónica no pacificó á la elocuencia, la aniquiló. Demóstenes no tuvo heredero, ni siquiera dejó legados á nadie. La palabra helénica, tan fecunda en obras maestras durante cerca de dos siglos, quedó ahogada de repente, para siempre. Solamente sobrevivió la retórica, disertada y afectada en las escuelas; enfática, ingeniosa, aduladora de los poderosos. Apenas si sobresale un nombre sobre tanta vulgar medianía, el de Demetrio Falerio. ¿Podía ser otra cosa? Arrojada del terreno político en donde desplegaba en otro tiempo su libertad, la elocuencia no encontraba más suelo que cultivar que los pequeños debates de la vida civil y la adulación. La soberana de la ciudad se convirtió en la humilde auxiliar del hogar doméstico, en la cautiva sirviente de amos extranjeros. Despojada sin remedio de su elocuencia ática, suplantada por la facundia asiática, Grecia merecía, en este concepto, que se la comparase con «una de esas casas entregadas al libertinaje y al genio del mal; la mujer libre y discreta languidece desdeñada, sin poder disponer de lo que le pertenece, mientras que la cortesana loca, llamada allí para perderlo todo, quiere gobernar como ama y llena á la esposa legítima de injurias y humillaciones (Dionisio de Halicarnaso)».

El honor de Demóstenes consiste en haber consagrado su vida á la ambición de evitar, con la servidumbre de Atenas, la pérdida del alma y del genio de aquélla. Consiguió solamente retrasarlo. Pero la transformación de Grecia, pronto desfigurada, justificaba también al orador de las *Filípicas*. Presintió el vacío

que dejaría en el mundo la desaparición de Atenas y el percance reservado por su derrota á la civilización. En efecto, ni la dignidad moral y nacional, ni la elocuencia, ni la poesía, ni la elevada inspiración en las artes, sobrevivieron á la caída de la ciudad ática. El día en que cayó con Demóstenes, la gran antorcha del Occidente se extinguió; habían de transcurrir muchos años antes de que Alejandría viese la aurora de un nuevo día.

CAPITULO XII

CONCLUSIÓN

«Contentémonos con este esbozo imperfecto del bien; tal vez es una necesidad el trazar primero una imagen incompleta, cuyos rasgos se terminarán después... El tiempo descubre estos progresos; es la fuente de los perfeccionamientos de las artes.» (ARISTÓTELES, *Moral á Nicómaco*, I, 5.)

I. La antigüedad, «juventud del mundo», parecerá siempre joven en ciertos aspectos; sus prejuicios, sus costumbres han pasado, pero la humanidad de que fué imagen continúa viviendo en ella. El hombre universal de que habla Pascal se modifica al crecer; pero, en su esencia, subsiste perpetuamente el mismo. Así, una especie de necesidad moral ocasiona constantemente entre los hombres los mismos fenómenos, diversos en sus formas, idénticos en el fondo.

Por eso las conmociones de los Estados que luchan por conservar ó adquirir la libertad, producirán siempre los mismos efectos en las manifestaciones de la pasión humana. El período macedónico y la Revolución francesa debían ser para Grecia el triunfo, para Francia la suma de la elocuencia política. A los dos

pueblos, una tormenta nacional diversamente decisiva, les removi6 en sus fibras patri6tica, moral y religiosa.

Dem6stenes protestaba contra las iniquidades del invasor y la felonía de sus aliados griegos; la Asamblea legislativa se subleva contra el manifiesto de Brunswick y los emigrados. El orador político de las *Filípicas* aconsejaba á los atenienses que sacrificasen el derecho estricto á la causa superior de los derechos helénicos; el comité de Salud pública se autoriza con el ejemplo de la naturaleza, la cual se interesa por las especies, no por los individuos. Un aliado inesperado, José de Maistre, viene á justificar estas teorías. El poder revolucionario, «monstruo de poder, dice, es á la vez un castigo espantoso para los franceses y el único medio de salvar á Francia». Los atenienses se interrogan acerca de la Providencia. A los unos les parece cómodo abandonarse al destino y se someten á la fortuna de Filipo; los otros, los mejores, ponen de relieve, con Dem6stenes, los títulos de la ciudad á la benevolencia de los dioses y quieren ayudarles con un viril uso de la libertad. Así también la acción de la Providencia aparece á los ojos mismos de los enemigos de la Revolución francesa. Fanático lógico, el autor de las *Consideraciones sobre Francia*, declara «fatal» á la Revolución; ve en ella «una fuerza arrasadora que arrolla todos los obstáculos. Su torbellino se lleva como ligera pluma todo lo que la fuerza humana supo oponerle; nadie contrari6 su marcha impunemente». ¿Qué decir de la turbación de las imaginaciones á la vista de un conquistador joven que, lleno de fe en su estrella, renueva los prodigios de Alejandro? El destino conduce al uno de Pella al Indo y á Babilonia; al otro de Brena á las Pirámides y á

Moscou. Ambos remueven la tierra con su mano todopoderosa; como en otro tiempo el helenismo, el 89 se ha extendido por el universo.

Hume, antes del período más brillante del Parlamento británico, señalaba la ausencia en su país de la gloria de la elocuencia: «Nos faltan los grandes intereses.» No debían faltar por mucho tiempo á Inglaterra, ni, sobre todo, á Francia. Los movimientos políticos que sostuvieron la elocuencia de Roma y Atenas aparecen mediocres comparados con la prodiosa renovación de que la Francia de 1789 dió la señal á Europa. La institución filosófica había preparado el terreno, removiéndole profundamente. A la siembra de las ideas sucedió una cosecha de reformas discutidas, propagadas por la elocuencia. Las luchas de los partidos tenían continuamente despierta la palabra, y se servían de ella como de un poder irresistible. Entablábanse duelos oratorios sobre el cuerpo de la monarquía, después en el seno de la república, entre los moderados y los violentos. Mirabeau, Barnave, Vergniaux y Danton, daban á la tribuna una resonancia y un brillo, á los que llegan más fácilmente el genio y la pasión, que la perfecta sabiduría ó la virtud. La gravedad de los intereses discutidos, la solemnidad de las circunstancias, daban á esas justas de la palabra una grandeza desconocida en los debates más imponentes del Pnyx y del Foro. De aquí los caracteres de una elocuencia cuya vehemencia, más que romana, y cuyos transportes, á veces enfáticos, estaban muy lejos de la sobriedad ateniense. Las cosas, los hombres, los discursos, todo entonces afectaba proporciones gigantescas.

Los recuerdos de Grecia llenaban todas las imaginaciones. Erigiase á Esparta, la ciudadana ejemplar,

la de las rígidas virtudes, en modelo de patriotismo. Se la envidiaba en Licurgo; Herault de Sechelles proponía seriamente inspirarse, como aquélla, en las leyes de Minos. La democrática Atenas tenía menos prestigio en los espíritus. Sin embargo, se pensaba en ella para amenazar á los dictadores de los comités con el puñal de Harmodio. Se tomaba de los helenos un emblema, el gorro frigio; pero ¿y el medio de hacer que reviviera fielmente la clemencia de aquéllos? En la Convención se desencadenaban tempestades salidas de su seno ó de la oleada de las secciones, que invadían la sala en nombre del pueblo soberano. La elocuencia es una llama que necesita, según Tácito, el alimento de las agitaciones civiles. Pero ¿en qué se convierte si el hogar se transforma en volcán? Harto á menudo, en aquella época, cedió el puesto al rugido popular ó á la lectura impasible de informes siniestros, en medio del silencio del miedo. Así, la exaltación cívica y la atrocidad efectiva de aspiraciones generosas arrastraba á Francia á una crisis nefasta... Pero no toquemos al hacha.

La elocuencia ateniense, como se ha visto, tiene á menudo los caracteres del libelo. Lo mismo ha ocurrido, en ciertas épocas, con la elocuencia política de los modernos. El gran agitador de Irlanda, O'Connel, empleó á veces en sus discursos la ira y los ultrajes familiares en la tribuna antigua. Los oradores de la Revolución no podían, en modo alguno, prescindir de tales impetuosidades. Sin embargo, los que de aquéllos merecen verdaderamente el nombre de oradores, rara vez imprimieron á sus discursos la violencia injuriosa de los de la agora. Esta moderación relativa depende de la diferencia de las costumbres literarias de los dos países: el libelo y el discurso se confundían en Ate-

nas, en París se cultivaban por separado. Lo que los labios no hubieran osado en una asamblea, en la que se osaba mucho sin embargo, el papel, que no enrojece, lo publicaba por toda Francia. Amigos y enemigos de la nueva Constitución tenían sus publicistas, campeones de crueles dientes. Las *Revoluciones de Francia y de Bravante* devolvían á las *Actas de los apóstoles* sus ultrajes y mordeduras. Calumnias en verso y en prosa, parodias festivas ó mordaces, sarcasmos sangrientos que vengará la sangre, hiel y veneno, nada falta en aquellos libelos de lo que puede exhalar el odio despojado de todo pudor. La cátedra de los nuevos apóstoles es un chirrión menos ático todavía que aquel desde el cual Esquino insulta á Demóstenes. El libelo hablado de Atenas ultraja á la verdad y á la corrección, no al pudor; el libelo escrito de los innovadores y de sus adversarios desprecia toda ley. Que las cóleras estallen aún en palabras ignominiosas, ya es mucho; pero ¿qué hubiera sido si el folleto no hubiera favorecido aquí lo que Aristóteles llama la purgación de las pasiones y preservado á la elocuencia?

Las libertades de la elocuencia libelista de Atenas eran un eco debilitado de las audacias de la escena cómica. La musa «divina» de Aristófanes «escupe á sus enemigos»; la musa de Andrés Chenier no puede negarse la voluptuosidad de «escupir á los hombres» de sus adversarios, y «cantar sus suplicios». Sin embargo, la comedia griega, aun con sus arrebatos, no fué jamás mortífera. Camilo Desmoulins lo hizo observar con su ingenio acostumbrado: «Los atenienses eran más indulgentes y no menos ocurrentes que los franceses. Lejos de enviar á Santa Pelagia, y menos todavía á la plaza de la Revolución al autor que, des-

de el principio hasta el final de su obra, disparaba los dardos más sangrientos contra Pericles, Cleón, Lammor..., Alcibiades, contra los comités y presidentes de secciones y contra las secciones en masa, los descamisados aplaudían á rabiarse, y no había otro muerto que aquellos espectadores que reventaban á fuerza de reirse de sí mismos.» Las *Nubes* divirtieron á Sócrates, no le mataron. El libelo y la elocuencia de la Revolución francesa tuvieron el filo de la espada... «Sí, monstruos..., os acusaré ante las naciones con mi pluma de acero, brillante por el fuego de la libertad que vosotros no conocéis; os atravesaré, os quemaré las entrañas.» Unas veces era la muerte sin frases; otras eran frases verdaderamente mortales, las de un Saint-Just. Este mismo Saint-Just publicó, en 1789, un poema, en el que el autor se entretenía con una charla agradable, y ensayaba aquí y allí la descripción del amor ingenuo. Robespierre compuso unos versos que no hubiera desaprobado Dorat. Estas distracciones literarias no debían divertir por mucho tiempo á los émulos de los setembrinos. El Terror se enternecía con fiestas pastoriles (contraste menos sorprendente de lo que parece á primera vista); pero aquel pastor conservaba las garras del león. Los griegos eran demasiado exclusivamente artistas para tener las amenazas de muerte en parte alguna más que en los labios; en general, fuera del arte, eran pocas las cosas que tomaban en serio. Los hombres de la Revolución eran, ante todo, ciudadanos inflamados por sus convicciones y que pasaban alternativamente de un entusiasmo sublime al furor.

El horno revolucionario fué el crisol en el que de materias muy mezcladas salió el metal puro sobre el que brilla, confundida con la de Francia, la imagen

de nuestra República francesa coronada por su triple divisa como por una aureola. Nuestros padres del 89 tenían el fanatismo de la libertad y de la patria; los contemporáneos de Demóstenes ignoraban estos santos ardores. Alguno de ellos se hería el rostro para sacar un poco de dinero á un enemigo; los más huían de las heridas más serias de la espada macedónica. Celebraban la independencia sin sacrificarse por ella; aplaudían á la patria de los antepasados, pero colocaban la suya en donde se encontraba el bienestar. Nuestros abuelos, indiferentes á la vida, iban al martirio con el anhelo del mártir. Tampoco ellos vivieron vida de hombres, y más aún que los oyentes de Esquino, habían nacido para la admiración de los siglos futuros. Nada grande se realiza sin la fe. Los hombres de la Revolución francesa tuvieron fe; su abnegación heroica nos ha salvado. Los atenienses eran escépticos de gusto y de espíritu; no tuvieron, como nuestros abuelos, almas de granito para cerrar el paso á la oleada estéril de la invasión que iba á sumergirles.

II. Las revoluciones que provocan entre los hombres los choques más violentos son las revoluciones sociales. Ahora bien; Atenas, en tiempo de Filipo, no tenía, en dicho concepto, que renovarse. Andrés Chenier se armaba con el yámbico de Arquiloques para pegar en el rostro á Collot-d'Herbois, mal ciudadano, mal actor como Esquino; el girondino Guadet evocaba con desprecio el recuerdo de Prida, carnicero llegado á coronel, en tiempos de Cromwell. Uno de los colaboradores de las *Actas de los apóstoles*, burlándose de la pretendida competencia de la muchedumbre en materias de Estado, llamaba «á todos los zapate-

ros, peluqueros, carboneros, vendedores ambulantes y demás, los cuales se han convertido, de repente, en Licurgos y Solones, en Condés y Turenas». Lo que en la Inglaterra de 1650 y en la Francia de 1789 constituía la excepción y el escándalo, fué la regla, el estado normal en Atenas. Las capas sociales se habían mezclado allí, niveladas desde Solón y, sobre todo, Pericles. La ciudad estaba, pues, al abrigo de esas revueltas formidables de un estado en donde el fondo aspira á salir á la superficie. La paz social no era de una limpidez irreprochable, porque la igualdad absoluta de los derechos no suprimirá nunca la desigualdad de las condiciones y de las fortunas; pero, en suma, si había algo que arreglar, que atemperar, no había que hacer ninguna reforma completa.

Bastante bien sentada sobre sus bases y casi satisfecha de su estado, Atenas hubiera podido adquirir en el odio al extranjero un ardor de pasión análogo al de las luchas sociales. Hubiera podido y debido desplegar contra sus invasores la energía de que dió pruebas en la guerra del Peloponeso. Impetuosa en otros tiempos contra ciudades rivales, fué sencilla frente á Filipo; menos afecta á la libertad que al reposo, no pedía más que seguir disfrutando de si misma, sin trabajo ni sacrificio. Los griegos odiaban á los griegos más que detestaban al macedonio. Las pasiones municipales habían sido violentas en Grecia y hubieran vuelto á serlo en la primera ocasión; la pasión de la patria helénica no existía ya. Al contrario, la Francia del 92 experimentó, á la vez, las pasiones sociales y la pasión patriótica. Necesitaba defenderse contra los realistas y contra los soberanos coligados: fué una lucha de gigantes. Atenas no sintió ninguno de esos poderosos agujijones; en vano Demóstenes la

armó con el suyo. Segura, en cualquier cosa que sucediera, de no verse privada de las ventajas de su organización social, se resignaba á la pérdida de una independencia cuya conservación le parecía tasada á muy elevado precio.

La naturaleza moral del hombre tiene algo de la invariabilidad de la naturaleza física; pero la humanidad tiene el privilegio de conciliar esta constancia con la ley del progreso; progreso necesariamente limitado en cuanto á la perfectibilidad del alma humana, indefinido en el terreno del espíritu y del mejoramiento social. Las Repúblicas antiguas eran aristocracias á menudo opresivas (como Roma) ó demagogias tiránicas. Los abusos de la libertad inspiraban á espíritus elevados una idea falsa de la verdadera constitución republicana. Los socráticos, cuyo ideal era Esparta, querían que floreciera la autoridad de los mejores. Ahora bien; sabido es en lo que paraba de ordinario ese feliz predominio de la aristocracia. Aristóteles excluía de la ciudad á los trabajadores; el único ciudadano legítimo, á sus ojos, era el que tenía comodidades. La democracia real de Atenas no valía más de lo que el filósofo arreglaba á su manera. Desconociase la verdadera igualdad. En los Estados oligárquicos, los grandes se comían á los pequeños. En la patria de Hipérbolos y de Cleónimes, los pequeños pretendían vivir de la sustancia de los grandes. Se tenía el derecho de ser pobre y mediocre, no el de ser superior por la riqueza ó el mérito. ¿Qué habría sido de la virtud, si un ciudadano se hubiera permitido elevarse por su virtud por encima del nivel común?

Esta desconfianza del mérito relevante parecía, por modo tan natural, inherente á la democracia ateniense, que Aristóteles se ve obligado á alabar el ostracis-

mo con una ley de humanidad. En efecto, este procedimiento de eliminación valía más que la nivelación por decapitación gustado de Tarquino; pero ya era demasiado que pareciese necesaria la proscripción de las capacidades excelentes. Un ciudadano muy eminente, como la ley ateniense no tenía ningún puesto claramente limitado en el Estado, los invadía, los absorbía todos. Un ciudadano muy eminente, en una república moderna, concentra su poderosa actividad en sus funciones; no absorbe la autoridad ajena. Tiene su esfera determinada: no así el gran hombre de Atenas; cuando los méritos reunidos de todos los ciudadanos no pueden equilibrar el mérito de uno solo, hay que alejar á ese ser superior ó someterse á él. Atenas estuvo durante cuarenta años sometida á Pericles; pero, por lo general, el ostracismo la preservaba de los talentos extraordinarios. La nave *Argo*, en nombre del principio de igualdad, se negó á recibir á Hércules, de mucho más peso que sus compañeros. La nave del Estado, en los modernos está lo suficientemente sólida construida para sostener á las personalidades de más peso. El mérito singular tiene hoy su puesto en nuestra democracia. Lejos de excluirle del Estado, se le confía. Temístocles, Cimón, Aristides, alejados de la ciudad de Minerva por medida de orden público, serían hoy, por voto unánime, diputados en el Parlamento, si ya no lo son.

La democracia ateniense veía en la riqueza de los particulares una amenaza, un peligro social. Los filósofos políticos se ingeniaban en reglamentarla, en restringirla. Los sicofantes trabajaban, á su manera, por la solución del problema, batiendo en brecha en beneficio de ellos á la opulencia. No contentos con sacar dinero á las ciudades aliadas, deseosas de comprar

á toda costa la protección de oradores escuchados por la multitud, entregaban los bienes de sus conciudadanos al asalto de la envidia y la codicia. Hay que ver en los oradores griegos de qué manera los aduladores de la multitud hacen la guerra á los concesionarios de las minas de plata del Atica y las explotan ellos mismos por el *chantage*. Una de las cuestiones más delicadas de las sociedades modernas es la de las relaciones entre el trabajo y el capital. Este arduo problema fué ignorado de las Repúblicas antiguas, en donde el trabajo era el lote casi exclusivo del esclavo. Atenas, sin embargo, tenía sus modestos artesanos; Roma, la soberbia aristócrata, los despreciaba; Platón, soñador desdeñoso, los relegaba al último grado de la escala social; los admitía solamente como mano de obra para servirse de ella. Sócrates, un verdadero sabio, los había rehabilitado, haciendo el elogio de los trabajos manuales. Como Atenas no podía, como Roma, vivir de los despojos del mundo, veíase obligada á trabajar por poco que fuese. La cuestión social ofrecía, pues, en ella una dificultad particular. Ya se ha visto cómo Demóstenes procuraba tener la balanza igual entre las opuestas pretensiones de los ricos y los pobres, y, á falta de conciliación completamente equitativa, perseguía, en primer término, el bien del Estado.

También el bien público inspiraba discretas palabras á Hipérides. Los delatores, al explotar á los propietarios de las minas, les obligaban, con detrimento del Tesoro público, á abandonarla. ¿Era servir al Estado el molestar de esa manera á los particulares? «El mejor ciudadano no es el que, á cambio de un poco de dinero (producto de multas y confiscaciones), aporta un detrimento considerable á los intereses del Estado, ni el que proporciona recursos momentáneos y priva

á Atenas de ingresos legítimos. Es el hombre celoso del interés futuro de su patria, de la concordia de los ciudadanos y de vuestra gloria. Hay personas á quienes todo esto peocupa poco; privando á los industriales del fruto de sus trabajos, pretenden enriquecer la ciudad, cuando lo que la preparan es la indigencia; *porque si la propiedad y la acumulación debida al ahorro se convierten en una causa de alarmas, ¿quién querrá exponerse al peligro?*» El pueblo de Atenas, celoso de los ingresos de los trabajadores de las minas, trataba de despojarles de ellas en beneficio del Tesoro, del que aquel pueblo sacaba en parte su subsistencia y lo gratis de los placeres. Era la lucha organizada entre el capital y la ociosidad.—La cuestión de los derechos respectivos del capital y del trabajo no se ha resuelto en nuestros días, pero también tendrá, sin duda, una solución, nueva prenda de la superioridad de la democracia moderna.

En efecto, ¡cuántas ventajas tiene sobre la democracia ateniense! La justicia no se encuentra, como ante los heliastas, á merced de los artificios de la palabra. La política está en manos, no de oradores frívolos ó sospechosos, sino de políticos experimentados. El hombre y el ciudadano son dos cosas distintas; las enemistades privadas no perturban al Estado en el interior ni comprometen su seguridad en el exterior; por encima de las mayores capacidades individuales se eleva la nación. El gobierno de Atenas era una vasta Convención, formada por todos los ciudadanos y un poder moderador; balanza loca cuyos sobresaltos, en los días de crisis apasionada, podían trastornar al Estado. Las repúblicas modernas están ponderadas; un prudente equilibrio concilia en ellas la estabilidad y el movimiento; su marcha, regulada por la armonía,

sigue la marcha del tiempo. El pueblo ateniense seguía á sus demagogos, favoritos á menudo indignos, representantes improvisados de la ciudad, sin autoridad respetable ni mandato regular. La soberana de la ciudad es hoy la opinión pública; y esta reina gobierna, provista del órgano político por excelencia, el sufragio universal, instrumento decisivo y pacificador.

III. El progreso del sentido moral no es menos sensible que el progreso político y social; encuéntrase un manifiesto testimonio de ello en la diferencia de los juicios formulados sobre Demóstenes, hombre y orador, por los atenienses y por nosotros. Para juzgar bien á un antiguo hay que empezar por colocarse en su medio; ir á él, en vez de traerlo á nosotros, y verle con los mismos ojos con que sus contemporáneos le vieron. Por esto hemos invocado á menudo el testimonio de Aristóteles, poderoso genio, en el que convergen como en un foco concéntrico todas las ideas de su siglo, iluminadas por la luz del pasado. Su obra, verdadera enciclopedia, es la *Suma* de la filosofía griega; ahora bien, la filosofía, en los antiguos, era la ciencia universal. No podíamos, pues, citar un testigo más autorizado de los sentimientos y de las ideas en cuya atmósfera vivía Demóstenes. Pero, aun permaneciendo fiel á este principio de consulta del pasado, la crítica no abdica su derecho de apreciación personal. Demóstenes puede, por lo tanto, ser juzgado con arreglo al sentimiento moral y al gusto de los modernos. Aquí también aparece su superioridad.

A los atenienses les chocaban poco ciertas debilidades de Demóstenes; las encontraban en ellos mismos. Moralistas benignos, lejos de exigir de él que valiese más que su tiempo, una mirada sobre las propias do-

lencias los disponía á presentar en favor de Demóstenes circunstancias atenuantes. El orador de las *Filipcicas* ha huido en Queronea; la naturaleza, el destino comparten esa falta con él; se nace valiente ó tímido, como se nace moreno ó rubio.—Sabía resistir mal al brillo del dinero; jamás el oro de Macedonia manchó sus manos.—Gustaba de los placeres; ¡ahl, ¿á quién no le gustan?; la virtud del ciudadano prevalece sobre la del hombre privado.—Orador político, no retrocedió ante la mentira; el objeto de la elocuencia es la victoria.—Sigue el ejemplo de Esquino y le prodiga insultos; la invectiva es una parte integrante de la libertad democrática; lo esencial no es ilustrar á los jueces, sino apasionarlos.

En estos diversos puntos, los modernos juzgan á Demóstenes con menos indulgencia que sus conciudadanos. Son más severos con las flaquezas morales y respetan más la cortesanía y la verdad. La elocuencia política moderna ataca á las opiniones, no á las personas. Celosa de su dignidad, que es una parte de la dignidad parlamentaria, imprime respeto respetándose á sí misma. Un orador político, convicto hoy de mentira pública, pierde el honor y el crédito. Los atenienses, á quienes afectaban poco las imposturas de sus oradores, veían en ellas un procedimiento de ilusión, justificado por la costumbre. «El fin del arquitecto es dar á su obra la armonía que baste á las percepciones de los sentidos, y en lo posible, inventar procedimientos para engañar la vista tendiendo á la simetría y á la euritmia, no real, sino aparente.» La teoría del engaño no se reserva en Grecia á la arquitectura; hoy los *engaña-ojos* están proscritos de la elocuencia.

Los atenienses no admiraban más que nosotros á Demóstenes orador; hasta puede ser que admirándole

de otra manera le apreciemos mejor nosotros. La crítica antigua se coloca, de ordinario, en un punto de vista estrecho, el del estilo; la elección de palabras, el arreglo de las frases, la armonía, tales son sus objetos de predilección. He aquí cómo compara entre sí como «grabadores y cinceladores» á los autores más desemejantes, Teócrates, Platón, Demóstenes. Atiende, sobre todo, á lo que le gusta, á las bellezas de dicción. Lúculo se excusaba con Atico de las faltas cometidas en su historia escrita en griego; decía que había diseminado barbarismos y solecismos, para que se viese bien que la obra era de un romano. Nunca un griego hubiera llevado tan lejos el amor del color local. El culto de la forma era la brillante idolatría de los helenos.

La fama de Isócrates, la autoridad casi soberana de que gozó asombran hoy. Nadie se imagina hoy á un publicista moderno que se aprovecha de su gran reputación para dirigir á uno de los tres emperadores un discurso político, salpicado de paréntesis de esta naturaleza: «Que vuestra majestad me perdone por manejar imperfectamente la metáfora y la metonimia; los sinos tienen la culpa; ya no tengo el vigor ni el talento de la juventud.» Este es, sin embargo, el caso de Isócrates, el gran maestro en el arte de bien decir. Escribe al rey de Macedonia una larga carta-programa, en la que le anima á que dé un virtuoso mentís á los «soñadores impertinentes» que le acusan de meditar la dominación de Grecia, y de emplear sus fuerzas y las de los helenos contra los persas: «No hemos dado á este discurso las galas de cadencias armoniosas, ni las de las figuras variadas; yo las empleaba en mi juventud, y enseñaba á los otros los ornamentos que hacen á la elocuencia agradable y persuasiva.

Hoy ya no puedo nada de esto, así lo exige mi edad. »
¿Y quién le pide aquí esos ornamentos, cándido anciano?

Los modernos son escasamente sensibles al mérito de las mil finezas y delicadezas de la dicción ática. Esos preceptos minuciosos, ese rebuscamiento curioso del número, de las asonancias, de las aliteraciones y tantos otros artificios enseñados, practicados religiosamente, y de los que hacían los antiguos asuntos de Estado, son hoy desdeñados hasta por las Academias. A los griegos y á los romanos les deleitaban y los aplaudían en sus más graves oradores políticos. C. Graco, cuando hablaba en público, hacía que se ocultase tras él un músico que le daba rápidamente el tono con una flauta de marfil, para alzar la voz si se había bajado, ó templarla á continuación de arranques un poco vivos. En el puesto de ese músico, reglador de las entonaciones del orador, á las asambleas modernas les parece oportuno poner un Presidente que reprima los extravíos de la palabra, no de la voz, y cuide de evitar las tempestades que la flauta del tribuno no conjuraba.

La elocuencia moderna se cuida más de las cosas que de su envoltura. A ejemplo de Chatam, de Fox, de Pitt, los oradores de la Revolución francesa improvisaban por lo general y desdeñaban el retocar nada para la inspiración. Aun en nuestros días, en que la fiebre política es menos viva, la elocuencia concede al arte una parte muy pequeña. Ya no son los tiempos en que el autor del panegírico de Atenas consumía diez años en escribir una obra de quince páginas; apenas hoy si se consagran diez horas á la preparación de un discurso. El aticismo era sencillo y natural; huía de las palabras sonoras, del relumbrón; pero su familia-

ridad se aliaba siempre en los matices y en la textura al conjunto con un arte exquisito. Se le diría á veces abandonado, descuidado; es el descuido de una mujer naturalmente bella, pero consumada en el arte de agradar. La sencillez moderna es ingenua y sin cálculo; el pensamiento, el sentimiento, son el todo para ella. P. L. Courrier decía del periodismo americano, que usaba el mismo estilo; tratárase de una reforma en el Estado, de una coalición de las potencias de Europa contra la libertad ó «del mejor terreno para plantar nabos». Nuestros oradores políticos no hablan completamente en el mismo tono en un debate sobre la Constitución que sobre una contienda de cosecheros. Sin embargo, su elocuencia tiene siempre una franqueza ajena á los cuidados artísticos de los antiguos. El orador de hoy no dice de más, perora aún menos; expone, explica, abre su pensamiento, abre su corazón; es una conversación atenta, sincera; no puede ni quiere usar otro instrumento. El tiempo apremia, los asuntos se imponen, sus discursos deben ser actos, se dirigen no á oyentes, sino á ciudadanos. Se debe por entero, como ellos, á la administración, al gobierno del país. ¿No es éste un afortunado progreso?

El orador artista se ve á veces tentado de hacer á su arte lamentables sacrificios, y da á su auditorio impresiones estéticas que le distraen discretamente del interés público que se discute. La elocuencia antigua huye de las discusiones áridas, de los detalles técnicos, de las cifras; se somete al mismo yugo que la historia, tal como la comprendían Herodoto, Tito Livio, Tácito. La historia moderna no es ya una rama de la elocuencia, llena de poesía; es el espejo del organismo completo del Estado, el relieve exacto, expresivo de

los diversos elementos de la vida material, política, intelectual y moral de un pueblo. La palabra ha compartido con la historia el beneficio de esta transformación. Ya no hay retórica; la elocuencia viva, nutrida más que nunca en Francia por el alimento fortificante por excelencia, la práctica de los negocios en la libertad. ¿A quién no le ha afectado, desde hace varios años, la lectura de los discursos que la cordura política y el patriotismo inspiran á los oradores de nuestro Parlamento? Algunos de estos discursos (que no perdona la temeridad de este juicio, aun familiarizado con la elocuencia griega), se aproximan mucho, bajo ciertos aspectos, á las obras maestras de Demóstenes. La madurez y la fecundidad del pensamiento, la fuerza de la verdad, el lenguaje persuasivo, son iguales: ¿qué les falta, sobre todo, para ser admirados de igual manera y tenidos por bellos como los antiguos? El mérito de no estar escritos en francés y tener dos mil años.

Las bellezas puramente áticas de Demóstenes se pierden á medias; dependen á menudo de matices imperceptibles; pero hay bellezas imperecederas que continuarán resistiendo á las modificaciones del gusto y á los traductores; el buen sentido, la fuerza lógica, la pasión generosa, harán que dure Demóstenes eternamente. El tiempo ha sacudido, como otras tantas flores, los adornos delicados de su dicción; la encina ha permanecido en pie con sus poderosas raíces, sus ramas vigorosas y la majestad de su copa. Es el Partenón despojado del frágil adorno de su policromía, obliteración inevitable que no quita nada al mármol desnudo de su perfecta belleza.

El orador y el político son inseparables en Demóstenes. Es el mismo hombre haciendo que su alma pase

alternativamente de los actos á los discursos. En ambos dominan dos cualidades: el calor de la pasión y la cordura. Inflexible en el principio de la inviolabilidad de la dignidad nacional, de una constancia invariable sobre el fin perseguido, es vario en el empleo de los medios. Su corazón es altivo é impetuoso; su espíritu es dueño de sí y clarividente. No se precipita á la guerra como un arrebató ciego, sabe aconsejar la paz oportunamente. Odia á Filipo con un odio instintivo y reflexivo. Mientras que su alma se caldea contra él, su pensamiento medita. Va adonde quiere llevar insensiblemente á Grecia la política tortuosa del macedonio; comprende á maravilla el encarnizamiento cuidadosamente disimulado del cauteloso é insinuante invasor contra la ciudad ática. Presiente la incurable herida que la decadencia de Atenas causará al mundo helénico, expresión la más elevada entonces de la humanidad.

Igualmente afecta á la fe en la fortuna y en la Providencia, su sinceridad religiosa, incapaz de prejuicios y de cálculos interesados, concilia dos piedades que solamente la mala fe puede separar: la religión del cielo y la religión de la patria. Libre de optar entre las ventajas de la sumisión y las amargas de la lucha, combate treinta años contra los enemigos de su país sin tregua ni desfallecimientos, siempre vencido y digno, sin embargo, de vencer. Su gravedad, combate la ligereza de los atenienses; su vigor, la mollicie; sus angustias patrióticas, la indiferencia. Consume sus fuerzas en comunicarse con ellos, en infundirles el alma de los antepasados, que parece haberse concentrado en su pecho: las energías, los dolores de la patria se han refugiado en él. A punto de caer en manos de los macedonios, no invoca á los hombres de

quienes se ve abandonado, sino á los dioses, á quienes honró amando á la patria; tal vez un día consentirán en vengarla. Su destino lleva el sello de una desdichada fatalidad; su carácter heroico hubiera merecido inspirar la tragedia. Vencido en Queronea, los atenienses continúan viendo en él á su bienhechor, y era justicia. Si no hubieran afrontado aquel desastre «á porfía de un triunfo», hubieran descendido al nivel de los mesenios, de los tesalios, en vez de ocupar en Grecia, y ante la historia, el rango de supremacía en que les colocaron sus padres, y en el que la estimación de la posteridad les concede, á su vez, la recompensa reservada al patriotismo; á la voz de Demóstenes fueron al combate por la corona y la conquistaron.

Si las debilidades morales y las pasiones políticas de Atenas no nos son completamente desconocidas, nuestro Estado está mejor constituido que el suyo; en nosotros los hombres y los ciudadanos son mejores. Gracias al alma y al genio del orador de las *Filípicas*, Atenas, en su lucha con Macedonia, no faltó á su honor; pero su enfermedad propia la condenaba á sucumbir; sus faltas pasadas, su molicie presente, pesaban igualmente sobre ella. Para vencer ó sobrevivir á su derrota, le hubiera sido necesario renovarse; un solo hombre, par abnegado, por poderoso que fuese, no podía sustituirse á ella para realizar esa metamorfosis. Francia, en su lucha con una Macedonia moderna, ha sobrevivido á reveses inauditos, porque las causas del desastre no le eran inherentes. Para levantarse, le ha bastado sacudir el yugo. A fin de coger el fruto, el despotismo había cortado el árbol; por la virtud de raíces vivaces y de un sabio cultivo, en pocos años el árbol ha vuelto á crecer y tiene hoy mejo-

res frutos. Demóstenes salvó, por lo menos, el honor de su patria. En 1870 Francia sacó á salvo el honor, y, gracias á Dios, la vemos hoy viva. Cuando Demóstenes trataba de levantar el ánimo de sus conciudadanos, alegando contra la suerte la energía eficaz de los consejos humanos, le objetaban con el invencible destino de Filipo. Los modernos saben unir la fe en la Providencia y la fe en la libertad.—¡Que Dios y Francia protejan á Francia!

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
PREFACIO.....	1
Capítulo I.—Introducción.....	7
II.—Filipo.—Los atenienses.....	
III.—Demóstenes.—El hombre.—El ciudadano.	66
IV.—Demóstenes.—El político.....	96
V.—Análisis de los elementos y de los caracteres principales de la elocuencia de Demóstenes.....	144
VI.—Análisis de los elementos y de los caracteres principales de la elocuencia de Demóstenes (continuación).....	172
VII.—Las justas oratorias en los debates políticos de Atenas.....	235
VIII.—La invectiva de la elocuencia griega.....	260
IX.—La elocuencia griega desde el punto de vista de la verdad y de la moralidad....	303
X.—I. Demóstenes, moralista.—II. Relaciones entre la justicia y la política.—III. El sentimiento religioso en Demóstenes....	332
I.—Demóstenes moralista.....	332
II.—Relaciones entre la justicia y la política	339
III.—El sentimiento religioso en Demóstenes.	357
XI.—El proceso de la <i>Corona</i>	369
I.—El acusador de Demóstenes.....	369
II.—La piedad para con los dioses y la patria.	377
III.—Demóstenes, consejero maldito.....	402
IV.—La elocuencia griega se extingue con Demóstenes.....	410
XII.—Conclusión.....	416

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de la ESPAÑA MODERNA, Fomento, 7, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.**—Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
Lombroso.—Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El Hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Últimos progresos de la antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El Ideal en el arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, dos tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.
Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.
Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummell, 3 pesetas.
Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.
Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.
Boissier.—Cicerón y sus amigos. Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.
Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.
Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 peseta.
Fernán Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.
Gladstone.—Los Grandes nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Haussonville.—La Juventud de lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Memorias, 3 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
Macaulay.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—La Educación de lord Macaulay, 7 pesetas.
Maupassant.—Zola, 1 peseta.
Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval.—María Stuardo, 6 pesetas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Ayala, 1 peseta.
Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, dos tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis memorias, 3 pesetas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 peseta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—

Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La Crítica en la actualidad, 3 pesetas.
Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El Naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de la Génesis), 4 pesetas.
Arenal.—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las Servidumbres rústicas y urbanas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.
Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Champcommunale.—La Sucesión ab-intestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.
Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), dos tomos, 15 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, dos tomos, 15 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones a las víctimas del delito (2.ª parte de La Criminología), 4 pesetas.
Giuriati.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 pesetas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político-filosófico, 10 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Macaulay.—Estudios jurídicos, dos tomos, 9 pesetas.
Manduca.—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho internacional (público y privado), tres tomos, 22 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, 10 pesetas.
Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.
Posada.—La Administración política y la administración social, 5 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, tres tomos, 21 pesetas.
Sansonetti.—Derecho constitucional, 9 pesetas.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
Sohm.—Historia e instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.
Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
Sthal.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Sumner Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.
Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito

político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

Wilson.—El Gobierno congresional, régimen político de los Estados Unidos, 5 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia jurídica, dos tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bancos, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social.

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

George.—Protección y librecambio, 9 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Stourm.—Los Presupuestos, dos tomos, 15 pesetas.

Virgili.—Manual de estadística, 4 pesetas.

FILOLOGÍA

Max-Müller.—La Ciencia del lenguaje, 8 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El Pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.

setas.—La Filosofía de Goethe, 6 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, dos tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La Vida dichosa, 3 pesetas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 pesetas.—Aurora, 7 pesetas.

Ruskin.—Las Siete lámparas de la Arquitectura y La Corona de olivo silvestre, 7 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, vol. 1.º, 12 pesetas; vol. 2.º, 10 pesetas; vol. 3.º, 8 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y Las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales, 4 pesetas.—La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal, 7 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Stirner.—El Único y su propiedad, 9 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.

Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—Estudios de higiene general, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la hi-

giene pública, por Hirsch, profesor en Berlín. — Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam. — Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas. — La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, dos tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 3 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la literatura española, 10 pesetas.
- Fouillée.**—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnett.**—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas. — Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Murray.**—Historia de la literatura clásica y griega, 10 pesetas.
- Prévost-Paradol.**—La Historia universal, tomo I, 6 pesetas.
- Renan.**—Estudio de historia religiosa, 6 pesetas. — Las Vidas de los santos, 6 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas. — Historia de la literatura inglesa, 5 vol., 34 pesetas.
- Tolstoy.**—El Sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la literatura rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Witt.**—Historia de Washington y de la fundación de los Estados Unidos, 7 pesetas.
- Wolf.**—Historia de las literaturas castellana y portuguesa, con notas de M. Me-

néndez y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

- Alcofurado.**—Cartas amatorias de la monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.
- Baudelaire.**—Los Paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de New York, 3 pesetas.
- Stendhal.**—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.
- Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.
- Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

- Balzac.**—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La Quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aureville.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La Tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Daudet.**—Jack, dos tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El Sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.
- Dostoyusky.**—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La Novela del presidio, 3 pesetas.
- Ferran.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—Renata Maupérin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustín, 3 pesetas.—La Señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.
Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla negra, 3 pesetas.

Sienkiewicz.—Orso y En vano (dos novelas), 2 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Tolstoy.—La Sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El Sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Iván el Imbécil, 3 pesetas.—El Canto del cisne, 3 pesetas.—El Camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El Rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las Veladas de Medan, 3 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.—Los Hombres de la marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Bunge.—La Educación, 12 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Huxley.—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La Educación, 7 pesetas.

Tolstoy.—La Escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Camposamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3

pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferran.—Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de economía social, vols., 16 pesetas.

Caro.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Elzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garófalo.—La Superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings.—Principios de la Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.

Gumpowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.—La Moral inglesa contemporánea, ó sea Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La Familia, 5 pesetas.

Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.

Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las religiones, 8 pesetas.

Novicow.—Los despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.

Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo xix, 3 pesetas.

Spencer.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y Las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales, 4 pesetas.—La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal, 7 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Starcke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Stirner.—El Unico y su propiedad, 9 pesetas.

Sumner-Maine.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El Dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—Aguanno, Alas, Azcárate, Bancos, Benito, Bustamante, Buylta, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña Sarthou, etc.—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los Aparecidos y Edda Gabler, dos dramas, 3 pesetas.—La Dama del mar y un enemigo del pueblo, dos dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.

Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.

Tcheng-Ki Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Turgueneff.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.

Sienkiewicz.—Orso y En vano, dos novelas, 2 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

- Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 2 pesetas.
- Antoine.**—Curso de Economía social, dos volúmenes, 16 pesetas.
- Aranjo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
- Arnó.**—Las Servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 ptas.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pesetas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 ptas.
- Boccardo.**—Historia del comercio, de la industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 ptas.—La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Bréal.**—Ensayo de semántica, 5 pesetas.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Bunge.**—La Educación, 12 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Buylia, Neumann, Kleinwächter, Marse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 ptas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Caro.**—La Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los galicismos, 3 ptas.
- Colombey.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Comte.**—Principios de Filosofía política, 2 ptas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
- Champcommunal.**—La Sucesión ab-intestato en Derecho internacional privado, 10 ptas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Doellinger.**—El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Eltzbacher.**—El Anarquismo, 7 pesetas.
- Ellis Esteve.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Ensayo sobre la naturaleza, 3,50 pesetas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la nación alemana.—La Regeneración de la Alemania moderna, 5 ptas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.
- Fitzmaurice Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, dos tomos, 15 pesetas.
- Garnett.**—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La Superstición socialista, 5 pesetas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pesetas.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 ptas.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Giuriati.**—Los Errores judiciales, 7 pesetas.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Gonblanc.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 ptas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du Barry, 4 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios exteriores, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumplovicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyan.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa contemporánea, 12 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Höfding.**—Psicología experimental, 9 ptas.
- Hume.**—Historia del pueblo español, 9 ptas.—Historia de la España contemporánea (1788-1898), 8 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.
- Huxley.**—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Jitta.**—Método de Derecho internacional privado, 9 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 ptas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 ptas.
- Lewis Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.
- Liesse.**—El Trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social, 9 pesetas.
- Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Lombroso.**—Medicina legal, 2 tomos, 15 ptas.
- Lubbock.**—El Empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La Educación, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
- Manduca.**—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, tres tomos 22 ptas.—La paz y la guerra, Apéndice, 8 pesetas.
- Martin.**—La Moral en China, 4 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las religiones, 8 pesetas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.

B.P. de Soria



61177353

DR 5616

- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, dos tomos, 18 pesetas.
- Mouton.**—El deber de castigar, 4 pesetas.
- Murray.**—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así habló Zaratustra, 7 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—La Genealogía de la moral, 3 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Últimos opúsculos, 5 pesetas.—La Gaya ciencia, 6 pesetas.
- Novicow.**—Los Despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Potapenko.**—La novela de un hombre senato, 2 pesetas.
- Prévost-Paradol.**—La Historia Universal, 3 volúmenes, 16 pesetas.
- Quinet.**—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
- Renan.**—Estudios de Historia religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ribbing.**—La Higiene sexual, 3 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil teórico y práctico, ocho tomos, 57 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Roguin.**—Las Reglas jurídicas, 8 pesetas.
- Roosevelt, New-York,** 4 pesetas.
- Ruskin.**—Las Siete lámparas de la Arquitectura (El Sacrificio, La Verdad, La Fuerza, La Belleza, La Vida, El Recuerdo, La Obediencia) y «La Corona de olivo Silvestre» (El Trabajo, El Comercio, La Guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, dos tomos, 13 pesetas.
- Sainte-Beuve.**—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.
- Samsonetti.**—Derecho constitucional, 9 ptas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, tres tomos, 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Sieroszewski.**—Yang-Hun-Tsy (el diablo extranjero), novela de costumbres chinas, 2 pesetas.
- Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 ptas.
- Sohn.**—Derecho privado romano, 14 ptas.
- Sombart.**—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
- Spencer.**—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.
- Los Datos de la Eticología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Instrucciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 4 ptas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Starke.**—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
- Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 pesetas.
- Stourm.**—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ptas.
- Sumner-Maine.**—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 ptas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 ptas.—Historia del Derecho, 8 ptas.—Las Instituciones primitivas, 7 ptas.
- Supino.**—Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la literatura inglesa: Los orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad clásica, 6 ptas.—La Edad Moderna, 7 ptas.—Los Contemporáneos, 7 ptas.—Los Filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—Los Orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tarde.**—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 8 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
- Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
- Urial.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buyla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.) *El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
- Idem.**—Novelas y caprichos, 3 pesetas.
- Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.**—(Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Eilemboroug, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 pesetas.
- Vivante.**—Derecho mercantil, 10 pesetas.
- Virgili.**—Manual de estadística, 4 pesetas.
- Vocke.**—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.
- Wallace, Rusia,** 4 pesetas.
- Whitman.**—La Alemania imperial, 5 ptas.
- Willoughby.**—La Legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
- Witt.**—Historia de Washington, 7 pesetas.
- Walliszewsky.**—Historia de la literatura rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wilson.**—El Gobierno congressional; Régimen político de los Estados Unidos, 5 ptas.
- Wolff.**—La Literatura castelana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vol., 15 ptas.
- Wundt.**—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XVIII

Esta Revista, escrita por los mas eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, diez pesetas; un año, diez y ocho pesetas.—Fuera de España, un año, veinticuatro francos.—El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de Fomento, 7, Madrid.

Director: J. LAZARO.

L. BRÉDIF



LA ELOCUENCIA POLÍTICA
EN GRECIA

DEMÓSTENES



PRECIO:

7 pesetas.

ESPAÑA MODERNA

DR
5616